

CHILE

DISCURSOS

CON

HISTORIA

**FUNDACIÓN
FUTURO**



CHILE:
DISCURSOS CON HISTORIA

Dirección de la edición: Magdalena Piñera E.
Compilación: Guadalupe Irrázaval P., Magdalena Piñera M.
Corrección de textos: Carlos Decap
Diseño de interior y portada: Fernando Pizarro

© Editorial Los Andes
Apoquindo 3000 – Piso 19
Teléfono 2463494 – Fax 2325985
Inscripción N° 96.612
I.S.B.N. 956-7014-90-60

Derechos reservados para todos los países.
Primera edición: junio de 1996.
Segunda edición: octubre de 1996.
Tercera edición: marzo de 1999.

| |
|---|
| Edición digital: noviembre 2021. Esta edición digital la realizó Fundación Futuro. |
|---|

Santiago de Chile

Impreso en Alfabetá

Impreso en Chile/Printed in Chile

CHILE
DISCURSOS
CON
HISTORIA

Compilación:
Guadalupe Irarrázaval P.
Magdalena Piñera M.

**FUNDACIÓN
FUTURO** 

DISCURSOS CON HISTORIA ¡AL 2021!

Mucha agua ha corrido bajo el puente desde que -en 1996- publicáramos la primera edición de “Discursos con Historia”. Entonces, ese característico lenguaje discursivo -colmado de epítetos, frases solemnes, diferentes intensidades de voces, con algo de teatralidad y mucho de machismo a cuestras- estaba ya retirándose de las pistas. Ahora -en pleno 2021- esos discursos son categóricamente parte de nuestra prehistoria.

A cambio de estos verdaderos “testamentos”, hicieron su entrada triunfal mensajes cortos, con la indispensable síntesis que exigen los acelerados “*tempos*” de la modernidad y con cifras presentadas en PowerPoint. Para colmo, en el presente, estos mensajes han de ser inmediatos (para eso están las RRSS) y el orador debe aceptar (quíéralo o no) que lluevan de vuelta todo tipo de descalificaciones anónimas o, en su defecto, los apetecidos “*likes*”.

Pero, volvamos al valor de este libro. ¡Es una verdadera reliquia! ¿Se puede imaginar -en pleno 2021- que una persona discursée a viva voz, en vez de mandar un mail, Whatsapp o subir un Twitter?

Ciudadanos y ciudadanas, los invitamos a recorrer esta otra forma de transmitir ideas que tuvieron compatriotas nuestros de otros tiempos y que -sin lugar a duda- son parte del patrimonio cultural inmaterial de Chile. Gócenlos y... compárntanlos.

Magdalena Piñera Echenique

Directora

Fundación Futuro

PRESENTACIÓN

*D*esde la época de Demóstenes, con sus famosas Filípicas, los discursos han dejado su huella en la historia. Concebidos como una reflexión pública, ellos sirven para defender ideas, valores, o rendir tributo a las grandes figuras. En Chile, el arte de la oratoria se ejercitó el mismo día en que surgimos como nación independiente. Desde entonces hasta ahora han cambiado los temas, los estilos y los escenarios, pero se sigue cultivando, como lo demuestra este libro Chile: Discursos con historia.

Los treinta textos seleccionados permiten asomarse a nuestra historia con una óptica diferente, visualizando, al mismo tiempo, al personaje y sus circunstancias. La dignidad de O'Higgins al despojarse de la piocha de Director Supremo; la sabiduría de Andrés Bello al inaugurar la Universidad de Chile; la profundidad de Vicente Huidobro al denunciar nuestra falta de alma; la teatralidad de Alessandri Palma al regresar triunfante a La Moneda o el coraje de Allende en sus últimos momentos, dan cuenta de lo que somos y hemos sido como nación.

Son voces múltiples las que desde un pasado no tan remoto nos invitan a adentrarnos en las grandezas y miserias de nuestra historia, a reconocernos en ellas, buscando la consecuencia entre la palabra y los hechos para seguir construyendo el futuro.

JOSÉ MIGUEL INFANTE (1778-1844)

18 de septiembre de 1810

«...el motivo por el que habéis sido citados...»

Hasta los albores del siglo XIX, el reino de Chile no había registrado ni el más mínimo brote de rebelión de los criollos contra el poder de la Corona ni el de sus funcionarios. Por eso, no dejó de sorprender lo ocurrido la mañana del 18 de septiembre de 1810, cuando más de 500 personas repletaron la sala del tribunal del consulado, en una reunión convocada sin mayores expectativas. Jamás se sospechó que al final del encuentro quedaría constituida –en medio de repique de campanas y aplausos– la primera Junta de Gobierno. En el histórico acontecimiento participó –en su calidad de procurador de la ciudad– José Miguel Infante, quien en 1826 dotó al país de una Constitución Federal que rigió sólo veinticuatro meses.

Ya sabéis, señores, la peligrosa situación en que se ha visto esta capital, en los días anteriores, los diversos partidos que se habían formado y sus opiniones sobre la forma de gobierno que debía adoptarse en tan críticas circunstancias. Sabéis también que cada día se aumentaba más el odio y aversión entre ambas facciones, hasta amenazarse recíprocamente con el exterminio de una u otra. No había ciudadano alguno que no se hallase poseído de la mayor angustia y zozobra, temiendo por momento el más funesto resultado. Estas divisiones se recelaba que se difundiesen por las ciudades y villas del reino, a influjo de los mal intencionados.

En este estado, el ilustre Cabildo, mirando como el principal y más importante deber de su instituto, restablecer la tranquilidad pública, tentó cuantos medios le sugería la prudencia para conseguirlo, hasta que, viendo que la causa del mal era que una parte del pueblo deseaba

que se instalase una junta de gobierno a nombre del señor don Fernando VII y la otra se oponía, propuso al muy ilustre señor presidente que citara a cuatro vecinos respetables y a los jefes de las corporaciones para que decidieran si debía, o no, consultarse la voluntad del pueblo. Todos convinieron en que éste era el partido que debía adoptarse.

He aquí, señores, el motivo porque habéis sido citados, y el objeto sobre que debe versar nuestra resolución. ¡Qué gloria para este pueblo decidir ahora por la ley de la razón lo que, sin este medio prudente, se decidiría por la fuerza! Vuestra gratitud debe ser al benigno jefe que lo adoptó y a la municipalidad que con maduro acuerdo se lo propuso.

En un caso como el presente, de estar cautivo el soberano, y no habiendo nombrado antes regente del reino, previene la ley 3ª, título 1-5, parte 2ª, que se establezca una junta de gobierno, nombrándose los vocales que deban componerla por los mayores del reino, así como los preladados, y los ricos hombres y los otros hombres buenos y honrados de las villas. La nación española, luego que supo el cautiverio de su monarca, estableció la Suprema Junta de Sevilla, después la Central y últimamente el Supremo Consejo de Regencia, y no obstante de que en aquélla y en éste se halla depositada la autoridad soberana, se eligieron también varias juntas provinciales con subordinación a la Suprema. No necesito haceros ver los motivos por qué la ley adopta esta clase de gobierno en un caso como el presente, porque a nadie puede ocultarse que la confianza pública reposa mejor en un gobierno compuesto de algunos individuos que cuando uno solo lo obtiene.

JOSÉ MIGUEL CARRERA (1785-1821)

1820

«Todo será acercarme y ser dueño de Chile...»

Prócer independentista, José Miguel Carrera se alza como una de las primeras figuras que grita por la libertad de Chile. En 1811 asume el gobierno por un breve aunque fecundo período, dentro del cual fue creada la primera imprenta, el primer periódico, la primera bandera y la primera Constitución del país. Odiosas y permanentes rencillas con los demás caudillos de la independencia –en especial con Bernardo O'Higgins– lo hacen emigrar hacia Argentina. Esperanzado en volver en gloria y majestad, desde Buenos Aires dirige estas bravas y soñadoras palabras a sus tropas. Un año más tarde, Carrera fue ejecutado –sin venda, pues quiso ver por última vez la cordillera de los Andes– en la plaza pública de Mendoza.

A amigos y compañeros: después de tres siglos de opresión en que gimieron los chilenos bajo el yugo de los españoles, se apoderó de aquel precioso suelo un aventurero audaz y codicioso sin límites. Desde sus primeros pasos dio a conocer muy bien sus miras. Destruyó la provincia de Cuyo, haciéndola sufrir los grandiosos costos de una expedición con un Ejército levantado allí, engañando a sus moradores que iba a recompensarles con el duplo, y el modo de satisfacerles fue volver a levantar otro Ejército. Él consiguió sentarse en el trono chileno y para escudar su conducta puso en él a un hombre formado a sus ideas, quien por su ignorancia y falta de cálculo, obra al antojo y capricho del que lo dirige. Éstos son los déspotas José de San Martín y Bernardo O'Higgins. De este modo dio Chile un paso atrás y vinieron sus habitantes a sufrir un gobierno mas duro y déspota que el de los españoles. Las contribuciones, las muertes dadas por manos bajas y en una palabra, la absoluta

opresión fue el fruto de la mejora con la reconquista hecha por estos perversos. Hoy se ha despejado la atmósfera de un modo milagroso. Por todas partes se ven caer los tiranos. El ejemplo lo tenéis a la vista. En la provincia de Cuyo desaparecieron tres leones puestos por el vil San Martín, que empapaban sus uñas en la sangre de las víctimas que sacrificaban a sus miras particulares. En esta capital cayó una facción que estaba íntimamente unida a la que tenía San Martín, y todo ha cambiado. Yo tengo la satisfacción de haber tenido no pequeña parte en los sucesos. No perdamos un momento de aprovechar la época favorable. Vamos a Chile, vamos a ese país de delicias, en donde os recompensaré de vuestras fatigas y sin mezquindad. Estad seguros de que no peleareís, porque todo será acercarme y ser dueño de Chile. ¿No estaba tan oprimida esta ciudad y a la vista de una pequeña porción de liberales, todo se franquea y nos reciben con aplausos? De aquí sacad lo que sucederá en Chile. Yo veo aumentarse la fuerza que dispongo; pero convencidos vosotros de que os preparo vuestra felicidad duradera, espero que contribuiréis a que vuestros amigos y vuestros relacionados se alisten en la bandera libertadora de Chile y hagáis que participen de unos bienes que para todos sobran. Con qué gusto alzaré la voz Chile entero y gritará: ¡viva la patria vieja, vivan nuestros libertadores y vivan para siempre!

BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842)

Febrero de 1817

«... Os juro morir o libertaros»

Tras años de estudio en Inglaterra, lugar donde abrazó el ideario liberal demoleedor de las instituciones del antiguo régimen, Bernardo O'Higgins llegó al país dispuesto a conquistar la Independencia. Ayudado por las fuerzas de San Martín, en enero de 1817, encabeza el mando de la reserva del Ejército de los Andes. Cuando ya comenzaban a descender sobre Chacabuco, dirigió estas sentidas y visionarias palabras a sus tropas. El Ejército triunfó y O'Higgins fue proclamado Director Supremo. Durante su gobierno se reabrieron la Biblioteca y el Instituto Nacional, se proclamó la Constitución de 1818, fue creada la Escuela Militar y la Escuadra Nacional, y se suprimieron los títulos de nobleza.

Compatriotas y amigos: el numen de la libertad me restituye por fin al suelo patrio. Un poderoso Ejército, cuya sección primera tengo el honor de presidir, donde brilla el orden, la disciplina y el denuedo, viene a sacarnos de esclavitud. Renazca entre vosotros el sagrado fuego de la libertad. Vengamos unidos nuestros ultrajes y padecimientos. La dulce patria, el hermoso Chile, vuelve a ocupar el rango de nación. Basta de abatimiento vergonzoso. Arrojemus al grupo miserable de españoles advenedizos, que dos años ha vulneran nuestro honor, detentan nuestros bienes e insultan con cruel impavidez a todo americano. El orden va a restablecerse con la libertad. Terminó el espíritu de vértigo. Nuestros mismos trabajos nos han enseñado a ser libres y sostener este precioso don. Corred hacia nosotros a participar de la gloria de vuestros hermanos. Chilenos: yo os juro morir o libertaros.

BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842)

28 de enero de 1823

«...¡Que se presenten mis acusadores!...»

A pesar de las muchas realizaciones de su gobierno, la precaria situación económica que llevó al Director Supremo a recurrir reiteradamente a préstamos forzosos, las noticias del asesinato de Manuel Rodríguez y de la ejecución de José Miguel Carrera –imputadas a su gobierno– generaron un progresivo descontento. Éste se vio agudizado cuando, en 1822, O'Higgins hizo aprobar una nueva Constitución que prolongaba su mandato. Pero, el 28 de enero de 1823 un grupo de vecinos le pidió la renuncia, para evitar así una guerra civil, y el Padre de la Patria no dudó en abdicar. Tras sus emocionadas palabras, se embarcó en Valparaíso rumbo a Lima para nunca más volver. Sus restos fueron repatriados en 1869.

Siento no depositar esta insignia –dijo, mientras se desprendía de la banda– ante la Asamblea Nacional, de quien últimamente la había recibido; siento retirarme sin haber consolidado las instituciones que ella había creído propias para el país y que yo había jurado defender; pero llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación extranjera, respetado en el extranjero, cubierto de gloria por sus hechos de armas. Doy gracias a la Divina Providencia que me ha elegido para instrumento de tales bienes y que me ha concedido la fortaleza de ánimo necesaria para resistir el inmenso peso que sobre mí han hecho gravitar las azarasas circunstancias en que he ejercido el mando».

Hizo una pausa, mientras colocaba la banda sobre la mesa. Un silencio respetuoso tenía atados a los trescientos asistentes. «Ahora –continuó– soy un simple ciudadano. Mientras he estado investido de la pri-

mera dignidad de la República, el respeto, si no a mi persona, al menos a este alto empleo debía haber impuesto silencio a vuestras quejas. Ahora podéis hablar sin inconveniente. ¡Que se presenten mis acusadores! –agregó con pasión–. ¡Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar! ¡Acusadme! Si las desgracias que me echáis en rostro han sido, no el efecto preciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder, sino el desahogo de mis malas pasiones, esas desgracias no pueden purgarse sino con mi sangre. ¡Tomad de mí la venganza que queráis, que no opondré resistencia! ¡Aquí está mi pecho!». Y dando un violento tirón a la casaca, lo presentó descubierto.

«Bien sabía –concluyó O'Higgins, conmovido ante las manifestaciones de que era objeto– que en justicia no se me podía acusar de faltas intencionales cometidas en mi gobierno. No obstante, este testimonio me alivia del peso de las que hubiera cometido sin conocerlas».

ANDRÉS BELLO (1781-1865)

17 de septiembre de 1842

«... Tratad asuntos dignos de vuestra patria...»

Con la presencia del entonces presidente Manuel Bulnes, la totalidad de los ministros de Estado, los presidentes de ambas cámaras y un gran número de personalidades reunidas en el lugar que hoy ocupa el Teatro Municipal, Andrés Bello, en su calidad de primer rector, se dirigió a los asistentes. Su tarea no era fácil: dar cuenta de la instalación de la Universidad de Chile y de su misión en la naciente República. Con elegancia y profundidad, el sabio venezolano avecindado en el país, fue presentando una verdadera declaración de principios educacionales, científicos, estéticos, culturales y éticos que darían vida a las nuevas facultades de Teología, Leyes, Ciencias Físicas y Matemáticas, Medicina y Humanidades.

El Consejo de la Universidad me ha encargado expresar a nombre del cuerpo nuestro profundo reconocimiento, por las distinciones y la confianza con que el Supremo Gobierno se ha dignado honrarnos. Debo también hacerme el intérprete del reconocimiento de la Universidad por la expresión de benevolencia en que el señor Ministro de Instrucción Pública se ha servido aludir a sus miembros. En cuanto a mí, sé demasiado que esas distinciones y esa confianza las debo mucho menos a mis aptitudes y fuerzas, que a mi antiguo celo (ésta es la sola cualidad que puedo atribuirme sin presunción), a mi antiguo celo por la difusión de las luces y de los sanos principios, y a la dedicación laboriosa con que he seguido algunos ramos de estudio, no interrumpidos en ninguna época de mi vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas. Siento el peso de esta confianza; conozco la extensión de las obligaciones que impone; comprendo la magnitud de los esfuerzos que

exige. Responsabilidad es ésta, que abrumaría, si recayese sobre un solo individuo, una inteligencia de otro orden, y mucho mejor preparada que ha podido estarlo la mía. Pero me alienta la cooperación de mis distinguidos colegas en el Consejo y el Cuerpo todo de la Universidad. La ley (afortunadamente para mí) ha querido que la dirección de los estudios fuese la obra común del Cuerpo. Con la asistencia del Consejo, con la actividad ilustrada y patriótica de las diferentes facultades; bajo los auspicios del Gobierno, bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas, me es lícito esperar que el caudal precioso de ciencia y talento, de que ya está en posesión la Universidad, se aumentará, se difundirá velozmente, en beneficio de la religión, de la moral, de la libertad misma y de los intereses materiales.

La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad: la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre, desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad –y digo más– lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del Estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que por una coincidencia significativa es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paradojismos, del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón desplegase jamás las velas, y de buena gana la condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas por que abogan. No para refutar lo que ha sido mil veces refutado, sino para manifestar la correspondencia que existe entre los sentimientos que acaba de expresar el señor Ministro de Instrucción Pública y los que animan a la Universidad, se me permitirá que añada a las de Su Señoría algunas ideas generales

sobre la influencia moral y política de las ciencias y de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios, y sobre los trabajos especiales a que me parecen destinadas nuestras facultades universitarias en el estado presente de la nación chilena.

Lo sabéis, señores: todas las verdades se tocan: desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélagos del espacio; desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases incommovibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantamientos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. Y cuando digo los adelantamientos en todas líneas comprendo sin duda los más importantes a la dicha del género humano, los adelantamientos en el orden moral y político. ¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras sociales, esta sed de libertad? Si queremos saberlo, comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América, con los sombríos imperios del Asia, en que el despotismo hace pesar su cetro de hierro sobre cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las hordas africanas, en que el hombre apenas superior a los brutos, es como ellos un artículo de tráfico para sus propios hermanos. ¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, que ha restituido sus títulos de ingenuidad a tantas razas esclavas; este movimiento, que se propaga en todos los sentidos, acelerado continuamente por la prensa y por las letras; cuyas ondulaciones, aquí rápidas, allá lentas; en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, y cubrirán la superficie del globo. Todas las verdades se tocan; y yo extendiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y éstas. Yo creo, por el con-

trario, que existe, que no puede menos de existir una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extraviados han abusado de sus conocimientos para impugnar el dogma, ¿qué prueba esto sino la condición de las cosas humanas? Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo, al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afeardar y envilecer la religión misma. He dicho que todas las verdades se tocan; y aun no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía, sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen.

Las ciencias y las letras, fuera de este valor social, fuera de esta importancia que podemos llamar instrumental, fuera del barniz de amabilidad y elegancia que dan a las sociedades humanas, y que debemos contar también entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama; placeres exquisitos, a que no llega el delirio de los sentidos; goces puros, en que el alma no se dice a sí misma:

... Medio de fonte leporun

Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angit.

«De en medio de la fuente del deleite

Un no sé qué de amargo se levanta,

Que entre el halago de las flores punza».

Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigiliias que se les consagran. No hablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas; no hablo de la auréola de inmortalidad que corona las obras del genio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres, más o menos elevados, más o menos intensos, que son comunes a todos los rangos en la República de las letras. Para el entendimien-

to, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer; placer que, como dice un filósofo escocés (Thomas Brown), sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos en daño nuestro y de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, hace estremecer deliciosamente el corazón humano, criado para admirarla y sentirla. El entendimiento cultivado, oye en el retiro de la meditación las mil voces del coro de la naturaleza: mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbra sus vigiliass. Para él solo se desenvuelve en una escala inmensa el orden de la naturaleza: para él solo se atavía la creación de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales: ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las más sublimes especulaciones que nos ha dejado la antigüedad gentilica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su *Divina comedia*. Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigación importante. Chénier, aguardando por instantes la muerte, escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo:

*Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire
Anime la fin d'un beau jour,
Au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre*
«Cual rayo postrero, cual aura que anima
el último instante de un hermoso día,
al pie del cadalso ensayo mi lira».

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan toda-

vía algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aun más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación, y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

Hay otro punto de vista, en que tal vez lidiaremos con preocupaciones especiosas. Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagación de las luces? Mas apenas concibo que pueda hacerse esa pregunta en una edad que es por excelencia la edad de la asociación y la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia, en la edad de los gobiernos representativos. Europa, y Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella. Si la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias hacen beneficios esenciales a la ilustración y a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la República de las letras. Los sabios de Alemania, de Francia, de Estados Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas, y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador.

Otros pretenden que el fomento dado a la instrucción científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero por eso mismo creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases la-

boriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras. No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí como una consecuencia precisa la difusión de la enseñanza elemental; aunque es incontestable que las ciencias y las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no la contrarían. Lo que digo es que el primero es una condición indispensable de la segunda; que donde no exista aquél, es imposible que la otra, cualesquiera que sean los esfuerzos de la autoridad, se verifique bajo la forma conveniente. La difusión de los conocimientos supone uno o más hogares, de donde salga y se reparta la luz, que extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios, penetre al fin las capas extremas. La generalización de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruidos; y las aptitudes de éstos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones más o menos distantes de los grandes depósitos científicos y literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena dirección de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy adelantada. La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica; a la manera que en una sociedad bien organizada la riqueza de la clase más favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo. Pero la ley, al plantear de nuevo la Universidad, no ha querido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustración a difundirse, y a que la imprenta da en nuestros días una fuerza y una movilidad no conocidas antes; ella ha unido íntimamente las dos especies de enseñanza; ella ha dado a una de las secciones del cuerpo universitario el encargo especial de velar sobre la instrucción primaria, de observar su marcha, de facilitar su propagación, de contribuir a sus progresos. El fomento, sobre todo, de la instrucción religiosa y moral del pueblo es un deber que cada miembro de la Universidad se impone por el hecho de ser recibido en su seno.

La ley que ha restablecido la antigua Universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile, apunta ya los grandes objetos a que debe dedicarse este Cuerpo. El señor Ministro vice-patrono ha manifestado también las miras que presidieron a la refundición de la Universidad, los fines que en

ella se propone el legislador, y las esperanzas que es llamada a llenar; y ha desenvuelto de tal modo estas ideas, que siguiéndole en ellas apenas me sería posible hacer otra cosa que un ocioso comentario a su discurso. Añadiré con todo algunas breves observaciones que me parecen tener su importancia.

El fomento de las ciencias eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros del culto, y en último resultado a proveer a los pueblos de la República de la competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia. Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la Universidad a la causa de la moral y de la religión. Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, también importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una parte integrante de la educación general indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo.

A la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas se abre un campo, el más vasto, el más susceptible de aplicaciones útiles. Lo habéis oído: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria. Herederos de la legislación de pueblo rey, tenemos que purgarla de las manchas que contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo; tenemos que despejar las incoherencias que deslustran una obra a que han contribuido tantos siglos, tantos intereses alternativamente dominantes, tantas inspiraciones contradictorias. Tenemos que acomodarla, que restituirla a las instituciones republicanas. ¿Y qué objeto más importante o más grandioso, que la formación, el perfeccionamiento de nuestras leyes orgánicas, la recta y pronta administración de justicia, la seguridad de nuestros derechos, la fe de las transacciones comerciales, la paz del hogar doméstico? La Universidad, me atrevo a decirlo, no acogerá la preocupación que condena como inútil o pernicioso el estudio de las leyes romanas; creo por el contrario que le dará un nuevo estímulo y lo asentará sobre bases más amplias. La Universidad verá probablemente en ese estudio el mejor aprendizaje de la lógica jurídica y forense. Oigamos sobre este

punto el testimonio de un hombre a quien seguramente no se tachará de parcial a doctrinas antiguas; a un hombre que en el entusiasmo de la emancipación popular y de la nivelación democrática ha tocado tal vez al extremo. «La ciencia estampa en el derecho su sello: su lógica siente los principios, formula los axiomas, deduce las consecuencias, y saca de la idea de lo justo, reflejándola, inagotables desenvolvimientos. Bajo este punto de vista, el derecho romano no reconoce igual: se pueden disputar algunos de sus principios; pero su método, su lógica, su sistema científico, lo han hecho y lo mantienen superior a todas las otras legislaciones: sus textos son la obra maestra del estilo jurídico; su método es el de la geometría aplicado en todo su rigor al pensamiento moral». Así se explica L'Herminier, y ya antes Leibnitz había dicho: «In jurisprudentia regnant (romani). Dixi saepius post scripta geometrarum nihil extare quod vi ac subtilitate cum romanorum jurisconsultorum scriptis comparari possit: tantum nervi inest; tantum profunditatis».

La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria.

La medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada y pública: se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud. ¿Enumeraré ahora las utilidades positivas de las ciencias matemáticas y físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procedimientos bien entendidos, sin máquinas, sin algunos aun de los más comunes utensilios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de

sustancias alimenticias; a un suelo, sobre el que la ciencia ha echado apenas una ojeada rápida?

Pero fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la Universidad adopte por su divisa el mezquino *cui bono*, y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales. La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Y lo segundo, porque como dije antes, el cultivo de la inteligencia contemplativa que descubre el velo a los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia. En este punto, para no repetirme, copiaré las palabras de un sabio inglés, que me ha honrado con su amistad. «Ha sido —dice el doctor Nicolas Arnott—, una preocupación el creer que las personas instruidas así en las leyes generales tengan su atención dividida, y apenas les quede tiempo para aprender alguna cosa perfectamente. Lo contrario, sin embargo, es lo cierto; porque los conocimientos generales hacen más claros y precisos los conocimientos particulares. Los teoremas de la filosofía son otras tantas llaves que nos dan entrada a los más deliciosos jardines que la imaginación puede figurarse; son una vara mágica que nos descubre la faz del universo y nos revela infinitos objetos que la ignorancia no ve. El hombre instruido en las leyes naturales está, por decirlo así, rodeado de seres conocidos y amigos, mientras el hombre ignorante peregrina por una tierra extraña y hostil. El que por medio de las leyes generales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una historia sublime que le habla de Dios, y ocupa dignamente su pensamiento hasta el fin de sus días».

Paso, señores, a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que por el estudio de otros idiomas vivos y muertos nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas, cultas y libres de nuestros días; que nos hace oír, no por el imperfecto medio de traducciones siempre necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes, los acentos de la sabiduría y la elocuencia extranjera; que por

la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón; que, iniciando al mismo tiempo el alma en estudios severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón, para preservarlo de extravíos funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentaros, señores, según yo lo concibo, el programa de la Universidad en la sección de Filosofía y Humanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de Fray Luis de Granada –no quiero ir tan lejos–, hallaremos en el diccionario de Iriarte y Moratín, medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy sobre las inteligencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología. Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara transmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine, la lengua de Chateaubriand y Villemain? ¿Y no transparenta perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas a esta especie de culturismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos, y jergonzas, el caos babilónico de la Edad Media; y diez pueblos

perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio.

La Universidad fomentará, no sólo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras. Pero no sé si me engaño. La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la Universidad. Respetando como respeto las opiniones ajenas, y reservándome sólo el derecho de discutir las, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí, el atenernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración. Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos, ni se puede apreciar su doctrina, sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad cabalmente, que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia, me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. Porque nada hace más desabrida la enseñanza que las abstracciones, y nada la hace fácil y amena, sino el proceder que amoblando la memoria ejercita al mismo tiempo el entendimiento y exalta la imaginación. El raciocinio debe engendrar al teorema; los

ejemplos graban profundamente las lecciones.

¿Y pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña, a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera sobre todo dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que por una preocupación injusta se las había creído privadas? Muestras brillantes, y no limitadas al sexo que entre nosotros ha cultivado hasta ahora casi exclusivamente las letras, la habían refutado ya. Ellos la han desmentido de nuevo. Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles, extravía mi juicio. Digo lo que siento: hallo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento, y aun con relación a algunas de ellas, pudiera decir, el verdadero genio poético. Hallo en algunas de esas obras una imaginación original y rica, expresiones felizmente atrevidas, y (lo que parece que sólo puedo dar un largo ejercicio) una versificación armoniosa y fluida, que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas y sale airosa de esta arriesgada prueba. La Universidad, alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá tal vez: «Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre la cordillera de los Andes y la Mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más; tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros al tomar la pluma: «Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras»:

... *Musarum sacerdos,*
Virginibus puerisque canto

¿Y cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra joven República? Celebrad sus grandes días; tejed guirnaldas a sus héroes; consagra la mortaja de los mártires de la patria». La Universidad recordará al mismo tiempo la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros días: «Es preciso —decía Goethe— que el arte sea regla de la imaginación y la transforme en poesía».

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante acepción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte de fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Ésta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones.

Pero no debo abusar más tiempo de vuestra paciencia. El asunto es vasto; recorrerlo a la ligera, es todo lo que me ha sido posible. Siento no haber ocupado más dignamente la atención del respetable auditorio que me rodea, y le doy las gracias por la indulgencia con que se ha servido escucharme.

JOSÉ MANUEL BALMACEDA (1840-1891)

18 de octubre de 1874

«...A las ideas de los señores obispos, opongamos las nuestras...»

Si bien recién en la Constitución de 1925 quedó sellada la separación Iglesia-Estado, varias décadas antes venían haciéndose sentir las tensiones entre ambos poderes. Primero fue lo de la libertad de culto, luego vino la bullada ley de laicización de los cementerios, a la cual la curia se opuso tenazmente y, por último, la aprobación de las discutidas leyes de matrimonio y registro civil. Figura protagónica de este verdadero «debate» nacional, fue el entonces diputado liberal por Carelmapu José Manuel Balmaceda, quien pronunció este encendido discurso en la Cámara. Doce años después, en 1886, asumió la primera magistratura del país, pese a la sostenida oposición de los conservadores. Al día siguiente de haber finalizado su mandato presidencial, y en medio de una cruenta guerra civil, Balmaceda se suicidó.

No era mi propósito tomar parte en este debate. Habría dado mi voto tal como lo estime en conciencia, si los incidentes de la discusión no me convencieran de la necesidad de fundarlo.

No niego el derecho de los señores diputados para negar la renta de los señores obispos, considerados estos últimos como funcionarios públicos que se constituyan en transgresores de los respetos debidos a la representación nacional, y de las conveniencias propias de los poderes constituidos. Por mi parte no haré uso de este derecho, y por el contrario, considero pequeño el arbitrio con que se quiere corregir la situación creada por los pastores de la Iglesia chilena.

Es una fortuna poder en los momentos difíciles asilarse en los buenos principios, y proceder sin vacilación, cual corresponde a leales defensores de una causa justa.

La Iglesia tiene su esfera de acción propia, y el Estado la suya. Res-

peto todas las funciones espirituales de la Iglesia, sin que ellas puedan en ningún momento alarmar a los conductores del Estado ni a los legisladores del país. Levantémonos sobre la cuestión económica, pequeña por su naturaleza, y vamos a buscar solución de estos conflictos en el ancho y noble campo de las ideas y de la ley positiva. A las ideas de los señores obispos oponemos las nuestras, a sus propósitos los que nazcan de la voluntad del Congreso, con la eficacia de leyes que deben tener cumplimiento.

En este terreno la lucha será considerable, pero benéfica, digna del país y de la misión que nos cumple desempeñar en su nombre.

Considero necesario restablecer la verdad sobre afirmaciones que juzgo completamente equivocadas. Tanto el señor Urizar Garfias como el señor Gandarillas creen que la pastoral ha hecho víctimas, que se ha perturbado con ella la paz de algunos hogares, que se abre rebelión entre las esposas y los esposos. Pueden ser estas presunciones del debate; pero el hecho es completamente diverso.

La pastoral no ha hecho víctimas, ni de los senadores, ni de los diputados del Congreso. Nadie se ha alarmado por una agresión tan injustificable, ningún hogar se ha perturbado seriamente, los resultados del anatema son completamente desconocidos en la porción social contra quien se ha dirigido en hora verdaderamente menguada.

Hay víctimas, sin embargo. Las primeras son los mismos señores obispos, que tendrán que sufrir en su conciencia y en sus consecuencias los resultados de un acto extremo. La segunda víctima, es algo más noble, más digna, más cara para el corazón de los creyentes, que los obispos y que su autoridad: es la Iglesia. Ella sufrirá los alejamientos, las resistencias, los desdenes, o la indiferencia que hiela el alma y que enajena los espíritus. Y todo por no consultar la conveniencia, o por dejarse arrebatar de la pasión que encienden los desencantos políticos.

Todo esto es altamente deplorable.

Yo puedo hablar así, tengo el derecho de hablar así, porque ni dentro ni fuera del Congreso he aceptado otra solución que la separación de los poderes temporal y espiritual, y porque habiéndose aprobado el Código Penal contra mi voto, en la parte objetada por los señores obispos, conservo en este momento toda la imparcialidad del que juzga las cosas sin más interés que la justicia, sin más anhelo que la conveniencia de una institución, arraigada en nuestras creencias y en nuestras prácticas sociales.

En vano se quiere dar proporciones a los resultados de un acto extremo, porque las perturbaciones y los dolores de los agredidos no se han hecho sentir y porque esa ley suprema del buen sentido, da o quita el valor de los actos, según se han ejecutado por nobles miras o por arranques de la pasión política. No basta la sanción moral de la autoridad, es preciso la sanción moral que nace de ese juez superior que se llama la conciencia pública. Y la conciencia pública, señores, ha mirado con pena, con pesar profundo, que los ministros de la paz, de la concordia, de la humildad y de la abnegación, fulminen anatemas a grupos sociales, a los primeros magistrados de la República, a los legisladores del país.

Ha faltado hasta la discreción para elegir el momento de la promulgación, pues todo induce a creer que en nombre de la Iglesia se alientan y sostienen propósitos que le dañan, y que le arrebatan el imperio que le es propio. Siento lo que sucede, por los señores obispos y por la Iglesia.

Si quieren continuar en esta tarea, que cosechen ellos el fruto de su ingrata labor. A nosotros corresponde levantarnos sobre toda pequeña consideración, y corregir el conflicto dictando las leyes que nos alejen de recriminaciones violentas. En lugar de abatirnos para recibir el ataque, levantémonos para ir a una solución legislativa, digna de nosotros y del país.

El honorable diputado por Copiapó ha creído necesario fundar su voto. Su Señoría lo había dado negativo en años anteriores, y surgiendo un incidente extraño como el que la Cámara conoce en esta vez, se creía en el deber de explicarlo.

Si algunos señores diputados han olvidado la conducta observada por Su Señoría en años anteriores, yo la tengo presente, la cual hacía para mí innecesaria la aclaración de que se ha hecho mérito.

No comprendo cómo el honorable señor Fabres ha olvidado mis palabras, para impugnar las observaciones que he tenido el honor de someter a la consideración de mis colegas. Su Señoría no me ha entendido bien, o yo he tenido la desgracia de explicarme mal.

Yo he respetado siempre la autoridad espiritual de la Iglesia, y he establecido en mis ideas y mis actos una línea de separación bien considerable entre su acción legítima y la del Estado.

No ataco las intenciones, señor diputado, que respeto en todos los hombres, quienes quiera que ellos sean: censuro los actos, la pastoral, que a mi juicio es una obra deplorable. ¿Por qué no podríamos emitir

nuestro juicio sobre un hecho público, inusitado, que debiendo ser terrible se ha convertido sin embargo, en indiferente? No se necesita ser diputado para ejercitar este derecho: basta ser hombre, o ciudadano celoso del bien general de su patria.

Su Señoría nos niega hasta la libertad de decir que es malo lo que creemos así, porque es obra de los pastores, de los jefes de la Iglesia chilena. Este modo de discurrir revela al católico fervoroso, dotado de una mansedumbre verdaderamente adorable. Yo ni me exalto, ni exagero, pero me siento menos favorecido que el Honorable Diputado por Rancagua, para guardar un silencio inconciliable con mi conciencia y con mis deberes de representante.

Para cohonestar la conducta de los príncipes de nuestra Iglesia y hacerla digna del temor de los anatematizados, el señor Fabres nos ha recordado el ejemplo, la penitencia y la sumisión de Teodosio. ¡Cuánta diferencia, señores, entre tiempo y tiempo!

¿En dónde están los Teodosios de nuestra época? Preciso es decirlo, la coacción, la fuerza, el anatema, son armas gastadas, y que hoy revelan los espíritus en lugar de someterlos. Estos recursos eran aceptables por sus resultados, cuando mantenían unida la grey. Hoy que la dispersan, que la rebelan y que la destrozan, es una grave falta emplearlos sin fruto alguno, y dañando por el contrario los miembros de este gran cuerpo que se llama la Iglesia.

El catolicismo debe ir a depurarse de las prácticas que le han impuesto los tiempos, en la primera época del Evangelio. Menos violencia y más caridad, menos agresiones y más persuasión, menos autoridad y más consejos, más prudencia, más espíritu de Dios, se necesitan para que el catolicismo extienda su imperio en este siglo tan opuesto a aquellos en que la teocracia dominaba sin contrapeso.

Cree el honorable señor Fabres que los conservadores han aplaudido la pastoral. Su Señoría la ha mirado con júbilo. Si la pastoral infiere daños y muy graves, a juicio del señor diputado, no me parece muy correcto alegrarse del mal del prójimo.

Pero yo sostengo que muchos señores conservadores, que muchos católicos que no son conservadores, que muchas matronas piadosas, han deplorado profundamente la conducta de los señores obispos, por ellos mismos y por la Iglesia.

Hay aquí diputados conservadores a quienes yo he oído: hay fuera

muchos hombres graves, católicos sinceros, muchas señoras piadosas, que han sentido en su corazón de hijos de la Iglesia una conducta que carece de poder para cambiar los sucesos, pero que lo tiene y grande para destruir el respeto que se debe a la autoridad y al sentimiento religioso.

Quiero explicar bien todo mi pensamiento sobre la situación que alcanzamos. Es necesario no precipitarse ni tampoco detenerse, cuando los acontecimientos nos lleven al nudo de la dificultad.

Los obispos tienen el dominio del espíritu; el Estado, el gobierno de lo temporal. No tengamos miedo, acostumbremos a ver obrar la Iglesia en su esfera propia. Si los obispos excomulgan, si vuelven a fulminar nuevos anatemas, si creen que destrozando la grey se aumenta, sufran ellos, los únicos responsables, las consecuencias o cosechen los frutos ingratos de la más deplorable tarea.

Mientras se mantengan en el mundo espiritual, aunque no sea para vivir bendiciendo, debemos prescindir por completo de sus actos. Pero el día en que ellos o sus agentes quebranten la ley positiva, y se hagan reos de la subversión del orden o de la Constitución, ese día el Estado cae sobre los transgresores con todo el poder de su autoridad. Antes, no.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA (1831-1886)

15 de diciembre de 1879

«... luchando con la soledad, con la sed y con la muerte...»

Agudo y tenaz opositor del gobierno de Aníbal Pinto, Vicuña Mackenna fue siempre crítico a la conducción de la guerra del Pacífico. De hecho, el discurso aquí recogido fue sólo el segundo de sus catorce famosos discursos pronunciados en la Cámara alta a lo largo del conflicto bélico. En él, el ex intendente de Santiago, dejando constancia de sus discrepancias en relación a la guerra, solicita formalmente al Senado la rendición de honores al Ejército y a la Armada de Chile por sus hazañas en la recién iniciada contienda. Las palabras del senador de Coquimbo tuvieron eco: el proyecto de acuerdo fue aprobado unánimemente. Y la guerra sólo comenzaba...

Voy a someter a la deliberación del Senado un acuerdo de patriotismo que espero merecerá su calurosa simpatía.

Es una deuda de gratitud pública y de admiración nacional para con nuestra gloriosa Marina y nuestro noble Ejército, no menos digno del tributo de respeto y de aplauso que voy a pedir a un alto cuerpo del Estado.

Nuestra Marina, desde que entró en el período de la acción, ha destruído por completo los elementos navales del enemigo; ha liberado a nuestras costas del insulto audaz y casi cotidiano de la presencia de sus naves ligeras; ha librado combates gloriosos y hecho presas que han destruído por completo la moral de nuestros adversarios; ha restituido la confianza al comercio nacional y al extranjero; por el efecto de sus triunfos se ha restablecido el crédito público vacilante en los mercados de Europa, y sobre todo esto, ha dado días de eterno esplendor a la

bandera con que estábamos acostumbrados, desde hace medio siglo, a llamarnos señores del Pacífico.

La obra de nuestro Ejército no ha sido menos rápida ni menos maravillosa. En el corto espacio de un mes ha dominado una provincia que en sí misma constituye un país tan rico como inclemente; ha hecho una guerra por el desierto que recuerda las de César y Mario en el estéril Numidia; ha roto las cerraduras de Perú en el punto que eran más fuertes y más inaccesibles; ha recorrido una serie de posiciones militares que se juzgaban inexpugnables desde Pisagua a Iquique, haciendo una curva hasta el pie de los Andes, en cuyas faldas ha dejado, entre mil tumbas, la tradición y el renombre de inmortal denuedo.

Al propio tiempo, ha abierto al país una zona inmensa de trabajo, de producción y de riqueza, delante de cuya adquisición el ponderado «rescate de Atahualpa» queda reducido a una cifra nimia. ¡Tanta es su fabulosa opulencia!

Y todo esto lo ha ejecutado en medio de mil fatigas, bajo un sol abrasador, entre movedizas arenas, luchando con la soledad, con el sueño, con la sed y con la muerte.

No se me oculta por esto que ha habido graves errores y lamentables extravíos, sobre cuyos puntos y responsabilidades cada uno de nosotros guardará la independencia de su juicio personal para manifestarla en la hora debida.

Pero, considerada en sí misma, la empresa llevada a cabo por el soldado y el marino en todas las esferas del deber y del heroísmo, la campaña que ha dado por resultado el dominio del Pacífico y la ocupación completa de Tarapacá, desde el Loa al río de Camarones, es una de aquellas hazañas y de aquellos servicios públicos que, conforme a la frase solemne de la Constitución del Estado, «empeñan la gratitud nacional».

En consecuencia y sin ningún otro comentario, me permito someter a la consideración del Senado el siguiente proyecto de acuerdo:

La Armada y el Ejército de Chile merecen bien de la patria.

ENRIQUE MAC-IVER (1844-1922)

1º de agosto de 1900

«Me parece que no somos felices...»

Parlamentario durante 46 años, no hubo asunto público sobre el cual Enrique Mac-Iver no se pronunciara. Y como era un hombre con facilidad de palabra, las más de las veces participaba a través de sendos discursos. De todos ellos, quizás el más famoso, por su coraje, franqueza y visión, fue el pronunciado el 1º de agosto de 1900 desde las tribunas del Ateneo de Santiago. Según el indiscutido líder del radicalismo chileno, el país abría sus puertas al siglo XX con una profunda crisis moral, mucho más grave y delicada que la mentada crisis económica de la cual todos hablaban. Si bien por entonces pocos lo escucharon, con los años sus palabras cobraron la fuerza propia de toda verdad.

Voy a hablaros sobre algunos aspectos de la crisis moral que atravesamos; pues yo creo que ella existe y en mayor grado y con caracteres más perniciosos para el progreso de Chile que la dura y prolongada crisis económica que todos palpan.

Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad.

No sería posible desconocer que tenemos más naves de guerra, más soldados, más jueces, más guardianes, más oficinas, más empleados y más rentas públicas que en otros tiempos; pero, ¿tendremos también

mayor seguridad, tranquilidad nacional, superiores garantías de los bienes, de la vida y del honor, ideas más exactas y costumbres más regulares, ideales más perfectos y aspiraciones más nobles, mejores servicios, más población y más riqueza y mayor bienestar? En una palabra, ¿progresamos?

Hace cinco años se levantó el censo decenal de la República. El recuento de la población no fue satisfactorio, pues aparecía un aumento por demás pobre y en escala muy inferior a la de anteriores censos.

Se dijo que la operación era incompleta y defectuosa y hasta ahora no ha sido oficialmente aprobada. Con esto pudimos desentendernos de un hecho tan grave y revelador del estado del progreso del país; pero, en verdad, deficiencias y vicios considerables en el censo no se ven y sus cifras continúan manifestando que la población no aumenta por lo menos en el grado que corresponde a un pueblo que prospera.

Mas, si el número de los habitantes de Chile no crece, o crece con desalentadora lentitud, en cambio el número de contravenciones a la ley penal aumenta con inusitadas proporciones. Comienza a oírse que en Santiago, por ejemplo, se necesitan ocho jueces del crimen, el doble de los que existen, para atender medianamente las necesidades del servicio.

En el verano último se me hizo notar un curioso fenómeno que acaecía en uno de los departamentos de la provincia de Maule, y que probablemente se verá también en otras regiones del territorio. Los pequeños propietarios rurales enajenaban sus tierras a precios ínfimos para aislarse en los centros de población y lo hacían porque les faltaba seguridad para sus bienes y su vida. El bandolerismo ahuyenta de los campos a los labradores, el agente principal de la producción agrícola, en un país que desde hace veinte años no sabe dónde está el fondo de sus cajas.

Hace poco daba alguien cuenta de otro hecho curioso que se presenta en Chile. El número de escuelas ha aumentado; pero a medida que las escuelas aumentan la población escolar disminuye.

No sé si la enseñanza primaria sea menor ahora de lo que fue en años atrás; ello es probable porque los maestros formados en nuestras escuelas pedagógicas adquieren conocimientos generales y profesionales más extensos, más completos y más científicos que los recibidos en otros tiempos. Por desgracia, ni la superioridad técnica de los maestros, ni la mejoría de los métodos modifican la significación del dato relativo

a la matrícula escolar hasta el punto de que fuera posible sostener que adelantamos, que la ilustración cunde, que la ignorancia se va.

Pienso que no hay negocio público en Chile más trascendental que éste de la educación de las masas populares. Es redimirla de los vicios que las degradan y debilitan y de la pobreza que las esclaviza y es la incorporación en los elementos de desarrollo del país de una fuerza de valor incalculable.

No me es difícil creer que la instrucción secundaria y superior se han generalizado considerablemente en los últimos tiempos; el número de personas ilustradas es más crecido ahora de lo que fue antes; se puede encontrar un bachiller hasta en las silenciosas espesuras de los bosques australes.

Pero, ¿será inexacto el hecho de que, estando más extendida la instrucción y siendo más numerosas las personas ilustradas, las grandes figuras literarias y políticas, científicas y profesionales que honraron a Chile y que con la influencia de su saber y sus prestigios encauzaron las ideas y las tendencias sociales, carecen hasta ahora de reemplazantes? Hemos tenido muchos hombres de la pasada generación de nombradía americana y aun europea, y me parece que nadie se ofenderá si digo que no acontece lo mismo en la generación actual.

Entre los elementos de progreso de una sociedad, pocos hay superiores a la energía para el trabajo y al espíritu de empresa. Uno y otro se desarrollan con la educación y el ejemplo y con el ejercicio que es la gimnasia que los afirma y fortifica. Ésa ha sido la principal fuerza del pueblo inglés y del pueblo americano y, en general, del europeo del occidente.

Ni de espíritu de empresa ni de energía para el trabajo carecemos nosotros, descendientes de rudos, pero esforzados montañeses del norte de España. ¿Adónde no fuimos? Proveíamos con nuestros productos las costas americanas del Pacífico y las islas de la Oceanía del hemisferio del sur, buscábamos el oro de California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao del Ecuador, el café de Centroamérica, fundábamos bancos en La Paz y en Sucre, en Mendoza y en San Juan: nuestra bandera corría todos los mares y empresas nuestras y manos nuestras bajaban hasta el fondo de las aguas en persecución de la codiciada perla.

A la iniciativa, al esfuerzo y al capital de nuestros conciudadanos debemos los primeros ferrocarriles y telégrafos, puertos, muelles, esta-

blecimientos de crédito, grandes canales de irrigación y toda clase de empresa.

¿Podría con verdad afirmarse que el espíritu y la energía que entonces animarían a nuestro país para el trabajo se hayan, no digo fortificado, sino siquiera mantenido? ¿Significaría algo el que hayamos perdido nuestra acción comercial e industrial en el extranjero y que el extranjero nos reemplace en nuestro propio territorio? En general, ¿se gasta hoy actividad para la lucha de la vida y para crear fuentes de riqueza por medio del trabajo libre, o se ve una funesta tendencia al reposo enervante y a la empleomanía?

Preguntas son éstas que todos pueden responder y las respuestas no serán tal vez satisfactorias para los que cuentan entre los elementos de apreciación del progreso de un país, la energía de sus habitantes para el trabajo y el espíritu de empresa.

La producción en realidad no aumenta desde hace años; si no fuera por el salitre, podría decirse que disminuye; la agricultura vejeta, la minería, aún en estos días de grandes precios, permanece estacionaria, la incipiente manufactura galvanizada con el dinero público y con el sacrificio de todos, no prospera; el comercio y el tráfico son siempre los mismos y el capital acumulado es menor.

¿Tenemos algunos rieles más, algunas escuelas, algunos pocos miles de habitantes? Enhorabuena; pero, ¿qué importancia tiene esto para juzgar de nuestro adelanto, si esos centenares de rieles debieran ser millares, si esas docenas de escuelas debieran ser centenares y si esos pocos miles de habitantes debieran ser millones? ¿Y qué vale ello delante de las obras públicas en ruinas, de la agricultura decadente, de las minas inutilizadas, del comercio anémico, de los capitales perdidos, del ánimo enfermo?

En el desarrollo humano el adelanto de cada pueblo se mide por el de los demás; quien pierde su lugar en el camino del progreso, retrocede y decae. ¿Qué éramos comparados con los países nuevos como Brasil, Argentina, México, Australia, Canadá? Ninguno de ellos nos superaba: marchábamos adelante de unos y a la par de los otros.

¿Qué somos en el día de hoy? Me parece que la mejor respuesta es el silencio. Y sería bien triste por cierto que nos consoláramos de la pérdida de nuestro puesto preferencial en el poder militar, como se consolaban con su espada y sus pergaminos los incapaces que se veían desalo-

jados por la actividad de los hombres con iniciativa de trabajo.

No hay para qué avanzar en esta somera investigación acerca del estado del país en lo que se relaciona con su progreso; importa más preguntarse: ¿por qué nos detenemos? ¿Qué ataja el poderoso vuelo que había tomado la República y que había conducido a la más atrasada de las colonias españolas a la altura de la primera de las naciones hispanoamericanas?

En mi concepto, no son pocos los factores que han conducido al país al estado en que se encuentra; pero sobre todos me parece que predomina uno hacia el que quiero llamar la atención y que es probablemente el que menos se ve y el que más labora, el que menos escapa a la voluntad y el más difícil de suprimir. Me refiero –¿por qué no decirlo bien alto?– a nuestra falta de moralidad pública; sí, la falta de moralidad pública que otros podrían llamar la inmoralidad pública.

Mi propósito no es otro que el de señalar un mal gravísimo de nuestra situación, que participa más de la naturaleza de mal social que de mal político, con el objeto de provocar un estudio acerca de sus causas y sus remedios, y para el fin de corregirlo en bien de todos y no en beneficio de individuos, bandos o partidos.

Quiénes son los responsables de la existencia de ese mal, no sé; ni me importa saberlo; expongo y no acuso, busco enmiendas y no culpas. La historia juzgará y su fallo ha de decir si la responsabilidad por la lamentable situación a que ha llegado el país es de algunos o de todos, resultado de errores y de faltas, o de hechos que no caen bajo el dominio y la previsión de los hombres.

Quería decir también que la moralidad pública de que hablo no es esa moralidad que se realiza con no apropiarse indebidamente los dineros nacionales, con no robar al Fisco, con no cometer raterías, perdónese me la palabra. Tal moralidad, que llamaré subalterna, depende de otra más alta moralidad, y sus quebrantos los sancionan los jueces ordinarios y no la decadencia nacional y la historia.

Hablo de la moralidad que consiste en el cumplimiento de su deber y de sus obligaciones por los poderes públicos y los magistrados, en el leal y completo desempeño de la función que les atribuye la carta fundamental y las leyes, en el ejercicio de los cargos y empleos, teniendo en vista el bien general y no intereses y fines de otro género.

Hablo de la moralidad que da eficacia y vigor a la función del Estado

y sin la cual ésta se perturba y se anula hasta el punto de engendrar el despotismo y la anarquía y como consecuencia ineludible, la opresión y el despotismo, todo en daño del bienestar común, del orden público y del adelanto nacional.

Es esa moralidad, esa alta moralidad, hija de la educación intelectual y hermana del patriotismo, elemento primero del desarrollo social y del progreso de los pueblos; es ella la que formó los cimientos de la grandeza de Estados Unidos y que se personalizó en un Washington: es ella la que condujo a nuestra República al primer rango entre las naciones americanas de origen español y que se personalizó en ciertos tiempos, no en un hombre sino en el gobierno, en la administración, en el pueblo de Chile.

Yo no admiro y amo el pasado de mi país a pesar de sus errores y de sus faltas, por sus glorias en la guerra, sino por sus virtudes en la paz. Sin éstas, tan inútiles como en los actuales tiempos el salitre, habrían sido para la prosperidad de la República los grandes descubrimientos mineros. La creación de los mercados de California y Australia y las facilidades de la navegación que nos acercaron a todos los centros productores y de consumo.

No hay para qué encarecer la parte que corresponde a la moral pública en el adelantamiento de un pueblo: la historia de las nacionalidades americanas de nuestra misma raza de sobra lo demuestra. No han sido ni un régimen nuevo disconforme con las costumbres, ni el aislamiento, ni la ignorancia, ni otros hechos semejantes, los que mantuvieron y aún mantienen en parte a las repúblicas que nacieron a la vida en el primer cuarto de este siglo que concluye, en un perpetuo vaivén entre la anarquía y el despotismo y apartadas del camino del progreso; ha sido la falta de moralidad pública, ha sido el olvido del deber por el funcionario y el abandono de la función pública para dar paso a las ambiciones personales, al odio, a la venganza, a la codicia y al interés de bandería.

¡Ignorancia! ¿Eran acaso sabios los pueblos de Brasil? ¿Fue más ilustrado Chile que el Perú y México, que Colombia y Venezuela?

¡El aislamiento, las distancias, la escasez de población! ¿Era más densa nuestra población que la de Centroamérica? ¿Eran más cortas las distancias en Brasil que en Uruguay? ¿Estaba menos aislado Chile que México y Perú?

¡El régimen nuevo disconforme con las costumbres! ¿Era menos nue-

vo y más conforme con las costumbres el régimen adoptado en Chile que el adoptado en Bolivia o en Nueva Granada?

No niego la influencia de hechos como los aludidos en las anarquías y despotismos hispanoamericanos: pero nadie podrá negar tampoco que así como se moderó el efecto de esos hechos en Chile, pudo moderarse en otras partes, si verdadero imperio hubiese ejercido la moral pública, si la idea y el sentimiento del deber para con el país y la sociedad hubieran dominado en el funcionario.

Estos elementos morales del progreso, más indispensables son en países que no pueden desenvolverse sino por medio del esfuerzo constante del hombre, que en otros donde la naturaleza más generosa reemplaza en mucho la acción física e intelectual de aquél.

¿Se pondrá en duda que, como obedeciendo a una ley de atavismo de la raza, se presenta hoy en Chile, aunque con manifestaciones diversas, el mismo fenómeno que perturbó el progreso de una gran parte de América? ¿Pensará alguien que no sufre verdaderamente el país de una crisis moral así como ha sufrido y sufre de una crisis económica? Me atrevo a creer que no; y si me engañara, bastaría poner los ojos en las funciones más ordinarias y comunes del Estado para adquirir el convencimiento de que la moralidad pública se halla profundamente quebrantada entre nosotros.

¡Cuántos esfuerzos y cuántos sacrificios costó el derecho electoral! Esa conquista del trabajo de muchos años, ese fruto de las lágrimas de nuestras mujeres y de la sangre de nuestros conciudadanos, ese premio de la energía y de la perseverancia de nuestros políticos y del pueblo, esa base de nuestras instituciones, del buen gobierno y del orden público, es mercancía que se compra y que se vende, materia que se falsifica, tema de una burda y siniestra comedia.

Y si mal funciona el poder electoral en su generación: ¡qué triste es su desempeño en lo que llamaremos su fiscalización o control! Ya no se califican elecciones, sino que se justifican fraudes.

Ni en Chile ni en otras partes han sido siempre la ley y la verdad las inspiradoras de los que intervienen en ese acto. Generalmente dominan en él la pasión y el interés político o partidista, que tanto perturban el criterio y que es natural produzcan resoluciones erróneas o injustas de parte de las corporaciones políticas tratándose de cosas que a los partidos y a la política atañen.

Pero nótese bien el carácter del fenómeno que presenciamos. Entre nosotros no se viola la ley, no se desconoce la verdad, no se atropella el derecho, no se desnaturaliza y envilece, en una palabra, la función electoral fiscalizadora, por error producido por la pasión, por pasión nacida del interés político, por interés político proveniente de las convicciones y del anhelo del bien político vinculado al predominio de un sistema o de un partido, como antes ha sucedido y en muchas partes sucede, no. El fenómeno es más simple, más llano, más casero. Sin verdadero interés político o partidista, sin pasión, sin error, por mero apego a una persona o a un grupo o por antipatía a otra persona o a otro grupo, por tener un voto más o por no tener un voto menos, por adquirir un adherente para otra injusticia o por no desagradar a alguien, por una pequeña venganza o por pagar un pequeño servicio, fría y tranquilamente, sin acordarse por un momento siquiera de los intereses públicos y del derecho, se quita al elegido su asiento y se da asiento al no elegido y se falsifica la representación nacional. No es un secreto para nadie que el voto parlamentario en la calificación de elecciones ha llegado a ser objeto de arreglos, de trueques, de contratos entre individuos o grupos.

He visto mucho malo, muy malo y mucho bueno, muy bueno; pero, lo digo francamente, eso no lo había visto nunca. Han transcurrido más de veinte años desde que una guerra tan justificada en su iniciación como gloriosa en su mantenimiento y fructífera en sus resultados, repleto de oro las áreas públicas. Los que éramos jóvenes en aquellos días legendarios no sentíamos dominado el espíritu por la embriaguez de la victoria ni afligido el corazón por los sacrificios de la grandiosa lucha; satisfacciones y dolores desaparecían ante otra preocupación, otra atracción; era el progreso, el engrandecimiento y la felicidad de Chile, era su misión bienhechora en el continente sudamericano.

El oro de los territorios que nos obligó a tomar, no la avidez y el egoísmo sino la propia seguridad, había de ser la vara mágica que haría brotar puertos y ferrocarriles, canales y caminos, escuelas e inmigración, industrias y riquezas, trabajo y bienestar en toda la extensión de la República.

Con nuestros pobres ahorros y el económico centavo arrancado al sudor del pueblo por vía del impuesto, habíamos hecho la primera línea férrea del hemisferio austral, el primer telégrafo, las obras públicas

relativamente más difíciles y costosas de la tierra hispanoamericana. Con millones en la mano y estimulados por la aspiración patriótica del adelanto de Chile y por la conveniencia de garantizar con su engrandecimiento la seguridad nacional, ¿qué no haríamos? Las cualidades manifestadas en la guerra no serían sino reflejo del esfuerzo, de la perseverancia, del heroísmo que ostentaríamos en las obras de la paz.

¡Qué amargo despertar! Sueños fueron los puertos y ferrocarriles, canales y caminos, escuelas e inmigración, industrias y riquezas, trabajo y bienestar; el oro vino, pero no como lluvia benéfica que fecundiza la tierra, sino como un torrente devastador que arrancó del alma la energía y la esperanza y arrastró con las virtudes públicas que nos engrandecieran.

Cabe aquí el recuerdo de un hecho que no sería difícil comprobar. Hace pocos años, cuando aún estaba intacto nuestro crédito, que no hemos sabido mantener, la potencia financiera de la República y del Gobierno sin esfuerzos habría alcanzado para pagar con generosidad todos los servicios ordinarios y para hacer cinco puertos, siendo uno de ellos militar y comercial, para construir cuatro mil kilómetros de líneas férreas, para abrir siete mil kilómetros de carreteras, para regar quinientas mil hectáreas de suelo y para costear las grandes obras de salubridad de nuestras ciudades municipales.

No digo que se tuviera el personal necesario para esas obras, pero sí afirmo que podrían tenerse los fondos para realizarlas.

Permítaseme ahora formular una cuestión. En un país nuevo, cuyo fomento y cuyo progreso dependen más de la iniciativa y del esfuerzo del poder público que de la iniciativa y del esfuerzo particular, en que se desperdicia el tiempo y se malgastan los ingentes recursos que hubieran de destinarse a aquellos objetos. ¿Se cumple la función gubernativa? ¿Se atienden debidamente los grandes intereses nacionales? Y si no se atienden estos intereses ni se cumple esa función, ¿hay moralidad pública?

Venciendo resistencias naturales y tradicionales, en un momento que se consideró propicio, se creó la autonomía comunal, el gobierno local.

Este nuevo organismo del poder público debía por una parte moderar el exceso de facultades del primer magistrado de la República y por la otra atender con más acierto y eficacia a la administración de los negocios que interesan exclusivamente a la ciudad, a la villa, a la aldea, a la comuna.

¿Qué resultados ha producido en la práctica esa laboriosa y trascendental reforma? El desaparecimiento del gobierno y de los servicios locales y una vergüenza nacional. ¿Era como se decía y se dice por algunos, que el país no estaba preparado para una institución semejante, que no había elementos personales suficientemente ilustrados para el gobierno comunal? Me parece que no.

El pueblo no ha resistido ni perturbado la acción de las autoridades locales, ni ella ha encontrado un escollo en las ideas, costumbres y sentimientos del pueblo. Tampoco ha carecido la comuna de recursos necesarios para ser convenientemente administrada.

Elementos personales de sobra, con ilustración más que suficiente, ha habido para el desempeño de las funciones del gobierno local; nadie podría con verdad sostener lo contrario, sobre todo tratándose de nuestras principales ciudades, de las ciudades que más brillantes escándalos han dado.

Un país en que el gobierno comunal se corrompe, en que sólo por excepción se encuentra una municipalidad que sirva con honradez al fin de su instituto, es un país cuya masa social está moralmente enferma o es un país cuya moral pública se halla en quiebra.

Y sin la existencia de este último estado, ¿cómo se explican los hechos que vengo enunciando? ¿Cómo el abandono de las obras nacionales más necesarias y valiosas por más de un año y hasta completar su ruina? ¿Cómo los pactos políticos sobre la base del reparto de los empleos? ¿Cómo la previsión de éstos sin atender ni a las aptitudes personales ni al interés general? ¿Cómo las corruptelas, los vicios y el desasimiento de la administración? ¿Cómo, finalmente, la ausencia de todo intento formal de los poderes públicos para corregir los males que aquejan al país y la impasibilidad musulmana con que se contempla, no diré nuestra decadencia, pero sí diré nuestra estagnación?

Tan absurdo sería sostener que un estado comercial es bueno cuando la generalidad de las personas carecen de recursos para cumplir sus obligaciones, como sostener que el estado moral es bueno cuando la generalidad deja de cumplir sus deberes.

Ceguera sería desconocer que el país es víctima (empleo deliberadamente la palabra) tanto de una crisis económica, cuanto de una crisis moral que detiene su antigua marcha progresista.

Consecuencia de innovaciones poco atinadas o efectos de vicios y

pasiones, resultado de sucesos fatales u obra de la imprevisión y el abandono, el hecho es que no sería ya temeridad decir, dando a las frases una acepción general y sin referirlas a hombres ni a partidos determinados: falta gobierno, no tenemos administración.

No pienso que deba disimularse la realidad de nuestro estado y mucho menos pienso que sea razonable desalentarse ante esa realidad. Estas crisis son plagas que azotan a los pueblos que se desvían de los caminos trazados por los principios que rigen la vida de las sociedades; matan a los débiles, los fuertes se reponen y cobran nuevas energías para la lucha del progreso.

Señalar el mal es hacer un llamamiento para estudiarlo y conocerlo y el conocimiento de él es un comienzo de la enmienda. Una sola fuerza puede extirparlo, es la de la opinión pública, la voluntad social encaminada a ese fin; y para formar esa opinión y convertirla en voluntad dispuesta a obrar, hay que poner de manifiesto la llaga que nos debilita ahora y nos amenaza para el futuro y hay que hacer sentir los estímulos del deber y del patriotismo y aun los del interés por el propio bienestar.

Formada esa opinión pública vendrán y se cumplirán leyes que dan sufragio ilustrado y consciente que abren la puerta de la representación nacional, cerrada hoy por falsas teorías constitucionales y en resguardo de una fantástica independencia parlamentaria, a muchos de los más aptos para los cargos legislativos, que apartan de los altos puestos de la administración a la incapacidad y la ignorancia, que sancionan eficazmente el abandono del deber y el olvido del bien común; se corregirán los errores, se castigarán las faltas, se enmendarán los rumbos y volverá el país a ver cumplida la función gubernativa para su felicidad y su progreso.

Los própositos levantados, las ideas benéficas, las empresas salvadoras, sin mezcla de egoísmo personal o partidista, allegan siempre fuerzas poderosas que los apoyen y no sólo cuentan con los sostenedores que tienen en el campo, sino con una inagotable y abnegada reserva. Es la juventud que, sin más ley de servicio obligatorio que la escrita en su alma ansiosa del bien y amante de la patria, se alista bajo las banderas que representan una gran causa nacional.

Tengo fe en los destinos de mi país y confío en que las virtudes públicas que lo engrandecieron volverán a brillar con su antiguo esplendor.

LUIS EMILIO RECABARREN (1876-1924)

3 de septiembre de 1910

«A ver, ¿quién puede contradecirme?»

Fundador del Partido Obrero Socialista, Luis Emilio Recabarren fue implacable para denunciar los males y las injusticias que padecían los obreros y sus familias, mientras la oligarquía celebraba triunfal y orgullosamente el primer centenario de la Independencia. En su famosa disertación «Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana», el tipógrafo y dirigente sindical enumera una a una las deficiencias del sistema capitalista.

Desencantado con el sistema político chileno, Recabarren –quien inicialmente luchaba por mejorar el sistema antes que destruirlo– avanzó hacia la creación del Partido Comunista de Chile. A los 48 años, enfermo y desilusionado, puso fin a sus días.

Quiero trazar con expresiones sinceras los pensamientos que en mí se albergan sobre el siglo transcurrido bajo el régimen de la República, y procuraré que estas expresiones sean el retrato de la verdad, es decir, de la verdad como yo la comprendo, como yo la siento, ya que desgraciadamente existen diferencias para apreciar la verdad.

Esta conferencia que voy a desarrollar no es, ni puede ser, el fruto de expresiones antojadizas; es el resultado de reflexiones y de observaciones hechas durante cerca de un cuarto de siglo, en medio de una vida llena de miserias y mirando en todos sus contornos miserias de todas clases.

No tengo valor moral para contrariar mis sentimientos y por esto yo no puedo bosquejar aquí otras cosas que expresiones de la vida vivida por el proletariado al cual pertenezco, comparándole a la vida vivida por la burguesía y hasta donde es posible verla.

De sobra comprendo que mi conferencia, por ahora, va a encontrar

muchos escollos, porque el modo de apreciar el desarrollo de la historia de un pueblo es diferente, según sean las personas que la juzguen. Sin embargo, espero y confío en vuestra benevolencia, en vuestra cultura, en vuestro espíritu de observación y de estudio, que habréis de oír o de leer estas páginas tolerando bondadosamente la disconformidad que ellas arrojen con respecto a vuestro modo de pensar.

Hablar o escribir en sentido contrario a lo que parece pensar toda una nación o su mayoría puede ser audacia y suele clasificarse de maldad. Mas quien cree sinceramente que vive en la verdad no debe sentirse cohibido ni esclavizado para decir a sus semejantes lo que siente, sobre todo cuando esto se hace dentro del debido respeto para todos. Yo miro y veo por todas partes generales alegrías y entusiasmo al acercarse cualquier ocasión de festividades, y yo en mi ser, en lo íntimo de mi ser, no siento ni siquiera el contagio de esa alegría ni de ese entusiasmo. Más bien siento tristeza.

Y siento tristeza porque creo que aquellos que sienten alegrías viven en el mundo de las ilusiones, muy lejos de la verdad. Disculpádmeme si acaso hago mal en decir esto.

Hoy todo el mundo habla de grandezas y de progresos y les pondera y les ensalza considerando todo esto como propiedad común disfrutable por todos.

Yo quiero también hablar de esos progresos y de esas grandezas, pero me permitiréis que los coloque en el sitio que corresponde y que saque a luz todas las miserias que están olvidadas u ocultas, o que por ser ya demasiado comunes no nos preocupamos de ellas.

Esta conferencia va dividida en tres capítulos y un resumen para tratar por separado la situación del proletariado y la burguesía en el transcurso del siglo, en el orden social, político y económico.

Entremos pues en materia.

No es posible mirar a la nacionalidad chilena desde un solo punto de vista, porque toda observación resultaría incompleta. Es culpa común que existan dos clases sociales opuestas, y como si esto fuera poco, todavía tenemos una clase intermedia que complica más este mecanismo social de los pueblos.

Reconocidas estas divisiones de la sociedad, nos corresponde estudiar su desarrollo por separado, para deducir si ha habido progreso y qué valor puede tener este progreso.

La clase capitalista, o burguesa, como le llamamos, ha hecho evidentes progresos a partir desde los últimos cincuenta años, pero muy notablemente después de la guerra de conquista de 1879, en que la clase gobernante de Chile se anexó a la región salitrera.

El progreso económico que ha conquistado la clase capitalista ha sido el medio más eficaz para su progreso social, no así para su perfección moral, pues, aunque peque de pesimista, creo sinceramente que nuestra burguesía se ha alejado de la perfección moral verdadera.

Sin tomar en cuenta los individuos, creo que la colectividad burguesa vive habituada ya en un ambiente vicioso e inmoral, que quizás en muchos casos no se note o se disculpa por no tener la noción suficiente para saber estimar íntegramente la verdadera moral. El espíritu de beatitud en cierta parte de esta sociedad, no la ha detenido ni alejado de esta situación.

Cien años ha, cuando la población de este país vivía en el ambiente propio de una colonia europea, que le había inculcado sus usos y costumbres, parece que no se destaca la nota inmoral y voluptuosa de la época presente. Se vivía en este país bajo el régimen de la sociedad feudal, algo atenuado si se quiere, pero con todas las formas de la esclavitud y con todos los prejuicios propios del feudalismo. El sometimiento demasiado servil de la clase esclava, entregada en su mayor número a la vida pastoril y a la agricultura, era una circunstancia que no provocaba ninguna acción de la clase señorial en que pudieran notarse, como hoy, sus crueldades.

La última clase, como puede considerarse en la escala social a los gañanes, jornaleros, peones de los campos, carretoneros, etcétera, viven hoy como vivió en 1810. Si fuera posible reproducir ahora la vida y costumbres de esta clase de aquella época y compararlas con las de hoy, podríamos ver fácilmente que no existe ni un solo progreso social. En cuanto a su situación moral, podríamos afirmar que en los campos permanece estacionaria y que en las ciudades se ha desmoralizado más. Esta clase más pobre de la sociedad, más pobre en todo sentido —material y moral—, ha vivido tanto antes como ahora en un ambiente completamente católico y cristiano. Si afirmáramos que hoy vive más dominada por la Iglesia que antes, no haríamos una exageración. Sin embargo, antes se notaba en esta clase mejores costumbres que ahora. Con sobrada razón podríamos preguntarnos: ¿por qué no ha progresado esta

clase social que ha vivido siempre al amparo moral del catolicismo?

Es ésta una pregunta para la cual cada persona debe buscar la respuesta con sus propios esfuerzos, porque es menester, para el desarrollo de las inteligencias, que se realice este ejercicio mental, a fin de que cada cual resuelva este problema social y procure cooperar a mejorar las cosas.

La última clase de la sociedad, que constituye probablemente más de un tercio de la población del país, es decir, más de un millón de personas, no ha adquirido ningún progreso evidente, en mi concepto, digno de llamarse progreso. Se me dirá que el número de analfabetos es, en proporción, mucho menor que el de antes, pero con esta afirmación no se prueba nada que ponga en evidencia un progreso. Para esta última clase de sociedad, el saber leer y escribir no es sino un medio de comunicación, que no le ha producido ningún bienestar social. El escasisimo ejercicio que de estos conocimientos hace esta parte del pueblo le coloca en tal condición que casi es igual que nada supiese. En las ciudades y en los campos, el saber escribir, o simplemente firmar, ha sido para los hombres un nuevo medio de corrupción, pues la clase gobernante les ha degradado cívicamente, enseñándoles a vender su conciencia, su voluntad, su soberanía.

El pueblo, en su ingenua ignorancia, aprecia en mucho saber escribir para vender su conciencia. ¿Es esto un progreso? Haber aprendido a leer y escribir pésimamente, como pasa con la generalidad del pueblo que vive en el extremo opuesto de la comodidad, no significa, en verdad, el más leve átomo de progreso.

Muchos periodistas han afirmado en más de una ocasión que las conscripciones militares han aportado al pueblo un contingente visible de progreso porque han contribuido a desarrollar hábitos útiles, desconocidos entre la llamada gente del pueblo. Se ha dicho que esa parte de las poblaciones ha aprendido hábitos de higiene, se ha educado, aprendido nociones elementales, etcétera. Estas afirmaciones son más ficticias que reales.

La pobreza, y la pobreza en grado excesivo sobre todo, impide todo progreso. Hay gentes que no tienen un tiesto para lavarse. La vida del cuartel, generalmente, ha producido hábitos innobles y ha fomentado o despertado malas costumbres en personas buenas y sencillas. Yo creo que produce más desastres que beneficios.

El movimiento judicial y penitenciario del país nos prueba de una manera evidente el desastre moral de nuestra sociedad durante los cien años que han transcurrido para la vida de la República. La magistratura del país ha perdido todo el prestigio que debió conservar o de que debió rodearse. Yo no podría afirmar si los procedimientos judiciales estuvieron alguna vez dentro de la órbita de la moral. Pero lo que puedo decir es que debido al desarrollo intelectual natural del pueblo, éste ha llegado a convencerse de que la justicia no existe o de que es parte integrante del sistema mercantil y opresor de la burguesía.

Yo he llegado a convencerme de que la organización judicial sólo existe para conservar y cuidar los privilegios de los capitalistas. ¡Ojalá, para felicidad social, estuviere equivocado! La organización judicial es el dique más seguro que la burguesía opone a los que aspiran a las transformaciones del actual orden social.

La literatura nacional tiene muchas expresiones, que son la más dura acusación a la inmoralidad social y a su administración de justicia, literatura que está basada en la verdad histórica. No puedo resistir el deseo de copiar aquí una página de un autor chileno, que dice así: «La noche aquella, la oscura noche en la cual iba dejando mis harapos entredados en las piedras cortantes del camino, recliné mi cabeza cansada sobre el tronco de un árbol secular.

«Me hizo dormir el peso de la Fatalidad que gravitaba sobre mi frente. Había clamado tantas veces por la equidad humana, que esta idea se había aferrado a mi cerebro como esas raíces añosas adheridas a la tierra difícil de arrancar. Y soñé...

«Me hallé súbitamente en un erial cubierto de secas malezas, sin árboles, sin flores. Un letal vapor de sepulcro invadía las cosas existentes, y el campo fúnebre no tenía término, ni vereda alguna, ni salvación posible.

«En un tajo abierto, como una grieta profunda, mansión de cíclopes antiguos que habían partido los porfiados con sus formidables miembros, vivía un ser monstruoso, sin forma humana, sin perfiles de consciente. La mitad derecha del rostro reía como Quasimodo, sordo, incapaz, idiota; la izquierda era un conglomerado de contradicciones faciales, hijas del llanto, del pesar, del furor y del despecho, difícil de bosquejar por la pluma más sagaz y maestra. El contraste formado por éstas dos actitudes revelaba la monstruosidad en su carácter más comple-

to; era aquello una fiera, digna émula del apocalipsis con que suelen soñar los remordimientos humanos. Creía hallarme solo en aquel páramo desconsolado. Pero no lejos de allí se destacó un ujier armado hasta los dientes, inabordable, asegurado por todas partes.

«—¿Cómo has llegado hasta aquí, mendigo? ¿No sabes que este erial y esta grieta honda e inaccesible está destinada para un monstruo que debe vivir alejado para siempre de las sociedades cuya constitución está amparada por la más estrecha justicia? Te prohíbo que asomes la cabeza en ese abismo... Los ojos del monstruo te atraerían y sucumbirías bajo el peso de su atracción diabólica.

«—Ya lo he visto —respondí.

«—¡Desgraciado!... ¿Y no sientes ya el hielo de la muerte en tus entrañas? ¿No has visto que sus pupilas relampagueaban como las de voraces reptiles?

«—¿Y cómo se llama esa bestia? —pregunté azorado...

«—¡Prevaricato! —respondióme el bondadoso ujier.

«Y desperté... y resolví entonces morir de vergüenza, de hastío y de dolor. Ya no existía la justicia...».

El régimen carcelario es de lo peor que puede haber en este país. Yo creo no exagerar si afirmo que cada prisión es la «escuela práctica y profesional» más perfecta para el aprendizaje y progreso del estudio del crimen y del vicio. ¡Oh monstruosidad humana! ¡Todos los crímenes y todos los vicios se perfeccionan en las prisiones, sin que haya quien pretenda evitar este desarrollo!

Yo he vivido cuatro meses en la cárcel de Santiago, cuatro en la de Los Andes, cerca de tres en la de Valparaíso y ocho en la de Tocopilla. Yo he ocupado mi tiempo de reclusión estudiando la vida carcelaria y me he convencido de que la vida de la cárcel es lo más horripilante que cabe conocer. Allí se rinde fervoroso y público culto a los vicios solitarios... La inversión sexual no es una novedad para los reos. Los delinquentes que principian la vida del delito encontrarán en las cárceles los profesores y maestros para perfeccionar el arte de la delincuencia.

El personal de empleados de prisiones y sus anexos es bastante numeroso. Pero, a pesar de esto, yo no conozco un solo caso de alguno que haya estudiado o propuesto medios encaminados a buscar un perfeccionamiento en el sistema carcelario, que contribuyera a proporcionar una verdadera regeneración entre tantos seres más desgraciados que delinquentes.

Y el personal de los juzgados, ¿habrá producido alguna idea en este sentido? Yo no conozco ninguna.

Yo creo que la prisión no es un sistema penal digno del hombre y propio para regenerarle. Hoy que se habla tanto de progresos y que se celebra como un gran acontecimiento el haber llegado a los cien años de vida libre, yo me pregunto: ¿ha progresado en la República el sistema penal? ¿Ha disminuido el número de delincuentes? ¿Cuántas cárceles se han cerrado a impulso de la educación? ¿Ha mejorado o progresado siquiera la condición moral del personal carcelario o judicial que podría influir en la regeneración de los reos? Ninguna respuesta satisfactoria podría obtener.

Acerca de la crueldad moral que envuelve en sí la prisión escribe un autor chileno, en un librito titulado *Palabras de un mendigo*, lo que sigue:

«El mundo carcelero me introdujo dentro de una mazmorra helada, hizo rechinar la puerta del calabozo, y puso el férreo candado a la prisión adonde se me había arrastrado.

«Luego, después no había más que intensa y espantosa sombra a mi derredor. Era aquello el abismo abierto a un hombre que buscaba la luz, pero a quien se le encerraba en un sepulcro insondable para evitar que los rayos vivificadores del astro rey llegaran hasta su pupila dilatada y profunda.

«Yo no había pecado. A nadie había hecho mal. Mis vestidos se habían desgarrado en medio de los zarzales punzadores del camino, mi sangre había corrido a raudales. Llegué exánime a la prisión y caí desfalecido en brazos de los primeros sayones que me oprimieron.

«¿Por qué se me encerraba, oh pueblo? Yo no había delinquido, ni robado, ni asesinado.

«Alguien murmuró a mis oídos cuando entré al fúnebre recinto, al sitio de la perdición, al calabozo nauseabundo:

«—¡Otro bandido!

«Yo, en un raptó de sagrado entusiasmo, había gritado: ¡MUERA LA TIRANÍA!

«Y cuando el esbirro ensañado vació en mis oídos la bazofia brutal de su desvergüenza, sentí en mi ser algo así como la lava hirviente de un volcán que amenazaba estallar; y experimenté un agrupamiento de ideas enloquecidas, terribles, impetuosas...

«Era la indignación que saben experimentar las almas buenas, que

todavía no han entregado su conciencia al odioso mercader que suele comprarla a precios bajos».

¡Cuánta amargura, cuánta ironía hay en todo esto! ¡Pero sobre todo cuánta verdad! ¡Son palabras candentes que abrazan todo el rostro de los privilegiados!

¿Veremos mejorarse el sistema carcelario y judicial en el sentido de producir una disminución en la delincuencia, por la acción moral más que por la acción penal? El porvenir lo dirá.

La sociedad debe preocuparse de corregir la delincuencia, creando un ambiente de elevada moral, cuyo ejemplo abrace, pues el sistema penal debemos considerarlo ya un fracaso. Estimo que el sistema penal generalmente atemoriza, pero no corrige; detendrá la acción criminal, pero no la intención. La sociedad debe, por el propio interés de su perfección, convencerse de que el principal factor de la delincuencia existe en la miseria moral y en la miseria material. Hacer desaparecer estas dos miserias es la misión social de la humanidad que piensa y que ama a sus semejantes.

Comprobar fehacientemente el progreso que ha hecho el vicio es bastante para poner a la luz del día la verdad. La verdad de que en cien años de vida republicana se constata el progreso paralelo de dos circunstancias: el progreso económico de la burguesía; el progreso de los crímenes y de los vicios en toda la sociedad.

La vida del conventillo y de los suburbios no es menos degradada que la vida del presidio.

El conventillo y los suburbios son la escuela primaria obligada del vicio y del crimen. Los niños se deleitan en su iniciación viciosa, empujados por el delictuoso ejemplo de sus padres cargados de vicios y de defectos. El conventillo y los suburbios son la antesala del prostíbulo y de la taberna.

Y si a los cien años de vida republicana, democrática y progresista, como se le quiere llamar, existen estos antros de degeneración, ¿cómo se pretende asociar al pueblo a los regocijos del primer centenario?

El conventillo y los suburbios han crecido quizás en mayor proporción que el desarrollo de la población. Y aun cuando se alegra que el aumento de los conventillos ha ido en relación con el aumento de la población, no sería éste un argumento justificativo ni de razón. El conventillo es una ignominia. Su mantenimiento o su conservación constituyen un delito.

Sintamos pesar por los niños que allí crecen, rodeados de malos ejemplos, empujados al camino de la desgracia. Allí están, en abigarrado conjunto, dentro del conventillo, la virtud y el vicio, con su corolario natural de la miseria que quebranta todas las virtudes.

Si hubiera habido progreso moral en la vida social, debió detener el aumento de los conventillos, como debe detenerlo en lo sucesivo, pero esto ya no se operará por iniciativa especial de la burguesía, sino por la acción proletaria que empuja la acción de la sociedad. Es necesario transformar el sistema de habitación para contribuir a perfeccionar los hábitos del pueblo.

Poco después de escrita esta conferencia, algunos diarios emprendieron una débil cruzada contra los conventillos. Para reforzar mis argumentos he colocado al final de la conferencia algunas publicaciones hechas al respecto por los diarios.

La clase media que se recluta entre los obreros más preparados y los empleados, ¿habrá hecho progresos? ¡Recorramos su condición y convenzámonos! Esta clase es hoy mucho más numerosa que lo que era antes en proporción a cada época. Ha aumentado su número a expensas de los dos extremos sociales. A ella llegan los ricos que se empobrecen y que no pueden recuperar su condición y los que logran superar en la última clase.

Esta clase ha ganado un poco en su aspecto social y es la que vive más esclavizada al qué dirán, a la vanidad y con fervientes aspiraciones a las grandezas superfluas y al brillo falso. Debido a estas circunstancias que le han servido de alimento, esta clase ha hecho progresos en sus comodidades y vestuario, ha mejorado sus hábitos sociales, pero a costa de mil sacrificios, en algunos casos; de hechos delictuosos en otros, y poco delicados en la mayor parte de los casos.

Es en esta clase, la clase media, donde se encuentra el mayor número de los descontentos del actual orden de cosas y de donde salen los que luchan por una sociedad mejor que la presente.

Nuestro pueblo, religioso y fanático, no tiene hábitos virtuosos y morales. Posee una religión sin moral.

Hechos: el matrimonio del pobre es especialmente consagrado por la Iglesia. Después de la ceremonia se entregan, en la miserable vivienda, a la borrachera, desenfrenada y libertina, llena de inmoralidades. El bautizo religioso de los niños ha sido siempre un motivo de borra-

chera con todo su natural cortejo de degradación.

El crimen ha sido muchas veces el epílogo doloroso de estos hechos del pueblo. Los pobladores de las cárceles son todos religiosos. Es un hecho entonces, lo que afirmo, que nuestro pueblo posee una religión sin moral, y yo deduzco de aquí que la religión protegida por el Estado y la sociedad con el fin de moralizar, no ha tenido la fuerza suficiente o la capacidad necesaria para moralizar y lo único que ha conseguido es hacer creyentes o fanáticos de una doctrina teórica, sin práctica moral.

La acción de los comerciantes, en general, es la acción de la inmoralidad. El progreso rápido del comercio, que es lo que busca el comerciante, está basado en la acción de la inmoralidad; en el engaño, en el fraude, en la falsificación, en el robo, en la explotación más desenfrenada del pobrero que es la clientela más numerosa del comerciante inescrupuloso de los barrios pobres.

¿Y a esto... también llamaremos progreso? Esto que ha progresado tanto en el transcurso de los últimos cien años, ¿también es digno de asociarle al entusiasmo de las festividades centenarias?

La clase rica no sufre por esto. Ella compra en sus grandes almacenes los frutos escogidos de la producción mundial. Se fabrica y se produce especialmente para ella. El monopolio de la producción en sus propias manos y la posesión de la riqueza le garantizan este privilegio. La clase pobre, ella no puede gozar de estos privilegios. Ella es la escogida como víctima única de la voracidad inmoral de la clase comercial.

Una parte del pueblo, formada por obreros, lo más aptos, por empleados, pequeños industriales salidos de la clase obrera y algunos profesionales, pero todos considerados dentro de la clase media, ha podido realizar algún progreso. Han constituido organismos nuevos: sociedades de socorro de ahorro, de resistencia a la explotación, de educación, de recreo y un partido popular llamado Partido Demócrata. Esta manifestación de la acción es el único progreso ostensible de la moral y de la inteligencia social del proletariado, pero es a la vez la acusación perenne a la maldad e indolencia común.

Para atenuar el hambre de su miseria en las horas crueles de la enfermedad, el proletariado fundó sus asociaciones de socorro. Para atenuar el hambre de su miseria en las horas tristes de la lucha por la vida y para detener un poco la feroz explotación capitalista, el proletariado funda sus sociedades y federaciones de resistencia, sus mancomunales.

Para ahuyentar las nubes de la amargura, creó sus sociedades de recreo. Para impulsar su progreso moral, su capacidad intelectual, su educación, funda publicaciones, imprime folletos, crea escuelas, realiza conferencias educativas.

Mas toda esta acción es obra propia del proletariado, impulsado por el espíritu de conservación, y es un progreso adquirido a expensas de sacrificios y privaciones.

¡Para este progreso no es tiempo aún de festejarle su centenario!

Se ha dicho muchas veces que uno de los más apreciables bienes de la República ha sido el progreso liberal del país, el cual no habría podido desarrollarse en la monarquía. Yo creo que esto es una exageración y tal vez una mistificación.

La mentalidad, la inteligencia, ha hecho mayores progresos en el proletariado español bajo el régimen monárquico, durante los últimos cien años, que en el proletariado chileno bajo el régimen de la llamada libertad republicana. Esto no prueba que la monarquía o la República sea o no superior la una a la otra, pero prueba que la forma o clase de régimen social no influye especialmente en el progreso moral, social o intelectual, ni le detiene.

En Rusia, a pesar del régimen de tiranía, se ha desarrollado mucho la mentalidad moral del pueblo y su acción para la defensa de su progreso ha sido mucho más vigorosa que en otros países de más libertades.

La existencia de toda la organización proletaria de España, y sus grandiosos frutos: casas del pueblo, cooperativas, prensa, etcétera, nos prueba que ese proletariado ha podido desenvolverse y progresar en el seno de la monarquía en tales condiciones que aún no lo sueña el proletariado chileno. Esto nos prueba que la república no ha producido aquí aquel bien que se supone el proletariado.

Digamos la verdad; el bien inmenso que ha producido la república fue la creación y desarrollo de la burocracia chilena y fue también la posesión de la administración de los intereses nacionales. La burocracia que goza de esta situación, ella sí tiene motivo de regocijo justificado, si mira egoístamente su situación. ¡Nosotros no!

El desarrollo intelectual es una circunstancia natural de la especie humana. En general hay siempre progresos. Podrán encontrarse individuos que no progresen intelectualmente, pero con dificultad se encontrará una familia completa que no presente un caso de progreso. Pero

en las sociedades que forman el género humano se ha constatado el progreso en una forma natural, empujado a un tiempo por los individuos y por la sociedad.

Es el caso que un individuo alimenta a la sociedad y que ésta alimenta al individuo. El individuo se forma intelectualmente del ambiente de la sociedad. Pero el ambiente de la sociedad se ha formado del ambiente creado por los individuos.

La modificación de un ambiente social es obra del individuo, pero obra paulatina, lenta, gradual, si se quiere. La modificación del ambiente individual es obra propia y social y puede ser rápido su progreso o su transformación.

Es, pues, el progreso intelectual del país un hecho, y el regocijo que ello nos produce se equipara al regocijo que sentimos por el crecimiento y avance de la edad de nuestros hijos. El progreso intelectual está limitado a las esferas en que se desarrolla y los beneficios marchan en relación.

Para las altas clases sociales, el progreso intelectual es un medio para conquistar mayor bienestar, porque poseen dinero. Para las bajas clases sociales, ese mismo progreso no alcanza a producir bienestar, porque no tienen dinero.

El progreso intelectual en esta época no es un progreso moral, pues en muchos casos la mayor capacidad conduce al individuo a la relajación. El progreso intelectual, creo decirlo sin pasión, se ha desarrollado notablemente en la clase media, y podría ser esto un motivo de alegría, pero la finalidad social que se busca como fruto del progreso intelectual dista mucho aún y la labor del proletariado inteligente prosigue vigorosamente su marcha. Cuando llegue a la meta, entonces sí que habrá motivos de alegrías comunes.

En cuanto a la situación política, es menester detenerse con alguna calma para estudiarla, para contemplarla. Esta conferencia escrita con ocasión del primer centenario de lo que se llama «emancipación política del pueblo», ha de dejar en sus páginas bien precisada la condición política del país.

¿Quiénes dieron el grito de emancipación política en 1810? ¿Dónde estuvieron y quiénes fueron los personajes del pueblo trabajador que cooperaron en aquella jornada?

La historia escrita no nos dice nada y los historiadores sólo buscaron

los héroes, los personajes, entre las familias de posición, entre la gente bien. En los monumentos que contemplan la historia tampoco vemos al pueblo. O'Higgins, los Carrera, San Martín, Manuel Rodríguez... todos esos eran gentes de la llamada alta sociedad de aquella época. Esos están inmortalizados en el bronce.

La burguesía por el conducto de sus escritores nos habla siempre de «los grandes hombres que nos dieron patria y libertad» y esta frase ha pretendido grabarla en la mente del pueblo, haciéndole creer que es propia para todos.

¡Yo mismo en torno mío..., miro en torno de la gente de mi clase..., miro el pasado a través de mis treinta y cuatro años y no encuentro en toda mi vida una circunstancia que me convenza de que he tenido patria, y que he tenido libertad!...

¿Dónde está mi patria y dónde, mi libertad? ¿La habré tenido allá en mi infancia, cuando en vez de ir a la escuela hube de entrar al taller a vender al capitalista insaciable mis escasas fuerzas de niño? ¿La tendré hoy, cuando todo el producto de mi trabajo lo absorbe el capital sin que yo disfrute un átomo de mi producción?

Yo estimo que la patria es el hogar satisfecho y completo, y la libertad sólo existe cuando existe este hogar. La enorme muchedumbre que puebla campos y ciudades, ¿tiene acaso hogar? ¡No tiene hogar!... ¡No tiene hogar!... ¡Y el que no tiene hogar no tiene libertad! Todos los grandes creadores y fundadores de la economía política han afirmado este principio: «¡El que no tiene hogar no tiene libertad!».

A ver, ¿quién puede contradecirme?

Acaso los que vencieron al español en los campos de batalla, ¿pensaron alguna vez en la libertad del pueblo? Los que buscaron la nacionalidad propia, los que quisieron independizarse de la monarquía, buscaban para sí esta independencia, no la buscaron para el pueblo.

¡Celebrar la emancipación política del pueblo! Yo considero un sarcasmo esta expresión. Es quizás una burla irónica. Es algo así como cuando nuestros burguesitos exclaman: ¡el soberano pueblo!... cuando ven a hombres que visten andrajos, poncho y chupalla. Que se celebre la emancipación política de la clase capitalista, que disfruta de las riquezas nacionales, todo eso está muy puesto en razón.

Nosotros, que desde hace tiempo ya estamos convencidos de que nada tenemos que ver con esta fecha que se llama el aniversario de la

independencia nacional, creemos necesario indicar al pueblo el verdadero significado de esta fecha, que en nuestro concepto sólo tienen razón de conmemorarla los burgueses, porque ellos, sublevados en 1810 contra la corona de España, conquistaron esta patria para gozarla ellos y para aprovecharse de todas las ventajas que la independencia les proporcionaba; pero el pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada, pero absolutamente nada, gana ni ha ganado con la independencia de este suelo de la dominación española. Tan es así que los llamados padres de la patria, aquellos cuyos nombres la burguesía pretende inmortalizar, aquellos que en los campos de batalla dirigieron al pueblo-soldado para pelear y desalojar al español de esta tierra, una vez terminada la guerra y consolidada la independencia, ni siquiera pensaron en dar al proletariado la misma libertad que ese proletariado conquistaba para los burgueses, reservándose para sí la misma esclavitud en que vivía.

ARTURO ALESSANDRI PALMA (1868 -1950)

20 de marzo de 1925

«El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo»

Luego de haber obtenido un voto más que su contendor Luis Barros Borgoño, Arturo Alessandri llegó a La Moneda en 1920. Su plan era ambicioso: reformas al régimen político, descentralización administrativa, dictación de leyes sociales y estabilización de la moneda. Tal era su compromiso con esa «chusma querida» que lo había hecho triunfar. La inestabilidad política del país y la intervención de los militares hicieron que, en septiembre de 1924, Alessandri renunciara al cargo. El Senado rechazó la renuncia, otorgándole un permiso temporal para retirarse del país. El 20 de marzo de 1925, volvió en gloria y majestad. La ciudadanía le brindó una apoteósica recepción. Emocionado y haciendo uso de sus grandes dotes histriónicas, «El León de Tarapacá» agradeció tan magno recibimiento.

Realmente, me siento pesaroso de no poder hablar como yo lo deseara, pues son tan fuertes los latidos de mi corazón, que apagan el eco de mi voz.

¿Qué queréis que os diga, mis conciudadanos, ante esta manifestación de cariño y de afecto, después de un viaje continuado en medio de aclamaciones y vítores de un pueblo, que mitigan mis dolores, que tienden un manto de olvido sobre el pasado, y que hacen concebir en el alma esperanzas de redención de una patria grande y nueva, redimida por sus esfuerzos y sus virtudes?

He sentido la amargura del destierro. Vagué por el mundo y en mi exilio, momento a momento, sentía que más y más tierras me separaban de mi patria; pero, a medida que los países y los mares me alejaban de este suelo, sentía también que la fuerza intensa de mis afectos por mi pueblo se agigantaban como una mole inmensa que hacía desaparecer las distancias.

En la ausencia, he vivido con vosotros; he vivido en vuestros recuerdos; vuestras penas eran las mías y vuestras alegrías las de mi alma.

Este pueblo generoso me llamó a Chile. Sin meditar en el sacrificio inmenso que esta vuelta importa para mí, he obedecido, y aquí me tenéis, compatriotas, dispuesto a emprender con vosotros la obra de salvación nacional.

Nuestro régimen gubernamental se había hecho imposible día por día. Todos los regímenes de Gobierno están basados sobre el equilibrio entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. Entre nosotros se habían subvertido los valores, y el Poder Ejecutivo se había convertido en un esclavo de la tiranía irresponsable y colectiva del Congreso.

Al expresar este concepto, no me refiero a personas que en momentos tan solemnes no cabe personalizar.

Es necesario modificar nuestro régimen de Gobierno; establecer un Ejecutivo que rija los destinos del país bajo su responsabilidad, y un Congreso que legisle y fiscalice; pero que no se inmiscuya en los actos de la administración, porque esto trae como consecuencia el trastorno y equivale a socavar por sus cimientos las bases de la República.

Estos mismos sentimientos están en el alma del país, y se encontraron cristalizados en el movimiento de septiembre, movimiento que, juzgado a la luz de los hechos, cualesquiera que hayan sido los procedimientos que se emplearon, fue un sentimiento idealista que obedecía a los propósitos de cambiar nuestro régimen gubernativo y conseguir un Chile nuevo, lleno de esperanzas, altivo y audaz, en marcha hacia la conquista del progreso.

En estos momentos rindo tributo a las Fuerzas Armadas de la República, por ese movimiento idealista que se confunde con las sentidas aspiraciones del pueblo, porque ellas han querido depurar nuestro régimen, y reconstruirlo sobre nuevas bases sólidas e inmovibles.

El movimiento de septiembre fue sincero. Sus manifestaciones posteriores así lo revelan, y las Fuerzas Armadas de la República, han puesto de relieve su patriotismo.

Ellas no han querido levantar un caudillo; cuando vieron que sus actividades eran desviadas, se congregaron en un solo sentimiento, y llamaron al Jefe Constitucional de la República para que viniera a reasumir su cargo y a realizar su programa, concordante y armónico con la iniciativa del 5 de septiembre.

Se han unido, pues, todas las fuerzas vitales de este país. Concuerdan en un ideal el pueblo, las Fuerzas Armadas y el Ejecutivo; es menester volver al régimen institucional, que es la suprema expresión de la democracia, por cuanto las instituciones de un pueblo son la garantía de la libertad y del derecho, la base de la felicidad y de la vida de los ciudadanos.

Llamado por el pueblo de Chile, en consorcio con las Fuerzas Armadas de la República, vengo aquí en nombre de la democracia, con el propósito de retornar a mi país a la vida institucional, para hacer de él una nación redimida de sus males, y fundida sobre los nuevos moldes, que se dará el pueblo mismo en el ejercicio de su voluntad suprema.

Señores, los antiguos soberanos, entre otros el rey Sol, decían: «El Estado soy yo». Las democracias han sustituido aquel lema por otro más noble, más digno, más compatible con la dignidad humana, y dice: «El Estado somos nosotros».

Por eso, mi tarea se ha de reducir a volver al país a su juicio institucional a la mayor brevedad posible, sobre la base de la libre expresión de la voluntad nacional, que es la única que tiene derecho para darse sus leyes.

Hoy, como ayer, vuelvo a decir, que no acepto dictaduras, y yo sería el primero en castigarme si se me ocurriera la idea de abusar de la confianza que el pueblo me da. La única dictadura que yo acepto es la de la voluntad soberana del pueblo y la de las instituciones que el pueblo se da en ejercicio de esa soberanía.

No hay, pues, discrepancia ni desacuerdos entre mis ideales y los de las Fuerzas Armadas con las aspiraciones populares que me han llamado a realizar esta obra con fe, con patriotismo y con abnegación.

Es preciso que nos convenzamos de una cosa. La tarea que pesa en estos momentos sobre mis hombros es inmensa.

Yo mido la magnitud de la responsabilidad que cae sobre los hombres que vamos a rehacer el país. No es esta tarea para un hombre, para dos ni para cuatro. Ella debe ser la obra armónica y conjunta de un pueblo entero, unido por ideales de redención y por una sana y patriótica aspiración.

Por eso, abriendoos mi corazón y mis brazos os digo: ¡venid a ayudarme en esta renovación! ¡venid a concluir la obra de justicia social y de solidaridad humana, que vuestro Presidente ha predicado en todos

y cada uno de los momentos de su vida!

Hoy, más que nunca, grito con todas las fuerzas de mis pulmones, con todas las energías de mi alma, que «el odio nada engendra; sólo el amor es fecundo». Dejo la ingrata tarea de odiar a los que se consumen en el propio dolor de sus malos sentimientos; yo conservo mis energías para amar, para unir, para fundir el alma del pueblo en un aliento vigoroso de salvación de la patria. Para ello buscaré la cooperación de todas las fuerzas sociales. El partido en que me apoyaré será el partido del bien público y de todos aquellos que aman con sinceridad el país.

Señores: éste es un momento solemne en la historia de la República, y yo os declaro que quiero la reforma de la nación sobre las bases del orden; no acepto el desquiciamiento y la desorganización. Si el pueblo de Chile me acompaña en estas directivas, seguiré en este puesto; si me niega su concurso, la puerta es ancha y seguiré el camino que ya una vez recorrí con dolor de mi corazón, y abandonaré mi patria.

La obra de reconstrucción que vamos a emprender no se puede hacer en veinticuatro horas. La leyenda bíblica nos enseña que aquella fuerza omnipotente, que creó al mundo, no ejecutó su obra en un momento.

Dios realizó su obra en siete días, y si esa fuerza superior necesitó darse tiempo, no es posible pedir a un hombre que realice la magna obra de reconstruir al país en un día. Para ello, os pido paciencia; reclamo de vosotros la confianza a que tengo derecho y os pido que confiéis en mí.

Enaltecí a mi patria sometiendo nuestra única cuestión al fallo de un árbitro intachable. Se me censuró, porque se creía que con mi actuación debilitaba los derechos de Chile. ¡Sin embargo, los acontecimientos posteriores han manifestado que yo tenía toda la razón! En Washington brilló la justicia de nuestra causa. El más alto tribunal del mundo nos ha hecho la más elevada justicia; el nombre de Chile brilla hoy como el de las naciones que saben cumplir y respetar sus tratados internacionales, y el resultado confirma mis predicciones, me autoriza para que se tenga confianza en mí, para que se me crea y se espere cuando yo digo que se debe esperar.

Señores: antes de terminar, quiero expresar pública y solemnemente, mis más profundos agradecimientos a los miembros de la Junta de Gobierno y a sus dignos colaboradores en el Ministerio, como, así mis-

mo, a las Fuerzas Armadas, que han procedido en todo momento con la conciencia plena de sus deberes. Mis agradecimientos también para este pueblo amante del orden y respetuoso de sus instituciones que me ha recibido en esta forma majestuosa.

Un pueblo que así procede, un pueblo que así hace justicia, es un pueblo que tiene asignada su inmortalidad.

VICENTE HUIDOBRO (1893-1948)

8 de agosto de 1925

«...todo huele a podrido en Chile...»

Si bien este «Balance patriótico» no fue dicho en forma de discurso (apareció publicado en el número 4 de la revista Acción), nos ha parecido oportuno incluirlo en esta selección debido a la amplia repercusión que las palabras de Huidobro causaron entre los chilenos de su época. Poeta vanguardista e irreverente, Huidobro publicó por primera vez a los dieciocho años. Al poco tiempo partió rumbo al Viejo Mundo, donde no tardó en entablar amistad con figuras de la talla de Joan Miró, Max Ernst y Pablo Picasso. De vuelta en Chile, en 1924, no encontró sino desesperanzas, miserias y desencantos. Entonces, denunció a los cuatro vientos la mediocridad y la falta de «alma» nacional. Posteriormente publicó Poemas Árticos, Altazor, Mío Cid Campeador y Temblor de cielo, entre otros libros.

Un país que apenas a los cien años de vida está viejo y carcomido, lleno de tumores y de superaciones de cáncer como un pueblo que hubiera vivido dos mil años y se hubiera desangrado en heroísmos y conquistas.

Todos los inconvenientes de un pasado glorioso pero sin la gloria. No hay derecho para llegar a la decadencia sin haber tenido apogeo.

Un país que se muere de senectud y todavía en pañales es algo absurdo, es un contrasentido, algo así como un niño atacado de arteriosclerosis a los once años.

El sesenta por ciento de la raza, sifilítica. El noventa por ciento, heredo-alcohólicos (son datos estadísticos precisos); el resto, insulsos y miserables a fuerza de vivir entre la estupidez y las miserias. Sin entusiasmo, sin fe, sin esperanza. Un pueblo de envidiosos, sordos y pálidos calumniadores, un pueblo que resume todo su anhelo de superación en

cortar las alas a los que quieren elevarse y pasar una plancha de lavandera sobre el espíritu de todo aquel que desnivela el medio estrecho y embrutecido.

En Chile cuando un hombre carga algo en los sesos y quiere salvarse de la muerte, tiene que huir a países más propicios llevando su obra en los brazos como la Virgen llevaba a Jesús huyendo hacia Egipto. El odio a la superioridad se ha sublimado aquí hasta el paroxismo. Cada ciudadano es un Herodes que quisiera matar en ciernes la luz que se levante. Frente a tres o cuatro hombres de talento que posee la República, hay tres millones setecientos mil Herodes.

Y luego la desconfianza, esa desconfianza del idiota y del ignorante que no sabe distinguir si le hablan en serio o si le toman el pelo. La desconfianza que es una defensa orgánica, la defensa inconsciente del cretino que no quiere pasar por tal y cree que sonriendo podrá enmascarar su cretinismo, como si la mirada del hombre sagaz no atravesara su sonrisa mejor que un reflector.

El huaso macuco disfrazado de médico que al descubrirse la teoría microbiana exclama: a mí no me meten el dedo en la boca; el huaso macuco disfrazado de filósofo que al oír los problemas del transformismo dice: a otro perro con ese hueso; el pobre huaso macuco disfrazado de artista o de político que cree que diciendo: no comprendo, mata a alguien en vez de hacer el mayor elogio.

Por eso, Chile no ha tenido grandes hombres, ni podrá tenerlos en muchos siglos. ¿Qué sabios ha tenido Chile? ¿Qué teoría científica se debe a un chileno? ¿Qué teoría filosófica ha nacido en Chile? ¿Qué principio químico ha sido descubierto en Chile? ¿Qué político chileno ha tenido trascendencia universal? ¿Qué producto de fabricación chilena o qué producto del alma chileno se ha impuesto en el mundo?

No recuerdo nunca en una universidad de Europa, ni en Francia, ni Alemania, ni en ningún otro país haber oído el nombre de un chileno, ni haberlo leído en ningún texto.

Esto somos y no otra cosa. Es preciso que se diga de una vez por todas la verdad, es preciso que ni vivamos sobre mentiras, ni falsas ilusiones. Es un deber, porque sólo sintiendo palpitar la herida podremos corregirnos y salvarnos aún a tiempo y mañana podremos tener hombres y no hombrinos.

Decir la verdad significa amar a su pueblo y creer que aún puede

levantársele y yo adoro a Chile, amo a mi patria desesperadamente, como se ama a una madre que agoniza.

Recorred nuestros paseos, mirad las estatuas de nuestros hombres de pensamiento: ¡qué cisos (*sic*) de valores efectivos! A la excepción de cuatro o cinco, ninguno de ellos habría sabido responder en un examen universitario de hombres serios, ¡qué sabios de aldea, qué cerebros más primarios! ¿En dónde fuera de aquí iban a tener estatuas esos pobrecitos?

Es necesario levantar estatuas en los paseos y como no hay a quién elevárselas, el pueblo busca el primero que pilla, y cuando es el pueblo el que levanta monumentos, ellos surgen debidos a las influencias de familias, son los hijos que levantan monumento al papá en agradecimiento por haberlos echado al mundo. ¡Es conmovedor!

¿Y el mérito, en dónde está el mérito? El pueblo pasa soñoliento y lánguido, arrastrando su cuerpo como un saco de pestes, su cuerpo gastado por la mala alimentación y carcomido de miserias y entre tanto la sombra de Francisco Bilbao llora de vergüenza en un rincón. ¿Qué hombre ha sabido sintetizar el alma nacional?

¡Pobre país; hermosa rapiña para los fuertes!

Y así vienen, así se dejan caer sobre nosotros; las inmensas riquezas de nuestro suelo son disputadas a pedazos por las casas extranjeras y ellos viendo la indolencia y la imbecilidad troglodita de los pobladores del país, se sienten amos y les tratan como a lacayos, cuando no como a bestias. Ellos fijan los precios de nuestros productos, ellos fijan los precios de nuestra materia prima al salir del país y luego nos fijan otra vez los precios de esa misma materia prima al volver al país elaborada. Y como si esto fuera poco, ellos fijan el valor cotidiano de nuestra moneda.

Vengan los cuervos. Chile es un gran panizo. A la chuña, señores; corred todos, que todavía quedan migajas sobre la mesa. ¡Es algo que da náuseas!

Chile aparece como un inmenso caballo muerto, tendido en las laderas de los Andes bajo un gran revuelo de cuervos.

El poeta inglés pudo decir: «Algo huele a podrido en Dinamarca», pero nosotros, más desgraciados que él, nos veremos obligados a decir: «Todo huele a podrido en Chile».

Un gran banquero alemán decía en una ocasión a un ex encargado de negocios de Chile en Austria: «Los políticos chilenos se cotizan como las papas», y un magnate de las finanzas francesas decía otra vez, y esto

lo oí yo: «Desde que a los políticos argentinos les dio por ponerse honrados, el gran panizo para los negocios es Chile».

Y esos prohombres de la política chilena, esos señores que entregarían el país maniatado por una sonrisa de lord Curzon y unos billetes de Guggenheim, no se dan cuenta de que cada vez que esos hombres les dan la mano, les escupen el rostro.

¡Qué desprecio deben sentir los señores del cobre por sus abogados!

¡Qué asco debe sentir en el fondo de su alma el amo de nuestras fuerzas eléctricas por los patrióticos tinterillos que defienden sus intereses en desmedro de los intereses del país!

Y no es culpa del extranjero que viene a negocios en nuestra tierra. Se compra lo que se vende; en un país en donde se vende conciencias, se compra conciencias. La vergüenza es para el país. El oprobio es para el vendido, no para el comprador.

Frente a la antigua oligarquía chilena, que cometió muchos errores, pero que no se vendía, se levanta hoy una nueva aristocracia de la banca, sin patriotismo, que todo lo cotiza en pesos y para la cual la política vale tanto cuanto sonante pueda sacarse de ella. Ni la una ni la otra de estas dos aristocracias ha producido grandes hombres, pero la primera, la de los apellidos vinosos, no llegó nunca a la impudicia de esta otra de los apellidos bancosos.

La historia financiera de Chile se resume en la biografía de unos cuantos señores que asaltaban el erario nacional, como Pancho Falcató asaltaba las casas de una hacienda. Pero aquéllos eran más cobardes que éste, porque el célebre bandido por lo menos exponía su pellejo.

¡Pobre Chile! Un país que ha tenido por toda industria el aceite de Santa Filomena y los dulces de la Antonia Tapia.

(Chile tiene hierro, Chile entero es un gran bloque de hierro y no posee altos hornos. La Argentina no tiene hierro y tiene altos hornos).

¿Y la justicia?

La justicia de Chile haría reír, si no hiciera llorar. Una justicia que lleva en un platillo de la balanza la verdad y en el otro platillo, un queso. La balanza inclinada del lado del queso.

Nuestra justicia es un absceso putrefacto que apesta el aire y hace la atmósfera irrespirable. Dura o inflexible para los de abajo, blanda y sonriente con los de arriba. Nuestra justicia está podrida y hay que barrerla en masa. Judas sentado en el tribunal después de la crucifixión, acari-

ciendo en su bolsillo las treinta monedas de su infamia, mientras interroga a un ladrón de gallinas.

Una justicia tuerta. El ojo que mira a los grandes de la tierra, sellado, lacrado por un peso fuerte y sólo abierto el otro, el que se dirige a los pequeños, a los débiles.

Buscáis a los agitadores en el pueblo. No, mil veces no; el más grande agitador del pueblo es la injusticia, eres tú mismo que andas buscando a los agitadores de abajo y olvidas a los de arriba.

Las instituciones, las leyes, acaso no sean malas, pero nunca hemos tenido hombres, nunca hemos tenido un alma, nos ha faltado el Hombre.

El pueblo lo siente, lo presiente y se descorazona, se desalienta, ya no tiene energías ni para irritarse. Se muere automáticamente como un carro cargado de muertos que sigue rodando por el impulso adquirido.

Hace días he visto al pueblo agrupado en torno a la estatua de O'Higgins. ¿Qué hacían esos hombres al pie del monumento? ¿Qué esperaban? ¿Buscaban acaso protección a la sombra del gran patriota?

Tal vez creían ellos que el alma del libertador flotaba en el aire y que de repente iba a reencarnarse en el bronce de su estatua y saltando desde lo alto del pedestal se lanzaría al galope por calles y avenidas, dando golpes de mandoble hasta romper su espada de tanto cortar cabezas de sinvergüenzas y miserables. No valía la pena haberos libertado para que arrastrarais de este modo mi vieja patria, gritaría el Libertador.

Y luego, como una trompeta, exclamara a los cuatro vientos: despiértate, raza podrida, pueblo satisfecho en tu insignificancia, contento acaso de ser un mendigo harapiento del sol, resignado como un Job que lame su lepra en un establo.

Los países vecinos pasan en el tren del progreso hacia días de apogeo y de gloria. Brasil, Argentina, Uruguay ya se nos pierden de vista y nosotros nos quedamos parados en la estación, mirando avergonzados el convoy que se aleja. Hasta Perú hoy ya es igual a nosotros y en cinco años más, en manos del dictador Leguía, nos dejará también atrás, como nos dejará Colombia, que se está llenando de inmigrantes europeos.

¿Y esto debido a qué? Debido a la inercia, a la poltronería, a la mediocridad de nuestros políticos, al desorden de nuestra administración, a la chuña de migajas y, sobre todo, a la falta de un alma que oriente y que dirija.

Un Congreso que era la feria sin pudicia de la imbecilidad. Un Congreso para hacer once buenas y discursos malos.

Un municipio del cual sólo podemos decir que a veces poco ha faltado para que un municipal se llevara en la noche la puerta de la Municipalidad y la cambiase por la puerta de su casa. Si no empeñaron el reloj de la Intendencia y la estatua de San Martín, es porque en las agencias pasan poco por artefactos desmesurados.

¿Hasta cuándo, señores? ¿Hasta cuándo?

Es inútil hablar, es inútil creer que podemos hacer algo grande mientras no se sacuda todo el peso muerto de esos viejos políticos embarazados de palabras ñoñas y de frases hechas.

Al día siguiente del 23 de enero, cuando el país estaba sobre un volcán, ¿saben ustedes en qué se entretenía una de las lumbreras de nuestra vieja politiquería, a quienes preguntaban los militares qué opinaban sobre la designación de Emilio Bello para ponerle al frente del Gobierno? En dar una conferencia de dos horas para probar que el nombramiento de Emilio Bello era razonable, pues este caballero había sido Ministro de Relaciones cuando el general Altamirano era Ministro del Interior; por lo tanto, pasando el Ministro del Interior a la Jefatura del país, al Ministro de Relaciones le tocaba pasar al Interior, automáticamente, según las leyes, a la Vicepresidencia de la República, en caso de quedar vacante la Presidencia, y por lo tanto..., etcétera.

No se le ocurrió por un momento hablar de la competencia ni de la energía, ni de los méritos o defectos del señor Bello. El pobre hombre estaba buscando argucias justificativas cuando se trataba de obrar rápidamente, hipnotizado por las palabras cuando había que saltar por encima de todo. Pobre atleta enredado en la madeja de lanas de una abuela cegatona, en los momentos en que la casa está ardiendo.

He ahí el símbolo de nuestros políticos. Siempre dando golpes a los lados, jamás apuntando el martillazo en medio del clavo.

Cuando se necesita una política realista y de acción, esos señores siguen nadando sobre las olas de sus verbosidades.

Por eso es que toda nuestra insignificancia se resuelve en una sola palabra: falta de alma.

¡Crisis de hombres! ¡Crisis de hombres! ¡Crisis de Hombre!

Porque, como dice Guerra Junqueiro, una nación no es una tienda, ni un presupuesto una Biblia. De la mera comunión de vientres no resulta una patria, resulta una piara. Socios no es lo mismo que ciudadanos. Al hablar de Italia decimos: la Italia del Dante, la Italia de Garibal-

di, no la Italia de Castagneto, y es que el espíritu cuenta y cuenta por sobre todas las cosas, pues sólo el espíritu eleva el nivel de una nación y de sus compatriotas.

Se dice la Francia de Voltaire, de Luis XIV, de Víctor Hugo, la Francia de Pasteur; nadie dice la Francia de Citroën, ni de mounsier Cheron. Nadie dice la España de Pinillos, sino la España de Cervantes. Y Napoleón sólo vale más que toda la historia de Córcega; como Cristóbal Colón vale más que toda la historia de Génova.

El mundo ignorará siempre el nombre de los pequeños politiquillos y comerciantes que vivieron en la época de los grandes hombres. Sólo aquellos que lograron representar el alma nacional llegaron hasta nosotros; de Grecia guardamos en nuestro corazón el nombre de Platón y de Pericles, pero no sabemos quiénes eran sus proveedores de ropa y alimentos.

En Chile necesitamos un alma, necesitamos un hombre en cuya garganta vengan a condensarse los clamores de tres millones y medio de hombres, en cuyo brazo vengan a condensarse las energías de todo un pueblo y cuyo corazón tome desde Tacna hasta el Cabo de Hornos el ritmo de todos los corazones del país.

Y que este hombre sepa defendernos del extranjero y de nosotros mismos.

Tenemos fama de imperialistas y todo el mundo nos mete el dedo en la boca hasta la campanilla. Nos quitan la Patagonia, la Puna de Atacama, firmamos el Tratado de Ancón, el más idiota de los tratados, y nos llaman imperialistas.

Advirtiendo de pasada que hubo un ministro de Chile en Argentina, el ministro Lastarria, que tuvo arreglado el asunto de la Patagonia, dejando a Argentina como límite sur el río Negro, y este ministro fue retirado de su puesto por antipatriota. Tal ha sido siempre la visión de nuestros gobernantes. Los huasos macucos tan maliciosos y tan diablos y sobre todo tan boquiabiertos.

Necesitamos lo que nunca hemos tenido, un alma. Basta repasar nuestra historia. Necesitamos un alma y un ariete, diré, parafraseando al poeta ibero.

Un ariete para destruir y un alma para construir.

El descontento era tan grande, la corrupción tan general, que dos revoluciones militares estallaron al fin: la del 5 de septiembre de 1924 y la del 23 de enero de 1925.

La primera giraba a todos los vientos como veleta loca, para caer luego en el mismo desorden y en la misma corrupción que atacara en el gobierno derrocado, echando sobre las espaldas de un solo hombre culpas que eran de todos; pero más que de nadie, de aquellos que, en vez de ayudarle, amontonaban los obstáculos en su camino.

La segunda, hecha por un grupo de verdaderos idealistas, se diría que principia a desflecarse y perder sus rumbos iniciales al solo contacto de la eterna lepra del país, los políticos viejos.

¿Hasta cuándo tendrán la ingenuidad de creer que esa gente va a enmendarse y cambiar de un solo golpe sus manías del pasado, arraigadas hasta el fondo de las entrañas, como quien se cambia un paletó?

Dos revoluciones llenas de buenos propósitos, pero escamoteadas por los prestidigitadores de la vieja politiquería, de esa vieja politiquería incorregible y con la cual no hay que contar, sino para barrerla.

El país no tiene más confianza en los viejos, no queremos nada con ellos. Entre ellos, el que no se ha vendido, está esperando que se lo compren.

Y no contentos con tener la mano en el bolsillo de la nación, no han faltado gobernantes que emplearan a costillas del Fisco a más de alguna de sus conquistas amorosas, pagando con dinero del país sus ratos de placer. ¿Y éstos son los que se atreven a hablar de patriotismo? Roban, corrompen las administraciones y, como si esto fuera poco, convierten al Estado en un cabrón de casa pública.

Qué se puede esperar de un país en el cual al más grande de los ladrones, al que comete la más gorda de las estafas, se le llama admirativamente: ¡gallo padre! Éste es un peine, dicen, y lo dejan pasar sin escupirle el rostro.

Se dice que el robo lo tenemos en la sangre, que es herencia araucana. Bonita disculpa de francachela. Pues bien, si lo tenemos en la sangre, quiere decir que hay que extirparlo cortando cabezas. Por ahí sale la sangre. Si no hay más remedio, que salga como un río.

¡Que mueran ellos, pero que no muera el país!

Que suban al arca unos cuantos Noé y los demás perezcan en el diluvio de la sangre pútrida.

Como la suma de latrocinios de los viejos políticos es ya inconmensurable, que se vayan, que se retiren. Nadie quiere saber más de ellos. Es lo menos que se les puede pedir.

Entre la vieja y la nueva generación, la lucha va a empeñarse sin cuartel. Entre los hombres de ayer sin más ideales que el vientre y el bolsillo, y la juventud que se levanta pidiendo a gritos un Chile nuevo y grande, no hay tregua posible.

Que los viejos se vayan a sus casas, no quieran que un día los jóvenes los echen al cementerio.

Todo lo grande que se ha hecho en América y sobre todo en Chile, lo han hecho los jóvenes. Así es que pueden reírse de la juventud. Bolívar actuó a los 29 años. Carrera, a los 22; O'Higgins, a los 34, y Portales, a los 36.

Que se vayan los viejos y que venga juventud limpia y fuerte, con los ojos iluminados de entusiasmo y de esperanza.

CARLOS IBÁÑEZ (1877-1960)

21 de mayo de 1927

«Juro que he salvado a la República»

Cuando el 2 de septiembre de 1924, un grupo de 56 oficiales del Ejército concurrió a las tribunas del Senado para protestar por la situación general del país, Carlos Ibáñez del Campo se encontraba entre ellos. También lo estuvo en calidad de ministro de Guerra, durante el primer gobierno de Alessandri Palma, y como ministro del Interior y como vicepresidente de la República del período de Emiliano Figueroa. Este, abatido por la crisis política que vivía el país, renunció el 4 de mayo de 1927, ocasión que Ibáñez aprovechó de inmediato: convocó a elecciones para el día 22 de mayo. Un día antes de la elección, en su calidad de vicepresidente y candidato a presidente a la vez, se dirigió al Parlamento en pleno. Su triunfo fue arrollador. Obtuvo el 73,5% de los votos.

Conciudadanos del Senado y de la Cámara de Diputados:

Un numeroso grupo de compatriotas impulsa mi candidatura a la Presidencia de la República en la elección de mañana. Y en vísperas de que mi nombre pueda ser acogido por las urnas, creo oportuno haceros una síntesis de mi criterio de gobierno.

Como lo he dicho tantas veces, tengo un ferviente anhelo de normalidad constitucional perfecta; continuaré haciendo esfuerzos extraordinarios por mantenerla; comprendo que los pueblos necesitan algunas reglas rígidas, para ser manejados; pero sé también que las leyes que se dan los hombres no son fines, sino medios para procurar la felicidad común.

En esta virtud, y en nombre de los más elevados intereses de mi patria, yo pido, yo exijo de mis conciudadanos que cooperen franca y lealmente en la obra de reconstrucción nacional en que el Ejecutivo está

empeñado, y exijo más de los que mayor responsabilidad tienen ante el país.

Espero esa cooperación.

Pero, si por desgracia, me fuera negada; si intenciones aviesas pretendieran perturbar la obra honrada de un gobierno cuya finalidad suprema y única es el bien de la patria, no omitiré sacrificios propios ni ajenos para guiar al país por la senda justa, para mantener el orden, aunque al término de mi período, en vez de poder declarar que me he ceñido estrictamente a las leyes, sólo pudiera afirmar, repitiendo la frase histórica: «Juro que he salvado a la República».

GABRIELA MISTRAL (1889-1957)

27 de enero de 1938

«¡Menudo trabajo contar cómo se hacen versos!»

Corría enero de 1938 y Montevideo, la capital uruguaya, se llenaba de poesía con la presencia de tres de las grandes voces del continente: Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral. La cita fue a propósito de la realización de los Cursos Suramericanos de Vacaciones y tuvo algo de los juegos de la época clásica. El arte y el ingenio se dieron la mano para recoger la confesión pública sobre su forma de crear de estas tres poetas. Nuestra Gabriela lo hizo en su estilo, marcando su opción por lo conversacional que caracterizó también toda su prosa. Siete años después recibió el Premio Nobel de Literatura, adquiriendo su poesía una dimensión universal. Pero ella seguiría cultivando paralelamente la prosa, poco estudiada hasta ahora, pero que ya comienza a salir de los claustros por la fuerza de esa oralidad que fue su característica primera.

Señores ministros, la ocurrencia feliz de reunirnos aquí a Juana, a Alfonsina y a mí, es muy uruguaya, es decir, muy llena de gracia. Ya dije antes que el Espíritu Santo es la Divina Persona que más llueve sobre la raza uruguaya.

Recordaremos, en primer lugar, a nuestras dos grandes muertas, tan nuestras como vuestras, uruguayos. Pensaremos en Delmira Agustini, maestra de todas nosotras, raíz hincada más o menos en las que aquí estamos, y pensaremos en María Eugenia, alma heroica y clásica, que en lo heroico y en lo clásico hubiera querido pastorearnos a todas, pero que se nos fue demasiado pronto.

Me temo que vaya a fracasar la linda intención del señor ministro Haedo de someternos a una encuesta verbal, a una confesión clara, a un testimonio, y que eso fracase a causa de nuestra malicia de mujeres y sobre todo de nuestro radical desorden de mujeres... Querer reducir a

norma y poner en perfiles nuestro capricho consuetudinario, es empresa de romanos que nosotras podemos desbaratar entera, incluso fingiendo que la obedecemos...

Parece que nos llaman a juicio y las llamadas somos: primero, una Diana de la campiña uruguaya, que adentro de su categoría de diosa medio agraria, guarda disimulada su humanidad de hija de Eva. La naturaleza, hasta hoy, que yo sepa, no ha querido dar su ancha fórmula y cuanto más deja caer una gota de su secreto, parecida a una sola uva exprimida en la manaza extendida del averiguador. La naturaleza, es decir Juana, no puede contar a vosotros, curiosísimos varones interrogadores, cómo se las arregla para soltar la luz sin darse ningún trabajo y cómo hace para que el agua de su poesía resulte a la vez eterna y niña. Son cosas muy serias, aunque parezcan tan inocentes, la naturaleza, hija de Dios, y Juana, hija del Uruguay, y nadie tampoco acertaría con las índoles, los modos (yo no quiero decir la horrible palabra «métodos») de Juana de América. Por algo lleva ella nombre geográfico adobado al de la pila bautismal; no es ningún azar ese apelativo que le dieron y que la deja sola con la América, dueña de la llave inefable de nuestro mujerío, es decir, con la fórmula de la feminidad americana. Siempre que voy hacia Juana —y la visito con frecuencia fiel—, yo la dejo como la hallé, en su candor y su misterio esencial. Su misterio es el peor de todos, el de lo luminoso y no de lo sombrío, y este misterio lleno de claridad burlaría al propio doctor Fausto. Ahí está el agua cayendo llena de luz y de gozo, el agua sin par de Juana. Beber, callar mientras se bebe, y agradecer: ésa es toda la política que nos corresponde a mujeres y a hombres en el caso de Juana de América.

En cuanto a Alfonsina, quien antes de sus canas y después de sus canas no ha sido otra cosa que la jugarreta deliciosa del «Sueño de una noche de verano», también ella va a dar un salto sobre el plan del ministro Haedo, escamoteándose.

Ella se ha reído toda su vida por igual de sus amigos y sus enemigos, y cuánto más soltará una pequeña prenda de la masa de su secreto; esa prenda despertará en vosotros más apetito de conocer el resto, y ella el Puck con faldas, se burlará sin ningún respeto de nosotros, y hará bien, porque nació para eso.

Viviendo dentro de raza romántica, la inteligencia afilada, como el alfiler que la japonesa lleva en el moño, se sacudió Alfonsina el extre-

moso romanticismo criollo. Alfonsina, hermana siamesa mía, por virtud de la cordillera que nos puso a querernos sin mirarnos nunca la cara, una del este la otra del oeste, cada vez que yo he querido definirla, o sea confesarla, se ríe de esta Gabriela medio cabrera del Valle de Elqui, medio lectora de la Cartilla... Véanla ustedes en el recinto oficial y en medio de la ceremonia pedagógica, haciendo una vez más la trampa del duende.

Yo le doy las gracias de tener cuanto yo no tengo y de regalarme lo que no me cayó a mí en suerte: lo que tiene es el precioso ingenio europeo, el aguijón que todos le perdonamos que lleve, porque el primer punto en el cual se hinca es el cuerpo mismo de la heridora. Alfonsina es una abeja inédita entre las abejas contadas por los poetas griegos: la avispa que en el vuelo se persigue a sí misma, antes de caer sobre el matorral de mirtos, la abeja-avispa que danza un baile desgarrante, buscando su propia carne, para sangrarla en una pirueta de juego que yo le entiendo y que suele hacerme llorar.

Vivo en este momento una aventura que suele ocurrirme: la de sentir en mi sangre un rumor, casi un tumulto, que quiere hablar por mi boca: esta vez ese tumulto es el de todas las poetisas uruguayas, desde las de Montevideo hasta las de Artigas; las que han venido, lo mismo que las ausentes, desde Luisa Luisi, criatura de mi sangre por la artesanía doble del verso y de la lección que nos ha unido en veinte años de amistad entrañable, hasta mis dos ángeles custodios de las calles de Montevideo, Sarah Bollo y Esther de Cáceres, quienes golpean a mi garganta y quieren también dar su mensaje.

Me siento como un viejo cuerno lleno de estas voces ajenas; me oigo como una verdadera vaina de hablas reunidas, y apenas tengo en este momento esa cosa fea que se llama el acento individual, la voz con nombre propio.

Ahora voy a obedecer a nuestro ministro y a nuestro director de educación, contando cómo escribo, si es que yo sé alguna cosa clara y efectiva sobre cómo escribo.

Válgame para explicar el duro trance una preciosa parábola del chileno Pedro Prado, que voy a decir malamente, a tontas y a locas. Pedro Prado cuenta que una vez una señora entró a un jardín y le pidió una rosa al jardinero, con esa tremenda superficialidad que tenemos las mujeres. Pero como el jardinero era un varón muy profundo le contes-

ta: yo le doy a usted la rosa, la que quiera, siempre que la corte donde ella comienza. Entonces la señora se va derecho por ahí a cortar a medio tallo cuando el jardinero le dice, no, la rosa no comienza ahí, ¿cómo cree usted que la rosa va a comenzar casi en el pedúnculo? Ah, le dice la señora, y va con la tijera más abajo. Ah, no, le vuelve a decir el jardinero, usted se equivoca, usted cree que ahí comienza esa cosa florida que hay arriba y ¿con qué savia se alimentaría? Cierto, dice la señora, y se va a cortar sobre el suelo. Ah, no, le dice el jardinero, usted cree que es ahí precisamente donde comienza, pero ¿y la raíz? Ah, dice ella, entonces la voy a arrancar. Nuevamente el jardinero la interroga, ¿usted cree que comienza en las raíces?, ¿y de dónde le vendría todo lo que tiene? La señora se quedó perpleja y no la cortó...

El poema tampoco sabemos dónde comienza. ¿Comienza en el momento en que se hace? Ah, no. ¿Comienza en el momento en que nos cae esa especie de puntada de la emoción, esa lanzada de la emoción?... Porque cuando la lanzada nos trabaja ya venía de tan tarde el hacerse la carne tierna para la lanzada. Habría que remontarse a todo lo que nos ha ido trabajando el corazón para esa calidad de la carne que le damos a la cuchillada. Es decir, habría que comenzar en la infancia, donde todo comienza, pero cuando nacemos ya traemos tanto capital viejo y deuda grande, que habría que comenzar con toda la muchedumbre de nuestros antepasados... ¡Menudo trabajo contar cómo se hacen los versos!

Grandes curiosos que nos escucháis, las mujeres no escribimos solemnemente como Buffon, que se ponía para la operación su chaqueta de mangas con encajes y se sentaba con una insufrible solemnidad a su mesa de caoba... Los hombres, posiblemente, sean tanto o más vanidosos que las mujeres..

Yo escribo sobre mis rodillas, en una tablita con la que viajo siempre, y la mesa escritorio nunca me sirvió para nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa.

Escribo de mañana o de noche y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la causa de su esterilidad o de su mala gana respecto de mi alma.

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro urbano; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y que Europa me da borro-neado, y mejor se ponen mis humores si yo afirmo mis ojos viejos en

una masa de árboles tiernos.

Mientras fui criatura estable en mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, escribí como quien dice sobre la carne caliente del tema. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en el medio de un vaho de fantasmas. Todo el mundo, el aire, el cielo y la tierra se me han vuelto puras saudades. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime y rara vez me deja ver realmente el paisaje y la gente extranjera.

Escribo sin prisa, generalmente, y algunas veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la cordillera. En todo caso, me irrita detenerme y tengo siempre al lado cuatro o seis lápices con punta, porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos...

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír mientras escribía, un crujido de dientes coléricos, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma.

Ahora ya no me peleo con las palabras, sino con otra cosa... He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío verdadero a causa de su énfasis. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco «mi lengua hablada», eso que llamaba don Miguel el vasco, «la lengua conversacional».

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, domando unos versos que aún así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible queda en lo que hago, sea verso o sea prosa.

Escribir me suele alegrar, siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno, infantil. Es la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total. Esos días en que hago alguna poesía, buena o mala, mi ánimo es el de quien estuviera casada con una muchedumbre de criaturas. Casada con el mundo.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona harto desordenada. El orden parece regalarme «espacios», y este apetito de espacio lo tienen mi vista y mi alma, por lo mismo de haber nacido dentro de una aflicción de valle urgido.

En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un

caño que iba por la calle, lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que se me funden todos en una especie de canción de cuna: pinares, marejadas, ruido de álamos, todo eso al llegar a mi oreja viene en un ritmo de canción de cuna.

Por otra parte, tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos, porque la mujer es la criatura más anecdótica de este mundo.

La poesía me conforta los sentidos, y eso que llaman el alma; pero la ajena mucho más que la mía. Ambas me hacen correr mejor la sangre, me defienden la infantilidad del carácter y me sirven de asepsia respecto del mundo.

La poesía es en mí, sencillamente, un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción. Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano castigado, y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música, que iba a ser la lengua del género humano.

Y a propósito de la infancia, pensaba qué definición sería la que yo pudiese dar de la poesía. Y pensando en esto, he escrito un poema en que habla un niño. El niño habla de una cantidad de bultos que ve falsos, que ve con sus ojitos. Yo creo que cuando nacemos, los que vamos a hacer versos, traemos en el ojo una viga atravesada. Esa viga atravesada nos deforma, transfigurando todo lo que miramos, y nos hace para toda la vida antilógicos y antirrealistas. El llamado poeta realista no existe. De manera que esa viga nos hace a veces ver amarillo lo que es negro y redondo lo que es cuadrado. Y nos hace caminar entre una serie de disparates maravillosos. Dicen que al morir, la mayor parte de los agonizantes llora una lágrima, una extraña lágrima que cae con mucha lentitud. Yo creo que la viga del ojo del poeta no se va sino en esa última lágrima del agonizante. Entraremos así en el paraíso, o donde sea, con el ojo limpio porque ya en otra parte no nos serviría de nada una viga que nos transfigurara las cosas.

Voy a decirles esa pequeña poesía que habla de la viga en el ojito del niño. Se llama «La pajita» y está escrita en la lengua folclórica de nues-

tro pueblo chileno que cuenta de una curiosa manera diciendo... ésta que... o éste que....

*Ésta que era una niña de cera.
Pero no era una niña de cera:
era una gavilla parada en la era.
Tampoco era la gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla.
Tampoco era la flor, sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera:
Una pajita dentro de mis ojitos era.
Alléguense a mirar cómo he perdido entera
en este lagrimón mi Pascua verdadera.*

RADOMIRO TOMIC (1914-1992)

11 de mayo de 1948

«Evitad la gran tentación...»

Fue uno de los dos primeros diputados que tuvo la Falange Nacional. Más aún: estuvo cuando en 1938 los falangistas rompieron definitivamente con el Partido Conservador. La verdad es que fue uno de los fundadores de ese nuevo partido de «demócratas y cristianos» que con el ímpetu de la juventud soñaban con cambiar el mundo. En su calidad de diputado por Tarapacá pronunció en la Cámara –con la vehemencia y profundidad que le fueron características– las razones que justificaban que la Falange Nacional votara en contra de la Ley de Defensa de la Democracia, también llamada «Ley Maldita», que marginaba de la legalidad al Partido Comunista. A su pesar, la ley fue aprobada.

Esta tarde es fácil atacar al comunismo y al Partido Comunista. ¡Si hasta será fácil hacerlo para aquéllos que no hace un año todavía, pactaban con el comunismo, se asociaban a toda clase de combinaciones gobiernistas, políticas, administrativas y electorales con él, y que han descubierto ahora, de repente, que el comunismo es materialista, marxista y partidario de la lucha de clases!

Espero ser oído con serenidad y sin prejuicios.

No tengo ni la vanidad ni la ilusión de creer que nuestras palabras vayan a cambiar el voto de nadie, pero es preciso que cada cual asuma plenamente sus responsabilidades frente a esta ley que ha de significar, a juicio nuestro, un paso desgraciado para el porvenir de la democracia y la libertad en Chile.

Para explicar la posición de la Falange Nacional ante el comunismo, es imposible dejar de referirse a la falsa imagen que gran parte del país

tiene de nosotros, a través de la persistente y malvada campaña de deformación de que hemos sido víctimas. Desde hace años, una gran parte de la prensa de derecha, y desde hace un año o más, casi todos los diarios de derecha o izquierda, de gobierno o de oposición, nos presentan como pro-comunistas, «apéndices del comunismo», cripto-comunistas, «peores que los comunistas», etcétera. Quienes lo hacen, saben que es totalmente falso; pero, unos por un motivo muy definido, y otros, por otro, han sellado la turbia alianza dirigida a desprestigiarnos, a calumniarnos y a sembrar la desconfianza en torno nuestro. Somos un partido pobre; no tenemos diario propio y en los ajenos no publican nada nuestro. Somos un partido nuevo, nuestra gente es aún poco numerosa; nuestra influencia muy limitada. Puede golpeárenos impunemente. Y lo hacen.

¿Cómo evitar que el recto juicio del país sea deformado a través de esta campaña? En octubre se aseguró que el honorable señor Leighon había ido al carbón a incitar a los obreros que se encontraban en huelga a que se mantuvieran a todo trance, y la verdad es que fue precisamente a lo contrario.

¿No se escribió de mí en editoriales que me individualizaban, cuando los comunistas decretaron la huelga en contra del gobierno del señor Duhalde, que yo había estado en Iquique apoyando e impulsando esa huelga, cuando, en realidad, la Falange pidió a sus militantes que no la apoyaran?

En esa oportunidad, a mí me pidieron que hablara en la plaza de Iquique. Lo hice y dije en medio de no pocos silbidos, que la huelga era ilegal, que era política y revolucionaria, y que los falangistas no la apoyábamos y estábamos en contra de ella.

¿Qué creen que informó la prensa de Santiago, honorables colegas? Dijo que yo había hablado en la plaza de Iquique para arengar a los huelguistas que mantuvieran el movimiento hasta hacer caer el gobierno del señor Duhalde.

Yo denuncié estos hechos, señores diputados, porque deseo ser oído sin prejuicios y porque ellos sirven para revelar la forma cínica en que muchos diarios y partidos que exigen la supresión del Partido Comunista, «para defender la democracia y la libertad», ejercen la «libertad» de prensa; y «acatan» los fundamentos básicos de una democracia honesta.

La Falange Nacional, honorables colegas, es contraria al comunismo.

Es contraria al comunismo, en primer lugar, en el plano de la concepción filosófica del hombre, de la vida, de la sociedad civil y del Estado. El comunismo se apoya en la concepción materialista de la historia y es, necesariamente, ateo. La Falange Nacional, que, cumpliendo las normas de la Iglesia, no es un partido confesional que se arrogue la representación del catolicismo en la política, es, sin embargo, un partido que acoge sin reservas, en toda su integridad, la filosofía espiritualista católica.

La Falange es contraria al comunismo, también, en lo que podríamos llamar «el plano de las grandes proposiciones políticas». El comunismo lucha en el orden del Estado por una sociedad sin clases. Y para llegar a ella, cree indispensable y necesario organizar la lucha de clases, imponer la dictadura del proletariado, suprimir las libertades públicas y establecer el partido único y la prensa, la cultura y el arte controlados. Para el comunismo, nada es, ni representa, el hombre fuera del Estado. Para el comunismo, la fuente del derecho es la llamada «conciencia revolucionaria». La Falange Nacional, en cambio, frente a la lucha de clases sostiene la integración posible y necesaria de todos los grupos sociales en la superior unidad de la nación. La Falange Nacional rechaza enfáticamente la proposición de la dictadura del proletariado y sostiene la eficacia de la libertad como instrumento para la liberación humana. Frente al principio del partido único, nosotros sostenemos la necesidad de la libre agrupación ideológica. Frente a la prensa controlada, nosotros propiciamos el mantenimiento de un régimen jurídico. Frente al postulado del hombre siervo del Estado, nosotros sostenemos, por el contrario, el principio de que el Estado sólo se justifica como servidor de los fines espirituales supremos propios de la persona humana.

Para nosotros, como para vosotros, cuenta mucho la sombra oscilante del cuerpo de Nicolás Petkov, el jefe socialista búlgaro, colgado de una horca en una plaza de Sofía. Cuentan mucho los 16 diputados de la oposición fusilados en Albania. Cuentan mucho los «golpes de Estado» que impusieron gobernantes comunistas, despiadados y violentos, a los pueblos de Hungría y de Rumania. Cuentan mucho las cadenas del trabajador forzado que arrastra injustamente el arzobispo Stepinac, en Yugoslavia. Cuenta mucho esa angustia sin medida que llevó a Masaryk a la muerte, en Checoslovaquia.

La experiencia universal nos prueba que el comunismo permanece fiel a sus principios, lúcido e implacable en la aplicación de su pensa-

miento filosófico y político y en sus métodos de coacción, cuando las circunstancias le son oportunas.

Por lo que se refiere a Chile, he oído a los honorables diputados comunistas decir, en el seno de la comisión, que ellos pueden dar su palabra de que no tienen dependencia alguna de organismos internacionales comunistas o del Cominform de Belgrado.

Les creo.

Pero ello no cambia el hecho constatado por los chilenos de que el Partido Comunista chileno, en el desenvolvimiento lógico de su concepción fundamental sobre el advenimiento de la sociedad colectivista, ha estimado necesario apoyar siempre y en toda circunstancia la posición internacional de la Unión Soviética, a veces en flagrante oposición al interés nacional e internacional de Chile.

No quiero ahondar en esta materia, que sería de larga consideración.

He hecho esta larga introducción, honorables colegas, para probar que nuestra posición no es la que pretenden quienes, malvadamente, nos deforman ante la faz del país. No somos comunistas, ni cripto-comunistas, ni pro-comunistas, ni aliados ni «apéndices» del comunismo.

En el fondo no se nos ataca porque crean, honradamente, que estamos infiltrados de la concepción filosófica marxista o porque tengamos pactos secretos o no secretos con el Partido Comunista. Sabemos perfectamente bien por qué se nos ataca. Se nos ataca porque estamos tratando de cumplir nuestro deber de cristianos en la política, dentro del seno de la masa proletaria; porque hemos ido a buscar la mente y el corazón del hombre de trabajo allí en donde está: en los sindicatos. Porque estamos dispuestos, siguiendo una clarísima norma pontificia, a luchar por el robustecimiento de la organización gremial que representan los sindicatos. Porque apoyamos las huelgas justas y legales. Porque estamos en la CTCh y no aceptamos entregar todo el campo obrero al cultivo exclusivo del marxismo comunista o socialista. Porque luchamos por la transformación del régimen capitalista, hacia una economía humanista de raíz cristiana, gobernada por la moral y la justicia, y no solamente por el afán de lucro y las «leyes naturales» del capitalismo. Porque estamos combatiendo la supervivencia de estas estructuras del Estado liberal, de la economía capitalista y del agnosticismo positivista, que dejan a la inmensa masa de los asalariados sometidos –en la frase de fuego de León XIII– «a un yugo que defiere poco del yugo de los esclavos», despo-

seídos no sólo de los bienes y riquezas materiales de este mundo, necesarios para una vida sana y para la práctica de la virtud, sino lo que es peor, destituidos de la alegría de vivir, destituidos de toda esperanza.

Son muchos los intereses de creyentes y de incrédulos heridos por nuestra posición. ¡Se defienden! Y nos señalan: «Son pro-comunistas, cripto-comunistas; peores que los comunistas».

Todo lo que he dicho contra el comunismo esta tarde, está expresamente contenido en los veinticuatro puntos fundamentales del programa de la Falange Nacional, con el cual nació a la vida política hace diez años, y cuya plena vigencia permanece y adoctrina a todos sus militantes. Nada de lo que he dicho es nuevo para ningún falangista.

Termino esta materia con unas pocas palabras. Nada pedimos, nada deseamos, nada esperamos del Partido Comunista. Sólo quisiéramos poder mantener con él una lucha leal.

Señores diputados, entro ahora a lo que he llamado «los tres problemas previos», que es preciso despejar para avanzar con claridad en el análisis de la ley.

El primero es un problema de doctrina que hace fuerza en el plano de la conciencia religiosa a muchos diputados, para quienes el catolicismo no es sólo una «costumbre religiosa», sino que impone deberes que es preciso conocer y cumplir.

Se dice –y es verdad– que, dentro de la tesis del pensamiento católico de un Estado cristiano ideal, el error no tiene derechos. Y que, siendo el comunismo un error manifiesto, «intrínsecamente perverso», el Partido Comunista pasa a ser una **asociación ilícita** que no puede admitirse. Pero, entendámonos, señores diputados, para quienes el hecho de ser cristiano tiene importancia; ¡entendámonos! Es claro que en el Estado cristiano ideal el error no tiene derechos y que pesaría, en consecuencia, sobre la autoridad pública, el deber intrínseco de condenar la existencia de una asociación ilícita, como sería el Partido Comunista.

Pero yo pregunto a vosotros: ¿es que estamos en la tesis del pensamiento cristiano, es que estamos viviendo en el seno de un Estado cristiano ideal? Ciertamente no; todos vosotros lo admitiréis. ¿Y qué enseña la teología católica cuando no se vive en la tesis del Estado cristiano ideal, sino en la hipótesis de un Estado imperfecto, que no es el Estado cristiano ideal? Enseña que, entonces, es preciso aceptar las limitaciones que impone la prudencia, la consideración de lo que es posible, del

mal menor. En otras palabras, convivir con el error, sin comprometer nunca, ¡por cierto!, nuestros propios principios; y sin dejar de luchar por superar el error y atenuar sus malas consecuencias.

Y si creéis que, a pesar de todo, en el actual Estado no cabe reconocer derecho alguno al error comunista, ¿por qué aquellos de vosotros que queréis plantear esta cuestión en el plano de la conciencia religiosa, por qué reconocéis derechos al error liberal? ¿Por qué reconocéis derechos al error radical, o al error socialista? ¿Por qué no presentáis, entonces, de acuerdo con esta «obligación de conciencia», un proyecto de ley que deje fuera de la ley al Partido Liberal, al Partido Radical, al Partido Democrático, a la masonería, a todas estas organizaciones que sirven al error y no a la verdad?

¡Dadme una respuesta! La tenéis a flor de labios: «Porque no sería posible; porque sería insensato; porque no sería aprobado; porque sería contraproducente; porque sería peor»...; ¡porque estáis reconociendo que no vivimos en el seno del Estado cristiano ideal! A estas alturas de la argumentación alguien podría decir: «Sin embargo, si aprobamos esta ley, contribuimos a perfeccionar el actual Estado imperfecto; nos acercamos al Estado cristiano ideal».

Aquí hay, honorables colegas, un punto fundamental sobre el cual quiero detenerme apenas un minuto, pero que yo rogaría que quedara en vuestra mente, porque señala uno de los motivos profundos de desacuerdo que tenemos con muchos de vosotros frente a esta ley. A nuestro juicio, esta ley que declara al Partido Comunista fuera de la ley y lanza sobre él la persecución policial, es una ley que perjudicará a las personas de los comunistas y que, simultáneamente, favorecerá al desarrollo del comunismo de Chile. Es una ley que no suprimirá el error comunista, sino que lo hará más grave y peligroso. No avanzaremos; ¡retrocederemos! Por eso es falso el argumento de quienes pretenden que hay un «deber de conciencia» en votar a favor de esta ley. Nosotros votaremos contra ella, porque estamos convencidos de que va a favorecer al comunismo en Chile, aunque sirva para despojar de sus derechos y hacer sufrir a muchos comunistas.

Avanzo ahora a la segunda cuestión, o «problema previo», por aclarar. Honorables diputados, he oído a algunos de los más brillantes diputados de la derecha expresar su opinión, en el seno de la comisión, diciendo: «Apoyamos esta ley porque sostenemos que la democracia no

está obligada a aceptar en su seno a un grupo organizado –como el Partido Comunista– para destruir la democracia. Los que tenemos fe en la libertad, no estamos obligados a aceptar que al amparo de nuestras libertades se organicen grupos –como el Partido Comunista– que no tienen fe en la libertad y cuyos objetivos reconocidos son destruir la libertad»

Pero, ¿de qué se trata, honorables colegas? ¿Se trata acaso de discutir el **derecho de la democracia para excluir al Partido Comunista** de su seno? No se trata de eso. Yo concedo personalmente, sin vacilar, que la democracia tiene derecho a excluir de su seno a cualquier grupo organizado para destruirla. Pero el problema no está en saber si tiene o no derecho. Lo tiene. El problema está en saber si conviene o no conviene actualmente a los intereses de la democracia y de la libertad excluir de la vida legal a uno de estos grupos y perseguir por la policía, no sus actos antidemocráticos, cosa que evidentemente hay que hacer con la mano legal más dura posible, sino su existencia misma, su organización, cualesquiera que sean los métodos que dicho grupo declare que aplicará. Es decir, excluirlo y perseguirlo aun cuando diga que está dispuesto a buscar sus objetivos finales antidemocráticos y antilibertarios usando los métodos legales, manteniéndose dentro de los límites de la ley y aceptando las normas externas de la democracia, ya que no sus ideales ni su contenido esencial.

Comprendo que muchas de sus señorías tienen derecho a sostener que somos nosotros los que estamos equivocados. Pero creo haber dejado definitivamente en claro que el problema no está en discutir el derecho de la democracia a excluir de su seno al Partido Comunista. El problema está en probar que el método mejor de defender la democracia y combatir el comunismo, sea excluirlo de la vida legal y perseguirlo por la policía. El asunto, como veis, cambia fundamentalmente de aspecto. Voy a dar un poco más adelante las razones que tenemos para creer que la democracia se perjudica más excluyendo el comunismo de la vida legal, que manteniéndolo en ella. Y que el comunismo se hace más duro, amenazante y peligroso cuando vive en la ilegalidad y en el clandestinaje, que cuando es admitido y batido en el seno de la democracia y de la libertad.

Esto suscita la tercera «cuestión o problema previo» que creo necesario despejar. Es la cuestión relativa a la **actitud del Partido Comunista frente a esta ley**. Nos dicen: «Ustedes sostienen que este proyecto favorece al comunismo; que lo hará más fuerte y peligroso». ¿Cómo expli-

can, entonces, que los comunistas, que deben saber más que ustedes respecto a lo que a ellos les conviene, estén tan violentamente en contra de este proyecto; lo ataquen con tanta ferocidad; le teman tan manifiestamente y hagan lo posible por impedir que se apruebe?

Admitiréis, honorables colegas, que no atenúo en nada la fuerza del razonamiento. Y sin embargo, es un argumento que no tiene sino un valor de apariencia; ¡un argumento sin fuerza alguna! ¿Por qué...? ¡Porque esta ley, dirigida contra las personas de los comunistas, que significará para ellos toda clase de mortificaciones, de inconvenientes, penurias y dificultades, es, sin embargo, una ley que favorecerá al comunismo en Chile! ¡No hay en esto, honorables colegas, ningún juego de palabras, sino una realidad manifiesta, incontrovertible!

Por ejemplo, no cabe duda de que para los honorables colegas comunistas que aún están aquí entre nosotros, la aprobación de esta ley significará la separación de sus hogares, la pérdida de su libertad, los muros de una prisión, la relegación a lugares lejanos e inhospitalarios. ¿Cómo queréis que estén a favor de esta ley?

¿Qué duda cabe de que para veinte o treinta mil comunistas esta ley significará la pérdida de gran parte de sus derechos políticos; la pérdida o la constante amenaza de pérdida de sus ocupaciones, la imposibilidad o la dificultad de ganar lo suficiente para mantener a sus mujeres e hijos? Significará Pisagua, Melinka; significará ser «ciudadanos de segunda clase»; significará estar entregados a lo que ayer llamaba Mr. Churchill en La Haya, «la peor forma de terror»; el perpetuo temor del golpe policial a medianoche, en la puerta de la casa, mientras la mujer tiembla y llora junto a su marido, y los niños asaltados por el vasto y primitivo terror que emana de la fuerza, de la oscuridad y del desamparo, se hielan de miedo, mientras se llevan a su padre en la noche, a lo desconocido.

Señores ministros: creedme. Así han salido centenares de obreros en la pampa de Tarapacá. Así fueron arrancados del seno de sus familias. En mitad de la noche. Entre el llanto desgarrado de los suyos. ¡Y no eran todos comunistas...!

¿Cómo no explicarse, señores diputados, que esta ley sea resistida por los comunistas?

Es una ley que perjudicará, sin duda, a las personas de los comunistas. ¡Y sin embargo, es absolutamente cierto que favorecerá al comunismo! No es juego de palabras. ¡Es un hecho simple y lógico! ¡Podría apli-

carse a tantos otros grupos este mismo fenómeno de que, lo que perjudique a las personas, puede favorecer simultáneamente a la idea que representan!

Algunos podrán pensar: «¡Flamantes comunistas éstos, que no aceptan la persecución con tal de servir a sus ideas!».

Y yo os pregunto a vosotros: ¿no está escrito: «Si quieres ser perfecto vende tu casa, todo lo que tienes, da el dinero a los pobres y sígueme?».

¿No está escrito esto en el Libro Santo?

¿No es una verdad de fe para muchos de los que estamos sentados aquí esta tarde? ¿Por qué no lo hacemos...?

¿Acaso no hay para nosotros un destino ultraterreno, una vida sin límites que ganar, si fuéramos capaces de recoger aquello de lo cual no dudamos: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, da el dinero a los pobres y sígueme?».

¿Por qué, si los cristianos no somos capaces de esa santidad heroica a la cual, ¡ya lo sé!, no estamos obligados, si nosotros no somos capaces de este tipo de perfección, a pesar de cuanto podríamos ganar?, ¿por qué hacer ludibrio de que los comunistas, que no tienen nada comparable que ganar, prefieran los medios ordinarios de acción? ¿Son hombres como todos! Prefieren evitar los sufrimientos consiguientes a la persecución policial, aun cuando ella hará más duro y eficaz el comunismo en Chile. ¿No fue Tertuliano el que escribió hace siglos: «Sangre de mártires, semilla de cristianos»? y entro, enseguida, al tercer orden de materias que dije que tocaría en mi exposición. Entro a explicar por qué razones la Falange Nacional votará contra el proyecto del Gobierno.

Pido perdón, si para conservar la coherencia del pensamiento, debo empezar por referirme a problemas que todos conocéis, tan bien o mejor que yo. ¿Qué es el comunismo? Para los propósitos de esta parte de mi exposición me interesa analizarlo como un fenómeno de hecho. El comunismo no es sino la réplica del materialismo de los pobres al materialismo de los ricos; la réplica del materialismo de los proletarios al materialismo del capital.

Circunstancias que no es del caso analizar, hicieron que la naciente economía industrial fuese organizada dentro de las formas clásicas del capitalismo; dentro del Estado liberal; dentro del agnosticismo racionalista y positivista.

Este orden humano fundado en la negación del orden moral cristiano;

ese Estado liberal que renunciaba a su deber de someter los intereses particulares al servicio de un definido propósito de bien común; esa estructura capitalista de la economía que se apoyaba sobre la piedra maestra del llamado «principio hedonístico», según el cual es el interés de la ganancia el gran motor de la actividad económica, y las «leyes naturales de la economía» los medios automáticos reguladores de la producción, circulación y consumo de la riqueza; de sueldos, salarios y precios; independientemente de cualquiera sujeción a un orden moral; todo esto, señores diputados, era un cuerpo que arrastraba una sombra: el comunismo. Sombra que hace cien años justos, se hacía ya presente. «Un fantasma recorre a Europa...», decía el *Manifiesto comunista* de Marx y de Engels, refiriéndose al descontento, amasado de injusticia, de lágrimas, de desesperación, que estaba naciendo en el seno de las grandes masas proletarias, castigadas hasta el hueso por las «leyes naturales» del capitalismo, mientras el Estado permanecía inerte y la moral religiosa era sepultada «en el santuario íntimo de la conciencia».

Crece el capitalismo y su sombra, crece y se endurece. Es inevitable. El comunismo acompaña fatalmente el proceso capitalista en la economía, al proceso liberal en la política; al proceso agnóstico y racionalista en la filosofía. Una sociedad fundada en la injusta desigualdad de clases, es una sociedad madura para la lucha de clases. El comunismo no es, desde este punto de vista, sino la técnica más rigurosamente lógica, más políticamente audaz, más psicológicamente eficaz para organizar la lucha del proletariado materialista en contra del capitalismo y de la sociedad burguesa.

Desgraciadamente, el proceso de desarrollo del comunismo no cubre ya sólo los aspectos propiamente económicos, sino que, bajo ese disfraz, ensaya una respuesta coherente para todos los problemas del hombre y del Estado. Pretende ser no solamente una nueva técnica de organización de la economía, sino una nueva forma de organizar la sociedad humana, y además, una nueva tentativa colosal de suprimir a Dios del espíritu humano.

Llegamos a nuestros días. El comunismo domina sin contrapeso en siete u ocho países. Trescientos millones de europeos viven bajo gobiernos comunistas. El peligro comunista, la amenaza comunista no puede ser ignorada por ninguna nación libre de la tierra.

¿Qué hacen las democracias, organizadas sobre un conjunto de idea-

les y de instituciones inconciliables con el comunismo, para defenderse de esta amenaza?

Dos actitudes, dos métodos legales son posibles para enfrentar la amenaza comunista en el seno de una democracia.

El primero, el que ha escogido ahora el Gobierno de Chile: excluir al Partido Comunista de la vida legal y perseguirlo policialmente. El segundo: mantener al Partido Comunista dentro de la vida legal, castigar sus actos o hechos antidemocráticos o antinacionales, y vaciarlo de contenido en la cuestión social.

El gobierno ha escogido el primer camino. Nos pide votar a favor del proyecto por el cual se excluye al Partido Comunista de la vida legal y se lo persigue policialmente.

¡Estamos en desacuerdo con el señor Ministro! No votaremos esta ley. Estamos en contra del proyecto del Gobierno, en primer lugar, porque el método de luchar contra el comunismo, excluyéndolo de la vida legal y persiguiéndolo policialmente, es un método que históricamente ha fracasado en forma rotunda.

Fue aplicado drásticamente por el zarismo en Rusia. El knut, los cosacos, la Siberia, la metralla, fueron empleados con terrible determinación. Y sin embargo, a la primera grieta, irrumpió el Partido Comunista endurecido por la persecución, fanático y compacto y destruyó en un abrir y cerrar de ojos un orden social que duraba ya mil años; libró victoriosamente en cuatro o cinco frentes simultáneos la guerra civil, y llegó hasta las puertas de Varsovia. ¡No habían sido destruidos por la persecución policial ni exterminados por el terror! ¡Malos los resultados, malo el método!

¿Vamos a ignorar la experiencia que hemos comprobado en nuestros propios días? Recordad la experiencia del fascismo italiano, que se hizo en condiciones económicas e históricas insuperables desde el punto de vista anticomunista. Años 21 y 22. La mitad de las fábricas italianas paralizadas, ondeando sobre ellas la bandera roja del «Soviet de fábrica». Una febril Italia desorientada, angustiada. ¡La marcha sobre Roma! Un partido –el fascismo– toma la totalidad del poder. Traía un programa de vasto contenido social. Un hombre de genio político indiscutible a la cabeza. Un partido que tuvo todas las ventajas de no aceptar oposición de ninguna especie; prensa única, partido único; régimen policial; objetivos nacionalistas capaces de galvanizar al pueblo... ¡Y veinte años

de tiempo para aplicarse! ¡Veinte años! ¿Para qué? Para que al caer el régimen por circunstancias que todos conocemos, ¡un italiano de cada tres, vote por el comunismo!

¿Y en España franquista? No estamos oyendo y leyendo cada día el supremo argumento de los defensores del señor Franco, que dicen que si Franco se va, España «quedará entregada al comunismo?».

¿Y en América? ¿Hemos olvidado la experiencia brasileña?

Once años de dictadura del señor Getulio Vargas, que terminó hace apenas dos o tres años. ¿No decían tan enfáticamente que «en Brasil no hay más comunistas que los que están en la cárcel»? Pero cayó el señor Getulio Vargas, y a los pocos meses se hacen las elecciones en que el Partido Comunista saca un millón de votos.

¡Malos los resultados, malo el método!

¿Cómo queréis recoger una lección más directa, más patética y más definitiva, que esta lección que hemos recogido nosotros mismos, que ha ocurrido en nuestros días, respecto del terrible fracaso que acompaña a la represión policial —la fórmula «fácil y barata»— de combatir al comunismo?

En cambio, mirad los resultados de la fórmula contraria, el método contrario. Mirad a las democracias que no han declarado al comunismo fuera de la ley, que no han buscado una falsa seguridad en la represión policial, sino en la eficacia del «cordón sanitario» que nace de la práctica honesta de la democracia, y la libertad y la justicia. Honorables colegas, que estáis a favor del proyecto del Gobierno, yo os ruego que me nombréis un solo país, ¡uno solo!, que sea democrático y libre, que haya escogido el camino que hoy piensa tomar el Gobierno de Chile. ¡Uno solo! ¿Es posible, honorables colegas, que no haya una sola nación en que se haya creído en la eficacia de este método? Ni Suecia, ni Noruega, ni Dinamarca, ni Holanda, ni Bélgica, ni Luxemburgo, ni Inglaterra, ni Irlanda, ni Islandia, ni Francia, ni Italia, ni Suiza, ni una sola de estas naciones cree que el sistema de excluir al comunismo de la vida legal y perseguirlo policialmente sea un sistema útil para defender la democracia y la libertad. ¡Ni uno solo! Y vosotros, que sois democráticos sinceros, vosotros, ¿vais a manchar vuestro pensamiento pretendiendo que Attlee, en Inglaterra; Schumann, en Francia; De Gasperi, en Italia; que todos los gobiernos de las democracias protestantes de Europa, de las democracias socialistas de Europa, de las democracias cristianas de

Europa, son pro-comunistas o cripto-comunistas; o compuestos por individuos torpes o incapaces de comprender la amenaza comunista; incapaces de saber defender la democracia y la libertad de sus pueblos?

¿Y en América? ¿En América...? Ni Canadá, ni Estados Unidos, ni México, ni Colombia, ni Costa Rica, ni Cuba, ni Venezuela, ni Ecuador, ni Uruguay, ni Argentina, ni Perú, ni Bolivia, ninguna de estas naciones americanas han creído en el método que el Gobierno chileno dice que es el único para combatir al comunismo y defender la democracia. Ninguna de ellas ha creído que éste sea un buen método.

¿Y váis a decir que el señor Truman, que el señor Mackenzie King, el presidente Bustamente en el Perú, que el presidente Ospina en Colombia, son pro-comunistas, son cripto-comunistas? ¿O que no saben defender la democracia y la libertad?

En cambio, en vuestro método creen tres o cuatro tiranuelos corrompidos de Centroamérica, que envilecen el nombre americano. En vuestro método creen en el Paraguay, en donde han declarado fuera de la ley a todos los partidos, salvo al de Gobierno. En vuestros métodos creen en el Brasil, país al cual estamos ligados por muchos vínculos y al cual respetamos por muchos títulos, pero del que Chile no puede tomar ejemplo de democracia.

¿A quiénes estáis imitando? ¿A quiénes vais a ligar a este pequeño y amado país, del cual sois el Gobierno, a nuestro amado Chile que, con todas las imperfecciones que se quieran, es la más pura, la más seria y la más noble de las realizaciones logradas por la democracia en la América Latina?

¡Lo vais a hacer marchar con Tiburcio Carias, con Anastasio Somoza, con Higinio Moriñigo, con Trujillo! ¡Con éstos lo ligáis! Ésa es vuestra campaña!

¡No! ¡No, señores ministros! ¡No se pueden equivocar todos los gobiernos democráticos del mundo cuando han hecho lo contrario de lo que vosotros venís a pedir a la Cámara! ¡No puede ser verdad, señores ministros, que para defender la democracia tengan la razón Trujillo, Somoza, Moriñigo o Franco! ¡Os estáis equivocando vosotros! ¡Sois el Gobierno de Chile! Miro vuestro uniforme, reflejo del limpio honor del marino y del soldado chileno; miro vuestra condición de juristas distinguidos; miro vuestro patriotismo, vuestra rectitud, vuestra buena intención! ¡Os estáis equivocando, señores ministros! Señor Ministro del

Interior: apelo a vuestro solemne y dramático llamado a todo lo que constituye la limpia y pura tradición democrática de nuestra Patria. ¡Os estáis equivocando cuando queréis unir el destino de Chile al de países que han pisoteado la democracia, que desprecian la libertad, que atropellan todo lo que fue grande y amado por nuestros antepasados! ¡Os estáis equivocando cuando dais la espalda a todas las democracias del mundo, las de Europa, y las de América! Vosotros sois el gobierno de Chile. Vosotros sois los depositarios de la gran tradición nacional, a vosotros se os escucha en La Moneda: yo no sé si es demasiado tarde para que nada útil pueda hacerse, pero ¡cómo quisiera que fuese posible que pudiérais convencer al Presidente de la República, hombre culto, libertario y democrático, pero hombre impulsivo, que no cometa este grave error político!

Antes de abandonar este punto, quisiera destacar lo que han hecho gobiernos como el gobierno francés y el italiano, que han tenido recientemente «pruebas de fuego» con el Partido Comunista.

Todos recordamos la huelga general revolucionaria decretada en noviembre del año pasado por el Partido Comunista de Francia. Esa huelga llegó a paralizar a seis millones de trabajadores franceses. El Gobierno francés pidió leyes a la Cámara para castigar los actos contrarios a la libertad de trabajo y a la vida económica de la nación. No pensó un solo instante declarar al Partido Comunista fuera de la ley. Quebró la huelga y batió al Partido Comunista francés, manteniendo las normas democráticas y la libertad. ¿Y sabéis, vosotros honorables colegas, lo que piensa del anticomunismo policial el Movimiento Republicano Popular (MRP), que hoy encabeza el Gobierno de Francia, y que está presidido por Schumann? Bien, Schumann y casi la totalidad de los jefes del MRP y de sus militantes son católicos. Católicos que están en situación de cumplir con sus deberes de conciencia y de gobernantes. Repito, señores, católicos practicantes, para ver si así logramos evitar que se alce mañana otra vez la voz perversa de los que nos acusan de heterodoxos, de estar podridos de rebeldía, de andar extraviados en las sendas del marxismo y del comunismo. Pues bien, el Movimiento Republicano Popular francés, que hoy encabeza el Gobierno de esa nación, acaba de celebrar su Congreso Anual. Leo *El Mercurio* de ayer, 10 de mayo. Y dicen: «Un anticomunismo puramente negativo, equivocado en sus intenciones y métodos, sólo puede aumentar la amenaza del

comunismo al entregar a su influencia a las categorías sociales más desfavorecidas. El logro de la justicia económica y social, que exige una acción indispensable de parte de las fuerzas libres del sindicalismo francés y la participación activa de las masas del pueblo, constituyen la garantía más segura de la independencia nacional y de las libertades democráticas, amenazadas por todos los tipos de totalitarismo».

Esto lo dice, recordad, honorables colegas, un partido que era Gobierno en el mes de noviembre de 1947 y enfrentó la huelga revolucionaria comunista de seis millones de obreros.

¿Y en Italia? Acaban de celebrarse elecciones en Italia, en que los comunistas han sacado siete millones de votos.

¿Qué ha dicho De Gasperi, el Jefe del Partido triunfante, el Jefe del Gobierno italiano, otro católico practicante, a quien esperamos no acusarán de pro-comunista o desviado ideológicamente? Dijo literalmente «que el Partido Demócrata Cristiano y el Gobierno italiano darían a los comunistas todas las posibilidades de mantenerse dentro de la vida legal en Italia, si ellos preferían ese camino y no la acción revolucionaria».

Es lo mismo que nosotros queremos para nuestro país.

Señor Presidente, creo haber demostrado, hasta la evidencia, que lo que nos está pidiendo el Gobierno chileno —luchar contra el comunismo declarándolo fuera de la ley y persiguiéndolo con la policía—, es un método históricamente ineficaz; es un método que nos liga exclusivamente a las peores dictaduras; es un método que nos aparta de los que están haciendo todas las democracias libres del mundo, que se han batido con el comunismo y lo han vencido.

Estamos en contra del proyecto del Gobierno, en segundo lugar, porque es falso que esté a punto de ocurrir en Chile lo que ocurrió en Checoslovaquia. Y es igualmente falso que Chile esté amenazado de una victoria legal del Partido Comunista en las urnas.

Checoslovaquia era una nación totalmente rodeada de Estados comunistas. Una nación en cuyas fronteras vela sus armas un gigantesco Ejército soviético, el que ocupa Alemania. El golpe de Estado comunista no podía, físicamente, militarmente, políticamente, ser contrarrestado.

En cambio, hasta el más palurdo de los chilenos comprende que un *putsch* comunista en Chile sería sofocado por el pero irresistible de toda la nación, por la fuerza del número, de las armas, de la voluntad libertaria y del espíritu de conservación del país entero, levantado contra la ínfima

minoría comunista. Por otra parte, no hay nadie —y los comunistas menos que nadie— que no comprenda la existencia de factores internacionales que entrarían inmediatamente en juego y que no permitirían ni siquiera 24 horas de ficticio poder a ningún Soviet nacional de América.

Es falso, igualmente, que el Partido Comunista esté a punto de ganar legalmente el poder en Chile. Hay un voto comunista por cada diez no-comunistas. Si realmente creemos en la libertad, si realmente queremos la justicia social, si realmente estamos animados del deseo de dar a los chilenos grandes motivos de acción colectiva, de fervor nacional, nos queda tiempo, amplia oportunidad de batir al Partido Comunista dentro de la libertad y de la ley. Claro está que si no estamos dispuestos a realizar esa justicia social, a moralizar el Estado, a transformar la precaria base de nuestra economía, el comunismo hará carrera.

¡Pero la hará aún más rápida y peligrosa dejándolo fuera de la ley!

Estamos en contra del proyecto del Gobierno, en tercer lugar, porque esta ley hace en veinticuatro horas lo que el Partido Comunista ha estado buscando infructuosamente durante diez años: el Partido Marxista Único de los Trabajadores.

En Chile lo buscaron durante varios años. Sólo la interferencia de la guerra y la primera posición socialista de los años 1939, 1940 y la primera mitad de 1941, de apoyo a Estados Unidos de Norteamérica, hizo que el Partido Comunista de Chile sacrificara este objetivo de fusionarse con los socialistas, para defender en el plano internacional el apoyo a la política exterior de Unión Soviética, antes del ataque alemán.

Pues bien, señores diputados, vosotros habréis fundado el Partido Marxista Único de los trabajadores chilenos cuando hayáis aprobado esta ley, que declara al Partido Comunista fuera de ella, y que le impide organizarse como partido o en cualquiera otra forma, y que le impide presentar candidatos.

A mí me interesa que no haya Partido Unido Marxista de la clase obrera, porque soy social-cristiano y hemos llegado tarde a la lucha social. Por eso nosotros que queremos defender verdaderamente a Chile del marxismo, que queremos defender a la clase trabajadora de la penetración y de la absorción marxista, necesitamos tiempo y no queremos que este proyecto, una vez ley, cierre el frente marxista único de los trabajadores. Ésas son nuestras razones. Pero vosotros, ¡cuántas mayores razones tenéis para no cometer este disparate!

Nosotros no luchamos por defender el capitalismo ni el orden burgués. No creemos en eso. ¡Pero muchos de vosotros, sí! Le estáis prestando un inmenso servicio al marxismo, al cual queréis unir como un duro ariete en la lucha contra el capitalismo y contra el orden burgués. ¡Estáis trayendo las tablas de vuestro ataúd, los clavos de vuestro ataúd y el martillo para sellar vuestro destino!

Sóis ciegos y más que ciegos al no ver que todos vuestros intereses inmediatos están ligados a la división de los grupos obreros marxistas del país. Ése es vuestro problema y no es el nuestro. Pero en esta hora de responsabilidades, me parece justo dejar constancia de lo que cada cual está haciendo al votar a favor o en contra de este proyecto.

Estamos contra el proyecto del Gobierno, en cuarto lugar, porque esta ley llevará al molino comunista aguas de muchos cauces que, sin ella, no habrían llegado nunca a engrosar el caudal comunista.

Llevará en primer término, a los que sean víctimas injustas de la acusación de comunismo. Y al círculo, nunca pequeño, de quienes los rodean por vínculos de familia, de afecto, de trabajo o de ideas.

Llevará también a un vasto número de aquéllos para quienes la solidaridad de clases, con el sufrimiento de muchos inocentes, será la única cosa clara que entiendan. Yo he visto en Iquique, señores diputados, vagar docenas de esposas y centenares de niños de obreros de Tarapacá, relegados a Pisagua. Perdido el trabajo por los padres de familia, perdidas las viviendas que ocupaban sus mujeres y sus niños, sin salario y sin recursos, los he visto mendigar en grupos rencorosos y dolorosos para poder vivir. ¿Qué relación tenían esos centenares de niños con el comunismo? Ninguna. Sus padres, sí; pero no ellos. El Gobierno se defiende con lógica aparente, y real, incluso, si ustedes quieren, diciendo que el deber de velar por sus familias lo tenían antes que todos esos obreros comunistas y no el Gobierno. ¿Cuánto vale esta defensa? Todo lo que vosotros queráis, en ciertos círculos del país. Para mí, muy poco, pues creo que aun la errada conducta del jefe del hogar no elimina los deberes que pesan sobre el Estado con relación a esas mujeres y a esos niños chilenos. Pero, ¿qué valor tiene esa defensa en la mente simple del pueblo? Ninguno. Menos que nada. Lo único que ellos saben, es que hay un régimen y hay un gobierno cuyas medidas hacen vagar hambrientos por las calles a mujeres pobres y a niños pobres, sin casa, sin salario, sin comida. Saben que eso se debe a que los padres son co-

munistas y a que el Gobierno castiga a los comunistas. Pero nada, ni nadie, podrá hacerlos comprender que esas mujeres y esos niños, pobres como ellos, hermanos de clase y condición, que no son comunistas, que no saben nada de comunismo, anden con hambre, pidiendo limosna. La solidaridad entre los pobres, la solidaridad ante el sufrimiento humano de los inocentes, puede hacer más por la simpatía hacia el comunismo perseguido que todo lo que podrían hacer los propagandistas y agitadores comunistas en diez años.

La clase media. ¡Y en la clase media! ¿Qué creen los señores ministros que pasaría si hicieran un plesbiscito secreto entre los cien mil empleados públicos, los cien o ciento veinte mil empleados particulares, las varias decenas de miles de empleados municipales y semifiscales, respecto a si son partidarios o contrarios de la aprobación de esta ley? La gran mayoría de ellos no es comunista y son anticomunistas. Sin embargo, puede el Gobierno tener la seguridad de que la gran mayoría votaría en contra de la aprobación de esta ley. No porque quiera favorecer al comunismo. No. Porque temen, por instinto, que esta ley no va a aplicarse sólo a los comunistas, no va a servir sólo para la represión policial del comunismo, sino que va a sofocar, a asfixiar, a estrangular lentamente los esfuerzos del sindicalismo y del gremialismo por dar a los asalariados mejores condiciones económicas. Callan, porque no se atreven a pronunciarse públicamente. Pero no están a favor de esta ley. ¡Están en contra!

Hacia el molino comunista correrán las aguas de muchos descontentos por motivos que nada tiene que ver con el comunismo. El comunismo será el perseguido, la víctima del Gobierno que no resuelve los problemas, el polarizador de muchos de los descontentos que se quejan de la falta de moralidad en altas esferas administrativas; de la angustiada carestía de la vida; de la falta de viviendas, de alimentos, de trabajo. Así es la condición humana. Tiende a asociarse con el perseguido del Gobierno cuando tiene motivos de queja contra el Gobierno. Vais a dar al comunismo la corona del martirio, la aureola de la víctima, el nimbo del perseguido. ¿Para qué le queréis prestar ese inmenso servicio? Sabéis como yo que cuando tengáis aprobada esta ley, y el Partido Comunista esté prohibido, y perseguidos sus militantes, y clausurada su prensa y sus locales, seguirán pendientes los mil problemas de falta de austeridad, de falta de moralidad administrativa, de falta de soluciones efecti-

vas –¡con culpa, o del Gobierno o sin ella! ¡Los hombres de escasa cultura no razonan!– para la inflación, la carestía de la vida, la carencia de divisas, el bajo rendimiento de nuestra economía. ¿Qué haréis entonces? ¿Y qué harán los comunistas subterráneamente? ¿Y cuál será la actitud de los centenares de miles de chilenos que verán prolongarse o agudizarse estos problemas? El cuadro será el mismo de hoy, con una diferencia: el Partido Comunista será el símbolo de la resistencia a este Gobierno; el centro de polarización del descontento; la víctima.

Estamos contra el proyecto del Gobierno, en quinto lugar, porque si bien es verdad, como dije antes, que esta ley no es contraria al derecho que tiene la democracia a defenderse, excluyendo de su seno a un grupo organizado para destruirla, es también un hecho que revela una falta de confianza en todos los principios fundamentales, en todos los ideales sobre los cuales se apoyan las instituciones y los métodos de la democracia. Me explico, honorables colegas: la democracia no es sólo un conjunto de instituciones, tales como el sufragio universal, la división de los tres poderes, la renovación periódica del mandato. Todo esto, sin duda, es esencial para que exista democracia; pero todo esto, a su vez, descansa en principios aún más profundos. Descansa en la fe, en la eficacia de la razón humana; en la convicción de que la verdad se impone sobre la mentira o el error; que la libertad significa para los hombres mucho más que el despotismo o la opresión; que la justicia mueve más que la injusticia; y el amor, más que el odio. ¿Creéis vosotros en esto, señores diputados? ¡Tenéis que hacerlo! De otro modo, ¿qué sentido tendría todo el sistema democrático si estas verdades esenciales sobre las cuales se apoya, no fueran ciertas? ¡Ninguno! Este proyecto contiene una negación implícita de los fundamentos morales básicos del sistema democrático. Es un acto de desconfianza en los principios de la democracia y en la capacidad política y de discernimiento del pueblo chileno. Es una confesión de temor de que entre el comunismo y la democracia, el pueblo chileno preferirá al comunismo. Entre la dictadura y la libertad, preferirá la dictadura; entre Chile y Unión Soviética, preferirá a Unión Soviética. No puedo apoyar este proyecto que contradice los fundamentos morales de la democracia; que desconfía de la capacidad política de la nación; y que agravia sin razón el buen juicio del pueblo chileno.

Estamos en contra del proyecto del Gobierno, finalmente, señores diputados, porque este proyecto recoge lo que podemos llamar «la gran

tentación» del mundo burgués y capitalista. La gran tentación de encontrar una solución fácil y barata para el problema del comunismo, engendrado en sus propias entrañas y consustancial con él. Éste es el grave error del Gobierno. Está tratando de convencer al país, con este proyecto, que esa solución existe. Está sembrando una falsa sensación de seguridad frente al comunismo. En vez de acelerar el proceso de transformación de la economía capitalista, le hará creer que su hora no ha pasado todavía que puede destruir no sólo al comunismo, sino que debe destruir –como ha dicho *El Mercurio* en dos ediciones dominicales sucesivas, del 2 y del 9 de mayo– a su verdadero enemigo, que no es el comunismo, sino el sindicato, la organización de los trabajadores. El país, la democracia chilena, pagarán un largo precio por este grave error del Gobierno. ¡No, señores ministros! No podéis colgar ningún letrero que diga: «Se prohíbe el descontento». Hubo quien ofreció en Chile «defender el valor de la moneda a cañonazos». Ni aún a cañonazos podríais, señores ministros, prohibir el descontento amasado en la entraña rencorosa del silencio, el descontento que polarizará el comunismo. Evitad la «gran tentación». No engaños al país sobre la verdadera naturaleza del problema comunista; y sobre las tremendas exigencias que la lucha contra el comunismo impone al mundo de nuestros días, a las fuerzas morales y políticas de nuestra nación, a las fuerzas de la economía y del capital y de la organización de nuestra patria.

Señores ministros: estoy obligado a abreviar por falta material de tiempo. La Falange Nacional cree que para combatir al comunismo en Chile con eficacia, es preferible seguir el segundo método de defender la democracia. Es preferible mantener al comunismo dentro de la vida legal de la nación, mientras ellos estén dispuestos a aceptar las normas exteriores de la democracia, ya que no su contenido esencial. Proponemos, pues, al Congreso y al Gobierno, las siguientes medidas:

1º. No cometer el error político de declarar al Partido Comunista fuera de la ley. En otras palabras, modificar este proyecto de ley, suprimiendo las disposiciones que establecen dicha supresión.

2º. Establecer penas nuevas o aumentar las penas existentes para todos aquellos actos o hechos que se cometan en Chile contra la producción, como el sabotaje, trabajo lento, etcétera, por quienes quiera que los cometan.

3º. Establecer penas nuevas o aumentar las existentes en contra de

aquéllos que devora el espíritu de codicia, contra los especuladores, los que abusan de los trabajadores, los que atropellan las leyes, la dignidad de la función pública y malbaratan el dinero de la comunidad nacional.

4º. Iniciar, desde luego, una efectiva reforma agraria, que abra a la inmensa masa de los asalariados del campo la posibilidad de llegar a ser propietarios, de trabajar –como en todos los pueblos libres de Europa– su propia tierra. Estudiar y organizar para ello el régimen de explotación de la tierra por comunidades agrícolas.

5º. Iniciar la «reforma de la empresa», a base de comenzar a educar a los asalariados, obreros y empleados en una efectiva participación responsable en los beneficios, en la gestión y en la marcha entera de la empresa, con miras a reemplazar el régimen actual del asalariado.

6º. Legalizar a la CTCh. Crear una entidad central del trabajo organizado que tenga derechos y también deberes. Que represente a los trabajadores y asuma responsabilidades efectivas no sólo en la defensa de los derechos de los asalariados, sino, además, en el cumplimiento por parte de éstos de los contratos pactados, de las obligaciones de una leal gestión económica, del atento resguardo de los intereses nacionales en cuanto dicen relación con el trabajo organizado.

7º. Ejemplo de austeridad, de sobriedad, de honradez en los que mandan.

8º. Una política de efectivo aumento en el rendimiento de nuestra economía, a partir de una efectiva participación por parte de los trabajadores en la mayor riqueza producida.

9º. Control del proceso inflacionista y de la carestía de la vida, a base de sacrificios para todos y no sólo para los que viven de un sueldo y un jornal. La política de los «precios remunerativos» no ha detenido al alza del costo de la vida, aun cuando desde hace más de seis meses no se alzan sueldos ni salarios. La política de estagnación de sueldos y jornales, mientras se aceptan y se propician las alzas de precios de los artículos de consumo, es injusta, insostenible y artificial.

10º. Una política internacional seria, a la altura de la tradición y del honor de Chile, dirigida a crear cuanto antes bases nuevas para la unificación de «grupos de naciones» latinoamericanas dentro de la comunidad panamericana y de las Naciones Unidas. Objetivos próximos: acuerdos económicos, los más amplios posibles, con Argentina y Bolivia, con miras a crear las bases de una economía complementaria y mutuamente integrada.

11º. Fe en la eficacia social de los valores morales cristianos, aplicados al hombre individual, al Estado, a la economía, a la familia y a la enseñanza.

Señores diputados: la victoria del comunismo no es fatal. No es inevitable. ¡Puede derrotársele! Para esto se necesita no cometer un error tan grave como el que esta ley representa. Y se necesita, además, iniciar con valor, con audacia, con coraje, el abandono de las formas de la economía capitalista y del Estado liberal, lleno de injertos socialistas, que lo hacen aún más ineficiente.

Los que creemos en el Social-Cristianismo creemos en la posibilidad de hallar una síntesis entre las profundas modificaciones de estructura que necesita la economía para ponerse al servicio del trabajo, en vez de seguir al servicio del capital, y la plena salvaguardia de los valores espirituales, como la libertad y los demás derechos naturales propios de la persona humana.

El gran problema de nuestro tiempo no es un problema que pueda resolver la ciencia, la técnica o el poder de la materia obediente a la inteligencia humana, sino, primero que todo, un problema espiritual, un problema de fe, una fe activa y positiva.

El extraño signo de unión y de contradicción a la vez, entre los hombres del siglo XX, es esta hambre imperativa, angustiosa, dramática de fe. ¡Crear en algo más alto, más puro y más duradero que nuestros pequeños intereses personales! Centenares de millones de hombres han dado, en nuestros días, todo lo que tenían: su libertad, su corazón, su vida misma. Unos, al grito pagano de la sangre y la raza; otros al grito pagano del Estado y la nación; otros, al grito pagano de la rebelión de los desposeídos. Muchos millones más buscan a tientas algo en que creer para dar también todo aquello que poseen: su libertad, su corazón, su vida misma. ¡Qué lejos parecen estar todos de la imagen de Dios! Y, sin embargo, ¿qué oscura certeza nos está gritando que estas angustias, estas desesperanzas, estas locuras, este largo e inútil golpear a los pies de los ídolos, pidiendo respuesta a lo Absoluto, son las primeras señales reveladoras de que tal vez se acerca una nueva «ciudad de Dios» entre los hombres...? Es para los hombres de nuestro tiempo, para nuestros hermanos perdidos en la noche, para quienes escribió Peguy su palabra desconcertante y profunda: «¡Señor, te busco porque ya te he encontrado!».

He dicho.

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA (1898-1980)

9 de enero de 1949

«Mujeres de Chile: sois desde este instante ciudadanas...»

El teatro Municipal bullía. En su interior varios cientos de mujeres esperaban el solemne momento que por décadas venían soñando y reclamando a la vez. Ese día culminaba un quijotesco camino comenzado a fines del siglo XIX, cuando un grupo de señoras tímidamente demandó su derecho a la educación y al trabajo. En 1934 votaron en las elecciones municipales. Luego, tras la ardua labor del Movimiento Pro Emancipación de Mujeres de Chile y de la Federación Chilena de Instituciones Femeninas, las mujeres conquistaron el derecho a escoger y a ser escogidas como parlamentarias. Sólo faltaba el paso final. El entonces presidente González Videla, luego de la aprobación del Parlamento, promulgó la ley que otorgó la totalidad de los derechos políticos a la mujer chilena.

He querido que el acto de promulgación de la ley que otorga derechos políticos a la mujer chilena esté revestido de la mayor solemnidad, y que él se lleve a cabo entre vosotras, dirigentes y miembros de organizaciones femeninas de nuestro país, porque señala una fecha trascendente para la democracia de nuestra patria.

Durante largas décadas la mujer ha batallado en Chile por alcanzar la plenitud de sus derechos a participar en la vida nacional, con todos los deberes y responsabilidades.

Así, infatigablemente, luchando contra la incomprensión, el prejuicio y el derrotismo de muchos hombres, fuisteis conquistando uno a uno los jalones de un justo reconocimiento colectivo.

No os sentisteis desalentadas en las horas de los olvidos o las negaciones: no fuisteis alocadamente eufóricas en aquellas otras en que el triunfo consagraba vuestros legítimos derechos.

Pero hicisteis algo que es todavía más grande.

En medio de la lucha por vuestros derechos, en la batalla diaria de la existencia, en la cual luchabais junto a los hombres creando riquezas, prestando vuestros servicios profesionales, educando a la nación, no perdisteis ese divino don que embellece la vida humana: vuestra femineidad.

Gracias a ella supisteis ser en todo momento la compañera abnegada y espiritual, y el centro en torno del cual gira el hogar, célula fundamental de la nación.

Pero al reconocimiento que hacíamos de vuestra capacidad y condiciones faltaba lo que os daría a plena igualdad jurídica y moral: los derechos políticos.

Por su conquista trabajasteis con la fe de cruzados, llevando el convencimiento a todos los sectores políticos que era justo, era honorable y era necesario el otorgarlos.

La Carta de las Naciones Unidas, aprobada en la Conferencia de San Francisco, documento magno que constituye el más serio y poderoso esfuerzo de los pueblos cultos y democráticos por la paz y el bienestar universales, consagró en la portada de su Declaración de Principios que «los pueblos de las Naciones Unidas están resueltos a: reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, y de las naciones grandes y pequeñas».

Al aprobar nuestro país la Carta de San Francisco, y con ello este nuevo estatuto que se daba al mundo en busca de su paz y felicidad, Chile contrajo el compromiso formal de reparar la situación injusta en que teníamos relegada a la mujer en cuanto se refiere a los derechos políticos.

Como delegado en esa histórica Conferencia de las Naciones Unidas, tuve la oportunidad de defender estos principios. Como Presidente de la República me cabe, en estos instantes, el honor de sancionar la ley que iguala a la mujer y al hombre en sus derechos y responsabilidades en la vida política de la nación.

Permitid, por eso, que al firmar el decreto de promulgación de esta ley, que con tanta justicia vosotras calificáis de conquista, os haga algunas reflexiones.

Vivimos horas de inquietudes y angustias por la suerte del mundo,

y la única forma de liberarnos de ellas es la acción incansable, abnegada, de sacrificios sin límites, por el mejoramiento del sistema democrático, único régimen que hace posible la paz de los pueblos y el bienestar de los individuos.

Y debemos reconocer los hombres, con sinceridad, que no son halagüeños los días que vive el sistema democrático en la inmensa mayoría de las naciones.

La falta de comprensión de parte de unos, la carencia de visibilidad para apreciar los peligros y asechanzas infatigables de los enemigos de la democracia, la incapacidad para sobreponerse a la intransigencia y al egoísmo y mirar sólo el interés común, están creando el desconcierto y la desesperanza en muchos espíritus.

Es en este desconcierto y en esta desesperanza donde clavan sus garras los enemigos de la democracia, los que pretenden destruirla para satisfacer sus ambiciones o apetitos de poder.

Los partidos políticos en los cuales los hombres se agrupan, acordes a sus principios espirituales y por medio de los cuales ejercitan sus derechos ciudadanos, necesitan, sin duda, maduras reflexiones de parte de dirigentes y dirigidos para concertar sus procedimientos a las necesidades que crea un mundo convulsionado, que ha vivido una generación entera bajo el peso de sucesivas guerras implacables.

Reparad entonces en los yerros cometidos por nosotros en nuestra organización democrática de partidos y, encimando los sentimientos y las pasiones, pensad solamente que vuestro primero y fundamental deber, de ahora en adelante, es mejorar nuestra democracia, depurándola de sus yerros y llenando los vacíos que ella presenta.

En este solemne e histórico acto, yo no podría sino rendir el homenaje de mi más devota admiración a la mujer chilena, y abriendo todo mi corazón de gobernante confesaros que en esta permanente y agotadora lucha que vengo manteniendo tenazmente contra el egoísmo y la demagogia, mi espíritu se abre a una nueva esperanza: que la mujer, en pleno dominio de sus derechos, ha de venir en mi ayuda para humanizar la política chilena y darle un sentido más profundo y más sincero de fraternidad, de justicia y de sensibilidad.

Grande es por esto vuestra responsabilidad en los momentos en que os incorporáis a la vida política nacional.

Mucho disteis a la República a través de cien años de colaboración

silenciosa y abnegada. Mucho es lo que ahora podéis dar a la clara luz de vuestros derechos políticos, ejercitándolos sin otro norte que el bien de nuestro pueblo, y especialmente de la mujer proletaria, la que en el hecho no sólo sobrelleva la carga de su maternidad, sino que es la verdadera víctima de la injusticia social.

Mujeres de Chile: sois desde este instante ciudadanas de la República, con la plenitud de los derechos políticos, con la capacidad necesaria para ejercerlos y para participar en los actos decisivos de la vida nacional.

De vuestra actuación dependerá en el futuro la felicidad de este pueblo de vivir en libertad y en plena democracia.

Estoy seguro de que vosotras sabréis hacer cumplido honor a la responsabilidad histórica que adquiriréis en estos momentos.

RADOMIRO TOMIC (1914-1992)

Enero de 1957

«¿Quién es, pues, esta mujer que muere?»

El 11 de enero de 1957 falleció en Estados Unidos Gabriela Mistral. Siete días después sus restos llegaron al país para ser velados en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, hasta donde llegó una multitud silenciosa que esperó durante horas, en la larga fila que se formó, para rendirle su último homenaje. El lunes, día señalado para su entierro, las radios se unieron para transmitir en cadena nacional una inolvidable despedida. Radomiro Tomic, inspirado por esa presencia multitudinaria y por la profunda admiración y respeto que sintiera por su comadre y amiga, despidió a la poetisa. Sus palabras resumieron lo que el pueblo expresó espontáneamente en las calles. Asimismo, fue este discurso –alejado de la esfera política que le fue propia durante su vida– el que hizo que muchos hablaran de Tomic como uno de los mejores oradores chilenos del siglo XX.

Bienaventurados aquellos por quienes lloran los pobres cuando mueren, porque estas lágrimas de la multitud, que no nacen del vínculo de la carne y de la sangre, ni de la memoria de servicios o gratitudes individuales, son la señal de la misteriosa filiación en que los pueblos se reconocen en sus santos y en sus héroes.

Ninguna vida más plena, ninguna muerte más bella, ninguna memoria más perdurable que la de estos elegidos –¿por quién?, ¿por qué?– para vivir por los demás o para morir por los demás.

Parecen éstas, palabras excesivas. Y sin embargo, solamente a esta luz –la vieja y extraña luz del misterio de la Comunión de los Santos– adquiere significado vital y ecuménico el alma torturada de Gabriela Mistral y puede explicarse la asombrosa identificación del pueblo chileno con esta mujer triste y solitaria.

¿Cómo explicar, si no, lo que acaba de ocurrir?

Ha muerto, y durante tres días y tres noches, doscientas mil personas han esperado, de pie, horas interminables, formando en inmensa columna, para ver el rostro inmóvil, por la breve fugacidad de unos segundos. Quienes llegaron en la mañana tuvieron que esperar hasta la tarde; y los que acudieron en la tarde, solamente la vieron entrada ya la noche; y los que fueron de noche, recién al amanecer. Millares venían de pueblos y ciudades próximas o lejanas. Decenas de millares abandonaron trabajos, obligaciones, deberes de familia, agrado o descanso. ¿Quiénes eran? Hombres, mujeres y niños de toda condición, imagen viva de la nación chilena. ¿Qué querían? Verla por última vez al precio de cualquier molestia o sacrificio.

¿Por qué...?

¿Acaso porque había obtenido el Premio Nobel hace doce años? Pero, ¿cuántos de ellos siquiera lo sabían? ¿Cuántos hubieran podido explicar en qué consiste esta distinción literaria? ¿Y qué agrega este honor a la cara de un muerto?

No; no venían por el Premio Nobel.

¿Acaso porque la muerte despierta oscuros terrores y curiosidades que empujan a buscar en el rostro rígido lo que no puede hallarse en la sonrisa y la luz de la mirada? ... ¿Y cómo explicar entonces la marejada humana con que el país la recibió en 1954, primero en los puertos de recalada, más tarde al llegar a Valparaíso, después a lo largo de la vía férrea y finalmente en la gigantesca recepción popular aquí en Santiago?

¡No; no venían por el secreto estremecimiento de la muerte visible!

¿Era porque esta mujer les resultaba familiar y necesitaban de su presencia? ¡En los últimos veinte años, sólo estuvo treinta días en su patria!

¿Podría ser tal vez por la solidaridad de clase, de ideas, de partido? Pero, ¿quién se atrevería a reclamar «exclusividades» sobre Gabriela Mistral sin cometer un ultraje contra el pueblo chileno y contra ella misma?

¿Fue, entonces, porque sus poemas les ayudaban a iluminar sus pobres vidas? ¿Porque sus versos les daban sosiego en la ansiedad; esperanza en el desconsuelo; evasión ante la aridez del vivir cotidiano y refugio ante la ráfaga nocturna en que todo parece frustrado y con sabor a ceniza? ¡Oh, no! La poesía de Gabriela Mistral no fue escrita para eso. Y si es cierto que entre ella jaspea a veces la ternura de sus rondas infantiles y de sus poemas a las madres y maestras, la recia presencia de

Dios, la claridad de sus deslumbramientos con la naturaleza y el juego de sus raros versos sonrientes; es más cierto aún que la angustia es la más honda raíz de su mensaje, y la muerte, el contrapunto de donde saca su inspiración fuerte, agreste, primitiva y quemante.

No; la identificación del pueblo chileno con Gabriela Mistral no obedece a estos signos externos de su cansado paso por el mundo. Su origen es más hondo; más elemental y puro. La inmensa muchedumbre, ese medio millón de personas que la vieron pasar esta mañana al Cementerio, se sabían suyos y la sabían suya de un modo entrañable. No son los honores, ni sus versos, ni siquiera sus ideas, la raíz de esta transfiguración. Era ella toda; su persona, su vida solitaria, su alma atormentada, su dura lucha, el fuego oscuro en que se consumía, el desdén con que miró pasar los éxitos del mundo cuando, en su hora, llegaron a su puerta. Fue creciendo lentamente en el corazón del pueblo chileno, hundiendo sus raíces en la tierra parda y eterna, alimentándose de las realidades humildes y esenciales que forman la trama inacabable y siempre renovada de la vida. Así fue alzándose, y alzando junto a ella al pueblo suyo; como los árboles, milímetro a milímetro, lentamente, poderosamente, signo y cifra del mundo que los rodea, del cual extraen su aliento vital y al cual ennoblecen, representan y dignifican.

Ha muerto, y al eco de su muerte todos somos testigos atónitos de la sobrecogedora unanimidad con que el país se reconoce en ella. ¡Y sin embargo no fue el suyo un espíritu neutral! Estuvo siempre y sin vacilaciones con las ideas de la democracia y la libertad, por ser condiciones esenciales para la dignidad humana; escribía y hablaba por la paz del mundo con dolorosa tensión de espíritu; odiaba la idea misma de la posibilidad de otra guerra, le dolían los pobres y su mísera heredad de tierra, de escuela y de alegrías; le dolía el hambre y la desnudez física de los niños, pero más aún la irritaba la ceguera de los que olvidan que el niño es alma y esperanza; la verdad, como ella la veía, le quemaba los labios y tenía que ser dicha, cualquiera que fuese el precio que hubiese de pagar por ello. No fue neutral, sino combatiente; testigo insobornable de su fe y de sus convicciones, en la serenidad o en el martirio.

Pero apenas ha muerto y ya todos los poderes del Estado, todos los estamentos dirigentes de la nación, toda la gama de ideologías y de intereses en que los chilenos se organizan, se dividen, se expresan y se combaten, encuentran en ella un centro de reunión, de identidad.

¿Por qué...?

Porque, más que sus versos, sus honores o el anecdotario de su vida, esta mujer nos da la muestra sensible de que la patria es una comunidad humana de la que todos formamos parte orgánica, inevitablemente solidarios de un destino común en el plano material, misteriosamente responsables de nuestros hermanos en el plano espiritual.

Ella es ahora, ¡paradojas del espíritu liberado de la carne!, símbolo vivo de esta comunidad de origen y destino de nuestra patria y preciosa salvaguardia de la identidad esencial de todos nosotros, en el gran regazo unificador de la nación.

Ha muerto, y, según las agencias cablegráficas, mientras se prolongó su larga enfermedad, más de quinientas consultas diarias se hacían al hospital de Nueva York en que estaba internada, por su salud. Asombrada, la secretaria del establecimiento preguntó un día al periodista: «¿Quién es, pues, esta mujer que muere?».

¿Quién era? Una mujer anciana, enferma y pobre, cuyos versos más hondos habían sido escritos 30 años antes y cuyo espíritu tenía en los últimos tiempos el doloroso vuelo de un pájaro ciego. Y sin embargo, apenas muerta, gobernantes de decenas de países, entre ellos Estados Unidos, Rusia e India, y todos los de América Latina; la Secretaría General de las Naciones Unidas; el Consejo de la Organización de Estados Americanos; el Senado y el pueblo de Perú; las universidades argentinas, numerosas escuelas en diversos países, hacen llegar a Chile sus condolencias, le rinden homenajes oficiales, recuerdan su memoria y cambian los nombres de sus establecimientos escolares para que se llamen Gabriela Mistral.

¿Por qué? ¿Por qué, si no pocos de ellos eran ajenos a sus versos por el idioma; y los más, indiferentes a honores que representan poco en tierra extraña?

Porque el mundo exterior ha visto también en ella, sin embargo, un símbolo de Chile, una forma transfigurada de su pueblo. ¿Cómo, si no, explicar el carácter universal que ha alcanzado la muerte de quien, como Gabriela, tuvo siempre poco a lo largo de su vida, y ya casi había perdido todo en la hora de su muerte?

Instintivamente el pueblo chileno, sus grupos dirigentes y el mundo exterior han visto en ella lo que ella era: ¡el rostro multitudinario y el alma perdurable de su nación!

Sin razón aparente fue «elegida» para tomar sobre sí oscuras cargas de su pueblo. La violenta presencia de Dios en su conciencia, su vida interminable e inexplicablemente roída por la angustia, la continua visión de la muerte, son los signos sensibles del amargo precio que esta mujer, hoy inmóvil, aceptó pagar sin rebeldía, al serle impuesto, sin que sepamos bien ni cómo ni por qué, el dar testimonio de su pueblo y el sufrir, para participar en el rescate y la redención de los suyos.

Quiero creer que su vida representa una señalada visita de Dios a nuestra patria. Como los santos, como los héroes, vivió por otros, sufrió por otros, murió por otros.

Porque así fue, vivirá eternamente.

EDUARDO FREI MONTALVA (1911-1982)

21 de junio de 1964

«¡Son verdaderamente la patria joven!»

Era la década de los años sesenta, la de las grandes utopías, la de los proyectos mesiánicos y excluyentes y, también, la de los hermosos sueños. La Marcha de la Patria Joven fue uno de ellos. Convocados por el candidato presidencial demócratacristiano, miles de jóvenes provenientes del norte y del sur de Chile caminaron hacia Santiago, con el fin de expresar –allí en medio de las explanadas del histórico parque Cousiño– su fe en un Chile diferente. Los esperaba el entonces senador Eduardo Frei Montalva, el mismo que, prometiendo a los chilenos una verdadera «revolución en libertad», obtuvo el 56% de los votos en las elecciones presidenciales de septiembre de 1964.

Pueblo de Chile: como en las antiguas gestas del descubrimiento de Chile, hemos tomado posesión de nuestra patria, en este gran abrazo del norte y del sur.

Ustedes, jóvenes que han marchado, son mucho más que un partido, son mucho más que un hecho electoral. Son verdaderamente la patria joven que se ha puesto en marcha.

En una hora en que muchos chilenos dudaban en el destino de su propia patria, en una hora en que muchos creían que nuestra nación había perdido vitalidad, y que no tenía mensaje que enseñar, en una hora en que muchos temblaban y comenzaban a preparar su fuga de Chile, en una hora en que parecía para muchos que este país se desintegraba y en el corazón de tantos y tantos pobres había como una especie de amargura y escepticismo sobre las instituciones, las leyes y los hombres que dirigían su patria, ustedes han traído una respuesta, respuesta

que es una afirmación de fe frente a la duda, que es una afirmación de valor frente a la cobardía.

Y esta respuesta no podría darla un hombre. La tenía que dar Chile. Y como todas las cosas grandes, que dejan una honda huella en la historia y que traducen realmente el alma de una nación, comenzó esta marcha tan sencillamente. Me pregunto: ¿eran doce?, ¿o eran veinte los que partieron, cuando surgió esta idea, cuando Germán Becker la echó a andar? Eran tan pocos, que algunos pensaron que éste sería un simple caminar de juventud; apenas tal vez un acto de propaganda, acaso un signo de entusiasmo juvenil. Pero bruscamente, como la luz que atraviesa las tinieblas, el pueblo se comenzó a encontrar en ustedes y empezaron a salir las gentes a los caminos, a las plazas y a las calles. ¡Allá vienen!, decían y salían con banderas, pero sobre todo, con el corazón, a recibirlos a ustedes, muchachos de Chile, que en esta hora respondieron por Chile y transformaron a Chile. ¡Gracias! ¡Gracias!, ustedes han hecho más, yo diría que han integrado la patria. Han integrado su geografía. Ustedes, muchachos del norte traen la lección del heroísmo. En sus pies hay sal de la pampa y polvo del desierto y en vuestra piel, impregnados, el cobre y el hierro, el salitre y la plata. Es el norte que llega.

Ustedes, muchachos del sur, con sus canciones, han conmovido a las viejas araucarias y a los milenarios alerces, cuyos troncos calcinados parecen al viajero cementerios de héroes antiguos. Traen ustedes en su mirada los lagos, los ríos y los bosques, y en sus manos, los frutos de nuestra tierra.

Ustedes han venido flanqueados por dos compañeros: la cordillera y el mar, que nunca abandonan al chileno. Y ustedes nos traen una lección. La lección de esta tierra, de este territorio chileno que nos ama, que busca y espera nuestro amor como un gran amor, como un gran amigo.

¿Qué nos dice la tierra chilena? ¡Cúidenme, para que yo no me vaya hasta el mar y se queden ustedes sin territorio que cultivar! ¿Qué nos dicen los ríos? ¡Sujétenme, porque cada litro de mi agua es para fecundar su tierra! ¿Qué nos grita el árbol? ¡No me quemem! No me destrocen inútilmente, porque hay muchos años en mi corazón para servirte, para traerte lluvia, para sujetar desiertos, para regular tus ríos.

Ustedes traen esta lección a Chile, que muchas veces empequeñeci-

do no se da cuenta de que tiene un territorio que amar, como un amigo querido. Ustedes nos traen un mensaje. Vamos a construir una nueva patria. Ahí está la tierra y el artesano. Ahí está nuestro Chile, en una nueva expresión de solidaridad humana y de justicia social. Ése es el mensaje de ustedes, mensaje que no nace de ningún mandato de afuera, sino que resuena en los pasos de nuestros propios pies, sobre nuestro propio suelo chileno. Por eso ustedes están aquí y han traído no sólo el mensaje de la tierra, la montaña y el mar. Han traído también el clamor de la gente de Chile.

¿Por qué esta multitud nunca igualada en la historia de Chile? ¿Cuántos hay aquí? ¿Trescientos o cuatrocientos mil? ¿Quién puede contarlos? ¿Quién puede desafiar la realidad con la propaganda? ¿Por qué están? Porque ustedes son la respuesta, son el mensaje, son el clamor de Chile.

Este movimiento y este hombre que está aquí para hablarles, representan la realización de grandes tareas en el porvenir de la patria. Tareas que significan una revolución en libertad. Una transformación profunda de Chile. Respaldada por la presencia de ustedes nunca como ahora mi voz ha tenido una autoridad, porque es la voz del pueblo de Chile.

Con ustedes vamos a construir el desarrollo económico de Chile.

Vamos a levantar la condición de la agricultura chilena, para que la tierra alimente al pueblo de Chile. Ésta será una tarea de la más alta prioridad en mi gobierno.

Vamos a desarrollar la industria. Chile tiene un definido destino industrial por la calidad de sus trabajadores, sus materias primas y por su tradición de nación laboriosa. La patria les debe dar a ustedes trabajo. A vosotros, miles de jóvenes; trabajo en nuevas industrias modernas, en ampliaciones de las que existen, en usinas que elaboren, transformen y exploten nuestra riqueza. Realizaremos este esfuerzo industrial para elaborar los productos alimenticios y darle valor al trabajo del campo.

Vamos a hacer una audaz política minera. Para que refinemos, fundamos, industrialicemos el cobre y el hierro chilenos y para que el interés de Chile, representado por el Estado chileno, sea el que diga siempre la palabra directora respecto al comercio y al destino y a las condiciones en que se van a trabajar los productos chilenos en nuestro país.

Vamos a conquistar los mercados del mundo, para que no sólo salga

de nuestro país el fruto y la tierra brutos, sino que los productos elaborados por el trabajo chileno convertidos en algo noble y de valor. No nos vamos a encerrar. Vamos a salir a luchar con brazos chilenos, con productos chilenos, con imaginación a los mercados del mundo.

(...) Yo creo que para realizar esta tarea ustedes tienen que ser como los grandes guardianes. La juventud no sólo es entusiasmo. Para que la juventud pueda significar algo para el país, tiene que tener el corazón limpio y puro. Una alta moral está pidiendo Chile. Está cansado de ver como algunos lucran y se aprovechan. La gente quiere honestidad en la dirección. Por eso mismo, ustedes, jóvenes, mantengan su corazón limpio. Así servirán a su partido. Así servirán a su patria. Tengan ustedes no sólo gritos. Sean portadores de un mensaje. Tengan ideas en la cabeza y no sólo entusiasmo, porque así marcarán siempre el rumbo. Tengan alegría, porque ustedes tienen una gran patria y van a vivir grandes días en los años que se avecinan; una juventud con alta moral, con ideas claras aplastará al caudillo, al cacique, al aprovechador, al eterno barro humano que se quiere pegar al carro del triunfo. Vigilen ustedes para que este movimiento siempre quede limpio. Este país sobre todo necesita un mensaje moral. No quiere partidos que sean oficinas de empleos.

Ustedes ven que esta campaña responde a la marcha. Ustedes no traían un solo eslogan que contuviera un insulto. Traían cantos, alegrías, juventud. Yo he visto ahora marchar inmensas columnas, y no he visto un solo afiche contra nadie. Ustedes sólo traían cantos de amistad, de patriotismo, de energía viril. Ésa es la lección que le estamos dando a Chile.

Por eso, en esta hora en que nos atacan, en que a veces la piedra aleve o el insulto mentiroso o la calumnia infame pretende morderlos o morderme, ustedes han visto que ni siquiera me he agachado para recoger lo que lanzan. No podría hacerlo, porque sería como contaminar esta inmensa marcha del pueblo de Chile. ¡Para qué detenerse! Ustedes comprenderán. ¿Por qué nos atacan? ¿Será porque vamos a perder? Nos atacan porque nos temen, porque saben que vamos a ganar. Saben que vamos a ganar, y, porque somos fuertes, podemos permitirnos el supremo lujo de los fuertes: permanecer serenos frente al ataque vil.

Yo quiero expresar hoy lo que ayer ya sabía, pero que ahora se convierte en certeza: estamos haciendo una campaña sin causar heridas,

porque mañana seré Presidente de todos los chilenos, de los que me apoyan y también de los que me atacan.

Y vamos a hacer un gobierno que no sólo va a garantizar el progreso económico, la justicia y la incorporación del pueblo en forma responsable a la tarea y al beneficio, sino que vamos a hacer esta tarea en libertad y en respeto a los derechos de la persona humana. En libertad religiosa, sindical, política y de expresión. Porque nosotros, durante toda nuestra vida, hemos sido garantía de respeto al derecho y a la libertad. Nadie tiene que temer de nosotros, si quiere incorporarse a esta tarea de libertad y de justicia.

En esta hora en que tantos me apoyan por distintos motivos, hay una sola razón común para apoyarme: realizar la democracia, de veras y no formal; realizar la justicia de veras y no en palabras; realizar el desarrollo económico de veras y no en las estadísticas. Para eso estoy llamando a todos los chilenos, y la respuesta desde la izquierda y la derecha es generosa, porque es sin condiciones a un programa de gobierno del cual sólo es dueño el pueblo de Chile.

Amigos del norte y del sur, ¿cómo pudiera decirles mi emoción? La emoción de los hombres junto a los cuales yo comencé mi vida y que están aquí en esta tribuna y que ustedes ven. ¡Cómo decirles lo que ustedes son para mí! Yo me figuraba anoche o creí oírlo, ¡cómo podría saberlo!, yo veía que un niño venía corriendo y le decía a su padre: -¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! ¡Vienen desde Arica! ¡Cruzan Tarapacá! ¡Van por Concón, por Placilla! ¡Miren cómo montan sobre la Cuesta de Chacabuco! ¡Mire los otros, cómo pasan por Cancha Rayada, por Rancagua y llegan a Maipú! Padre, ¿quiénes son? ¿Son los demócrata-cristianos?

-No, son más que eso...

-¿Son los freístas?

-No, hijo, mucho más que eso...

-¿Qué son, padre?

-Hijo, ¿no ves las banderas? Son los mismos, los del año 1810, los de 1879, los de 1891. ¡Son la patria!

Sí, amigos míos, ustedes son eso. Son la patria. ¡Son la patria, gracias a Dios!

VOLODIA TEITELBOIM (1916)

12 de septiembre de 1968

«Su poesía se seguirá conjugando en presente»

Un prolongado e inquietante silencio dominó la sala del Senado una vez que el senador comunista Volodia Teitelboim terminó de honrar la memoria de su compañero de andanzas e ideales Pablo de Rokha. No era para menos. Días antes, el apasionado poeta que soñó escribir para las masas, de cuerpo y espíritu anárquico y de mirada errante, se había suicidado. Teitelboim quiso despedirlo con sentimiento profundo y prodigiosa pluma. La misma que ha seguido desparramando a través de sus obras Gabriela Mistral: pública y secreta, Huidobro: la marcha infinita y Neruda.

Anteayer por la mañana, Pablo de Rokha apretó en su escritorio el gatillo de un Colt Smith and Wesson, calibre 44, el mismo revólver con que pocos meses antes se mató su hijo tocayo.

Así cerró en definitiva sus párpados uno de nuestros poetas mayores, este «tiburón sin filiación», a su juicio, con demasiado invierno adentro, que hace un cuarto de siglo anunciaba que «moriría bramando, amarillo y horroroso de soledad» y más de cuarenta años atrás se autovaticinaba como un «ser lleno de muertos –y heridos, de cenizas y desiertos –en donde un gran poeta se suicida».

Se suicidó el poeta cósmico, dramático, desesperado, errabundo y tristón, a pesar de todos sus gritos de alegría, que cantó como un huaso epicúreo, dionisiaco y báquico, todas las maravillas de la carne de mujer y de la otra, «la epopeya de las comidas y de las bebidas de Chile», las glorias del vino de Pocoa, de la chicha bien madura; pero que a me-

nudo sintió como llaga viva «el apocalipsis del hambriento», como uno de aquéllos que «no comieron sino patadas y carne de rebenque... tragando 'sopitas', botados como somieres de remate».

Este Carlos Díaz Loyola de nacimiento, licantenino fino, tremendista, doctor en «rotología», hijo natural del folclor, como colega suicida de Hemingway nunca quiso ser domesticado por la vida. Se sintió más bien de la raza de los cazadores o de los lobos solitarios, pero de éstos que no podían vivir sino en compañía y a los cuales los mató la angustia y la soledad. Como su otro colega inconformista y heterodoxo, el segundo o el primer Premio Nacional que se suicida este año, Joaquín Edwards Bello, emprendió el último viaje nocturno por la mañana, cuando el sol brillaba. Nada de sol de septiembre. Ningún sol brilla ahora para él, salvo el sol de los muertos, que dicen que es la fama. Su fuego arde en la sombra. Es una ceniza que quema.

De Rokha desde joven levantó polvareda. Era del linaje escandaloso de los leones poéticos, capaces de manejar la poesía como los profetas, a punta de apóstrofes, sentándose en la diferencia. Muchas veces la vida fue para él un cuchillo. Si ella le mostró el filo, él le enseñó los dientes. No pertenecía a las filas de los blandengues. Fue de los duros tiernos, de los aceros afectivos.

No podía por el metal de su carácter, ni quiso por amor propio y orgullo filosófico, ser ni suave ni dulce en un mundo injusto, áspero y amargo, sobre todo para el pueblo y los artistas. Por eso adoptó como nombre literario un apellido mineral. Sería roca y no colchón de plumas ni de espuma. Se hizo una aureola temible de polemista ácido, de irritado, de blasfemo y gruñidor. Y muchas veces se le vio irascible, enfadado e iracundo homérico en letras de molde. Pero no se puede ser duro siempre ni menos cuando se tiene el corazón sensible, sufridor y gozador, hecho a todas las delicadezas del espíritu y a todos los fervores, amores, pasiones y exabruptos de la vida.

Este poeta cazador de elefantes, de tigres y de poetas, marchaba pausadamente, entonando sus poemas rechinantes, tragicómicos, que muchas veces eran como una bofetada o como la carcajada socarrona del pícaro, con voz arrastrada y lenta, con su sonsonete largo y sentencioso, como un cantito, o mejor como un cantazo especial muy característico, que poetas y amigos que no soportan ningún tipo de sequía, solían imitar cuando conversaban algunos botellones. Su biografía tuvo algo de la de François de Villon.

Se pasó la vida viajando el país entero a pie, en carreta, a caballo, en microbuses rurales, cargado como un fardo que lleva a cuestas el peso de su existencia, el fardo de pinturas ajenas y las maletas llenas de sus propios libros, casi siempre autoeditados, para venderlos a salto de mata, en cualquier recodo del camino, a letrados e iletrados, contándoles, para ambientar el negocio, truculentas historias, cuentos, haciéndoles prólogos grandiosos. Así lo vieron todos los chubascos del sur, todas las tencas del campo central y todos los soles pampinos, ganándose el pan como podía, echando maldiciones, disparando a sus enemigos, pisando los callos a medio mundo, festejando no sé bien qué, bueno para los asados y el vinacho, para los pebres aldeanos, comiendo, bebiendo, como en un culto pánico, el cuerpo y la sangre de Chile más que de Jesucristo. Fue como un personaje salvado del diluvio, que había visto todas las catástrofes y quedó con gusto a ellas en la boca, marcado por dentro, con el acento bíblico ronco e injuriador, que clamaba contra los que estimaba sus competidores literarios con más fortuna, injustamente cotizados; que ponía el grito en la historia por los males de la República, condenaba a la suma y a cada uno de los exploradores de los pueblos del mundo, creía por su propia cuenta en el socialismo, se sintió comunista de entraña, de sangre y de cabeza, a su manera personalísima y temperamental. Fue un corazón llovido por todas las penurias cívicas, por todos los desastres y cataclismos de la naturaleza que azotaban al país, y su pensamiento agitado quedó herido por todas las flechas que cruzaban el camino de tormentas de la revolución mundial.

Jefe de tribu, patriarca absoluto, cacique infalible, fundador de su propia dinastía, esparció apasionadamente su semilla y proclamó al mundo que todos los que provenían de su estirpe de «gran roto choro» de la poesía, serían artistas hereditarios, brillarían en las profundidades de los dolores y de las alegrías creadoras, fueran machos o hembras, ignoramos hasta qué generación.

Se nutrió de la Biblia, de las antiguas cosmogonías, de Nietzsche, de Marx y de Freud, «de un cuanto hay», de todo lo que encontró en su camino, en una formidable mescolanza, como un gran autodidacto carnívoro y omnívoro.

Se burlaba a morir del arte por el arte y creía que la poesía pura era una cortesana melindrosa e hipócrita, la vieja trotaconventos, una celestina de virginidad zurcida. Se sentía pedazo de pueblo y hombre de sociedad en el buen sentido, o sea, animal social, por los cuatro costa-

dos, de cuerpo entero. Para él, la poesía era un rifle o bien un Colt Smith and Wesson, calibre 44. Ella le ayudó a partir al otro mundo cuando quiso, pero mientras él viviera y después de su partida su poesía daría la batalla por los huasos y los rotos chilenos, «entre los cuales tengo el enorme honor de contarme», decía.

Quería escribir para las masas. Deseaba ser escritor del pueblo y fue poeta de acceso popular a ratos, no siempre. Supo componer epitalamios para Winett; pero prefería el alarido a la sordina. No hubo problema chileno ni universal del último medio siglo que no suscitara sus pronunciamientos de fuego líquido, desde el *Folletín del diablo* y *Los gemidos* hasta sus libros póstumos. Fue casi siempre poeta político. Recuerdo personalmente los días, porque por esos tiempos frecuentábamos su casa, en que escribió su «Oda a la memoria de Gorki», sus «Cinco cantos rojos» y su «Canto de trinchera». Sí. Era como un volcán en perpetua erupción, un trueno sin silencio, un rayo sostenido, donde la poesía fulgura intermitente como un relámpago, que se prende y apaga. Sentía satisfacción en cantar, no donosas melodías, sino estilos furiosos «de negros belfos espumantes como el caballo de Atila». Siempre impreca a los explotadores, acusa al imperialismo por sus crímenes. Pero su voz resonante adquiere los tonos de la fraternidad dolorida cuando escribe, por ejemplo, su «Funeral a los héroes y mártires de Corea».

A veces la pasión ardiente y también la fría, le nublan los ojos, y la ruidosa retórica de este frenético en sol mayor suena como un runrún grandilocuente; pero una ancha antología de su obra extensa y dispareja podrá espigar en muchos campos de la poesía rokhiana donde florecen, entre los cardos, la grandeza y la hondura, la belleza majestuosa o burlesca, la caricatura, las chispas incendiarias, la inquietud por el mundo, por el pueblo, por el hombre de carne y hueso, y la gracia patética y ladina del huaso chileno en *La escritura de Raimundo Contreras*, por ejemplo, bandolero, sinvergüenza, gracioso, cuatrero o en su sabrosa, rebosante, pantagruésca y criollísima «Teogonía y cosmología del libro de cocina», donde «la alta manta doñiguana es más preciosa que la pierna de la señora más preciosa que existe para embarcarse en un curanto bien servido».

El fulminante, el estigmatizador, luchó ferozmente en la guerrilla literaria. Disparó libros enteros contra Pablo Neruda. Ahora se dio vuelta esa página. Era un tipo terriblemente vital y fantásticamente orgulloso de su hombría. Cultivaba el machismo como una religión.

Pero, ¿por qué se mató? ¿Por qué emprendió la fuga de la vida antes de haber llegado al fin natural del camino? Sólo él habría podido responder con exactitud. A sus sobrevivientes sólo les caben las conjeturas. Tal vez lo mató su amor total por la vida, su rechazo a vivir sin plenitud, a medio morir saltando, enfermo, velando muertos queridos, porque los fantasmas de sus finados los perseguían. Le dolía quizás demasiado su difunta adorada. Winett; su primogénito Carlos, poeta, quien se había ido también entre las tinieblas un día, y ese viaje definitivo, como una herida fresca, siempre sangrante, de su hijo Pablo. Seguramente todo esto lo afligía, consumía su fuerza. La operación, el hospital reciente, el temor a vegetar como un macho anciano, deprimido. Siempre tan voluntarioso, desahogado y altivo, no quiso tal vez ser prisionero en la cárcel de los dolores y de los espantos decrepitos. En los últimos días, posiblemente esos terrores se concentraron como montañas insuperables, apretándole el corazón. Quizás entonces percibió en su aliento ese hálito misterioso y extraño, como letal, y no abrigaba esperanzas ni menos fabricaba ya quimeras. Además, en su existencia hubo grandes alegrías, pero también mucha guerra. Y el guerrero se sintió cansado. Porque no es la muerte la que mata, es la vida y el gasto de la vida. La muerte es simplemente el último acto de la vida. Por eso apretó el vaso lleno con el vino de su sangre con su propia mano y lo rompió, hasta desangrarse por completo. Encendió el fuego final en que se inmolaba, anticipando el momento de la partida, en la hora infinitamente gris en que los hombres caen envueltos en los pliegues de la neurosis que los empuja a dar el salto sobre el abismo.

Si el mundo le pareció a Pablo de Rokha, anteayer por la mañana, un lugar vacío, donde, sin embargo, no había un sitio para él —o tal vez él no tenía sitio para el mundo—, y llamó antes del vencimiento del plazo a los gusanos para que comenzaran su trabajo, gran parte de su poesía vencerá a los gusanos de la putrefacción y hablará por él a través de los tiempos. Sabemos que es un gran poeta, aún poco estudiado, cuya obra aparece todavía oscurecida por la polvareda espesa levantada en las grandes y pequeñas batallas que dio su autor. El futuro y las nuevas generaciones tienen la palabra.

Saben que aunque el fragor de la lucha para él ha terminado, su poesía seguirá en la brecha. Pues si bien Pablo de Rokha ya pasó al otro lado del tiempo y el bardo se fue al país desconocido, su poesía se seguirá conjugando en presente.

MIGUEL ÁNGEL SOLAR (1944)

21 de agosto de 1969

«Para ti, Neruda, nuestra palabra descarnada...»

Miguel Ángel Solar, el carismático líder demócratacristiano, que encauzó desde la presidencia de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica la toma de la Universidad, el 11 de agosto de 1967, era el símbolo de los «cambios estructurales» que los universitarios chilenos exigían para su patria. De hecho, tras la ocupación del plantel superior se llevó a cabo la anhelada Reforma Universitaria. No fue extraño, entonces, que él fuera el escogido por el Consejo Superior para dirigirse al poeta Pablo Neruda, cuando éste fue investido con el título de doctor Honoris Causa, la más alta distinción que otorga la Universidad. Las palabras del futuro médico fueron una magistral síntesis del sentir de una generación descontenta pero esperanzada.

Hace casi dos meses, un grupo de estudiantes presentó al Consejo Superior la iniciativa para nombrar a Pablo Neruda Doctor Scientiae et Honoris Causa, reconociendo en esta forma la dignidad de su causa. Hoy un estudiante ha recibido el encargo de hablarle al poeta que en esta ocasión se incorpora a nuestra comunidad universitaria, a nuestra causa.

Podríamos reducir estas palabras a exaltar al honrado. Nos ha parecido innecesario. Vale por sus hechos y por su nombre. En cambio, deseamos esta tarde convertir este acto en un encuentro que rompa toda barrera y permita compartírnos.

Es el encuentro de un hombre de sesenta y cinco años, guerrillero triunfante del amor y testigo de su patria durante medio siglo, y una juventud que recién se asoma. No es una palabra individual; ha nacido de una generación de jóvenes que han luchado en esta universidad en estos años, y ella es el sedimento de muchas batallas por lograr ser ver-

daderamente jóvenes y, mañana, verdaderamente hombres.

Para ti, Neruda, nuestra palabra descarnada, sin afeites ni máscaras: cara al sol para proclamar nuestras claridades. Para ti, poeta, nuestra palabra extrema en este tiempo quejumbroso.

Un ánimo somnoliento invade hoy el alma y el espacio del chileno. Una larga queja ha cogido la vitalidad y el paisaje de nuestra tierra. Algunos se quejan que el pueblo es flojo y que el desorden impera; otros, que la revolución no se hace y las promesas no se cumplen, que somos pobres, que somos sometidos, que llueve mucho, que no cae agua, que nos explotan y nos dominan, que hemos perdido el optimismo y la fe. Un tiempo de permanente y cotidiana frustración, de dolor infecundo nos circunda; un tiempo de ilusiones rotas, en que mucho aborta, nada se completa; los propósitos no se cumplen, las esperanzas se deshacen, el futuro no llega y los mitos obsoletos del pasado resucitan como pobre respuesta a los anhelos. El conformismo y el escepticismo adquieren legítima presencia.

Un tiempo sin fervor, un tiempo burocrático y rutinario impera; un tiempo en que la melodía pegajosa de «morir un poco» impregna nuestra sensibilidad y se identifica con nuestra vitalidad, dejándonos lacios.

Un tiempo achacoso en un país joven, que se conforma mirando embobado cómo otros llegan a la luna, cómo otros hacen su revolución. Un tiempo en que vivimos prendidos de lo ajeno.

Un tiempo en que la vida está en retirada, a la defensiva.

En medio de esta quejumbre colectiva, un chispazo, reducido pero intenso, ilumina el panorama sombrío. Es alguien que se rebela, es alguien que dice: «No estoy satisfecho»; es la juventud que toma la ofensiva de la vida. Y el alma colectiva dirige sus ojos —esperanzados algunos, temerosos otros—, hacia ese fulgor de vida al ciento por ciento. Y en esta patria joven ayer sólo fundada, territorio aún verde, una juventud universitaria, que tiene la edad de la patria, dice no, dice que el camino que se le ofrece en la universidad no la conduce a la alegría sino al vacío, y a la complicidad con lo malsano. Y esta juventud toma, físicamente, en sus manos sus lugares de trabajo, sus universidades, y en gesto vivo promete comenzar a romper allí el ciclo de la frustración y la desesperanza, y abrir una veta ancha para lo nuevo. La Reforma Universitaria se desencadena bajo un mandato irrevocable: conquistarla para el pueblo, colocarla al servicio de los profundos intereses de los trabaja-

dores. Y el joven sale a la calle, proclama sus verdades, llena las páginas de los diarios, salta al primer plano.

Pero el ciclo de la frustración y la desesperanza toma sutiles medidas para atajar el fermento de rebeldía de la juventud y la pone de moda –la aplaude, la mimó, la adula y, finalmente, la aísla. Tú transformarás el mundo, le dice; tú eres el nuevo poder, tú eres generoso, tú eres alegre, tú eres libre. Viva nuestra juventud, divino tesoro. Los responsables del ciclo han cumplido su tarea, han creado el mito de juventud para aprisionarla y neutralizarla en forma que el divino tesoro se vaya para no volver. La juventud que se deje reducir por el mito engañoso se entregará a las falsas salidas, a las fugas para eludir la dificultad de ser jóvenes y transformarse en hombres.

Algunos, ante la resistencia que ofrecen aquellos que no son jóvenes, se aislarán depositando toda su fe en la juventud; creerán que en ella reside toda la renovación, que allí está el nuevo poder: el poder joven. Se olvidarán que el joven en este hoy es sólo el joven estudiante; que el joven obrero, campesino o empleado no ha tenido tiempo gratuito para serlo y, a temprana edad, debió ser obrero o campesino y nunca joven. Cuando los que por aquí se fugan de sí mismos abandonen la universidad, vivirán tratando de regresar a un pasado que se fue, será Arnaldo, el estudiante ya viejo de la obra de teatro *Nos tomamos la universidad*, que vuelve a ella por haber fracasado como hombre.

Otros, ante la impotencia de construir lo nuevo que proclaman y construirse de nuevo como aspiran, optarán por la tentación iconoclasta y exaltarán como máximo valor la destrucción de todo; terminarán, finalmente, sin destruir nada, sólo destruyendo lo único que tienen: la posibilidad de hacer algo nuevo. Son aquellos tentados por copiar, aquí en Chile, lo que los jóvenes franceses hicieron en París. Seguirán imitando. Y, finalmente, habrá muchos que ante su persistente soledad, se fugarán, encontrando como único lugar del amor y de la solidaridad, el erotismo –las relaciones entre el hombre y la mujer. Creerán que sólo allí es posible verter toda la generosidad, todo el anhelo de amor, transformando esa relación en refugio ante un mundo hostil e inhumano. Lo erótico como refugio alberga hoy a una inmensa parte de la juventud que incluso se organiza para rendir culto a Adamos y Raphaeles, mensajeros de la decadencia de Occidente, ideólogos de este veneno del verdadero amor. Los que por allí se evadan tampoco encontrarán

respuesta valedera, porque aislar la relación entre un hombre y una mujer del resto de los hombres es acabar con el amor. El amor es indivisible y el beso y la caricia son verdaderos si son gestos injertados en la ancha solidaridad, en la generosidad extensa de los hombres. Hay verdad en aquello de que para saber hacer la revolución hay que saber hacer el amor, y que para saber hacer el amor hay que saber hacer la revolución. Los que escapan terminarán en una relación vacía; sólo habrán conquistado una soledad para dos.

Una vez cumplido su papel las falsas salidas, el joven se enfrentará a su adultez vacío, sin armas nuevas y seguirá el camino establecido, yendo a engrosar las filas de los escépticos, de los realistas, de los tecnócratas. Será un vencido, con muchas disculpas, pero un derrotado por lo viejo que en él había y que no fue capaz de morir.

Difícil tarea ser jóvenes. Promesas hoy, y mañana una más de las no cumplidas, un eslabón más del ciclo de morir un poco. Jóvenes que ahora prometen transformar el mundo y mañana son comparsas de lo viejo y rutinario. Y entonces la juventud no fue puente para nada, sólo una dolorosa anécdota, cubierta por frases de recuerdos de «cuando éramos jóvenes», de «los 25 abril que no volverán», y el dicho popular habrá probado su trágica validez: «Amores de estudiantes, flores de un día». Y nuestro pueblo seguirá su camino adormecido y, al llegar la hora de su despertar, no estará presente una de sus promesas. Y será doloroso, porque un átomo del pecho de la patria no vino al combate. No será la primera vez —ya hubo en Chile una juventud, allá por los años veinte, que prometió «ir más allá del horizonte do remonta la verdad y en desnudo de mujer encontrar la realidad...»— y no fue.

Pero el joven puede todo y hoy puede eludir la trampa traicionera de los mitos y las falsas salidas. Puede, si se recoge en el silencio. Allí, en su silencio, el joven siente que el mito miente. Percibe que ser joven es un momento de ruptura interior y de quiebre con el exterior; que su seguro mundo familiar y escolar cumplió su cometido y lo lanzó a la amplitud del mundo; que hoy requiere nuevos compañeros y nuevos hermanos, nuevos padres y muchos más que antes; y no sabe cómo buscarlos; que los sólidos cánones de la infancia se han hecho polvo al llegar a la adolescencia y es preciso contruir nuevos que ordenen su obediencia. Y la incertidumbre lo coge al enfrentarse a muchos testigos contradictorios que le ofrecen diversas leyes. Allí, en el silencio, el jo-

ven vive la fragilidad de su ser. Siente que puede ser generoso si derrota su permanente soledad; que puede ser alegre si asume sus dolores; pero que hoy siempre está triste.

En la conciencia de su fragilidad algo aparece valadero y consistente, algo despreciado por muchos: son sus sueños. En un comienzo tímidos e irreales, pero en el ejercicio permanente irán adquiriendo solidez y realidad. Y al compartirlos los irá enriqueciendo y se sentirá partícipe de un sueño común que atraviesa las barreras de la individualidad y de la sola juventud. Sus sueños serán plenamente maduros al incorporarse al sueño colectivo, a los profundos anhelos de todos los hombres, al sueño del pueblo de un mundo mejor, de un tiempo nuevo.

Un tiempo en que el viejo vino de la patria sirva para darle sabor al camino y coronar la alegría, y no para envilecer al pueblo revolcándolo en su desgracia. Un tiempo de mujeres generosas como el pan, que no teman tener hijos para poblar la patria desierta, porque habrá trigo y leche para que no mueran cada año treinta veces mil niños de hambre y mugre. Un tiempo en que los hombres se entusiasmen por conquistar las riquezas del mar, y cada refugio de la costa sea un puerto; por obtener el metal y cada chileno reconquiste plenamente para su patria el cobre y el hierro; por cultivar la tierra y para que el hijo del campesino que arrancó a la ciudad y formó la callampa, vuelva a su tierra natal a obtener el trigo y el vino. Un tiempo en que los hombres estén ansiosos por fabricar los utensilios y las armas, generar la luz, trabajar los metales, abrir los caminos, construir hogares, armar aviones y echar a volar. Un tiempo verde, en que cada niño chileno aprenda de memoria al menos un poema de Neruda.

Un tiempo en que valga la pena hacer colas, apretarse el cinturón, vivir estrecho, reducir los sueldos, no tener auto, porque se estará construyendo toda la patria para todos los chilenos. Un tiempo sin presidentes quejumbrosos porque no los dejaron hacer, pero sí de gobernantes y capitanes duros e incansables para imponer la disciplina de la solidaridad, porque serán depositarios de la autoridad del pueblo.

Un tiempo al rojo, sin Raphaeles, sin Mercurios, en que los hijos de Violeta canten la alegría de su patria y los discípulos del fraile Camilo difundan la voz verdadera. Un tiempo en que se ruegue a la Virgen aquello que se exigen los hombres. Un tiempo americano de promesas cumplidas y sueños realizados.

Pero hoy la juventud siente que sus maduros sueños, sueños son. Y el joven sufre el dolor de no ser, de sólo soñar; sufre su estado de soledad y su incapacidad para ser generoso y solidario; sufre la incertidumbre, la ausencia de fulgores persistentes; sufre la muerte de su infancia; sufre su miseria personal y las mil tentativas abortadas. Es falso que la juventud sea llena de risas, en ella hay mucho de llanto.

Y en el ayer, sólo nos educaron para eludir el dolor, sólo nos entregaron normas para escapar al sufrir. Este tiempo quejumbroso y frustrado está lleno de analgésicos y tranquilizantes: mejorales para los pobres, vólum para los ricos, marihuana para los jóvenes. Esta época se ha negado a vivir el dolor, olvidando su valor. Un tiempo eminentemente doloroso como el nuestro, como el de toda América Latina, ha huido del dolor y al hacerlo ha huido de sí mismo. Ha olvidado la virtud depuradora del dolor que, como ácido vertido sobre el metal, corroe todo lo carcomido, reduce a polvo todo lo inútil. La mujer ha olvidado que su fruto pasa por el dolor de la defloración y del parto, y que el amor a un hombre se alimenta de mucho sufrimiento. El hombre ha olvidado que, en la historia, lo nuevo nace de la muerte de lo viejo; que para resucitar hay que morir.

Nadie nos ha mostrado la moral del dolor, la ascética de la violencia y de la muerte, y hemos aprendido a conquistarla solos. En la medida que seamos capaces de asumir nuestros dolores sin concesiones de hacernos violencia interior, seremos capaces de liquidar todo lo inconsistente de la condición de la juventud y avanzaremos un paso en la búsqueda del hombre nuevo.

Se es verdaderamente joven si se viven todos los sueños. Habrá posibilidad de hacerlos realidad, si se asumen todos los dolores. Pero con eso no basta. No es suficiente reducir este tiempo a un puro proceso interior y subjetivo, no bastan los sueños maduros y los dolores fecundos. Es necesario ir más allá, salir de sí mismo, traspasar la barrera de la piel y, para ello, el día que nos concedió la vida, nos regaló las manos.

Las manos para salir de nosotros mismos y tocarlo todo. Tocar nuestro cuerpo y nuestra cara y saber cómo somos; tocar a nuestra madre y su ternura; tocar al padre y su fortaleza; tocar los hermanos y su compañía; tocar la tierra; tocar la madera, las raíces, las piedras y el agua; tocar la cordillera y el mar. Tocar la mujer que se quiere y el mañana fecundo. Son las manos de mujer las que preparan los alimentos y las

que generosamente acogen a su hombre para regalarle sus caricias y comunicarle su paciencia.

Con estas manos, torpes o hábiles, salimos del yo y palpamos el territorio: Santiago del Nuevo Extremo: Chile, nuestra provincia; América Latina, la Patria Grande. Es en esta tierra donde tenemos nuestras raíces. Es en ella donde debemos creer.

Aquí, en esta universidad, con las manos adquirimos un oficio para transformar lo que toquemos: sí, la tierra, campesinos; sí, el mineral, mineros e ingenieros; sí, el enfermo, médicos o enfermeras; sí, la ciudad, arquitectos; sí, las leyes, juristas. Y así cada uno con su oficio, pero todos trabajando, transformando la ciudad del hombre.

No tenemos los jóvenes la disciplina del trabajo cotidiano y sistemático; olvidamos que para hacer realidad nuestros anhelos, es necesario aplicarse a la práctica concreta, al trabajo paciente. Los universitarios se olvidan que los hombres son lo que hacen, no lo que piensan; que hacer es la única norma de ser más; que la última medida de la vida son los frutos que produzca y hoy, con razón, algunos dicen: «Te creeré, si haces aquello que te propones».

Pero no basta practicar sólo el oficio particular. Hay un quehacer que es propio de todos los hombres en diversas medidas: es el trabajo de transformar la realidad colectiva, la organización de los hombres en comunidad, de ordenar de una manera nueva la totalidad de la polis –es el trabajo político. Hoy los guardianes de la cadena de morir un poco, los que mantienen el orden actual, los que hacen política vieja, han prostituido la palabra política y tratan de convencernos de que sería nefasto que el joven adquiriera conciencia de su compromiso con el hacer sobre el todo social, que adquiriese conciencia política y realizase su práctica. Los jóvenes sabemos que los sueños serán realidad si usamos las manos para quebrar los eslabones de la cadena y tejer los lazos nuevos a la medida de nuestro pueblo.

Que nuestras manos se gasten en el trabajo, en el hacer agotador, como las manos callosas del proletario, vivo testimonio de que no se queda en sus sueños, ni se aísla en sus dolores, sino que usa sus manos para transformar lo que toca.

El joven que no rechace sus sueños, sino que los madure; que no rechace su dolor, sino que lo asuma; que no se ensimisme en su yo, sino que utilice sus manos para trabajar, ese joven será apto para el ejercicio

de la libertad. El mito de la juventud nos trata de convencer de que somos libres a través de la falacia de la ideología individualista que centra toda la libertad en la permanente posibilidad de elegir, en el poder hacer lo que se quiera. Digámoslo de una vez: es cierto que tenemos amplitud donde escoger, pero la libertad sólo existe cuando esa posibilidad se usa, cuando se elige, cuando sometemos la vitalidad a un llamado, a un designio, a un Señor. Y se es más libre mientras mayor sea el Señor, que enseñoreándose sobre nuestras vidas, nos haga crecer. Para algunos el Señor será el dinero; para otros, el prestigio o el poder; para los soberbios, el Señor serán ellos mismos. Para los hombres justos de todas las épocas, el Señor son los otros hombres, es el prójimo, es el necesitado, el hambriento, el enfermo, el explotado. El Señor de la historia –el mayor– es el pueblo que dolorosamente trabaja transformando la tierra, construyendo el reino del hombre, la ciudad de Dios. Hoy se llama campesino, artesano, empleado, trabajador, proletario, mujer del pueblo.

Todos los que obstruyen la construcción de una tierra nueva están en contra del pueblo, son enemigos de él y están condenados, tarde o temprano, a desaparecer. La juventud de hoy será libre si somete conscientemente su vitalidad al territorio y al pueblo que la vieron nacer, si participa de los mismos sueños, sufre solidarios dolores y trabaja por renovar la ciudad del hombre a través de su oficio y de la participación en la lucha por alterar el dominio y desatar las energías retenidas.

¿Será todo esto posible? Siempre ha sido posible, en todos los tiempos y en todos los continentes. Y hoy la América Latina comienza a vivir la víspera de este tiempo nuevo. Una isla verde y solitaria da testimonio de ello. Allí, lo que Martí prometió, el pueblo de Cuba lo está cumpliendo, y su juventud llegó al combate.

¿Podremos nosotros participar en el tiempo nuevo y acelerar su venida? Sí podremos, si quebramos el sino trágico de la juventud y lo transformamos en un tiempo apto para generar hombres nuevos, en que la chispa de la rebeldía juvenil se aplique sobre el carbón y prenda un fuego que temple nuestra obediencia bajo condiciones de hierro.

SALVADOR ALLENDE (1908-1973)

4 de septiembre de 1970

«Mi único anhelo es ser el compañero Presidente...»

Pasada la medianoche del día 4 de septiembre de 1970, al tiempo que las casas del barrio alto permanecían herméticamente cerradas, Salvador Allende subió al balcón de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh) y se dirigió a la multitud de jóvenes que celebraban jubilosamente el triunfo del candidato del pueblo. Era la cuarta vez que el doctor socialista y senador postulaba a la presidencia de la República. Y no en vano, ese día, unidas todas las fuerzas de izquierda tras el trascendental acuerdo que en octubre de 1969 constituyó la Unidad Popular, y a pesar de la «campana del terror» propiciada por la derecha, se aprobaba la puesta en marcha de la «vía chilena hacia el socialismo». En medio de cientos de banderas nacionales y la euforia de sus partidarios, el electo presidente Allende habló, a través de un altavoz.

Con profunda emoción les hablo desde esta improvisada tribuna por medio de estos deficientes amplificadores. ¡Qué significativo es –más que las palabras– la presencia del pueblo de Santiago que, interpretando a la inmensa mayoría de los chilenos, se congrega para reafirmar la victoria que alcanzamos limpiamente el día de hoy, victoria que abre un camino nuevo para la patria, y cuyo principal actor es el pueblo de Chile aquí congregado! ¡Qué extraordinariamente significativo es que pueda yo dirigirme al pueblo de Chile y al pueblo de Santiago desde la Federación de Estudiantes! Esto posee un valor y un significado muy altos.

Nunca un candidato triunfante por la voluntad y el sacrificio del pueblo usó una tribuna que tuviera mayor trascendencia. Porque todos lo sabemos: la juventud de la patria fue vanguardia en esta gran batalla, que no fue la lucha de un hombre, sino la lucha de un pueblo; ella es la victoria de Chile alcanzada limpiamente esta tarde.

Yo les pido a ustedes que comprendan que soy tan sólo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades que tiene un hombre; y si pude soportar –porque cumplía una tarea– la derrota de ayer, hoy, sin soberbia y sin espíritu de venganza, acepto este triunfo que nada tiene de personal y que se lo debo a la unidad de los partidos populares, a las fuerzas sociales que han estado junto a nosotros. Se lo debo a radicales, socialistas, comunistas, socialdemócratas, a gentes del MAPU y del API, y a miles de independientes. Se lo debo al hombre anónimo y sacrificado de la patria; se lo debo a la humilde mujer de nuestra tierra. Le debo este triunfo al pueblo de Chile, que entrará conmigo a La Moneda el 4 de noviembre.

La victoria alcanzada por ustedes tiene una honda significación nacional. Desde aquí declaro, solemnemente, que respetaré los derechos de todos los chilenos. Pero también declaro y quiero que lo sepan definitivamente, que al llegar a La Moneda, y siendo el pueblo gobierno, cumpliremos el compromiso histórico que hemos contraído, de convertir en realidad el Programa de la Unidad Popular.

Lo dije: no tenemos ni podríamos tener ningún propósito de venganza. Sería disminuir la victoria alcanzada. Pero, si no tenemos un propósito pequeño de venganza, tampoco, de ninguna manera, vamos a claudicar, a comerciar el Programa de la Unidad Popular, que fue la bandera del primer gobierno auténticamente democrático, popular, nacional y revolucionario de la historia de Chile.

Dije, y debo repetirlo: si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad, la nueva convivencia social, la nueva moral y la nueva patria.

Pero yo sé que ustedes, que hicieron posible que el pueblo sea mañana gobierno, tendrán la responsabilidad histórica de realizar lo que Chile anhela para convertir a nuestra patria en un país señero en el progreso, en la justicia social, en los derechos de cada hombre, de cada mujer, de cada joven de nuestra tierra.

Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.

Por eso, esta noche, que pertenece a la historia, en este momento de júbilo, yo expreso mi emocionante reconocimiento a los hombres y mujeres, a los militantes de los partidos populares e integrantes de las fuerzas sociales que hicieron posible esta victoria que tiene proyecciones más allá de las fronteras de la propia patria.

Para los que están en la pampa o en la estepa, para los que me escuchan en el litoral, para los que laboran en la precordillera, para la simple dueña de casa, para el catedrático universitario, para el joven estudiante, el pequeño comerciante o industrial, para el hombre y la mujer de Chile, para el joven de la tierra nuestra, para todos ellos, el compromiso que yo contraigo ante mi conciencia y ante el pueblo –actor fundamental de esta victoria– es ser auténticamente leal en la gran tarea común y colectiva. Lo he dicho: mi único anhelo es ser para ustedes el compañero Presidente.

Han sido el hombre anónimo y la ignorada mujer de Chile los que han hecho posible este hecho social trascendental. Miles y miles de chilenos sembraron su dolor y su esperanza en esta hora que al pueblo pertenece. Y desde otras fronteras, desde otros países, se mira con satisfacción profunda la victoria alcanzada. Chile abre un camino que otros pueblos de América y del mundo podrán seguir. La fuerza vital de la unidad romperá los diques de las dictaduras y abrirá el cauce para que los pueblos puedan ser libres y puedan construir su propio destino.

Somos lo suficientemente responsables para comprender que cada país y cada nación tiene sus propios problemas, su propia historia y su propia realidad. Y frente a esa realidad, serán los dirigentes políticos de esos pueblos los que adecuarán la táctica que deberá adoptarse. Nosotros sólo queremos tener las mejores relaciones políticas, culturales, económicas, con todos los países del mundo. Sólo pedimos que respeten –tendrá que ser así– el derecho del pueblo de Chile a haberse dado el gobierno de la Unidad Popular.

Somos y seremos respetuosos de la autodeterminación y de la no intervención. Ello no significará acallar nuestra adhesión solidaria con los pueblos que luchan por su independencia económica y por dignificar la vida del hombre en los distintos continentes.

Sólo quiero señalar ante la historia el hecho trascendental que ustedes han realizado, derrotando la soberbia del dinero, la presión y amenaza; la información deformada, la campaña del terror, de la insidia y la

maldad. Cuando un pueblo ha sido capaz de esto, será capaz también de comprender que sólo trabajando más y produciendo más podremos hacer que Chile progrese y que el hombre y la mujer de nuestra tierra, la pareja humana, tengan derecho auténtico al trabajo, a la vivienda, a la salud, a la educación, al descanso, a la cultura y a la recreación.

Pondremos toda la fuerza creadora del pueblo en tensión, para hacer posible estas metas humanas que se ha trazado el Programa de la Unidad Popular.

Juntos, con el esfuerzo de ustedes, vamos a realizar los cambios que Chile reclama y necesita. Vamos a hacer un gobierno revolucionario.

La revolución no implica destruir, sino construir; no implica arrasar, sino edificar; y el pueblo de Chile está preparado para esa gran tarea en esta hora trascendente de nuestra vida.

Compañeras y compañeros, amigas y amigos: ¡cómo hubiera deseado que los medios materiales de comunicación me hubieran permitido hablar más largamente con ustedes, y que cada uno hubiera oído mis palabras, húmedas de emoción, pero al mismo tiempo firmes en la convicción de la gran responsabilidad que todos tenemos y que yo asumo plenamente!

Yo les pido que esta manifestación sin precedentes se convierta en la demostración de la conciencia de un pueblo.

Ustedes se retirarán a sus casas sin que haya el menor asomo de una provocación y sin dejarse provocar. El pueblo sabe que sus problemas no se solucionan rompiendo vidrios o golpeando un automóvil. Y aquellos que dijeron que el día de mañana los disturbios iban a caracterizar nuestra victoria, se encontrarán con la conciencia y la responsabilidad de ustedes. Irán a su trabajo mañana o el lunes alegres y cantando; cantando la victoria tan legítimamente alcanzada, y cantando al futuro. Con las manos callosas del pueblo, las tiernas manos de la mujer y las risas del niño, haremos posible la gran tarea que sólo un pueblo consciente y disciplinado podrá realizar.

América Latina y más allá de la frontera de nuestro pueblo, miran el mañana nuestro. Yo tengo plena fe en que seremos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente serenos y fuertes, para abrir el camino venturoso hacia una vida distinta y mejor; para empezar a caminar por las esperanzadas alamedas del socialismo, que el pueblo de Chile con sus propias manos va a construir.

Reitero mi reconocimiento agradecido a los militantes de la Unidad Popular; a los que integran los partidos Radical, Comunista, Socialista, Social Demócrata, MAPU y API; y a los miles de independientes de izquierda que estuvieron con nosotros. Expreso mi afecto y también mi reconocimiento agradecido a los compañeros dirigentes de esos partidos, que por sobre las fronteras de sus propias colectividades hicieron posible la fortaleza de esta unidad que el pueblo hizo suya. Y porque el pueblo la hizo suya, ha sido posible la victoria, que es la victoria del pueblo.

El hecho de que estemos esperanzados y felices no significa que vayamos nosotros a descuidar la vigilancia. El pueblo, este fin de semana, tomará por el talle a la patria y bailaremos desde Arica a Magallanes, y desde la cordillera al mar, una gran cueca, como símbolo de la alegría sana de nuestra victoria.

Pero al mismo tiempo, mantendremos nuestros comités de acción popular, en actitud vigilante, en actitud responsable, para estar dispuestos a responder a un llamado si es necesario que haga el Comando de la Unidad Popular. Llamado para que los comités de empresas, de fábricas, de hospitales, en las juntas de vecinos y en los barrios y en las poblaciones proletarias vayan estudiando los problemas y las soluciones; porque presurosamente tendremos que poner en marcha al país. Yo tengo fe, profunda fe, en la honradez, en la conducta heroica de cada hombre y de cada mujer que hizo posible esta victoria.

Vamos a trabajar más, vamos a producir más. Pero trabajaremos más para la familia chilena, para el pueblo y para Chile, con orgullo de chilenos y con convicción de que estamos realizando una gran y maravillosa tarea histórica.

¡Cómo siento en lo íntimo de mi fibra de hombre, cómo siento en las profundidades humanas de mi condición de luchador, lo que cada uno de ustedes me entrega! Esto que hoy germina es una larga jornada. Yo sólo tomo en mis manos la antorcha que encendieron los que antes que nosotros lucharon junto al pueblo y por el pueblo.

Este triunfo debemos tributarlo en homenaje a los que cayeron en las luchas sociales y regaron con su sangre la fértil semilla de la revolución chilena que vamos a realizar.

Quiero, antes de terminar, y es honesto hacerlo así, reconocer que el Gobierno entregó las cifras y los datos de acuerdo con los resultados

electorales. Quiero reconocer que el Jefe de Plaza, general Camilo Valenzuela, autorizó este acto; acto multitudinario, en la convicción y la certeza que yo le diera de que el pueblo se congregaría, como está aquí, en actitud responsable, sabiendo que ha conquistado el derecho a ser respetado; respetado en su vida y respetado en su victoria; el pueblo que sabe que entrará conmigo a La Moneda el 4 de noviembre de este año.

Quiero destacar que nuestros adversarios de la Democracia Cristiana han reconocido en una declaración la victoria popular. No le vamos a pedir a la derecha que lo haga. No lo necesitamos. No tenemos ningún ánimo pequeño en contra de ella. Pero ella no será capaz jamás de reconocer la grandeza que tiene el pueblo en sus luchas, nacida de su dolor y de su esperanza.

Nunca, como ahora, sentí el calor humano; y nunca, como ahora, la Canción Nacional tuvo para ustedes y para mí tanto y tan profundo significado. En nuestro discurso lo dijimos: somos los herederos legítimos de los Padres de la Patria, y juntos haremos la segunda independencia: la independencia económica de Chile.

Ciudadanas y ciudadanos de Santiago, trabajadores de la patria: ustedes y sólo ustedes son los triunfadores. Los partidos populares y las fuerzas sociales han dado esta gran lección, que se proyecta más allá, reitero, de nuestras fronteras materiales.

Les pido que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada. Esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile, y cada vez más justa la vida en nuestra patria.

Gracias, gracias, compañeras. Gracias, gracias, compañeros. Ya lo dije un día. Lo mejor que tengo me lo dio mi partido, la unidad de los trabajadores y la Unidad Popular.

A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo; con la lealtad del compañero Presidente.

PABLO NERUDA (1904-1973)

10 de diciembre de 1971

«... Así la poesía no habrá cantado en vano»

Impactados por tanta emoción estética, los ochocientos invitados al banquete del Ayuntamiento de Estocolmo permanecieron inmóviles en sus asientos, mientras les hablaba el Premio Nobel de Literatura de 1971. Pablo Neruda, el diplomático que representó al país en las tierras más lejanas, el senador que acusó duramente a sus contrincantes, el comunista que fuera proclamado candidato a la Presidencia, pero, por sobre todo, el vate que escribió más de siete mil páginas de poemas, veía así consagrada su obra. Ese día, Veinte poemas de amor y una canción desesperada, Canto general, Residencia en la Tierra y Cien sonetos de amor, recibían su merecido reconocimiento. Dos años más tarde, afligido por un cáncer mortal, quien naciera como Nefelí Reyes Basoalto, entró en la eternidad.

Mi discurso será una larga travesía, un viaje mío por regiones lejanas y antípodas, no por eso menos semejantes al paisaje y a las soledades del norte. Hablo del extremo sur de mi país. Tanto y tanto nos alejamos los chilenos hasta tocar con nuestros límites el Polo Sur, que nos parecemos a la geografía de Suecia, que roza con su cabeza el norte nevado del planeta.

Por allí, por aquellas extensiones de mi patria adonde me condujeron acontecimientos ya olvidados en sí mismos, hay que atravesar, tuve que atravesar los Andes buscando la frontera de mi país con Argentina. Grandes bosques cubren como un túnel las regiones inaccesibles y como nuestro camino era oculto y vedado, aceptábamos tan sólo los signos más débiles de la orientación. No había huellas, no existían senderos y con mis cuatro compañeros a caballo, buscábamos en ondulante cabalgata –eliminando los obstáculos de poderosos árboles, imposibles ríos,

roqueríos inmensos, desoladas nieves, adivinando más bien— el derrotero de mi propia libertad. Los que me acompañaban conocían la orientación, la posibilidad entre los grandes follajes, pero para saberse más seguros montados en sus caballos marcaban de un machetazo aquí y allá las cortezas de los grandes árboles, dejando huellas que los guiarían en el regreso, cuando me dejaran solo con mi destino.

Cada uno avanza embargado en aquella soledad sin márgenes, en aquel silencio verde y blanco, los árboles, las grandes enredaderas, el humus depositado por centenares de años, los troncos semiderribados que de pronto eran una barrera más en nuestra marcha. Todo era a la vez una naturaleza deslumbradora y secreta y a la vez una creciente amenaza de frío, nieve, persecución. Todo se mezclaba: la soledad, el peligro, el silencio y la urgencia de mi misión.

A veces seguíamos una huella delgadísima, dejada quizás por contrabandistas o delincuentes comunes fugitivos, e ignorábamos si muchos de ellos habían perecido, sorprendidos de repente por las glaciales manos del invierno, por las tormentas tremendas de nieve que, cuando en los Andes se descargan, envuelven al viajero, lo hunden bajo siete pisos de blancura.

A cada lado de la huella contemplé en aquella salvaje desolación, algo como una construcción humana. Eran trozos de ramas acumulados que habían soportado muchos inviernos, vegetal ofrenda de centenares de viajeros, altos túmulos de madera para recordar a los caídos, para hacer pensar en los que no pudieron seguir y quedaron allí para siempre debajo de las nieves. También mis compañeros cortaron con sus machetes las ramas que nos tocaban las cabezas y que descendían sobre nosotros desde la altura, de las coníferas inmensas, desde los robles cuyo último follaje palpitaba antes de las tempestades del invierno. Y también yo fui dejando en cada túmulo un recuerdo, una tarjeta de madera, una rama cortada del bosque para adornar las tumbas de uno y otro de los viajeros desconocidos.

Teníamos que cruzar un río. Esas pequeñas vertientes nacidas en las cumbres de los Andes se precipitan, descargan su fuerza vertiginosa y atropelladora, se tornan en cascadas, rompen tierras y rocas con la energía y la velocidad que trajeron de las alturas insignes: pero esa vez encontramos un remanso, un gran espejo de agua, un vado. Los caballos entraron, perdieron pie y nadaron hacia la otra ribera. Pronto mi caba-

llo fue sobrepasado casi totalmente por las aguas; yo comencé a mecerme sin sostén, mis pies se afanaban al gárete mientras la bestia pugnaba por mantener la cabeza al aire libre. Así cruzamos. Y apenas llegados a la otra orilla, los vaqueanos, los campesinos que me acompañaban me preguntaron con cierta sonrisa:

–¿Tuvo mucho miedo?

–Mucho. Creí que había llegado mi última hora –dije.

–Íbamos detrás de usted con el lazo en la mano –me respondieron.

–Ahí mismo –agregó uno de ellos– cayó mi padre y lo arrastró la corriente. No iba a pasar lo mismo con usted.

Seguimos hasta entrar en un túnel natural que tal vez abrió en las rocas imponentes un caudaloso río perdido, o un estremecimiento del planeta que dispuso en las alturas aquella obra, aquel canal rupestre de piedra socavada, de granito, en el cual penetramos. A los pocos pasos las cabalgaduras resbalaban, trataban de afincarse en los desniveles de piedra, se doblegaban sus patas, estallaban chispas en las herraduras: más de una vez me vi arrojado del caballo y tendido sobre las rocas. Mi cabalgadura sangraba de narices y patas, pero proseguimos empecinados el vasto, el espléndido, el difícil camino.

Algo nos esperaba en medio de aquella selva salvaje. Súbitamente, como singular visión, llegamos a una pequeña y esmerada pradera acurrucada en el regazo de las montañas: agua clara, prado verde, flores silvestres, rumor de ríos y el cielo azul arriba, generosa luz ininterrumpida por ningún follaje.

Allí nos detuvimos como dentro de un círculo mágico, como huéspedes de un recinto sagrado: y mayor condición de sagrada tuvo aún la ceremonia en la que participé. Los vaqueros bajaron de sus cabalgaduras. En el centro del recinto estaba colocada, como en un rito, una calavera de buey. Mis compañeros se acercaron silenciosamente, uno por uno, para dejar unas monedas y algunos alimentos en los agujeros del hueso. Me uní a ellos en aquella ofrenda destinada a toscos Ulises extraviados, a fugitivos de todas las raleas que encontrarían pan y auxilio en las órbitas del toro muerto.

Pero no se detuvo en este punto la inolvidable ceremonia. Mis rústicos amigos se despojaron de sus sombreros e iniciaron una extraña danza, saltando sobre un solo pie alrededor de la calavera abandonada, repasando la huella circular dejada por tantos bailes de otros que por allí

cruzaron antes. Comprendí entonces de una manera imprecisa, al lado de mis impenetrables compañeros, que existía una comunicación de desconocido a desconocido, que había una solicitud, una petición y una respuesta aun en las más lejanas y apartadas soledades de este mundo.

Más lejos, ya a punto de cruzar las fronteras que me alejarían por muchos años de mi patria, llegamos de noche a las últimas gargantas de las montañas. Vimos de pronto una luz encendida que era indicio cierto de habitación humana y, al acercarnos, hallamos unas desvencijadas construcciones, unos destartalados galpones al parecer vacíos. Entramos a uno de ellos y vimos, al claror de la lumbre, grandes troncos encendidos en el centro de la habitación, cuerpos de árboles gigantes que allí ardían de día y de noche y que dejaban escapar por las hendiduras del techo un humo que vagaba en medio de las tinieblas como un profundo velo azul. Vimos montones de quesos acumulados por quienes los cuajaron a aquellas alturas. Cerca del fuego, agrupados como sacos, yacían algunos hombres. Distinguimos en el silencio las cuerdas de una guitarra y las palabras de una canción que, naciendo de las brasas y de la oscuridad, nos traía la primera voz humana que habíamos topado en el camino. Era una canción de amor y de distancia, un lamento de amor y de nostalgia dirigido hacia la primavera lejana, hacia las ciudades de donde veníamos, hacia la infinita extensión de la vida. Ellos ignoraban quienes éramos, ellos nada sabían del fugitivo, ellos no conocían mi poesía ni mi nombre. ¿O lo conocían, nos conocían? El hecho real fue que junto a aquel fuego cantamos y comimos, luego caminamos dentro de la oscuridad hacia unos cuartos elementales. A través de ellos pasaba una corriente termal, agua volcánica donde nos sumergimos, calor que se desprendía de las cordilleras y nos acogió en su seno.

Chapoteamos gozosos, cavándonos, limpiándonos el peso de la inmensa cabalgata. Nos sentimos frescos, renacidos, bautizados, cuando al amanecer emprendimos los últimos kilómetros de jornada que me separarían de aquel eclipse de mi patria. Nos alejamos cantando sobre nuestras cabalgaduras, plenos de un aire nuevo, de un aliento que nos empujaba al gran camino del mundo que me estaba esperando. Cuando quisimos dar (lo recuerdo vivamente) a los montañeses algunas monedas de recompensa por las canciones, por los alimentos, por las aguas termales, por el techo y los lechos, vale decir, por el inesperado amparo

que nos salió al encuentro, ellos rechazaron nuestro ofrecimiento sin un ademán. Nos habían servido y nada más. Y en ese «nada más», en ese silencioso nada más había muchas cosas subentendidas, tal vez el reconocimiento, tal vez los mismos sueños.

Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema: yo no dejaré impreso a mi vez ni siquiera un consejo, modo o estilo para que los nuevos poetas reciban de mí alguna gota de supuesta sabiduría. Si he narrado en este discurso ciertos sucesos del pasado, si he revivido un nunca olvidado relato en esta ocasión y en este sitio tan diferente a lo acontecido, es porque en el curso de mi vida he encontrado siempre en alguna parte la aseveración necesaria, la fórmula que me aguardaba, no para endurecerse en mis palabras, sino para explicarme a mí mismo.

En aquella larga jornada encontré las dosis necesarias a la formación del poema. Allí me fueron dadas las aportaciones de la tierra y del alma. Y pienso que la poesía es una acción pasajera o solemne en que entran por parejas medidas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, la intimidad de uno mismo, la intimidad del hombre y la secreta revelación de la naturaleza. Y pienso, con no menor fe, que todo está sostenido —el hombre y su sombra, el hombre y su actitud, el hombre y su poesía— en una comunidad cada vez más extensa, en un ejercicio que integrará para siempre en nosotros la realidad y los sueños, porque de tal manera los une y los confunde. Y digo de igual modo que no sé, después de tantos años, si aquellas lecciones que recibí al cruzar un río vertiginoso, al bailar alrededor del cráneo de una vaca, al bañar mi piel en el agua purificadora de las más altas regiones, digo que no sé si aquello salía de mí mismo para comunicarse después con muchos otros seres, o era el mensaje que los demás hombres me enviaban como exigencia o emplazamiento. No sé si aquello lo viví o lo escribí, no sé si fueron verdad o poesía, transición o eternidad, los versos que experimenté en aquel momento, las experiencias que canté más tarde.

De todo ello, amigos, surge una enseñanza que el poeta debe aprender de los demás hombres. No hay soledad inexpugnable. Todos los caminos llevan al mismo punto: a la comunicación de lo que somos. Y es preciso atravesar la soledad y la aspereza, la incomunicación y el silencio para llegar al recinto mágico en que podemos danzar torpemente o cantar con melancolía: mas en esa danza o en esa canción están

consumados los más antiguos ritos de la conciencia: de la conciencia de ser hombres y de creer en un destino común.

En verdad, si bien alguna o mucha gente me consideró un sectario, sin posible participación en la mesa común de la amistad y de la responsabilidad, no quiero justificarme, no creo que las acusaciones ni las justificaciones tengan cabida entre los deberes del poeta. Después de todo, ningún poeta administró la poesía, y si alguno de ellos se detuvo a acusar a sus semejantes, o si otro pensó que podría gastarse la vida defendiéndose de recriminaciones razonables o absurdas, mi convicción es que sólo la vanidad es capaz de desviarnos hasta tales extremos. Digo que los enemigos de la poesía no están entre quienes la profesan o resguardan, sino en la falta de concordancia del poeta. De ahí que ningún poeta tenga más enemigo esencial que su propia incapacidad para entenderse con los más ignorados y explotados de sus contemporáneos; y esto rige para todas las épocas y para todas las tierras.

El poeta no es un «pequeño dios». No, no es un «pequeño dios». No está signado por un destino cabalístico superior al de quienes ejercen otros menesteres y oficios. A menudo expresé que el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día: el panadero más próximo, que no se cree dios. Él cumple su majestuosa y humilde faena de amasar, meter al horno, dorar y entregar el pan de cada día, con una obligación comunitaria. Y si el poeta llega a alcanzar esa sencilla conciencia, podrá también la sencilla conciencia convertirse en parte de una colosal artesanía, de una construcción simple o complicada, que es la construcción de la sociedad, la transformación de las condiciones que rodean al hombre, la entrega de la mercadería: pan, verdad, vino, sueños. Si el poeta se incorpora a esa nunca gastada lucha por consignar cada uno en manos de los otros su ración de compromiso, su dedicación y su ternura al trabajo común de cada día y de todos los hombres, el poeta tomará parte en el sudor, en el pan, en el vino, en el sueño de la humanidad entera. Sólo por ese camino inalienable de ser hombres comunes llegaremos a restituirle a la poesía el anchuroso espacio que le van recortando en cada época, que le vamos recortando en cada época nosotros mismos.

Los errores que me llevaron a una relativa verdad, y las verdades que repetidas veces me condujeron al error, unos y otras no me permitieron –ni yo lo pretendí nunca– orientar, dirigir, enseñar lo que se llama el proceso creador, los vericuetos de la literatura. Pero sí me di cuenta

de una cosa: de que nosotros mismos vamos creando los fantasmas de nuestra propia mitificación. De la argamasa de lo que hacemos, o queremos hacer, surgen más tarde los impedimentos de nuestro propio y futuro desarrollo. Nos vemos indefectiblemente conducidos a la realidad y al realismo, es decir, a tomar una conciencia directa de lo que nos rodea y de los caminos de la transformación, y luego comprendemos, cuando parece tarde, que hemos construido una limitación tan exagerada que matamos lo vivo en vez de conducir la vida a desenvolverse y florecer. Nos imponemos un realismo que posteriormente nos resulta más pesado que el ladrillo de las construcciones, sin que por ello hayamos erigido el edificio que contemplábamos como parte integral de nuestro deber. Y en sentido contrario, si alcanzamos a crear el fetiche de lo incomprensible (o de lo comprensible para unos pocos), el fetiche de lo selecto y de lo secreto, si suprimimos la realidad y sus degeneraciones realistas, nos veremos de pronto rodeados de un terreno imposible, de un tembladeral de hojas, de barro, de nubes, en que se hundan nuestros pies y nos ahoga una incomunicación opresiva.

En cuanto a nosotros en particular, escritores de la vasta extensión americana, escuchamos sin tregua el llamado para llenar ese espacio enorme con seres de carne y hueso. Somos conscientes de nuestra obligación de pobladores y –al mismo tiempo que nos resulta esencial el deber de una comunicación crítica en un mundo deshabitado y, no por deshabitado menos lleno de injusticias, castigos y dolores– sentimos también el compromiso de recobrar los antiguos sueños que duermen en las estatuas de piedra, en los antiguos monumentos destruidos, en los anchos silencios de pampas planetarias, de selvas espesas, de ríos que cantan como truenos. Necesitamos colmar de palabras los confines de un continente mudo y nos embriaga esta tarea de fabular y de nombrar. Tal vez ésa sea la razón determinante de mi humilde caso individual: y en esa circunstancia mis excesos, o mi abundancia, o mi retórica, no vendrían a ser sino actos, los más simples, del menester americano de cada día. Cada uno de mis versos quiso instalarse como un objeto palpable: cada uno de mis poemas pretendió ser un instrumento útil de trabajo: cada uno de mis cantos aspiró a servir en el espacio como signos de reunión donde se cruzaron los caminos, o como fragmentos de piedra o de madera en que alguien, otros, los que vendrán, pudieran depositar los nuevos signos.

Extendiendo estos deberes del poeta, en la verdad o en el error, hasta sus últimas consecuencias, decidí que mi actitud dentro de la sociedad y ante la vida debía ser también humildemente partidaria. Lo decidí viendo gloriosos fracasos, solitarias victorias, derrotas deslumbrantes. Comprendí, metido en el escenario de las luchas de América, que mi misión humana no era otra sino agregarme a la extensa fuerza del pueblo organizado, agregarme con sangre y alma; con pasión y esperanza, porque sólo de esa henchida torrentera pueden nacer los cambios necesarios a los escritores y a los pueblos. Y aunque mi posición levantara o levante objeciones amargas o amables, lo cierto es que no hallo otro camino para el escritor de nuestros anchos y crueles países, si queremos que florezca la oscuridad, si pretendemos que los millones de hombres que aún no han aprendido a leernos ni a leer, que todavía no saben escribir ni escribirnos, se establezcan en el terreno de la dignidad sin la cual no es posible ser hombres integrales.

Heredamos la vida lacerada de los pueblos que arrastran un castigo de siglos, pueblos los más edénicos, los más puros, los que construyeron con piedras y metales torres milagrosas, alhajas de fulgor deslumbrante: pueblos que de pronto fueron arrasados y enmudecidos por las épocas terribles del colonialismo que aún existe.

Nuestras estrellas primordiales son la lucha y la esperanza. Pero no hay lucha ni esperanzas solitarias. En todo hombre se juntan las épocas remotas, la inercia, los errores, las pasiones, las urgencias de nuestro tiempo, la velocidad de la historia. Pero, ¿qué sería de mí si yo, por ejemplo, hubiera contribuido en cualquiera forma al pasado feudal del gran continente americano? ¿Cómo podría yo levantar la frente, iluminada por el honor que Suecia me ha otorgado, si no me sintiera orgulloso de haber tomado una mínima parte en la transformación actual de mi país? Hay que mirar el mapa de América, enfrentarse a la grandiosa diversidad, a la generosidad cósmica del espacio que nos rodea, para entender que muchos escritores se niegan a compartir el pasado de oprobio y de saqueo que oscuros dioses destinaron a los pueblos americanos.

Yo escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida, y, antes de reiterar la adoración hacia el individuo como sol central del sistema, preferí entregar con humildad mi servicio a un considerable ejército que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día enfrentándose tanto a los anacrónicos recalitrantes como a

los infatuados impacientes. Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mi poesía.

Hace hoy cien años exactos, un pobre y espléndido poeta, el más atroz de los desesperados, escribió esta profecía: «A l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides Villes». (Al amanecer, armados de un ardiente paciencia, entraremos a las espléndidas ciudades).

Yo creo en esa profecía de Rimbaud, el vidente. Yo vengo de una oscuro provincia, de un país separado de todos los otros por la tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía, y también con mi bandera.

En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas que el entero porvenir fue expresado en esa frase de Rimbaud: sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres.

Así la poesía no habrá cantando en vano.

SALVADOR ALLENDE (1908-1973)

11 de septiembre de 1973

«... De nuevo se abrirán las grandes alamedas»

A las siete de la mañana de ese día 11 de septiembre, el entonces presidente Allende recibió una llamada a su residencia de Tomás Moro. Un oficial de carabinero le informaba de un movimiento inusual de tropas en Valparaíso. Recibida la noticia, Allende decidió dirigirse a La Moneda para organizar desde allí la resistencia al supuesto golpe de Estado. Tras un ultimátum de parte de la Junta de Gobierno Militar para que el presidente y sus hombres abandonaran el lugar, faltando cinco minutos para el mediodía, dos Hawker Hunters iniciaron el bombardeo de la casa de Gobierno. Horas antes de dispararse dos balas en la cabeza, Allende dirigió sus últimas palabras al país a través de la radio Magallanes.

Seguramente, ésta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de radio Magallanes; mis palabras no tienen amargura, sino decepción. Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: «Yo no voy a renunciar».

Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo, y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna, de miles y miles de chilenos, no podrá ser cegada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallar; pero no se detienen los procesos sociales, ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra, y la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria, quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre, que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra, de que respetaría la Constitución y

la ley, y así lo hizo, en este momento definitivo, el último que pueda dirigirme a ustedes. Quiero que aprovechen la lección. El capitalismo foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima, para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, las que les enseñara Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social, que hoy estará en sus casas, esperando, con mano ajena, reconquistar el poder, para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios. Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños, me dirijo a los profesionales de la patria, a los que siguieron trabajando contra la sedición, auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también, las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos, me dirijo a la juventud, aquéllos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu a la lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquéllos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder, estaban comprometidos. La historia los juzgará; seguramente radio Magallanes será acallada, y el metal tranquilo de mi voz, no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo, siempre estará junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo quedará en un hombre digno que fue leal a la revolución.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrastrar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino, superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el Pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Éstas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ (1907)

18 de septiembre de 1974

«Pero Chile tiene su alma»

Poco antes de que comenzara el solemne Tédeum del 18 de septiembre de 1974, se respiraba tensión en la Catedral. Estaban allí reunidos, por primera vez en forma oficial, los miembros de la Junta de Gobierno, sus ministros de Estado, miembros del Poder Judicial, representantes del cuerpo diplomático y gran parte de la curia santiaguina. El tema era Chile. Mientras para algunos el país estaba viviendo uno de sus mejores momentos, para otros la patria atravesaba por un hondo dolor. En su homilía, el cardenal Silva Henríquez, el mismo que por entonces llevaba doce años conduciendo la Iglesia de Santiago, tuvo el coraje y la sabiduría de pasar por sobre toda contingencia y reflexionar con los asistentes en torno al mayor valor de Chile: su alma.

En un mundo que parece hostil a la tradición reactualizamos hoy, los chilenos, una que es bella y muy nuestra: darle gracias a Dios por Chile.

La mentalidad contemporánea suele mirar con sospecha todo lo que es tradición, haciéndola sinónimo de arqueología inútil.

Y sin embargo aquí están hoy, como en cada 18 de septiembre; aquí concurren la Iglesia y la patria, para sancionar solemnemente su fidelidad a una tradición que les pertenece y las hermana a las dos.

La Iglesia y la patria: dos magnitudes, dos almas que sólo pueden subsistir y fructificar en la medida en que son fieles, cada una a su tradición.

La Iglesia fundada en la palabra, el dolor y el espíritu de Cristo, sabe que no puede enseñar sino lo que Cristo le confió, ni dar vida sino abrazándose a su cruz, ni gobernar sino sirviendo como Él sirvió. Ella es experta en humanidad, y vive siempre inmersa en su tiempo, siem-

pre renovada y joven, precisamente porque no deja nunca de mirar hacia su origen para reencontrar, en su historia primera, los cimientos perennes de su fe, los motivos de su esperanza y las razones de su amor.

También la patria ha de leer constantemente su itinerario histórico en sus actas de fundación. La patria –ninguna patria y Chile menos que ninguna– no nace del vacío o del acaso. La patria se constituye en el momento en que un grupo de hombres, que habitan físicamente un determinado territorio, reconocen como suyo un mismo patrimonio de sangre y de cultura, entran en comunión de tarea y destino. La patria no nace por un accidente geográfico o por un operativo bélico. La comunión profundamente humana, en valores que exigen deponer inatos egoísmos y merecen el sacrificio de la vida; la solidaridad en una misión y un destino que los concierne a todos y los distingue de entre los demás pueblos de la tierra es lo que formal y decisivamente constituye la patria. El territorio será sólo el ámbito físico de esta comunión en el espíritu, y la gesta militar el instrumento, alguna vez necesario para resguardar eficazmente este patrimonio de sangre y cultura.

Por eso es que una patria no puede echarse a andar indiferentemente por cualquier camino. La patria no se inventa, sólo se redescubre y revitaliza, y siempre en la fidelidad a su patrimonio de origen. Cuando una nación que es patria busca su sendero fuera de su tradición, su apostasía deriva fatalmente en anarquía y disolución. La patria no se inventa ni se trasplanta, porque es fundamentalmente alma, alma colectiva, alma de un pueblo, consenso y comunión de espíritu que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos.

De aquí fluye, con imperativa claridad, nuestra más urgente tarea: reencontrar el consenso; más que eso, consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la patria en su origen. La historia demuestra –y seguirá demostrando– que sólo en esta fidelidad es fecunda la esperanza.

Los pueblos que enajenan su tradición, y por manía imitativa, violencia impositiva o imperdonable negligencia o apatía toleran que se les arrebate el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y, finalmente, su independencia ideológica, económica y política.

Pero Chile tiene su alma. Cataclismos naturales, potentes apetitos foráneos, guerras externas y largas noches de interna disensión hasta el

odio; pobreza, sufrimiento –el sufrimiento más terrible de todos, no amar al hermano–, no han podido arrebatarse a Chile su alma. Y en esta hora de acción de gracias por una herencia que nos enaltece, nos estremece también la esperanza. Chile quiere seguir siendo Chile. Chile anhela empezar otra vez, estar como antes, como siempre, a la cabeza del reino de los grandes valores; pequeño y limitado, tal vez, en su potencia económica; grande y desbordante en su riqueza de espíritu. Un formidable ímpetu de reencuentro y reconciliación surge y quisiera imponerse entre nosotros: reencuentro con nuestro ser original, reconciliación con nuestra tarea y destino y con todos aquellos que por sangre y espíritu zaminan con nosotros. Esta afirmación imperativa de nuestra propia identidad se dejará solamente encontrar en la fidelidad de nuestra tradición.

A estas alturas no podemos ya eludir la interrogante: ¿qué es, en qué consiste esta tradición, cuáles son los valores que constituyen nuestra patria en su origen, el cuerpo y la sangre de nuestra gran comunión nacional?

Son aquí los expertos quienes tienen la palabra. A ellos toca desenmarañar, con respetuoso amor, más allá del ropaje exterior de las fechas y batallas y documentos legales, aquellas constantes del espíritu que atraviesan todo nuestro ser y devenir como nación: redescubrir el alma colectiva que nos cohesiona como pueblo y nos otorga el derecho a la existencia.

Pero el pastor tiene también aquí algo que decir; porque en todo proceso histórico se desenvuelve y revela progresivamente un plan divino. Cristo Resucitado, el mismo ayer, hoy y siempre, está presente en cada tramo de nuestra historia, en cada rasgo de nuestra alma. Leer nuestra historia con los ojos de la fe, es adentrarse así en una oración vital, donde contemplamos el rostro y conocemos la voluntad del Señor de los tiempos.

Desde esa perspectiva –la única en que reivindicamos competencia– y apoyados en los testimonios más seguros de aquellos expertos, quisiéramos proponer algunos de los rasgos que –según nos parece– configuran decisivamente nuestra fisonomía espiritual, revelando, a su través, el designio de Dios para nosotros.

El primero y más evidente es el primado de la libertad sobre todas las formas de opresión.

Hay algo en nuestra alma, en nuestro inconsciente colectivo que nos urge a rechazar, como extraño al cuerpo social, todo aquello que signifique subyugar la persona o la nación a poderes extraños a ella misma. Expresémoslo en forma positiva: en el alma de Chile se da como componente esencial, el aprecio y costumbre de la libertad, individual y nacional, como el bien supremo –superior, incluso, al de la vida misma.

No es éste el momento ni lugar de probar detalladamente una tesis como ésta, tan cargada de significación como de responsabilidades. Contentémonos con reafirmar nuestro sustancial entronque con el alma de la hispanidad. Somos hijos de una madre cuyo orgullo milenario fue amamantar, en cada creatura, un alma de estatura regia, una soberanía inviolable. Comunitariamente, cada ciudad o región hispana cauteló intransigente sus fueros contra todo alarde de despotismo o vasallaje. Fue frecuente ofrendar la vida por la libertad, preferir la muerte al deshonor de inclinar la frente ante el tirano.

Y esa altivez hispana; expresión tal vez inconsciente de un alma que se sabía originaria de Dios y pegada a precio de la sangre de su Hijo, se encontró en Chile con una nueva rebeldía, tan terca y empecinada como la suya, que la obligó a desangrarse en una lucha de tres siglos y a cantar su admiración y respeto por el adversario tan digno de sí. Y en el inevitable choque de ambas rebeldías sucedió algo prodigioso: que el más fuerte y generalmente vencedor, buscó preservar los derechos del que, por más débil, debía finalmente ser vencido.

El conquistador hispano no pudo ni quiso jamás acallar el grito de una conciencia que, en pleno fragor de batalla, les urgía ver, en el indio para él semisalvaje y feroz, un alma humana soberana e inviolable como la suya y que peleaba, como él por su patria y su libertad. Y al calor de este respeto por la dignidad regia del hombre, cualquiera fuese su condición cultural o religiosa, se fue elaborando un estatuto jurídico que, pese a sus inevitables transgresiones, denunciadas siempre como abusos, miró a preservar a los naturales de esta tierra de toda inicua y degradante esclavitud. Y es que, el que ama auténticamente la libertad, no tolera edificar la suya sobre la servidumbre o el sometimiento de los otros.

Así empezó a configurarse el alma de Chile. La gesta de la emancipación americana y las primeras defensas de la soberanía nacional contra arrestos imperialistas la templaron definitivamente en esta nota que pasaría a ser rasgo dominante y distintivo de su rostro espiritual. En

Chile no tiene cabida o vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional. El cuerpo social sería incapaz de asimilarlo, por extraño a su esencia.

Y esta comprobación no mira a acunarnos en lo que podría ser una legítimo orgullo, sino quieren reavivar una seria responsabilidad: todo chileno debe educarse y educar a la libertad. La capacitación para el libre ejercicio de las propias aptitudes; para pensar, discernir, opinar y actuar; para participar en la elaboración y puesta en práctica de las decisiones sociales, es tarea primordial de los chilenos.

En definitiva, toda normatividad jurídica y estructuración institucional, toda política económica y social y todo sistema educacional deben tender a asegurar, a cada chileno, el ejercicio de su libertad y el respeto a su persona como un ser inviolable. Cualquiera otra finalidad –la instrumentalización, por ejemplo, de las instituciones sociales, para ponerlas al exclusivo servicio de unos pocos– estaría condenada de antemano a la ineficacia, por ser extraña y hostil al alma nacional. Los pueblos no pueden impunemente apostatar de su alma.

Esta misma lección que nos deja nuestra historia nos introduce ya en el que nos parece ser el segundo rasgo definitorio de nuestro ser espiritual. Semejante al primero, le suministra su necesario complemento. Creemos definirlo bien como el primado de orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad.

El impulso libertario no es patrimonio exclusivo de Chile ni del conglomerado iberoamericano. Son muchos los pueblos, de éste y otros continentes, que se irguieron al conjuro de la palabra «libertad» para sacudir todos los yugos, reales o imaginarios, que entrababan su ejercicio.

Pero no en todas partes la dinámica liberadora se orientó por los mismos cauces. No fue infrecuente, por ejemplo, y tal vez constituyó la regla más común, que el ansia de emancipación se emparara de odio fratricida y diera pábulo al desborde de sangrientos revanchismos. Tampoco fue excepción el que el cambio de sistema resultara más de nombre que en los hechos, trocados absolutismos monárquicos por caudillismos despóticos, sin más voluntad ni ley que la fiebre incontrolada del poder. El propio Simón Bolívar confesaría, en 1830, con desalentada sinceridad: «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de todos los demás».

Quince años antes, sin embargo, su mirada se había vuelto, iluminada de intuición que se diría profética, hacia el extremo inferior del continente: «Si alguna República –fueron sus palabras– permanecerá largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra: Chile puede ser libre».

Y en los mismos años en que, ante el escenario de una América desgarrada y desangrada, Bolívar resignaba el mando, comenzaba a gestarse, en Chile, una nueva concepción de Estado, basada en la autoridad impersonal y el derecho objetivo, que resguardaría las libertades individuales y sociales, inscribiéndolas en el marco estricto del orden jurídico.

Tampoco esta concepción –que se daría en llamar portaliana– arranca del vacío. Sus raíces se hunden en el terreno fecundo de la España madre y de la antigua Roma. Ésta, con su culto al derecho como seguro de la libertad; aquélla, con su imagen de la autoridad como representante de Dios, servidor y garante de la unidad de su pueblo.

Cupo a Portales el mérito de traducir ejecutivamente esta concepción en un estilo y tradición de gobierno; pero ella vivía, latente, en el alma del pueblo, y fue su consenso el que la hizo posible. Chile no quería, no podía ser un cuerpo desarticulado, invertebrado. Si hasta su mismo nombre: Chile: médula, parecía estar reclamando cohesión, consistencia, sustancia, orden... Y así se fue plasmando, con sacrificios a ratos heroicos, esta manera social de ser, hambrienta, sí, de libertad, pero consciente de que ella sólo es posible dentro del orden, del común acatamiento de normas objetivas que son sagradas porque garantiza la libertad; del común respeto a una autoridad que se impone, más que por la fuerza de la coerción, por la irradiación de su nobleza interior y el imponente testimonio de su altruismo cívico. Manuel Montt lo expresaría en una fórmula clásica: «El imperio de la libertad y el orden en el gobierno público. No el de la libertad con mengua del orden, ni el del orden con mengua de la libertad; sino la justa armonía de estos dos principios salvadores de la República».

Fue así como Chile conoció sólo por excepción y transitoriamente los desbordes de la anarquía. El temperamento nacional, ajeno a los extremismos, ponderado, realista, no pudo ni podrá nunca asimilar estilos de conducción basados en la prepotencia arbitraria o el capricho o ambición personal. Nuestra alma se nutre de una tradición en que el gobernante se define a sí mismo como servidor, nunca dominador; limitado por el marco de una ley a la que él mismo está, el primero, sometido, y confrontado al juicio de un pueblo, que le exige ser oído y respetado, y se reserva el derecho de juzgar permanentemente la calidad moral de su gestión.

Es una ética de gobierno, una filosofía del poder como servicio que desafía a las concepciones teóricas y prácticas vigentes en gran parte del mundo civilizado de entonces. Es la que permite a una nación todavía adolescente ganar rápidamente un puesto de avanzada en la madurez política y jurídica del continente y de ultramar, sentando las bases de una paz social que durará más de medio siglo.

En ese lapso, el principio rector jugará con acentuaciones. A veces será el imperio del orden el que resulte acentuado para temperar una malentendida libertad. Otras será el imperio de la libertad para flexibilizar un orden que tiende a hacerse excesivamente rígido. Acentuando, nunca excluyendo: el orden para defender la libertad; la libertad para humanizar el orden: ambos en justa e indisoluble armonía, bajo el imperio de una autoridad que se somete, a su vez, al servicio y al juicio de su pueblo, de su voluntad colectiva de ser.

De nuevo: no es éste un privilegio para enorgullecernos, sino una herencia que reconquistar, una responsabilidad que asumir.

Todo chileno debe educarse y educar a respetar el derecho. El derecho es la justa ecuación entre la libertad y el orden. Sólo el derecho puede regular, entre nosotros, el ejercicio de nuestras libertades básicas; sólo normas objetivas, válidas siempre y para todos, pueden sancionar y proteger los derechos elementales, de pensamiento y opinión, de libertad personal, de trabajo y subsistencia, de educación y cultura, de asociación y participación. Debemos educarnos a respetar los poderes o instancias en que ese derecho se genera, se interpreta y se aplica, y a los hombres que los encarnan. Pero más que nada hemos de educarnos al respeto por ese pueblo por quien y para quien es, en definitiva, todo derecho. Acercarnos, cada vez más, a su corazón para percibir su latido

y escuchar su voz, y satisfacer sus legítimas ansias de justicia y garantizar su acceso a los bienes que Dios hizo para todos y tomar en serio su grandeza de hombres libres, llamados a participar responsablemente en las decisiones que configuran su ambiente económico, profesional y social. La concepción portaliana de gobierno es impensable sin una autoridad que además de su testimonio de desprendimiento personal se mantenga permanentemente en contacto con su pueblo, temperando en él, en su buen sentido y en su fino instinto de lo que es bueno, prudente y factible, los ardores y tensiones inseparablemente conexos con el ejercicio del poder.

Corolario de este respeto al derecho es la posibilidad de discrepar, nota que singulariza la convivencia chilena en toda su historia. Los desbordes de la intolerancia y del fanatismo sectario constituyen, entre nosotros, una excepción y un baldón que, aparte de hacernos más humildes, debieran estimularnos a cautelar mejor el don amenazado. La persecución y la venganza políticas son injertos extraños al alma nacional.

Si se nos pregunta por la razón más profunda de éste y otro rasgos del alma nacional, la respuesta puede hallarse en el que nos parece ser el tercer principio integrador de nuestro ser colectivo: el primado de la fe sobre todas las formas de idolatría.

El alma de Chile se ha nutrido, en efecto, desde sus inicios, en la savia vigorizadora de la fe. No una fe cualquiera, sino específicamente la fe bíblica que conforma toda la gran tradición judeo-cristiana.

Esta fe tiene, como función primordial, denunciar la falsía de todos los ídolos.

Numerosos son los ídolos que han querido imponérsenos en el curso de nuestra historia. Ya los primeros conquistadores se sintieron tentados por el vértigo de oro, del poder y la gloria sin medida, ídolos que exigían el sacrificio cruento de incontables vidas humanas. Pero la fe no los dejó sucumbir a esa tentación. Mientras en otras partes del mundo los naturales eran considerados seres sin alma y degradados al nivel de objetos de uso y comercialización, entre nosotros la fe proyectó su luz transfiguradora, presentando a los nativos, cualquiera fuese su grado de instrucción o su docilidad a la conquista, en su realidad de hijos de Dios, dotados de un origen y destino trascendentes, redimidos por la sangre de Cristo, llamados a la dignidad de la vida en gracia y al misterio de comunión con Dios y sus hermanos, los blancos europeos. Nues-

tros precursores crecieron en el espacio cultural y ético en que la riqueza, el prestigio y el señorío no podían lícitamente comprarse al precio de sojuzgar un ser humano inmortal. Quienes osaron hacerlo, o intentarlo, sintieron caer sobre sí el peso de todo el andamiaje jurídico de la Corona de España y la sabiduría teológica del sacerdocio hispanoamericano. Delincuentes ante el Rey, pecadores ante Dios; así fueron considerados aquellos que, negando su fe, la depositaron en los ídolos y soñaron erigir su grandeza sobre el envilecimiento de sus hermanos. Muchas veces fue su propia conciencia, adiestrada en los principios eternos de la dignidad del hombre como hechura de Dios, la que torturó y destrozó sus ambiciones de grandeza, forzándolos a restituir, en vida o en muerte, todo lo injustamente arrebatado a los aborígenes en guerra de conquista.

Fue esta fe cristiana la que marcó con su impronta la epopeya de la colonización americana, temperando sus objetivos económicos, políticos o estratégicos con el hálito misionero del anuncio del Evangelio y el rescate, para Dios, del alma indígena.

En éste y en el subsiguiente período, la Iglesia concentró su vigilancia y su amor en la defensa del más débil. Acompañó al conquistador, secundándolo en sus legítimas aspiraciones y ofreciéndole su brazo para enseñar y civilizar; pero su preocupación preferente fue para el conquistado. A unos y otros les fue ofrecida la fe para arrancarlos de sus ídolos.

Estos ídolos seguirían insinuándose en el correr de nuestra historia, siempre con su pretensión de erigirse en absoluto. A veces tomarían la forma de ideologías políticas; otras, de sistema económicos o bien de nuevos códigos de moral. Y ahí estuvo la fe para decirnos que sólo hay un Absoluto: Dios, y el hombre en cuanto hijo de Dios.

Fue así también como hace tres años, y en nombre de esa fe que juramos guardar, los Obispos de Chile debimos advertir, ante la posibilidad de que se construyera en nuestra patria un socialismo activamente ateo, que «cada vez que el hombre ha intentado construir un paraíso en la Tierra, olvidando a Dios o desfigurando su imagen verdadera, termina fatalmente convirtiéndose en esclavo de nuevos y falsos dioses, como la técnica, la economía o el Estado». Y comprobábamos que «el socialismo de inspiración marxista ha conducido hasta ahora, efectivamente, el reemplazo de Dios verdadero por un Estado endiosado, por un Esta-

do omnipotente que no reconoce otra ley moral que la de sus propias conveniencias políticas y cuyo poder despótico ha pisoteado y ensangrentado la historia de muchos pueblos, violando derechos fundamentales de la persona, de la sociedad y de las iglesias».

En nombre de esa fe cuyo depósito nos ha sido confiado, clamamos con urgencia y angustia para que ni ésta ni ninguna otra ideología se convierta en ídolo al que hubiera de sacrificarse todo, incluso el alma de un pueblo. La misma urgencia y angustia con que, fieles a la invariable doctrina de los Sumos Pontífices, hemos mostrado la incompatibilidad de la fe cristiana con la ideología del liberalismo sin freno, que considera al lucro como el motor esencial del progreso económico; la concurrencia, como ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. También esa ideología –ha dicho Paulo VI– conduce a la dictadura y genera –en palabras de Pío XI– el imperialismo internacional del dinero. La fe cristiana nos urge a reprobársela y recordar solemnemente, una vez más, que la economía está al servicio del hombre.

Sí: sólo hay un Absoluto: Dios, y el hombre en cuanto hijo de Dios. Y la fe bíblica ha venido surcando toda nuestra historia patria, para impedir que nos detengamos en un culto degradante a dioses que no son Dios. Poder, eficacia, consumo, riqueza y hasta el mismo desarrollo económico no son valores dignos del hombre cuando su consecución se logra sacrificando al hombre. Y la gran tarea de la Iglesia, su misión por excelencia, es reivindicar la soberanía de Dios y la inviolabilidad del hombre por ser hijo de Dios, como el único Absoluto de la historia.

Esta misión coloca frecuentemente a la Iglesia en una cierta tensión o polaridad con respecto a quienes detentan el poder. No se trata, por cierto de una oposición, sino de una independencia crítica que le permite a la Iglesia, ejercitando su papel de conciencia, discernir en qué grado se respetan la dignidad del hombre y los derechos que le son consustanciales. De ahí también que por una espontánea gravitación, y conservando su condición de Madre de todos, tenga y deba tener la Iglesia una positiva predilección por quien circunstancialmente aparece como el más pobre y menos defendido. No sólo prueba así su fidelidad a Cristo, sino entrega a los gobernantes su más leal y original aporte.

La fe así entendida se convierte, también, por la esperanza, en el

motor de la historia. La historia sólo se detiene e inmoviliza para los pueblos que han abandonado su fe, y con ella, sus motivos de esperar.

Pero un pueblo como Chile, nutrido en la fe del Evangelio, no se ha detenido ni puede nunca detenerse. Nada puede interrumpir su marcha, su camino ascendente. Nada: ni siquiera el dolor, el inexpressable sufrimiento de una división, de una profunda herida en el cuerpo social.

Al contrario: ese mismo dolor parece purificar su alma y clarificar su camino. Cuando Pedro de Valdivia acampó junto al lecho pedregoso y abierto del Mapocho, escuchó por vez primera el nombre que designaba un montículo de piedra entre las aguas del río: HUELÉN, Huelén, que quiere decir, «dolor».

Y Jaime Eyzaguirre, estudioso y enamorado como ninguno de la historia y alma de nuestro Chile, de quien tomamos esta cita, nos descubre un misterioso rasgo de nuestro ser: «Chile crece mejor en el dolor. La lucha y el quebranto han llegado a ser compañeros inseparables de nuestra raza. Es la Cruz, es la huella de los pueblos que tienen historia y son capaces de hacerla. Por eso el Chile vencedor en todas sus guerras recuerda apenas sus grandes éxitos bélicos y se detiene más en sus epopeyas de dolor: La Concepción e Iquique, allí donde se entrega la vida, allí donde prima el holocausto, y el espíritu, desnudo de todo éxito temporal, se hace noble y puro en el crisol del sufrimiento».

También nosotros conocemos el dolor. Los chilenos de esta década, de esta generación, hemos tenido el privilegio de sufrir, de llorar las lágrimas amargas y beber el cáliz de la incomprensión y del odio. Conocemos el dolor. Durante un tiempo demasiado largo hemos visto derrumbarse nuestras seguridades y orgullos, agrietarse los cimientos de todo aquello que nos hacía grandes, fuertes, respetables, hemos temido que Chile dejara de ser Chile, que nos tornáramos irreconocibles a nuestros propios ojos, que la patria perdiera su rostro y su alma.

Conocemos el dolor. Sólo Dios sabe cuánto, con qué amargura, cada uno de nosotros ha sufrido. Pero también y sobre todo aquí comparece nuestra fe, la fe en Cristo muerto y resucitado que nos dice hoy en su Evangelio: «Ánimo, no tengan miedo: yo he vencido al mundo... vuestro dolor es como un parto: luego sobrevendrá la alegría, y esa alegría nadie la podrá arrebatar».

Sí: es como un dolor de parto. Tal vez es necesario, o al menos salvable, aprender así, sufriendo, lo que vale la patria, revalidar, al precio

de un dolor personal, la herencia que otros nos conquistaron con su sangre. Es necesario, saludable, tal vez incluso justo sufrir así. Pero es como un dolor de parto. Ahora podemos decir que Chile es nuestra madre pero también nuestra hija. La hemos engendrado, la hemos vuelto a engendrar, nosotros con nuestro dolor.

Y por eso, nuestro amor por Chile se duplica, se hace tierno, vehemente, apasionado, exigente. A Chile lo amamos hoy como se ama a la madre y como se ama a la hija. Ahora que comprendemos, ahora que aquilatamos lo que es tener, lo que es ser patria, sentimos que hoy no hay tarea más bella que recrearla, misión más noble que reconstruirla, suerte más dulce que morir por ella.

Y entonces es cuando necesitamos, más que nunca, del tesoro de nuestra fe. Nuestra fe en Cristo, muerto y resucitado, que nos repite: «¡Ánimo, no tenga miedo: yo he vencido al mundo!».

Sí: el mundo, aquello que hay de malo en el hombre, el germen de la mentira, de la división del odio ha sido ya derrotado por Cristo. Y nosotros podemos y debemos vencerlo con Él. Puede que a veces sus efectos se prolongue en espasmos agónicos y nos vuelvan a hacer daño. Pero en su raíz, el poder del mal está vencido: la victoria nos pertenece. La mentira y el odio, el pecado y la muerte no tendrán la última palabra. En definitiva, todo el odio pasará, la muerte será también vencida, y sólo quedará la patria, la familia de hombres que juntos vivieron, lucharon, creyeron y esperaron, la familia de hombres que renunciaron a odiarse porque tenían muy poco tiempo para amarse.

La patria transfigurada, purificada de todo lo que aún la ensombrece, la patria celestial, preparada y pre-vivida en germen en la patria terrenal –Chile, el de ayer, el de hoy; el de nuestros hijos, tierra bendita, tierra buena y de todos, Chile, nuestro gran amor, nuestra gran tarea, nuestro gran regalo. Ese Chile del que Valdivia escribió: «Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse, no la hay mejor en el mundo».

Hoy traemos al altar, como ofrenda sagrada, esta tierra de Chile con sus hombres, nuestro pueblo, sin distinción ni excepción alguna; con esa vocación de todos a ser libres; ese derecho de todos a sentirse hijos, ese deber de todos de ser padres de un nuevo Chile. Un Chile que siga siendo, hasta que Cristo vuelva, la tierra mejor que hay en el mundo.

AUGUSTO PINOCHET (1915)

9 de junio de 1977

«Los chilenos no se rinden jamás»

Esa noche, cientos de jóvenes repletaban la explanada de Chacarillas. El motivo por el cual habían sido congregados por el Frente Juvenil de Unidad Nacional era la celebración del segundo aniversario del Día de la Juventud. Dicha fecha coincidía con la conmemoración de la gesta de los héroes de la Concepción. Mientras los jóvenes portaban antorchas en alto, el presidente Pinochet –principal orador de la jornada– dio a conocer al país el itinerario institucional de su gobierno. Dicho proceso culminó el 5 de octubre de 1988, cuando el gobierno militar convocó a un plebiscito que dio como resultado un 54% a la opción No y un 43% a la opción Sí. El 11 de diciembre de 1989, el general Pinochet abandonó el poder que ejercía desde 1973, cuando encabezó la Junta Militar que derrocó a Salvador Allende.

A celebrarse hoy el Día de la Juventud, que instituyéramos hace dos años en este mismo lugar, retorno a él con renovada fe en el futuro de Chile.

Concurro así a la invitación que me ha formulado el Frente Juvenil de Unidad Nacional, que también celebra esta noche el segundo aniversario de su creación, como un movimiento propio y responsable de la juventud chilena, que quiso identificar su compromiso con la defensa y proyección histórica del 11 de septiembre, uniéndolo a aquel impecable ejemplo de patriotismo que representa la inmolación de los 77 héroes juveniles de La Concepción.

Mi corazón de viejo soldado revive con profunda emoción el coraje insuperable de Luis Cruz Martínez y de los otros 76 jóvenes chilenos, que junto a él, en plena soledad de la sierra peruana, supieron demostrar con la entrega de sus vidas, que nuestra patria y los valores perma-

nentes están por encima de cualquier sacrificio personal que su defensa pueda demandar.

Mi espíritu de Presidente de la República se llena de justificada esperanza, al contemplar que la juventud de hoy ha sabido descubrir el sello de eternidad y de exigencia que encierra para las generaciones siguientes la sangre que nuestros mártires derramaron, pensando en la grandeza futura de Chile.

Como muy bien lo señaláis en el lema que habéis escogido, ellos murieron porque soñaban en una patria libre, unida, grande y soberana. Convertir ese ideal en la más plena realidad posible, efectivamente es y será vuestra obra. Abriros diariamente el surco para que podáis emprender y proseguir esa tarea, es en cambio la difícil e irrenunciable misión que Dios y la historia han colocado sobre nuestros hombros.

Hace muy poco, el pueblo chileno supó reeditar, durante tres años de heroica lucha en contra de la inminente amenaza del totalitarismo comunista, aquel supremo grito de guerra de la Batalla de La Concepción: «Los chilenos no se rinden jamás». Y cuando acudiendo al llamado angustioso de nuestra ciudadanía, las Fuerzas Armadas y de Orden decidimos actuar el 11 de septiembre de 1973, nuevamente nuestra tierra fue regada por la sangre de muchos de nuestros hombres, que cayeron luchando por la liberación de Chile.

Quedaba de este modo en evidencia que el temple de nuestra raza y la fibra de nuestra nacionalidad para defender la dignidad o la soberanía de nuestra patria no habían muerto ni podrían morir jamás, porque son valores morales que se anidan en el alma misma de la chilenidad.

Hoy, volvemos a enfrentar una lucha desigual, contra una acción foránea de diversos orígenes y tonalidades, que a veces adopta la forma de la agresión enemiga, y que en otras ocasiones se presenta bajo el rostro de una presión amiga.

En ese complejo cuadro, Chile continuará actuando con la prudencia y mesura que tradicionalmente han caracterizado nuestra política internacional, aun en horas muy difíciles. Nuestra colaboración con los organismos internacionales y nuestro diálogo franco y leal con los países y gobiernos amigos, seguirán comprometiendo los mejores esfuerzos y la más amplia voluntad de parte nuestra. Pero por ningún motivo permitiremos que dicha actitud se confunda con debilidad o vacilación ante quienes pretenden dictarnos, desde el exterior, el camino que de-

bemos seguir, ya que su determinación es de exclusivo resorte de nuestra soberanía interna.

Por esta razón, dispuse recientemente que renunciáramos a la solicitud de un crédito externo, cuyo otorgamiento pretendió condicionarse públicamente a un examen de un gobierno extranjero acerca de la evolución de nuestra situación en materia de derechos humanos. Estoy cierto que en esta actitud me acompaña el país entero, porque si hay algo que todo chileno de verdad tiene muy claro es que la dignidad de nuestra patria no se transa ni se hipoteca ante nada ni frente a nadie.

Quienes pretenden doblegarnos con presiones o amenazas foráneas, se equivocan rotundamente, y sólo verán crecer una cohesión interna que siempre se agiganta frente a la adversidad. Quienes, por su parte, pretenden desde el interior aliarse con estos desbordes internacionales, que parecieran revivir formas de imperialismo que creíamos ya superadas en Occidente, sólo logran retratarse mejor en sus ambiciones sin frenos, y hacerse acreedores al justo desprecio del pueblo chileno.

Menos aceptables son todavía los intentos de intervención foránea, cuando la causa que se invoca para ello es una supuesta defensa de los derechos humanos.

Nuestra historia y nuestra idiosincrasia se han forjado en el respeto de la dignidad del hombre. Sólo una amarga experiencia reciente, que estuvo a punto de conducirnos a la guerra civil, nos ha hecho comprender que los derechos humanos no pueden sobrevivir en un régimen político y jurídico que abre campo a la agresión ideológica del marxismo-leninismo, hoy al servicio del imperialismo soviético, o a la subversión terrorista, que convierte a la convivencia social en una completa anarquía.

Resulta incomprensible que toda restricción a determinados derechos de las personas se enjuicie como una presunta transgresión de los derechos humanos, mientras que la actitud débil o demagógica de muchos gobiernos frente al terrorismo no merezca reparo alguno en la materia, aun cuando es evidente que ella se traduce en una complicidad por omisión, con una de las formas más brutales de violación de los derechos humanos.

Es posible que nuestro enfoque más amplio y profundo en esta materia sea difícil de comprender para quienes no han vivido un drama como el nuestro. He ahí, en cambio, la razón por la cual las limitaciones

excepcionales que transitoriamente hemos debido imponer a ciertos derechos, han contado con el respaldo del pueblo y de la juventud de nuestra patria, que han visto en ellas el complemento duro, pero necesario para asegurar nuestra liberación nacional, y proyectar así amplios horizontes de paz y progreso para el presente y futuro de Chile. La juventud se ha destacado por su comprensión visionaria hacia la exigencia histórica que afrontamos, en el sentido de dar vida a un nuevo régimen político institucional.

Es por ello que, al cumplir el Frente Juvenil dos años de vida, siento el deber de expresar que, respetando el carácter plenamente autónomo e independiente de este movimiento, el gobierno que presido aprecia debidamente los importantes avances que aquél ha ido logrando en su misión de unir a la juventud chilena en torno a un compromiso activo con Chile; con sus recursos humanos, geográficos y económicos; con el 11 de septiembre, y con la nueva institucionalidad que a partir de esa fecha está surgiendo.

De ahí que haya escogido esta noche, que ya se identifica con la juventud de nuestra patria, para señalar públicamente los pasos fundamentales que hemos delineado para avanzar en el proceso institucional del país. Nada me parece más apropiado que hacerlo en un acto juvenil, ya que seréis vosotros, jóvenes chilenos, los responsables de dar continuidad a la tarea en que estamos empeñados, y los más directos beneficiados con el esfuerzo en que ella ha puesto, desde su inicio, el país entero.

Frente al éxito ya perceptible del plan económico, el progreso en las medidas de orden social, y el orden y la tranquilidad que hoy brindan una vida pacífica a nuestros compatriotas, la atención pública se ha centrado ahora en mayor medida en nuestro futuro jurídico-institucional. Las sanas inquietudes de la juventud y de otros sectores nacionales por una participación cada vez mayor, se insertan en esa realidad.

Para un adecuado enfoque de este problema, es conveniente reiterar, una vez más, que el 11 de septiembre no significó sólo el derrocamiento de un gobierno ilegítimo y fracasado, sino que representó el término de un régimen político-institucional definitivamente agotado, y el consiguiente imperativo de construir uno nuevo.

No se trata de una tarea de mera restauración, sino de una obra eminentemente creadora, sin perjuicio de que dicha creación, para ser fe-

cunda, debe enraizarse en los signos profundos de nuestra auténtica y mejor tradición nacional.

Ello nos señala el deber de caminar por el sendero del derecho, armonizando siempre la flexibilidad en la evolución social con la certeza de una norma jurídica objetiva e impersonal, que obligue por igual a gobernantes y gobernados. En esa perspectiva, advertimos nítidamente que nuestro deber es dar forma a una nueva democracia que sea autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social, características que se comprenden mejor cuando el individuo se despoja de su egolatría, ambición y egoísmo.

Una democracia es autoritaria, en cuanto debe disponer de una autoridad fuerte y vigorosa, y hacer imperar un orden jurídico que asegure los derechos de las personas, con una adecuada protección de los Tribunales de Justicia independientes y dotados de imperio para hacer cumplir sus resoluciones.

Protegida, en cuanto debe afianzar como doctrina fundamental del Estado de Chile el contenido básico de nuestra Declaración de Principios, reemplazando el Estado liberal clásico, ingenuo e inerme, por uno nuevo que esté comprometido con la libertad y la dignidad del hombre y con los valores esenciales de la nacionalidad. Consiguientemente, todo atentado en contra de estos principios, cuyo contenido se ha ido precisando en las Actas Constitucionales vigentes, se considera por éstas como un acto ilícito y contrario al ordenamiento institucional de la República.

La libertad y la democracia no pueden sobrevivir si ellas no se defienden de quienes pretenden destruirlas.

Integradora, en cuanto debe robustecer el objetivo nacional y los objetivos permanentes de la nación, para que, por encima de legítimas divergencias en otros aspectos más circunstanciales, los sucesivos gobiernos tengan en el futuro la continuidad esencial que les ha faltado en el pasado. De ahí debe brotar un poderoso elemento de unidad de la gran familia chilena, a la cual se ha pretendido sistemáticamente disgregar por tanto tiempo, impulsando una lucha de clases que no existe y no debe existir.

Tecnificada, en cuanto el vertiginoso progreso científico y tecnológico del mundo contemporáneo, no puede ser ignorado por las estructuras jurídicas, resultando en cambio indispensable que se incorpore la voz de los que saben al estudio de las decisiones. Sólo ello permitirá

colocar la discusión en el grado y nivel adecuados, reducir el margen del debate ideológico a sus justas proporciones, aprovechar el aporte de los más capaces y dar estabilidad al sistema.

De auténtica participación social, en cuanto a que sólo es verdaderamente libre una sociedad que, fundada en el principio de subsidiariedad, consagra y respeta una real autonomía de las agrupaciones intermedias entre el hombre y el Estado, para perseguir sus fines propios y específicos. Este principio es la base de un cuerpo social dotado de vitalidad creadora, como asimismo de una libertad económica que dentro de las reglas que fija la autoridad estatal para velar por el bien común, impida la asfixia de las personas por la férula de un Estado omnipotente.

Estamos frente a una tarea que, por su naturaleza y envergadura, debe ser gradual. De este modo, nos alejamos por igual de dos extremos: el del estancamiento, que más tarde o más temprano siempre conduce los procesos sociales a rupturas violentas, y el de la precipitación, que traería consigo la rápida destrucción de todo nuestro esfuerzo, el retorno del régimen anterior con sus mismos hombres y vicios y, muy pronto, un caos similar o peor al que vivimos durante el gobierno marxista.

El proceso concebido en forma gradual contempla tres etapas: la de recuperación, la de transición y la de normalidad o consolidación. Dichas etapas se diferencian por el diverso papel que en ellas corresponde a las Fuerzas Armadas y de Orden, por un lado, y a la civilidad, por el otro. Asimismo, se distinguen por los instrumentos jurídico-institucionales que en cada una de ellas debe crearse o emplearse.

En la etapa de recuperación, el poder político ha debido ser integralmente asumido por las Fuerzas Armadas y de Orden con colaboración de la civilidad, pero en cambio, más adelante, sus aspectos más contingentes serán compartidos con la civilidad, la cual habrá de pasar así de la colaboración a la participación.

Finalmente, entraremos en la etapa de normalidad o consolidación, donde el poder será ejercido directa y básicamente por la civilidad, reservándose constitucionalmente a las Fuerzas Armadas y de Orden el papel de contribuir a cautelar las bases esenciales de la institucionalidad y la seguridad nacional en sus amplias y decisivas proyecciones modernas.

Hoy nos encontramos en plena etapa de recuperación, pero estimo que los progresos que en todo orden estamos alcanzando nos llevan hacia la de transición.

Durante el período que falta de la etapa de recuperación será necesario completar la dictación de actas constitucionales en todas aquellas materias de rango constitucional aún no consideradas por ellas, como también de algunas leyes trascendentales, como de seguridad, trabajo, previsión, educación y otras que se estudiarán en forma paralela.

De esta manera quedará definitivamente derogada la Constitución de 1925, que en sustancia ya murió, pero que jurídicamente permanece vigente en algunas pequeñas partes, lo que no resulta aconsejable.

Simultáneamente, deberán revisarse las actas constitucionales ya promulgadas en algunas materias donde su aplicación práctica hubiere demostrado la conveniencia de introducir ampliaciones, modificaciones o precisiones.

La culminación de todo este proceso de preparación y promulgación de las actas constitucionales, que continuará desarrollándose progresivamente desde ahora, estimo que deberá en todo caso estar terminado antes del 31 de diciembre de 1980, ya que la etapa de transición no deberá comenzar después de dicho año, coincidiendo su inicio con la plena vigencia de todas las instituciones jurídicas que las actas contemplen.

Entre las referidas actas constitucionales, ocupa un lugar prioritario la que habrá de regular el ejercicio y la evolución de los Poderes Constituyentes, Legislativo y Ejecutivo. Para orientar en esta materia a la Comisión de Estudios de la nueva Constitución, el presidente que os habla entregará próximamente ciertas directrices fundamentales que permitan a dicha comisión preparar el anteproyecto pertinente, para su posterior consulta al Consejo de Estado, antes del pronunciamiento final que corresponderá a la Junta de Gobierno.

Dichas orientaciones para el esquema que deberá regir en la etapa de transición son principalmente las siguientes:

—El Poder Constituyente deberá permanecer siendo ejercido por la Junta de Gobierno. Sin embargo, él se ejercerá normalmente con previa consulta al Consejo de Estado.

—El Poder Ejecutivo deberá permanecer siendo ejercido por el presidente de la Junta de Gobierno, en calidad de Presidente de la República, y con las facultades de que hoy ya está investido.

—El Poder Legislativo, de acuerdo a la tradición nacional, deberá tener dos colegisladores: el Presidente de la República y una Cámara Legislativa o de Representantes, como se podrá denominar, sin perjuicio

de las facultades legislativas que, en esta etapa de transición, deberá mantener la Junta de Gobierno, en carácter extraordinario.

Estas atribuciones deberán comprender, por una parte, el derecho de cada uno de sus integrantes a presentar proyectos de ley a través de la Presidencia de la República, y por la otra, la facultad de solicitar, antes de la promulgación de cualquier ley, que su texto sea revisado por la Junta de Gobierno. En este último caso, si en la Junta prevaleciera la opinión de que un precepto atenta contra la seguridad nacional, éste no podrá ser promulgado. Se trata de un veto absoluto destinado a operar en los casos en que la Junta de Gobierno lo interponga, a petición de cualquiera de sus miembros, diferenciándose así del veto ordinario del Presidente de la República frente a la Cámara Legislativa.

Por su parte, y tal como lo expusiera el 18 de marzo pasado, la Cámara Legislativa o de representantes deberá tener una composición mixta: un tercio de sus miembros habrá de corresponder a personalidades de alto relieve nacional, que la integrarán por derecho propio o por designación presidencial, y los otros dos tercios restantes serán representantes de regiones o agrupaciones de regiones en una cantidad proporcional al número de sus habitantes.

En cuanto a la legislación ordinaria, se deberá contemplar sistemas de iniciativas de las leyes de veto presidencial y otros que eviten los excesos demagógicos que caracterizaron a los últimos períodos de nuestro anterior Parlamento.

Esencial importancia cabe atribuir a que la Cámara Legislativa cuente con comisiones técnicas, en que participen establemente, con derecho a voz, las personas más calificadas en el plano científico, técnico y profesional en las diversas materias.

La instalación de esta Cámara Legislativa deberá realizarse el año 1980 y para su primer período, cuya duración será de cuatro o cinco años, dado que no es factible la realización de elecciones, los representantes de las regiones habrán de ser designados por la Junta de Gobierno.

Posteriormente, en cambio, dichos representantes regionales se elegirán ya por sufragio popular directo, de acuerdo a sistemas electorales que favorezcan la selección de los más capaces, y que eviten que los partidos políticos vuelvan a convertirse en maquinarias monopólicas de la participación ciudadana.

Constituida la Cámara Legislativa en este período, es decir, con dos

tercios de sus miembros elegidos popularmente, deberá corresponder a la propia Cámara el designar al ciudadano que a partir de esa fecha desempeñará el cargo de Presidente de la República por un período de seis años.

Simultáneamente con lo anterior, que implicará el paso de la etapa de transición a la de consolidación, corresponderá aprobar y promulgar la nueva Constitución Política del Estado, única y completa, recogiendo como base la experiencia que arrojó la aplicación de las Actas Constitucionales. La etapa de transición así para culminar los estudios del proyecto definitivo de la nueva carta fundamental.

Al bosquejar este plan general ante el país, el Gobierno cree cumplir con su misión de esclarecer las líneas básicas sobre las cuales anhela desarrollar nuestra evolución institucional próxima, durante la cual también será necesario intensificar la elaboración y consagración jurídica de las nuevas formas de participación social, tanto de carácter gremial o laboral, como estudiantil, profesional, vecinal y de las demás expresiones ciudadanas en general.

Jóvenes chilenos: la posibilidad de materializar íntegramente este plan está sujeta a la condición de que el país siga presentando los signos positivos que nos han permitido avanzar hasta la fecha.

Para ello se requiere indispensablemente el concurso patriótico de toda la ciudadanía, y muy especialmente, el idealismo generoso de la juventud, que debe encender de mística nuestro camino hacia el futuro.

No ignoro que se levantarán muchos escollos, ambiciones y personalismos, que de mil maneras pretenderán impedir nuestra marcha, y hacernos volver hacia atrás, donde sólo nos esperarían las penumbras de la esclavitud. Pero estoy seguro de que la luz que emerge al final de nuestra ruta será siempre más fuerte, más luminosa, y por encima de todo, confío plenamente en Dios, en el pueblo de Chile y en nuestras Fuerzas Armadas y de Orden que, con patriotismo, hoy guían sus destinos.

Mis queridos jóvenes, el futuro de Chile está en vosotros, cuya grandeza estamos labrando.

EDUARDO FREI MONTALVA (1911-1982)

27 de agosto de 1980

«La democracia no es el caos...»

Sólo dos semanas antes de la fecha estipulada por el gobierno militar para realizar el plebiscito que aprobaría o rechazaría la Constitución de 1980, se llevó a cabo el «Caupolicanazo». Autorizados a última hora por el Ministerio del Interior, ocho mil personas se reunieron en el Teatro Caupolicán, en el que fuera el primer acto público masivo de la oposición. Eduardo Frei Montalva, el entonces líder de la disidencia al régimen del general Pinochet, se dirigió a los asistentes. En su intervención calificó como ilegítimo y antidemocrático el proyecto constitucional, pues no contaba con las garantías mínimas de información y libertad. No obstante, el 67% de la población aprobó la Constitución de 1980. Mientras tanto, la oposición había dado un importante paso en su estructura y consolidación.

Después de tantos años, de nuevo nos encontramos aquí reunidos. Ésta es una ocasión solemne. La esperanza de Chile no tiene nombre de una persona; tiene el nombre de todo el pueblo de Chile. Representamos hoy la continuidad histórica de Chile y la voluntad de una inmensa mayoría de chilenas y chilenos.

La ocasión y el motivo no pueden ser de mayor trascendencia, porque se ha llamado al pueblo a un plebiscito para que apruebe el texto de una Constitución y una serie de artículos transitorios propuestos por los actuales gobernantes y, simultáneamente, para que se designe para ocupar la Presidencia de la República, por a lo menos nueve años más, a la misma persona que la ha ocupado durante estos últimos años siete años.

Esta Constitución, gestada primero por un grupo designado por el gobernante, fue después modificada por el Consejo de Estado, que él

también eligió. Estos dos organismos representaban un sector muy limitado de la ciudadanía. La Junta, por último, revisó esos textos para terminar elaborando uno que empeora aún más las proposiciones que le fueron presentadas.

Si comparamos lo que se dijo en Chacarillas y los proyectos de la Comisión Constitucional y, especialmente, del Consejo de Estado, podemos advertir un claro retroceso, que nos imaginábamos imposible.

Debemos comenzar por decir que uno es el texto constitucional y otro el cuerpo de artículos transitorios.

La Constitución sometida ahora a plebiscito entraría de hecho en vigencia el año 1990, de tal modo que se estará votando un proyecto que no tendría aplicación sino a fines de esta década.

Durante ese largo período, lo que regirá fundamentalmente son los artículos transitorios. De acuerdo con ellos, el presidente, que se auto-designa con nombre y apellido, y la Junta de Gobierno concentrarán el Poder Constituyente, el Ejecutivo y el Legislativo.

Podrán así modificar la Constitución sometiendo las reformas a plebiscito en las condiciones que hoy ya se conocen, y dictar las leyes interpretativas y orgánicas que completan la Constitución propuesta, las que se refieren, entre otras materias decisivas, al Tribunal Constitucional; al sistema electoral y el Tribunal Calificador; a la organización de los partidos políticos; al funcionamiento del Congreso; al Poder Judicial; a la Contraloría General de la República; al Banco Central; y a las entidades regionales y municipales. Es decir, quedará en sus manos conformar las instituciones más importantes de la vida de la nación.

Durante los próximos diez años no existirá ningún órgano de elección popular. No habrá, por tanto, Senado ni Cámara de Diputados, y los alcaldes tampoco serán elegidos por el pueblo.

En este lapso, el actual Jefe de Estado podrá decretar por sí solo estados de emergencia y de catástrofe; ejercer por períodos de seis meses, que son renovables, la facultad de arrestar a cualquier persona por el plazo de cinco días, ampliables en quince más en caso de haberse producido, a su juicio, actos de terrorismo; restringir el derecho de reunión y la libertad de información; prohibir el regreso de chilenos al país, o expulsarlos del territorio o relegarlos hasta por tres meses, medidas éstas que no son susceptibles de recursos jurídicos de ninguna especie.

Éstas no son sólo frías normas jurídicas, sino que afectan la vida,

seguridad y libertad de cada chilena o chileno, que durante este prolongado plazo estarán privados de derechos esenciales.

Al término de esta década tampoco se llamará a elecciones, pues los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el General Director de Carabineros, de acuerdo con el proyecto, propondrán a la ratificación de la ciudadanía la persona que deberá desempeñar el cargo de Presidente por otros ocho años, o sea, realmente hasta 1999, pudiendo ser propuesto el mismo general Pinochet.

El Presidente así ratificado deberá convocar a elecciones de senadores y diputados dentro de los nueve meses siguientes a su designación, es decir, en diez años más.

Si la ciudadanía no aprobara la proposición de la Junta, ésta y el general Pinochet continuarían, sin embargo, por un año más en funciones, y sólo entonces se convocaría a elecciones de Presidente y de Congreso y tendrían plena vigencia los preceptos permanentes de la Constitución propuesta.

Después de conocer las disposiciones ya señaladas, entrar en un análisis de otras nos parece ocioso.

Votar este proyecto de Constitución ilegítimo en su origen, inconveniente en su texto que va a entrar a regir dentro de diez años, que seguramente será modificado en el curso de esta década, y cuyo verdadero alcance y significado se conocerán sólo cuando se dicten las leyes orgánicas, es un caso de ciencia ficción o una burla al país.

Por casi un cuarto de siglo el pueblo chileno será mantenido en interdicción cívica, privado de sus derechos ciudadanos. Quienes tenían 18 años en 1973 podrán elegir sus autoridades por primera vez cuando hayan cumplido 42 años.

No hay antecedentes en la historia de Chile de un caso semejante, ni en cuanto al período ni a los poderes acumulados. Ni O'Higgins, ni Prieto, ni Bulnes pretendieron ni remotamente algo parecido. El proyecto no es ni siquiera un intento de transición, sino una prolongación y consolidación del actual poder personal.

Todo esto es, en líneas fundamentales, lo que se somete a plebiscito.

No somos enemigos del plebiscito como forma de consulta popular. Al contrario. Pero queremos un plebiscito verdadero.

Los regímenes dictatoriales y totalitarios los utilizan de acuerdo a estas técnicas y nadie duda cuáles son sus resultados. Creo que no hay

ejemplo en el mundo en que aquéllos hayan perdido un plebiscito.

Éste es el tipo de consulta a la que se nos convoca.

Este plebiscito carece de validez y lo rechazamos porque no reúne las condiciones mínimas que garanticen su legitimidad:

-No es válido, porque no se puede llamar a un plebiscito cuando el país vive bajo estado de emergencia.

-No es válido, porque requeriría un sistema electoral que asegure la auténtica expresión del pueblo al que se confronta.

-No es válido, porque no existen registros electorales, y han transcurrido prácticamente siete años desde su destrucción, lo que revela la voluntad deliberada de no rehacerlos.

-No es válido, porque las mesas que recibirán los sufragios y harán su recuento están formadas por personas designadas por los alcaldes que, a su vez, son nombrados por el Jefe de Estado.

-No es válido, porque todo el proceso de cómputo de votos y sus resultados, en sus dos primeras fases, está en manos de las autoridades, primero del alcalde y su secretario y después del gobernador, nombrados por el Ejecutivo.

-No es válido, porque están proscritos los partidos políticos y, en consecuencia, no puede haber apoderados fidedignos que controlen la votación y la seriedad de los escrutinios.

-No es válido, porque no existen libertades de reunión ni de manifestaciones públicas. El hecho de estar aquí hoy no significa sino una excepción muy limitada y condicionada. Y les quiero decir algo. Esta reunión se ha planteado sólo en el curso de cuatro o cinco días. Aquí no hay niños de escuelas traídos en fila. Aquí no hay buces ni movilización gratuita. No hay listas en los organismos públicos para que la gente concurra. Y sin embargo, ustedes han comprobado que a las cinco y media de la tarde se copó completamente el teatro.

-No es válido, porque no existe libertad de información ni de expresión; los que disienten no tiene acceso a la televisión, que en nuestro mundo es el principal instrumento de comunicación de masas, y muy escaso a las radios y a la prensa. Basta decir que el señor Ministro del Interior al escribirme me dice que no se puede obligar a los demás canales (de televisión), para una cadena. Pero existe una televisión estatal que se creó precisamente en mi gobierno.

-No es válido, porque existe la permanente amenaza de detencio-

nes, relegaciones o secuestros.

De modo que nadie puede engañarse: el resultado de este plebiscito está predeterminado.

A través de estos métodos no se conseguirá legitimar el ejercicio del poder. Si el Gobierno tuviera la seguridad de que en elecciones libres, abiertas e informadas podría ganar, no recurriría a estos sistemas que la opinión pública nacional e internacional ya ha descalificado.

Pero hay algo más y de extrema significación. El Jefe de Estado no se ha limitado sólo a presentar una Constitución, sino que, además, ha asumido el papel de la oposición, de definir lo que es la alternativa en el caso que su proyecto no se apruebe.

Según él, si se rechaza esta Constitución se retrotraería al país al 10 de septiembre de 1973, con lo cual se pretende decir a los chilenos quien vota No está conduciendo a Chile al desorden y al caos.

Se supone que quienes rechazan la Constitución propuesta quieren volver al pasado, y no a un pasado cualquiera, sino al 10 de septiembre de 1973. ¡Qué ficción tan absurda! ¿Qué país del mundo puede ser retrotraído a siete años atrás? ¿Van a estar en Chile los miles y miles de exiliados? ¿Han sido en vano estos siete años, en que el régimen no ha convencido a nadie? ¿No ha pasado nada en Chile? ¿No ha sido una dramática lección la pérdida de la libertad? ¿No han aprendido más de algo los chilenos? ¿Los centenares de miles de cesantes y el shock económico con su terrible costo social no han dejado huellas?

En el fondo, el dilema que el general Pinochet presenta es: yo o el caos. La democracia no es el caos. Este país no vivió en el caos. Los que verdaderamente conducen al caos son lo que con un acto de coerción moral y física plantean una disyuntiva inoperante que resultaría fatal.

Nadie tiene derecho de colocar al país en esa situación. Ésta es una alternativa que cualquier persona, en un instante de reflexión honrada, no puede sino rechazar por absurda.

No vamos a regresar al pasado. Eso es imposible.

Lo que queremos es mirar hacia el porvenir y buscar para Chile una salida racional, pacífica y posible, para que este país no viva en la regresión, sino que evolucione de acuerdo a su personalidad histórica.

Aprobar esta Constitución y sus artículos transitorios es una opción que contradice toda la historia de Chile. Es la antihistoria.

Este país ha seguido en sus 170 años de vida republicana un proceso

evolutivo siempre ascendente en busca de perfeccionar la democracia, asegurar la libertad y el imperio del derecho e integrar todas las clases sociales en un progresivo desarrollo.

Todas estas experiencias se fueron sumando en esta evolución evidente para configurar nuestra existencia como nación.

Chile no se construyó en la opresión ni en los caudillismos. La espina dorsal de lo que fuimos han sido la libertad, el Estado de derecho, la democracia, que funcionaron hasta durante las guerras.

Los partidos políticos y los gobiernos civiles fueron expresiones del sentir nacional, y, voy a decir aquí, que me respeten mis palabras, contamos invariablemente con Fuerzas Armadas de más alto nivel, cuyos jefes, después de triunfar en las batallas, no volvieron a planear cuarte-lazos, sino que dieron un ejemplo imperecedero de dignidad y de respeto a la democracia.

Este país, escaso de recursos en comparación con otros, tuvo un desarrollo económico creciente de acuerdo a los tiempos y llegó a obtener la tercera renta per cápita en América Latina; y proyectó un desarrollo social que fue diseñando una sociedad justa y moderna; instituciones estables; universidades que irradiaban influencia, con un prestigio notable en todo el continente. Era un país de científicos y de gran progreso cultural. Fue en esos años, que hoy se denigran, cuando una mujer y un hombre chilenos recibieron el Premio Nobel, y cuando el nombre de Chile era universalmente respetado.

¿Para qué volver al 10 de septiembre de 1973 y no recuperar esa línea histórica y proyectarla hacia el porvenir?

Una crisis, por grave que haya sido, no representa ni puede borrar ese pasado. No era Chile un país en decadencia, como se le quiere pintar en una tentativa de distorsionar toda nuestra historia.

Que haya habido un trance crítico no es de extrañar. Otras naciones, aun las más poderosas, también han vivido las más amargas encrucijadas.

Ésta es la experiencia de Francia, Alemania e Italia y de otras naciones de Occidente. Después de trastornos dramáticos, con heridas y divisiones al parecer sin solución, todas ellas se recuperaron confiando en sus pueblos, sin miedo a la libertad. No se buscaron pretextos para subyugar a sus pueblos, sino para liberarlos.

El ejemplo opuesto está en la historia, desde los zares hasta Irán. Y

en estos últimos tiempos en Centroamérica, donde los extremismos de uno u otro color han sembrado la muerte y han hecho imposible la paz. Sus regímenes han justificado sus violencias, diciendo que su objetivo es asegurar «el orden» y «eliminar el comunismo», para terminar precipitando a esos pueblos en el caos y –¡oh paradoja!– en las manos de los mismos a quienes iban a exterminar.

Éste fue el camino de los Batistas y los Somoza. Éste no puede ser el camino de Chile.

El camino de Chile fue y debe ser el que corresponde a una de las democracias más sólidas y antiguas del mundo. Puede y debe volver a serlo.

Estamos ciertos de que al pretender dilatar por años el actual régimen se nos está llevando a una situación que se tornará irreparable.

En estos meses el país ha observado un claro endurecimiento del régimen. Y ello, dígase lo que se quiera, es fruto de la inexistencia de un proyecto político, de la ausencia de una fórmula real de transición. No hay un acuerdo con el pueblo, con las fuerzas sociales. Sólo se ofrece la prolongación de un régimen represivo. Todo se confabula para atacar y derrotar a otros; pero no para unificar, ni para concertar un proyecto de convivencia nacional.

Han pasado siete años durante los cuales se ha pretendido erradicar toda oposición y toda amenaza al «orden». Curiosamente, ellas han recrudecido y hoy son aún más conminatorias, no sólo las surgidas de la extrema izquierda, como lo han reconocido hombres que ocupaban los más altos cargos en el mismo gobierno, sino también las habidas en el propio interior del régimen.

¿Quién garantiza que en cinco, diez, o veinte años más esta situación va a mejorar?

La experiencia mundial, sin una sola excepción –repetimos, sin una sola excepción–, prueba que los extremismos, y para qué decir los violentistas, han permanecido indemnes por más que se prolonguen los regímenes de represión.

El proyecto en plebiscito refleja el espíritu que inspira a sus autores: ellos no creen realmente que el pueblo chileno tenga capacidad para pensar, opinar, decidir y elegir. Me ha tocado en los últimos años, debido a mi participación en la Comisión Brandt, estar en muchos países. He visto la transmisión del mando de Venezuela, que se realizó en for-

ma absolutamente pacífica; Colombia sigue siendo un suelo democrático; en Ecuador la transmisión del mando fue una verdadera lección cívica; en Perú se acaban de realizar elecciones; en Brasil hay un proceso democrático en marcha, donde hay una amnistía total, han vuelto los exiliados políticos y la prensa goza de absoluta libertad. Y yo me pregunto: ¿es que acaso los chilenos somos inferiores a esos pueblos? ¿Es que no podemos darnos una democracia como ellos? Por el contrario, las disposiciones del proyecto conducen a un sistema preventivo-coercitivo que regirá por casi 23 años. Eso es lo que arrastra la división, al extremismo, a la violencia y al caos.

Todo su contenido revela una confianza ilimitada en los mecanismos de concentración del poder, y una desconfianza igualmente ilimitada en el pueblo, en el Parlamento, en los partidos políticos, en los organismos de base y hasta en los municipios.

No desconocemos la necesidad de una autoridad vigorosa capaz de gobernar. Otra cosa es el cesarismo autocrático.

El problema de fondo es que ninguna institucionalidad ni ley alguna pueden funcionar con normalidad si no representan la voluntad mayoritaria de la nación libre y auténticamente expresada.

Ninguna amarra, concebida entre cuatro paredes e impuesta para resistir la legítima expresión de un pueblo, puede tener vida estable. Ningún esquema funcionará si no existe un consenso básico sobre valores fundamentales que permitan una forma racional de convivencia.

Lo único racional que puede salvar al país de la violencia, el odio y la revancha, es que ese consenso se produzca cuanto antes.

Mantener un régimen de fuerza continuado, apoyado en una minoría, inevitablemente agudizará el conflicto –y óiganme bien los que no están en esta sala–, y la división entre los chilenos. Y lo más probable –y experiencia hay por doquier–, es que por esta vía se precipite al país a otro régimen de fuerza en sentido contrario; o sea, que el péndulo vaya de un extremo a otro.

Imponer una fórmula como la propuesta significa que el conflicto crecerá por la inevitable dinámica de este círculo trágico de represión y protesta que sólo sirve a los violentistas de uno u otro extremo y entre los que no está ningún partido responsable. Así nos veremos abocados a situaciones cada vez más difíciles y a una división cada vez más honda entre los chilenos.

El diálogo y el consenso, en esas condiciones, será imposible y la reconciliación y la paz serán cada día más lejanas.

Todo nuestro esfuerzo es que no se radicalicen las posiciones y que no se destruyan los caminos de la paz.

La seguridad y la paz no pueden ser el fruto de continuos operativos y allanamiento o de «peinar» las poblaciones en busca de delincuentes, para después descubrir que están ubicados en otros organismos.

En esas condiciones no hay seguridad para millones de chilenos, más aún cuando han desaparecido el amparo y las garantías jurídicas más básicas.

No estamos diciendo que no se proceda con energía para combatir el delito, la violencia, el terrorismo y la corrupción, pero todo el progreso humano ha consistido en hacerlo de acuerdo con la ley por autoridades elegidas por el pueblo, que los enfrenten con los métodos de la democracia y no los del terror.

Por eso rechazamos el proyecto constitucional y el plebiscito, convencidos de que nos lleva a un conflicto sin solución, pues se contradice la esencia de lo que es nuestro carácter nacional y se nos exhibe ante el mundo en una posición que desgraciadamente sólo genera sarcasmo o la compasión.

La verdadera alternativa no es volver al 10 de septiembre de 1973, sino encontrar un camino que nos permita ser lo que fuimos: una patria libre y democrática, con instituciones renovadas de acuerdo a las nuevas realidades y exigencias.

Fundados en estas razones es que venimos en proponer en alternativa para Chile, que le permita retornar a la democracia debidamente renovada.

Para este objetivo consideramos necesario:

—Que se organice de inmediato un gobierno de transición cívico-militar, cuyos objetivos básicos serán establecer durante el plazo de dos a tres años como máximo las condiciones para restañar las heridas del pasado, restablecer la unidad y la paz entre los chilenos, recuperar el pleno ejercicio del régimen democrático y garantizar la seguridad interna y externa de los chilenos. Durante este período de transición el gobierno retendrá las facultades legislativas.

—Que, constituido este gobierno de transición, se elija por votación popular una Asamblea Constituyente u otro organismo auténticamen-

te representativo de todas las corrientes de opinión nacional, como fue en 1925, que tendrá a su cargo la elaboración de un proyecto de Constitución. Este proyecto se someterá a plebiscito, bajo un sistema que dé absolutas garantías, y con opciones claramente definidas y plena libertad de expresión.

-Que, progresiva y rápidamente, se restablezcan las libertades públicas, el derecho de asociación, la libertad de opinión e información, el derecho a reunión, el regreso de los exiliados, la derogación del estado de emergencia.

-Que se dicte de inmediato y se ponga en vigencia una ley electoral que defina los requisitos para ser ciudadano, que regule las inscripciones electorales, los sistemas de votación y escrutinios, los organismos y tribunales, autónomos del gobierno provisional, que tendrán a su cargo asegurar la corrección de los procedimientos.

En Chile, por lo demás, rigió un sistema electoral que fue elogiado por todos los partidos sin excepción, bajo el amparo de la ley y con la presencia de las Fuerzas Armadas en el acto electoral.

-Que se dicte un estatuto de los Partidos Políticos que regule su funcionamiento y participación en la vida política del país durante el período de transición y hasta que se dicte la nueva Carta Constitucional.

-Que en el orden social se deroguen las limitaciones impuestas a las organizaciones sindicales, juntas de vecinos y demás instituciones sociales intermedias. Los estatutos definitivos se dictarán cuando asuma el futuro gobierno democrático.

-Que se dé término a la intervención de las universidades mediante un procedimiento dirigido por académicos de gran prestigio e intachables antecedentes, que den plena garantía a toda la comunidad universitaria.

-Que se gesticione un consenso nacional o pacto social que garantice la convivencia democrática, en paz y sin violencias, y que hagan posible su desenvolvimiento posterior.

Estoy cierto de que estas bases generales permitirán la posibilidad de un gran acuerdo en que participe el pueblo chileno y también las Fuerzas Armadas, instituciones que pertenecen a Chile y que no deben comprometerse con determinadas fórmulas políticas o económicas. Nunca en la historia se parcializaron, y por ello es que siempre gozaron de universal respeto.

Un ilustre general escribió en *Recuerdos de un soldado*: «Legal o ilegal, la dictadura deprime el espíritu de los ciudadanos que tienen una conciencia limpia».

Este camino es el que conviene a los trabajadores, a los jóvenes, a los intelectuales que requieren un horizonte; también a la mujer chilena, que quiere paz y seguridad, y a los empresarios, cuyo aporte es indispensable.

Todo el país cree que es una tarea inmediata crear ocupaciones y disminuir la cesantía que abrumba y desespera a miles de hogares.

Todo el país ve con preocupación cómo se está destruyendo la clase media.

Todo el país cree que es necesario defender la industria, la minería y la agricultura nacionales.

Nadie ignora los cambios operados en el mundo económico, la necesidad imperiosa de exportar y abrir nuestra economía, y terminar con el exceso de proteccionismo y de los monopolios. Pero otra cosa es lanzar a un país como el nuestro a una competencia en condiciones que no aceptan ni resisten las más poderosas naciones.

Este país sabe bien que las condiciones de la economía mundial son hoy muy diferentes, y su pueblo, no está compuesto por insensatos incapaces de medir las nuevas realidades.

Sólo en las condiciones antes propuestas será posible establecer un diálogo abierto que permita perfeccionar y adicionar otros planteamientos básicos.

La inmensa mayoría de los chilenos quiere vivir en paz y en orden; que se respeten sus derechos; que desaparezca el temor que corrompe las almas.

Estamos igualmente ciertos de que esa gran mayoría comprende que es necesario un consenso fundamental que permita rehacer nuestra vida política. Ningún partido sólo puede echarse sobre sus hombros esa pesada tarea.

Bastarían tres ejemplos para fundamentar esta afirmación.

Una comisión llamada de los 24, en la que participan hombres de todas las posiciones, elaboraron las bases de una Constitución democrática que podría servir para discutir en una Asamblea Constituyente llegando a pleno acuerdo sobre sus disposiciones.

Hace pocos días, 120 personalidades, profesores universitarios, hom-

bres de ciencia, literatos, políticos de intachable pasado, han expresado al país su pensamiento. Su prestigio y sus nombres son garantías de que hay chilenos capaces de asegurar el porvenir; y a ellos se están agregando nuevas y valiosas adhesiones.

Por su parte, dirigentes representativos del mundo sindical, en un manifiesto reciente, han expresado su predisposición para concurrir a la suscripción de un pacto político-social que permita hacer un gobierno en paz y tranquilidad. Muchos países estarían deseosos de poder tener ellos signos tales de cordura.

Podemos afirmar en la forma más categórica que la democracia no es el caos.

Hay en Chile fuerzas morales y políticas que no lo aceptan, y ellas son la mayoría abrumadora de las mujeres y hombres de Chile. Existe asimismo la fuerza moral de la Iglesia Católica con su inmenso prestigio, y de otras confesiones religiosas dignas del mayor respeto.

El pueblo no quiere trastornos y, repetimos, no hay por qué suponerlo incapaz de pensar y de actuar con buen sentido.

Tampoco las Fuerzas Armadas quieren el caos. No lo permitirían.

Nadie lo quiere.

En cambio, la fórmula que se propone de concentrar todo el poder en unas mismas manos, dígame lo que se quiera, es la inestabilidad permanente.

Un país no puede vivir en el temor de lo que pasará si vuelve a su vida normal. El temor de unos a la represión y de los otros a la revancha no puede ser fundamento de una sociedad pacífica y estable.

Sabemos que un retorno a la democracia significa riesgos e incertidumbres que son inevitables en todas las naciones y regímenes. ¿Qué hombre no sufre riesgos? ¿Qué país no enfrenta problemas? Estamos viendo en Chile los mismos problemas que podría enfrentar una democracia, pero con la diferencia de que una democracia podría salir de esto por sí misma, en cambio la continuidad del actual sistema, tarde o temprano, llevará al país a una situación realmente caótica.

Al formular esta alternativa no nos inspira ningún propósito partidista personal. Algunos afirman que procedemos así por ambición y lo hacen—que ironía—quienes pretenden quedarse en el poder indefinidamente. No los seguiré en un debate tan ruin como estéril. Y sé que por plantear nuestra posición seremos víctimas de toda clase de ataques personales,

falsedades y mentiras de quienes disponen de todo el poder.

Lo que sí puedo afirmar de la manera más solemne es que no aspiro a nada. He recibido ya todos los honores que un hombre puede alcanzar en esta República. Una vida entera la he consagrado a la defensa de mis ideas. Seguramente he cometido errores, pero he seguido una línea que puedo exhibir ante el país. Y éste, a pesar de todas las argucias, sabrá formarse un juicio cabal.

Declaro categóricamente que estoy dispuesto a apoyar, sin condiciones y sin ninguna pretensión personal, la forma de transición que he señalado o cualquier otra que reúna los requisitos indispensables para la causa de la democracia, que es la causa de Chile.

El general Pinochet ha hecho una propuesta. En nombre de miles de chilenos formulamos esta otra alternativa, porque queremos –lo repetimos para los que nos quieran oír– una salida racional y pacífica para nuestra patria. No queremos para ella el odio ni ningún espíritu revanquista. No queremos ninguna forma de violencia. Pedimos que no se nos juzgue con prejuicios, sino que se nos escuche antes de que sea tarde.

Por eso insistimos, a pesar de la reciente negativa, que se nos permita presentar esta opinión a través de Televisión Nacional.

No la pedimos para cualquier ocasión. En las elecciones de 1970 todos los candidatos pudieron aparecer en los canales televisivos; igual cosa en las elecciones parlamentarias de comienzos de 1973. Este plebiscito es tanto o más importante que una elección presidencial.

Más aún, pienso que sería extremadamente útil e ilustrativo un debate directo con el Jefe de Estado. Estos debates son comunes en todas las grandes democracias.

Es cierto que soy un simple ciudadano, pero el pueblo me ha dado títulos: me eligió una vez con la mayoría absoluta para ejercer como Presidente de la República y, posteriormente, nuevamente con la primera mayoría nacional, llegué al Senado, el cual me designó su presidente.

Si se aceptará esta proposición que formulo, se respondería a la tradición democrática de Chile y se contribuiría a establecer el significado de las distintas opciones que se presentan y la naturaleza del plebiscito a que se nos convoca.

El interés de Chile no es aplastar a los que disienten: es probar ante el país que se tiene la razón.

Todas las mujeres y hombres de Chile saben que estamos enfrentando un hecho que tendrá muy profundas consecuencias en el futuro de sus vidas, de sus hogares, de sus hijos.

Por eso hemos hablado con firmeza, con responsabilidad y –no temo decirlo– con moderación, porque la moderación es atributo de quienes se sienten fuertes. Nuestras palabras van dirigidas aun a los que nos combaten. Les pedimos que piensen en el país y que no los ofusquen consideraciones personales.

En estos últimos días, el Episcopado ha planteado una serie de condiciones que permitirían asegurar la limpieza moral del plebiscito.

El grupo de los 24 también lo ha hecho.

La semana pasada más de cien personas altamente calificadas han solicitado en parecidos términos que no se lleve al país a un pronunciamiento sin las suficientes garantías.

Igual posición han adoptado los dirigentes de las grandes corrientes sindicales.

Hoy expresan lo mismo miles de mujeres y hombres reunidos en este recinto.

¿Qué pedimos? Sólo dos cosas, simples y clara:

Primero, que el plebiscito cumpla con todos los requisitos esenciales que ya hemos señalado para que tenga validez, requisitos que universalmente se reconocen como las condiciones *sine qua non* para ser estimados correctos.

Segundo, que se planteen claras alternativas.

Por nuestra parte, frente a la proposición del gobierno, formulamos una alternativa manifiestamente definida: el regreso a la democracia a través de un gobierno de transición.

El país espera una respuesta.

Si estos planteamientos no se contestan o se rechazan, este plebiscito no será válido, y tampoco lo serán sus resultados.

Esperamos una respuesta que podría abrir un camino de paz.

No sigamos dividiendo al país entre patriotas y antipatriotas, entre buenos y malos, porque nadie tiene el monopolio del patriotismo.

Si por desgracia todas las puertas se cierran, el 11 de septiembre votaremos que No.

Podrán imponer los resultados; pero tal como dijo un día un gran chileno, refiriéndose a quien ocupaba el gobierno: «Usted puede hacer

lo que quiera y como quiera; tiene la fuerza. Pero lo que no podrá hacer es inspirar confianza». Lo propio decimos hoy.

El pueblo tendrá obligadamente que ir a votar. No puede arriesgar 60 días de cárcel o pagar una multa para la cual no tiene dinero. Además, sin su carné marcado, corre el riesgo de perder su trabajo y arrastrar mil otros problemas.

Ese pueblo, antes que nadie se lo dijera, ya decidió votar No, aunque sabe que no tendrá medios de control verdadero sobre los escrutinios. Por eso nadie se hace ilusiones sobre el resultado.

Su No será categórico. No al plebiscito mismo y a todo lo que significa.

Será así un testimonio ante su propia conciencia y ante su propia patria. Hace unos pocos días un modesto campesino de Chillán me visitó y me dijo: «Don Eduardo, yo voy a votar que No. Sé que mi voto puede ser burlado porque no tengo cómo evitarlo. Pero quiero dejar testimonio de mi conciencia».

Esa conciencia seguirá creciendo después del 11 y su marcha profunda no podrá ser detenida. Y lo que ha ocurrido es una demostración más de que no podrá ser detenida. Tengamos valor, fe y esperanza en Chile.

JUAN PABLO II (1920)

2 de abril de 1986

«Joven levántate, ten fe en la paz...»

Todo Chile lo esperaba. Los colores del Vaticano, amarillo y blanco, adornaban iglesias, capillas, edificios y calles a lo largo y ancho del país. El clero celebraba la presencia del sucesor de Pedro; los pobres le abrieron sus poblaciones con sus miserias y esperanzas adentro; los enfermos sonrieron al ver su figura blanca; los empresarios recibieron su claro mensaje de solidaridad; los políticos se maravillaron al ver su sólida mirada por sobre la contingencia. En fin, no hubo chileno que no fuera sorprendido por la visita del «Papa misionero». Pero, por sobre todo, lo esperaban los jóvenes. En un Estadio Nacional repleto cinco horas antes de la llegada del pontífice, Juan Pablo II no titubeó en hablarles con la verdad e involucrarlos en la tarea simultánea de cambiar el mundo y construir el futuro del país.

Queridos jóvenes de Chile:

He deseado vivamente este encuentro, que me ofrece la oportunidad de comprobar en directo vuestra alegría, vuestro cariño, vuestro anhelo de una sociedad más conforme a la dignidad propia del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Sé que son éstas las aspiraciones de los jóvenes chilenos y por ello doy gracias a Dios.

He leído vuestras cartas y escuchado vuestros testimonios, en los que ponéis de manifiesto no sólo las inquietudes, problemas y esperanzas de la juventud chilena en las diversas regiones, ambientes y condiciones sociales.

Habéis querido exponer lo que pensáis sobre nuestra sociedad y nuestro mundo, indicando los síntomas de debilidad, de enfermedad y hasta de muerte espiritual. Es cierto: nuestro mundo necesita una profunda mejoría, una honda resurrección espiritual. Aunque el Señor lo

sabe todo, quiere que, con la misma confianza de aquel jefe de la sinagoga, Jairo –quien cuenta la gravedad del estado de su hija: «Mi niña está en las últimas»–, le digamos cuáles son nuestros problemas, todo lo que nos preocupa o entristece. Y el Señor espera que le dirijamos la misma súplica de Jairo, cuando le pedía la salud de su hija: «Ven, pon las manos sobre ella, para que se cure». Os invito pues a que os unáis a mi oración por la salvación del mundo entero, para que todos los hombres resuciten a una vida nueva en Cristo Jesús.

Deseo recordaros que Dios cuenta con los jóvenes y las jóvenes de Chile para cambiar este mundo. El futuro de vuestra patria depende de vosotros.

Vosotros mismos sois un futuro, el cual se configurará como presente según se configuren ahora vuestras vidas. En la carta que dirigí a los jóvenes y a las jóvenes de todo el mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud, os decía: «De vosotros depende el futuro, de vosotros depende el final de este milenio y el comienzo del nuevo. No permanezcáis pues pasivos; asumid vuestras responsabilidades en todos los campos abiertos a vosotros en nuestro mundo». Ahora, en este estadio, lugar de competiciones, pero también de dolor y sufrimiento en épocas pasadas, quiero volver a repetir a los jóvenes chilenos: ¡Asumid vuestras responsabilidades! Estad dispuestos, animados por la fe en el Señor, a dar razón de vuestra esperanza.

Vuestra mirada atenta al mundo y a las realidades sociales, así como vuestro genuino sentido crítico que os ha de llevar a analizar y valorar juiciosamente las condiciones actuales de vuestro país, no pueden agotarse en la simple denuncia de los males existentes. En vuestra mente joven han de nacer, y también ir tomando forma, propuestas de soluciones, incluso audaces, no sólo compatibles con vuestra fe, sino también exigidas por ella. Un sano optimismo cristiano robará de este modo el terreno al pesimismo estéril y os dará confianza en el Señor.

¿Cuál es el motivo de vuestra confianza? Vuestra fe, el reconocimiento y la aceptación del inmenso amor que Dios continuamente manifiesta a los hombres: «Un Padre que nos ama a cada uno desde toda la eternidad, que nos ha creado por amor y que tanto nos ha amado hasta entregar a su Hijo Unigénito para perdonar nuestros pecados, para reconciliarnos con Él, para vivir con Él una comunión de amor que no terminará jamás». Sí, Jesucristo muerto y resucitado es para nosotros la prueba

definitiva del amor de Dios por todos los hombres. Jesucristo, «el mismo ayer y hoy y por los siglos», continúa mostrando por los jóvenes el mismo amor que describe el Evangelio cuando se encuentra con un joven o una joven.

Así podemos contemplarlo en la lectura bíblica que hemos escuchado: la resurrección de la hija de Jairo, la cual –puntualiza San Marcos– «tenía doce años». Vale la pena detenernos a contemplar toda la escena. Jesús, como en tantas otras ocasiones, está junto al lago, rodeado de gente. De entre la muchedumbre sale Jairo, quien con franqueza expone al Maestro su pena, la enfermedad de su hija, y con insistencia le suplica su curación: «Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella para que se cure y viva».

«Jesús se fue con él». El corazón de Cristo, que se conmueve ante el dolor humano de ese hombre y de su joven hija, no permanece indiferente ante nuestros sufrimientos. Cristo nos escucha siempre, pero nos pide que acudamos a Él con fe.

Poco más tarde llegan a decir a Jairo que su hija ha muerto. Humanamente ya no había remedio. «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?».

El amor que Jesús siente por los hombres, por nosotros, le impulsa a ir a la casa de aquel jefe de la sinagoga. Todos los gestos y las palabras del Señor expresan ese amor. Quisiera detenerme particularmente en esas palabras textuales recogidas de labios de Jesús: «La niña no está muerta, está dormida». Estas palabras profundamente reveladoras me llevan a pensar en la misteriosa presencia del Señor de la vida en un mundo que parece como si sucumbiera bajo el impulso desgarrador del odio, de la violencia y de la injusticia; pero no. Este mundo, que es el vuestro, no está muerto, sino adormecido. En vuestro corazón, queridos jóvenes, se advierte el latido fuerte de la vida, del amor de Dios. La juventud no está muerta cuando está cercana al Maestro.

Seguidamente, Cristo entra en la habitación donde está ella, la toma de la mano y le dice: «Contigo hablo, niña, levántate». Todo el amor y todo el poder de Cristo –el poder de su amor– se nos revelan en esa delicadeza y en esa autoridad con que Jesús devuelve la vida a esta niña, y le manda que se levante. Nos emocionamos al comprobar la eficacia de la palabra de Cristo. «La niña se puso de pie inmediatamente, y echó a andar». Y en esa última disposición de Jesús, antes de

irse —«que dieran de comer a la niña»—, descubrimos hasta qué punto Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, conoce y se preocupa de todo lo nuestro, de todas nuestras necesidades materiales y espirituales.

De la fe en el amor de Cristo por los jóvenes nace el optimismo cristiano que manifestáis en este encuentro.

¡Sólo Cristo puede dar la verdadera respuesta a todas vuestras dificultades! El mundo está necesitado de vuestra respuesta personal al mandato de vida del maestro: «Contigo hablo, levántate».

Estamos viendo cómo Jesús sale al paso de la humanidad, en las situaciones más difíciles y penosas. El milagro realizado en casa de Jairo nos muestra su misericordia, su poder sobre el mar. Es el Señor de la vida, el vencedor de la muerte.

Comparábamos antes el caso de la hija de Jairo con la situación de la sociedad actual. Sin embargo, no podemos olvidar que, según nos enseña la fe, la causa primera del mal, de la enfermedad, de la misma muerte es el pecado en sus diferentes formas.

En el corazón de cada uno y de cada una anida esa enfermedad que a todos nos afecta: el pecado personal, que arraiga más y más en las conciencias, a medida que se pierde el sentido de Dios. Sí, amados jóvenes. Estad atentos a no permitir que se debilite en vosotros el sentido de Dios. No se puede vencer el mal con el bien si no se tiene ese sentido de Dios, de su acción, de su presencia, que nos invita a apostar siempre por la gracia, por la vida, contra el pecado y la muerte. Está en juego la suerte de la humanidad: «El hombre puede construir un mundo sin Dios, pero este mundo acabará por volverse contra el hombre».

De ahí que tengamos que ver las implicaciones sociales del pecado para edificar un mundo digno del hombre. Hay males sociales que dan pie a una verdadera «comunidad del pecado», porque, junto con el alma, abajan consigo a la Iglesia y en cierto modo al mundo entero. Es justa la reacción de la juventud contra esa funesta comunión en el pecado que envenena el mundo.

Amados jóvenes. Luchad con denuedo contra el pecado, contra las fuerzas del mal en todas sus formas. Combatid el buen combate de la fe por la dignidad del hombre, por la dignidad del amor, por una vida noble, de hijos de Dios. Vencer el pecado mediante el perdón de Dios es una curación, es una resurrección. Hacedlo con plena conciencia de vuestra responsabilidad irrenunciable.

Si penetráis en vuestro interior, descubriréis sin duda defectos, anhelos de bien no satisfechos, pecados, pero igualmente veréis que duermen en vuestra intimidad fuerzas no actuadas, virtudes no suficientemente ejercitadas, capacidades de reacción no agotadas.

¡Cuántas energías hay como escondidas en el alma de un joven o de una joven! ¡Cuántas aspiraciones justas y profundos anhelos que es necesario despertar, sacar a la luz! Energías y valores que muchas veces los comportamientos y presiones que vienen de la secularización asfixian y que sólo pueden despertar en la experiencia de fe, experiencia de Cristo vivo, muerto y resucitado.

¡Jóvenes chilenos, no tengáis miedo de mirarlo a Él! Mirad al Señor. ¿Qué veis? ¿Es sólo un hombre sabio? ¡No! ¡Es más que eso! ¿Es un profeta? ¡Sí! ¡Pero es más aún! ¿Es un reformador social? ¡Mucho más que un reformador! Mirad al Señor con ojos atentos y descubriréis en Él el rostro mismo de Dios. Jesús es la Palabra que Dios tenía que decir al mundo. Es Dios mismo que ha venido a compartir vuestra existencia.

Al contacto de Jesús despunta la vida. Lejos de Él sólo hay oscuridad y muerte. Vosotros tenéis sed de vida. ¡De vida eterna! Buscadla y halladla en quien no sólo da la vida, sino en quien es la Vida misma.

Éste es, amigos míos, el mensaje de vida que el Papa quiere transmitir a los jóvenes chilenos: ¡buscad a Cristo! ¡Mirad a Cristo! ¡Vivid en Cristo! Éste es mi mensaje: que Jesús sea «la piedra angular» de vuestras vidas y de la nueva civilización que en solidaridad generosa y compartida tenéis que construir. No puede haber auténtico crecimiento humano en la paz y en la justicia, en la verdad y en la libertad, si Cristo no se hace presente con su fuerza salvadora. ¿Qué significa construir vuestra vida en Cristo? Significa dejaros comprometer por su amor. Un amor que pide coherencia en el propio comportamiento, que exige acomodar la propia conducta a la doctrina y a los mandamientos de Jesucristo y de su Iglesia: «Un amor que llena nuestras vidas de una felicidad y de una paz que el mundo no puede dar», a pesar de que tanto la necesita. No tengáis miedo a las exigencias del amor de Cristo. Temed por el contrario, la pusilanimidad, la ligereza, la comodidad, el egoísmo; todo aquello que quiere acallar la voz de Cristo que, dirigiéndose a cada una, a cada uno, repite: «Contigo hablo, levántate».

Mirad a Cristo con valentía, contemplando su vida a través de la lectura sosegada del Evangelio; tratándole con confianza en la intimi-

dad de vuestra oración, en los sacramentos, especialmente en la Sagrada Eucaristía, donde Él mismo se ofrece por nosotros y permanece realmente presente. No dejéis de formar vuestra conciencia con profundidad, seriamente, sobre la base de las enseñanzas que Cristo nos ha dejado y que su Iglesia conserva e interpreta con la autoridad que de Él ha recibido.

Si tratáis a Cristo, oiréis también vosotros en lo más íntimo del alma los requerimientos del Señor, sus insinuaciones continuas, Jesús continúa dirigiéndose a vosotros y repitiéndoos: «Contigo hablo, levántate», especialmente cada vez que no seáis fieles con las obras a quien profesáis con los labios. Procurad, pues, no separaros de Cristo, conservando en vuestra alma la gracia divina que recibisteis en el bautismo, acudiendo siempre que sea necesario al sacramento de la reconciliación y del perdón.

Si lucháis por llevar a la práctica este programa de vida enraizado en la fe y en el amor a Jesucristo, seréis capaces de transformar la sociedad, de construir un Chile más humano, más fraterno, más cristiano. Todo ello parece quedar resumido en la escueta frase del relato evangélico: «Se puso en pie de inmediato y echó a andar». Con Cristo también vosotros caminaréis seguros y llevaréis su presencia a todos los caminos, a todas las actividades de este mundo. Con Cristo lograréis que vuestra sociedad se ponga a andar recorriendo nuevas vías, hasta hacer de ella la nueva civilización de la verdad y del amor, anclada en los valores propios del Evangelio y principalmente en el precepto de la caridad.

Cristo nos está pidiendo que no permanezcamos indiferentes ante la injusticia, que nos comprometamos responsablemente en la construcción de una sociedad más cristiana. Para esto es preciso que alejemos de nuestra vida el odio; que reconozcamos como engañosa, falsa, incompatible con su seguimiento, toda ideología que proclame la violencia y el odio como remedio para conseguir la justicia. El amor vence siempre, aunque en ocasiones ante sucesos y situaciones concretas, pueda parecernos impotente. Dios siempre puede más.

En la experiencia de fe con el Señor, descubrid el rostro de quien por ser nuestro Maestro es el único que puede exigir totalmente, sin límites. Optad por Jesús y rechazad las idolatrías del mundo, los ídolos que buscan seducir a la juventud. Sólo Dios es adorable. Sólo Él merece vuestra entrega plena.

¿Verdad que queréis rechazar el ídolo de la riqueza, la codicia de tener el dinero fácil?

¿Verdad que queréis rechazar el ídolo del poder, como dominio sobre los demás en vez de la actitud de servicio fraterno, de la cual Jesús dio ejemplo?

¿Verdad que queréis rechazar el ídolo del sexo, del placer, que frena vuestros anhelos de seguimiento de Cristo por el camino de la cruz que lleva a la vida?

Con Cristo, con su gracia, sabréis ser generosos para que todos vuestros hermanos los hombres, y especialmente los más necesitados, participen de los bienes materiales y de una formación y una cultura adecuada a nuestro tiempo, que les permita desarrollar los talentos naturales que Dios les ha concedido. De ese modo será más fácil conseguir los objetivos de desarrollo y bienestar imprescindibles para que todos puedan llevar una vida digna y propia de los hijos de Dios.

Joven, levántate y participa, junto con muchos miles de hombres y mujeres, en la iglesia, en la incansable tarea de anunciar el Evangelio, de cuidar con ternura a los que sufren en esta tierra y buscar maneras de construir un país en paz. La fe en Cristo nos enseña que vale la pena trabajar por una sociedad más justa, que vale la pena defender al inocente, al oprimido y al pobre, que vale la pena sufrir para atenuar el sufrimiento de los demás.

¡Joven, levántate!, estás llamado a ser un buscador apasionado de la verdad, un cultivador incansable de la bondad, un hombre o una mujer con vocación de santidad. Que las dificultades que te toca vivir no sean obstáculo a tu amor y generosidad, sino un fuerte desafío. No te canses de servir, no calles la verdad, supera tus temores, sé consciente de tus propios límites personales. Tienes que ser fuerte y valiente, lúcido y perseverante en este largo camino.

No te dejes seducir por la violencia y las mil razones que aparentan justificarla. Se equivoca el que dice que pasando por ella se logrará la paz.

Joven, levántate, ten fe en la paz, tarea ardua, tarea de todos. No caigas en la apatía frente a lo que parece imposible. En ti se agitan las semillas de la vida para el Chile del mañana. El futuro de la paz pasa por tus manos y surge desde lo profundo de tu corazón. Sé protagonista en la construcción de una nueva convivencia, de una sociedad más justa, sana y fraterna.

Concluyo invocando a nuestra madre, Santa María, bajo la advocación de Virgen del Carmen, patrona de vuestra patria. Tradicionalmente a esta advocación han acudido siempre los hombres del mar, pidiendo a la Madre de Dios amparo y protección para sus largas y, en muchas ocasiones, difíciles travesías. Poned también vosotros bajo su protección la navegación de vuestra vida, no exenta de dificultades, y ella os llevará al puerto de la vida verdadera.

PATRICIO AYLWIN (1918)

12 de marzo de 1990

«Hoy celebramos un nuevo amanecer...»

El Estadio Nacional estaba repleto. Junto a los miles de hombres y mujeres que colmaban las graderías, decenas de delegaciones extranjeras –muchas de ellas encabezadas por los propios presidentes de los países invitados– participaron de la fiesta del retorno a la democracia en Chile. Hubo música, baile y teatro. Asimismo, con un minuto de silencio, se recordó la memoria de los caídos bajo el gobierno militar. Finalmente, hizo uso de la palabra el nuevo presidente de Chile. Patricio Aylwin, quien el 14 de diciembre de 1989 triunfó sobre Hernán Büchi y Francisco Javier Errázuriz con el 55,2% de los votos, invitó a todos los chilenos a construir la patria «libre, justa y buena para todos».

Nos reunimos esta tarde con esperanza y alegría.

Con esperanza, porque iniciamos, por fin, con espíritu fraterno y anhelantes de libertad y de justicia una nueva etapa en la vida nacional.

Con alegría, porque –por primera vez al cabo de veinte años– emprendemos una ruta que ha sido elegida consciente y voluntariamente por nosotros mismos; no nos ha sido impuesta, sino que corresponde a la decisión libre y soberana del pueblo de Chile.

Hoy celebramos un nuevo amanecer. Más que festejar el triunfo, concretado formalmente ayer en la transmisión del mando ante el Congreso pleno, solemnizamos en este hermoso encuentro nuestra firme voluntad de forjar la unidad nacional, por caminos de reconciliación entre todos los chilenos, sobre las bases del respeto mutuo, el imperio irrestricto de la verdad, la vigencia del derecho y la búsqueda constante de la justicia.

Realza esta celebración la presencia de nuestros invitados, gobernantes y representantes de naciones amigas. Nos acompañan ahora, en este feliz momento, como nos acompañaron con su solidaridad en los tiempos de persecución y de dolor, en el asilo generoso que dieron a los chilenos exiliados, en la defensa de los derechos humanos de tantos compatriotas y en la lucha del pueblo de Chile por recuperar su democracia. En nombre de este pueblo ahora les decimos: «¡Gracias, muchas gracias: podéis tener la seguridad de que el reencuentro de Chile con la democracia significará también nuestra incorporación activa a todas las instancias de colaboración internacional que corresponda para contribuir con nuestro aporte al desarrollo de los pueblos, al logro de la justicia y de la paz entre las naciones y al pleno imperio de los derechos humanos en todos los rincones de la tierra!».

Nos acompañan, también, en esta fiesta, millones de chilenos que de uno u otro extremo del territorio nacional, o en la añoranza de la patria desde sus lugares de residencia, voluntaria o forzada, en otras tierras, tienen puesta su esperanza en la recuperación de nuestra democracia. A todos ellos les enviamos un fraternal saludo.

Desde este recinto, que en tristes días de ciego y odioso predominio de la fuerza sobre la razón, fue para muchos compatriotas lugar de presidio y de tortura, decimos a todos los chilenos y al mundo que nos mira: ¡nunca más! ¡Nunca más atropellos a la dignidad humana! ¡Nunca más odios entre hermanos! ¡Nunca más violencia fratricida!

Desde aquí, donde su santidad Juan Pablo II dijo a los jóvenes chilenos que los valores del espíritu –como la hija de Jairo– no estaban muertos sino sólo dormidos, proclamamos ante la faz del universo que el tradicional espíritu cívico democrático del pueblo chileno, que nos ganó prestigio entre las naciones y fue justo motivo de orgullo patrio no murió nunca; pudo dormirse pero luego de años de sufrimiento, de amarguras, luchas y tropiezos, ha despertado con el ánimo alerta para no dormirse más.

Hoy asumimos el compromiso de reconstruir nuestra democracia con fidelidad a los valores que nos legaron los padres de la patria y que configuran lo que el cardenal Silva Henríquez –ese varón justo y gran amigo del pueblo a quien tanto debemos– ha descrito hermosamente como «el alma de Chile»: el amor a la libertad y el rechazo a toda forma de opresión, la primacía del derecho sobre la arbitrariedad, la primacía

de la fe sobre cualquier forma de idolatría, la tolerancia a las opiniones divergentes y la tendencia a no extremar los conflictos, sino procurar resolverlos mediante soluciones consensuales.

¡Estos valores imperarán de nuevo entre nosotros!

Es hermosa y múltiple la tarea que tenemos por delante: restablecer un clima de respeto y de confianza en la convivencia entre los chilenos cualesquiera que sean sus creencias, ideas, actividades o condición social, sean civiles o militares, trabajadores o empresarios, obreros o intelectuales; abrir cauces de participación democrática para que todos colaboren en la consecución del bien común; acortar las agudas desigualdades que nos dividen y, muy especialmente, elevar a niveles dignos y humanos la condición de vida de los sectores más pobres; cuidar de la salud de nuestros compatriotas, lograr relaciones equitativas entre los actores del proceso económico, abrir a nuestros jóvenes acceso a los conocimientos y oportunidades de trabajo y de progreso propias del tiempo que vivimos; promover la participación y dignificación de la mujer en la sociedad chilena; dar a nuestros ancianos el tratamiento que merecen; impulsar el crecimiento y asegurar la estabilidad de nuestra economía; mejorar los términos de intercambio de nuestro comercio exterior; defender al medio ambiente y la adecuada conservación de nuestros recursos naturales renovables; contribuir con nuestros mejores aportes a la democratización, desarrollo e integración de América Latina y a la consolidación de la paz en el mundo; implementar, en fin, las políticas diseñadas en el programa de gobierno que la Concertación de Partidos por la Democracia presentó al país.

Pero así como es grande y hermosa nuestra tarea y nos exige la mayor entrega y entusiasmo, al abordarla debemos tener clara conciencia de sus dificultades.

Habrá dificultades causadas por los obstáculos y amarras que el pasado régimen nos deja en el camino; las habrá derivadas de la naturaleza misma de las cosas, y habrá también algunas –no menos importantes– originadas en nosotros mismos.

Nadie ignora que el pasado gobierno pretendió eternizarse en el poder. La historia enseña que tales intentos jamás logran prevalecer sobre el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos. Así está ocurriendo ante nuestros ojos en variadas partes del mundo. Así lo estamos demostrando también nosotros con el propio acontecimiento que celebramos.

Pero nuestra satisfacción en este día no puede impedirnos advertir con claridad las numerosas limitaciones, trabas y pies forzados que, en su afán de prolongarse, nos deja el régimen hasta ayer imperante.

Quienes ejercieron el poder total se empeñaron hasta el último día en reducir el poder de las nuevas autoridades democráticas. Quienes dispusieron de los bienes del Estado como dueños absolutos, sin limitaciones, se ingeniaron para sustraer cuanto pudieron de esos bienes a la administración que constitucionalmente corresponde al Presidente de la República.

Muchos se preguntan por qué aceptamos estas cosas y no ocultan su repulsa a las formas corteses en que se ha realizado el proceso de traspaso del gobierno mientras se consumaban estos hechos.

Participando de la condena moral que merece tal conducta –condena que, estoy seguro, la historia compartirá–, invito a mis compatriotas a ver la otra cara del asunto. Estamos contentos por la forma pacífica y sin grandes traumas en que ha operado el tránsito hacia el gobierno democrático. ¿Deberíamos, para evitar esas limitaciones, haber expuesto a nuestro pueblo al riesgo de nuevas violencias, sufrimientos y pérdida de vidas? Los demócratas chilenos escogimos, para transitar a la democracia, el camino de derrotar al autoritarismo en su propia cancha. Es lo que hemos hecho, con los beneficios y costos que ello entraña.

Sinceramente creo que la vía que escogimos fue la mejor entre las posibles. Lo cortés no quita lo valiente. Tengo la convicción de que la mayoría de las trabas con que se ha pretendido dejarnos amarrados no resistirán al peso de la razón y del derecho. Confío en que el Congreso Nacional, por encima de las diferencias de partidos, aprobará las reformas necesarias para asegurar el funcionamiento normal y expedito de nuestra renaciente democracia. Yo estoy cierto de que si alguien llegara a abrigar la tentación de emplear la fuerza contra la voluntad del pueblo, nuestras Fuerzas Armadas y de Orden no se apartarán de sus deberes institucionales.

También deberemos superar dificultades propias de la naturaleza de las cosas.

Nuestro programa es vasto; los requerimientos son múltiples. Hay muchas necesidades largamente postergadas que esperan ser satisfechas.

No podemos hacer todo al mismo tiempo. Debemos establecer prio-

ridades. Lo justo es empezar por los más pobres. Es mucha la gente con problemas. Daremos la primera prioridad a los realmente más necesitados.

Nuestro país pertenece al mundo en desarrollo. Nuestro ingreso nacional por habitante es bajo; si lo distribuyéramos por igual entre los doce millones de chilenos, nadie quedaría satisfecho y detendríamos el crecimiento. Para salir de la pobreza tenemos que crecer y esto exige estimular el ahorro y la inversión, la iniciativa creadora, el espíritu de empresa. Las políticas gubernamentales deberán conciliar los legítimos requerimientos en la satisfacción de las necesidades fundamentales con las exigencias ineludibles del crecimiento.

Todo en la vida requiere tiempo. ¿Cuántos años nos costó recuperar la democracia? El hecho de que ahora tengamos un gobierno del pueblo no significa que los problemas se vayan a solucionar milagrosamente; significa que, de inmediato, nos vamos a poner a trabajar para solucionarlos y contamos para ello con el esfuerzo y participación de todos. Sólo así consolidaremos nuestra democracia y resolveremos los problemas.

Tendremos todavía otras dificultades: las que derivan de nosotros mismos. Yo las llamaría «las grandes tentaciones»: la tentación de ensismarnos en el ajuste de cuentas del pasado, la tentación de empezar todo de nuevo y la tentación del poder.

Es legítimo y justo que después de un período tan largo de poder absoluto y misterioso, en que tanta gente ha sufrido tanto y en que los asuntos públicos fueron secretos inaccesibles para el pueblo, éste quiera saber la verdad de lo ocurrido.

Hemos dicho –y lo reiteramos hoy solemnemente– que la conciencia moral de la nación exige que se esclarezca la verdad respecto de los desaparecimientos de personas, de los crímenes horrendos y de otras graves violaciones a derechos humanos ocurridos durante la dictadura.

Hemos dicho también –y hoy lo repito– que debemos abordar este delicado asunto, conciliando la virtud de la justicia con la virtud de la prudencia y que, concretadas las responsabilidades personales que corresponda, llegará la hora del perdón.

Hay también otras situaciones injustas que merecen reparación o exigen pronta corrección. Hoy he firmado decretos de indultos para poner en libertad a numerosos presos políticos; en los próximos días resolveré-

mos otros casos y he enviado al Congreso los proyectos de ley pertinentes para que, en el más breve plazo, se haga justicia a los demás.

Será necesario, asimismo, hacer claridad en asuntos importantes nunca bien explicados que comprometen el patrimonio del Estado o el interés nacional.

En este necesario ejercicio de justicia debemos evitar los riesgos de querer revivir otros tiempos, de reeditar las querellas del pasado y de engolfarnos indefinidamente en pesquisas, recriminaciones y cazas de brujas que nos desvíen de nuestros deberes con el porvenir. Considero mi deber evitar que el tiempo se nos vaya mirando hacia el pasado. La salud espiritual de Chile nos exige encontrar fórmulas para cumplir en plazo razonable estas tareas de saneamiento moral, de modo que más temprano que tarde, llegue el momento en que, reconciliados, todos miremos con confianza hacia el futuro y aunemos esfuerzos en la tarea que la patria nos demanda.

En nuestro empeño, debemos evitar también la tentación de querer rehacerlo todo, de empezar todo de nuevo, como si nada de lo existente mereciera ser conservado. La historia enseña que las naciones se constituyen por la acción acumulativa de sucesivas generaciones. Cada nueva etapa se gesta a partir de la anterior, con sus aciertos y sus errores. Lo que Chile nos pide es conservar lo bueno, corregir lo malo y mejorar lo regular. Éste es el único método eficaz de avanzar en el noble y justo afán de acercar la realidad al ideal.

También deberemos cuidarnos de las tentaciones propias del poder, sea creyéndonos dueños del mismo en vez de meros mandatarios del pueblo soberano y responsables ante éste de nuestro desempeño; sea convirtiendo la legítima controversia democrática en lucha despiadada por conservar, acrecentar o conquistar poder.

El poder ha de ser para nosotros un mero instrumento para servir. Conservaremos y acrecentaremos la confianza de nuestros compatriotas en la medida misma en que seamos capaces de servir eficazmente al bien común de la nación.

Por mi parte, asumo la honrosa y difícil responsabilidad que el pueblo me ha encomendado con la firme voluntad de procurar ser el primer servidor de Chile y los chilenos.

¿Qué pueden mis compatriotas esperar de mí?

Que ejerza el poder que se me ha confiado con integridad y plena

entrega, sin pretender honores ni rehuir sacrificios, buscando siempre el bien común según los dictados de mi conciencia.

Que diga siempre la verdad, sin apartarme nunca del derecho y buscando afanosamente la justicia.

Que sea leal a los valores democráticos y leal también, dentro del marco de las bases programáticas que constituyen nuestro compromiso con el pueblo de Chile, a quienes me honran con su apoyo.

Que respete a todas las personas y a las distintas opiniones, sepa escuchar a todos, me empeñe siempre en promover entendimientos y lograr acuerdos, pero no vacile en adoptar las decisiones que según mi recto parecer, exija el interés superior del país.

Que trate, en fin, de ser para todos mis compatriotas como un buen padre de familia, que pone su mayor diligencia, abnegación y autoridad en labrar el bienestar y la felicidad de su gente, preocupándose especialmente de los hijos que más lo necesitan, en este caso, de los más pobres y humildes.

¿Y qué espero yo de mis compatriotas?

Espero y reclamo, antes que nada, comprender que las tareas de construir una democracia verdadera y sólida y de conquistar el progreso y la justicia a que aspiramos, no son sólo del gobierno, del Parlamento o de las autoridades, sino de todos los chilenos; que de todos se requiere imaginación, esfuerzo, iniciativa, disciplina y sacrificio, y que sólo podremos cumplirlas con la colaboración de todos. Nuestro gobierno no vendrá a sustituir las obligaciones que tiene cada chileno, cada organización social, cada empresa; estará para apoyarlos, estimularlos, respaldarlos; pero nadie puede olvidar que Chile somos todos y lo hacemos entre todos diariamente.

Espero y demando a todos patriotismo, para entender y aceptar que por encima de los intereses particulares de personas, grupos o sectores, está el interés general de Chile. Si queremos alcanzar un orden político, económico y social justo y estable, cada cual debe estar dispuesto a contribuir generosamente en la medida de sus posibilidades.

Espero y exijo a todos acatar las vías de la razón y del derecho para promover sus aspiraciones, absteniéndose de acudir a la violencia para imponer lo que pretende. Quien lo intente por esta vía no lo logrará. La fuerza es propia de las dictaduras; la razón y el derecho son las armas de la democracia.

Espero de mis compatriotas que nos respetemos mutuamente en nuestras diferencias, que renunciemos a toda suerte de sectarismos o afán hegemónico y que hagamos todo lo posible por entendernos y encontrar caminos de consenso.

Bien sé que son muchos los chilenos maltratados y postergados durante estos largos años, que están cansados de esperar y visualizan en el retorno a la democracia la pronta solución de sus problemas, muchas veces angustiados. Yo comprendo su urgencia y los invito a comprender también que –como lo dije insistentemente en la campaña electoral– necesitaremos tiempo y mucha colaboración. Si han soportado tantos años de espera forzada, les pido ahora un poco de paciencia voluntaria y racional. Y a los chilenos que han prosperado contando con la tranquilidad de un orden impuesto por la fuerza, les pido comprender que en las sociedades contemporáneas no hay orden ni seguridad estables sino sobre la base del consenso racional fundado en la justicia.

El anhelo de paz que prevalece entre nosotros requiere de todo nuestro esfuerzo para mantener y proyectar hacia el futuro el clima de acuerdos que ha caracterizado nuestro tránsito hacia la democracia.

Dentro de este ánimo, es digno de mayor elogio el diálogo que se está realizando entre trabajadores y empresarios con la mira de alcanzar acuerdos en el ámbito económico laboral. A fin de respaldar y concretar esa iniciativa, he instruido a mis ministros de Hacienda, Economía y Trabajo para que formalicen conversaciones entre la Central Unitaria de Trabajadores, la Confederación de la Producción y del Comercio y el Gobierno a fin de concertar un «acuerdo marco» que sea garantía de progreso, justicia y estabilidad.

Compatriotas:

Pidamos a Dios que nos ayude a cumplir la tarea que Chile espera de nosotros.

Pidámosle sabiduría para hacer las cosas bien y no caer en errores ni torpezas.

Pidámosle prudencia para afrontar la realidad sin confundir deseos con posibilidades y para actuar con eficacia.

Pidámosle energía para adoptar las decisiones y coraje para no amedrentarnos ante las dificultades.

Pidámosle paciencia para superar incomprensiones y humildad para reconocer nuestros errores.

Pidámosle que ilumine nuestras mentes y que acere nuestra voluntad para buscar siempre y sobre todo la justicia.

Pidámosle amor para ser siempre solidarios, trabajar todos unidos y ayudarnos mutuamente.

Chile es nuestro hogar. Cuidémoslo entre todos, para que su pan alimente a cada uno de sus hijos y en su seno germinen los frutos de la paz y la alegría de vivir.

Yo tengo fe. Tengo mucha fe en Chile y en su gente, en la abnegación, sensatez y fortaleza ejemplares de la mujer chilena; en el temple e ingenio de nuestros trabajadores, en la creatividad de nuestros intelectuales y empresarios, en el idealismo de nuestros jóvenes, en los valores morales de nuestras familias.

Nuestra hermosa historia patria nos enseña cómo este pueblo pequeño y lejano, pero esforzado y emprendedor, superando las dificultades de la pobreza y de su bella pero loca geografía, rehaciéndose de terremotos, fue capaz de construir una República ejemplar, admirada entre las naciones. Ideologizados y divididos por utopías inconciliables, el odio prevaleció sobre la solidaridad y la fuerza se impuso sobre la razón. Tras años de cruentas divisiones y predominio de la violencia, hoy nos reencontramos nuevamente, con espíritu patriótico y voluntad de entendimiento, dispuestos a hacer que Chile llegue al amanecer del nuevo siglo como una nación pacífica.

En este momento crucial de nuestra vida nacional, yo invito a todos y a cada uno de mis compatriotas a preguntarse de qué manera cada uno puede contribuir a la gran tarea común y a disponerse cada cual a asumir su cuota de responsabilidad.

El mundo nos mira. Las grandes figuras de nuestra historia nos demandan consecuencia. Las futuras generaciones juzgarán nuestra conducta.

La tarea es hermosa: construir entre todos la patria que queremos, libre, justa y buena para todos.

De nosotros depende.

PATRICIO AYLWIN (1918)

4 de marzo de 1991

«Para que nunca más en Chile...»

El 24 de abril de 1990, a iniciativa del presidente Aylwin, fue creada la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Su objetivo era la elaboración de un informe que esclareciera la verdad sobre las violaciones a los derechos humanos cometidas entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990. Diez meses después, Raúl Rettig, el presidente de la Comisión, entregó al primer mandatario el Informe requerido. A los pocos días, el Presidente lo dio a conocer al país por cadena nacional. Esa noche, prácticamente todos los hogares de Chile escucharon a Patricio Aylwin asumir la representación de la nación entera para, en su nombre, pedir perdón a los familiares de las víctimas.

Compatriotas:

Esta noche me dirijo a ustedes para tratar de un tema doloroso que aún divide a los chilenos: el de las violaciones a los derechos humanos cometidas en los últimos años.

Al asumir el gobierno, dije que ésta es una herida abierta en el alma nacional, que sólo podríamos cicatrizar si procurábamos reconciliarnos sobre las bases de la verdad y de la justicia.

Con este propósito, constituimos la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, integrándola con personas de reconocido prestigio y autoridad moral en el país, para que luego de recibir, recoger y analizar todos los antecedentes que les fuera posible, emitieran en conciencia un informe sobre las más graves violaciones a los derechos humanos cometidas en el país entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990. Expresamente precisamos que, para estos efectos, se entendería

por graves violaciones «las situaciones de detenidos desaparecidos, ejecutados y torturados con resultados de muerte, en que aparezca comprometida la responsabilidad moral del Estado por actos de sus agentes o de personas a su servicio, como asimismo los secuestros y los atentados contra la vida de personas cometidos por particulares bajo pretextos políticos».

Al cabo de nueve meses de esforzada labor, la comisión emitió dicho informe, acordado por la unanimidad de sus miembros, del que me hizo pública entrega el 8 de febrero recién pasado. Cumpliendo lo entonces anunciado, hoy lo pongo en conocimiento del país, para lo cual se ha hecho entrega de su texto íntegro a las más altas autoridades públicas, sociales y morales de la nación y a los medios de comunicación.

Después de haber leído cuidadosamente el informe, creo mi deber reiterar en esta oportunidad, el reconocimiento que merecen los integrantes de la comisión y sus colaboradores, por la abnegación, espíritu público, eficiencia, responsabilidad y objetividad con que cumplieron su tarea. Pienso que su valioso aporte compromete la gratitud de todos los chilenos.

En sus primeras 1.094 páginas, luego de definir conceptos y describir el marco histórico político y el marco jurídico institucional en que los hechos acontecieron, relata por orden cronológico todos los casos en que la comisión se formó la convicción de haberse cometido una violación de derechos humanos con resultado de muerte o desaparición, individualizando a las víctimas y señalando los antecedentes y circunstancias en que el hecho ocurrió.

Partiendo del concepto de que «existen ciertos valores de humanidad que deben ser respetados no solamente por el Estado, sino por todos los actores políticos» y acorde con el decreto que creó la comisión, el Informe califica de violaciones a los derechos humanos «no sólo ciertos actos cometidos por agentes del Estado, sino también otros perpetrados por particulares que actúan bajo pretextos políticos».

La relación divide el período en tres etapas: primero, la comprendida entre el 11 de septiembre y el 31 de diciembre de 1973, en que hubo algunos enfrentamientos, detenciones masivas en casi todo el país, ejecuciones de muchos prisioneros políticos y los primeros desaparecimientos; luego, el período de la DINA, hasta agosto de 1977, en que se llevó a cabo una acción sistemática para exterminar a quienes ese organismo atribuía más peligrosidad política y se produjo el mayor número de

desapariciones de personas, y finalmente, la etapa en que la DINA fue sustituida por la CNI, en la que, luego de un lapso de relativo apaciguamiento, se produjeron numerosas acciones violentas con resultados fatales, sea en atentados cometidos por grupos armados o terroristas, sea en operativos destinados a combatirlos, sea con motivo de las protestas que tuvieron lugar a partir de 1983.

En cada período se señalan la naturaleza y caracteres de los organismos represivos, los procedimientos preferentemente empleados por ellos, los lugares de detención, los métodos de tortura y de ejecución de las víctimas. Se relatan, también, los atentados a los derechos humanos cometidos por particulares bajo pretexto políticos y las acciones de violencia política de que resultaron víctimas fatales. Se reseña, asimismo, la actitud asumida ante esos hechos por los diversos actores de la sociedad civil: políticos, sociales, espirituales y medios de comunicación.

El balance de todo el período arroja 2. 279 víctimas, de las cuales 164 son consideradas por la Comisión «víctimas de la violencia política» y 2. 115 calificadas de «víctimas de violación a sus derechos humanos».

Estos últimos, a su vez, se pueden clasificar en:

- | | |
|---|-----|
| a) Muertos por agentes del Estado o por personas a su servicio: | |
| –En virtud de Consejos de Guerra | 59 |
| –Por exceso de represión durante las protestas | 93 |
| –En ejecuciones alegando ley de fuga | 101 |
| –En otras ejecuciones y muertos en tortura | 815 |

Subtotal 1.068

- | | |
|--|-----|
| b) Detenidos por agentes del Estado y desaparecidos: | 957 |
| c) Muertos por atentados cometidos por particulares bajo pretextos políticos: | 90 |

Total 2.115

El Informe precisa que la Comisión conoció otros 641 casos, que individualiza, respecto de los cuales no pudo formarse convicción y considera necesario que se continúe investigando.

La Comisión expresa que frente a estos hechos, «el Poder Judicial no reaccionó con la suficiente energía», lo que produjo «en alguna impor-

tante o involuntaria medida, un agravamiento del proceso de violaciones sistemáticas a los derechos humanos, tanto en lo inmediato, al no brindar la protección de las personas detenidas en los casos denunciados, como porque otorgó a los agentes represivos una creciente certeza de impunidad por sus acciones delictuales».

En las 74 páginas siguientes del Informe, la Comisión da cumplimiento al encargo que se le hizo en el decreto que la creó, de «recomendar las medidas de reparación y reivindicación que crea de justicia» y «las medidas legales y administrativas que a su juicio deban adoptarse para impedir o prevenir» nuevas violaciones a los derechos humanos.

Luego de expresar que «la desaparición o la muerte de un ser querido son pérdidas irreparables», por lo que «no es posible establecer correlación entre el dolor, la impotencia y las esperanzas de las víctimas con las medidas» que sugiere, el Informe señala que «la reparación moral y material parecen ser una tarea absolutamente necesaria para la transición hacia una democracia más plena», entendiendo por reparación «un conjunto de actos que expresen el reconocimiento y la responsabilidad que le caben al Estado en los hechos y circunstancias que son materia» del Informe. Éste precisa que «la reparación ha de convocar a toda la sociedad chilena. Ha de ser un proceso orientado al reconocimiento de los hechos conforme a la verdad, a la dignificación moral de las víctimas y a la consecución de una mejor calidad de vida para las familias más directamente afectadas. El proceso de reparación supone el coraje de enfrentar la verdad y la realización de justicia; requiere de generosidad para reconocer las faltas y de actitudes de perdón para llegar al reencuentro entre los chilenos».

En el plano de la reparación moral, propone «reivindicar públicamente el buen nombre de las víctimas» mediante actos que sugiere a modo ilustrativo. Propone, asimismo, establecer un procedimiento especial de declaración de muerte de personas detenidas desaparecidas.

Las recomendaciones relativas al bienestar social tienden «a reparar el daño moral y patrimonial que afecta a los familiares directos de las víctimas», para lo cual propone, entre otras cosas, establecer por ley «una pensión única de reparación» y medidas destinadas a proporcionar a esos familiares una atención especializada en salud, formas de reparación en el plano educativo y con respecto a los problemas de vivienda, condonación de ciertas deudas y exención de la obligatoriedad

del servicio militar a los hijos de las víctimas.

En este mismo orden de cosas, el Informe propone la creación de una fundación de derecho público, autónoma, dirigida por un consejo de más alto nivel y prestigio, que continúe las tareas de «tratar de determinar el paradero de las víctimas» de desaparecimiento, dictaminar acerca de los casos de posibles víctimas respecto de los cuales la Comisión no alcanzó a formarse convicción, centralizar y mantener los archivos y antecedentes sobre las violaciones a los derechos humanos, prestar asesoría legal y asistencia social a los familiares de las víctimas y las demás funciones que la ley le encomiende.

Frente al grave problema de «determinar el paradero de las víctimas» en los casos de «personas detenidas desaparecidas» y de «ejecutados sin entrega de los restos mortales a sus familiares», propone «penalizar el ocultamiento de este tipo de información» y, al mismo tiempo, «garantizar reserva y eximir de responsabilidad por su eventual participación, a quienes proporcionen estos antecedentes».

Luego de señalar que «no existió en Chile, en la época en que estas violaciones se cometieron, una conciencia nacional suficientemente firme respecto del deber imperioso de respetar los derechos humanos», el Informe formula numerosas sugerencias para mejorar la legislación nacional en la materia, perfeccionar el Poder Judicial, a fin de que cumpla efectivamente su rol de garante de los derechos esenciales de las personas, lograr en las Fuerzas Armadas y de Orden y Seguridad la plena conciencia sobre el valor de los derechos humanos y el consiguiente compromiso de respetarlos en el ejercicio de sus funciones, crear una institución cuya misión sea de protección de los derechos humanos y tratar de consolidar, a partir del sistema educacional y en todos los ámbitos de la vida social, una cultura verdaderamente respetuosa de los derechos humanos.

Finalmente, en un segundo volumen de 635 páginas, el Informe contiene una breve reseña biográfica, por orden alfabético, de cada una de las 2.279 personas respecto de las cuales se formó la convicción de que murieron o desaparecieron como víctimas de violación de sus derechos humanos o como víctimas de la violencia política, entre ellos 132 miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden y Seguridad.

Hasta aquí el resumen del Informe. Ojalá lo lean y mediten. Os invito a hacerlo.

Permítanme ahora compartir con ustedes algunas reflexiones que

golpean mi conciencia de ser humano, de chileno y de Presidente de la República, a raíz de la lectura del informe y de los intercambios de opiniones que he tenido a su respecto con personas representativas de diversos sectores de nuestra patria.

El imperio de la verdad es el fundamento de toda convivencia. Esto es válido en los múltiples niveles de la vida social, desde el hogar hasta la comunidad universal; rige tanto para las relaciones familiares como para las relaciones en el seno de las naciones y aun entre éstas.

Donde la verdad no es respetada, se quiebra la confianza entre las personas; surgen la duda, las descalificaciones y, consiguientemente, los odios y la tentación de la violencia. La mentira es la antesala de la violencia e incompatible con la paz.

En este tema de las violaciones a los derechos humanos en nuestro país, la verdad fue ocultada durante mucho tiempo. Mientras unos la denunciaban, otros –que sabían– las negaban, y quienes debieron investigarles, no lo hicieron. Se explica así que mucha gente, tal vez la mayoría, no creyera. Y esa discrepancia fue un nuevo factor de división y odiosidad entre los chilenos.

El Informe que hoy entrego a conocimiento público esclarece la verdad. Por los propios antecedentes del Informe y por la calidad de sus autores –varios de los cuales fueron partidarios y colaboradores del régimen pasado– esa verdad debe ser aceptada por todos. Nadie, de buena fe, podría desconocerla.

No digo que sea una verdad «oficial». El Estado no tiene derecho a «imponer» una verdad. Pero, convencido de ella, yo llamo a todos mis compatriotas a asumirla y a actuar en consecuencia. Compartida por todos, esa verdad, por cruel y dolorosa que sea, removerá un motivo de disputa y división entre los chilenos.

El reconocimiento de esta verdad es independiente del juicio que cada cual tenga sobre los acontecimientos políticos de la época, ni sobre la legitimidad del 11 de septiembre de 1973. Eso lo juzgará la historia; pero ningún criterio sobre el particular borra el hecho de que se cometieron las violaciones a los derechos humanos que describe el Informe. Como éste asevera, «la situación al 11 de septiembre de 1973 y sus consecuencias pusieron objetivamente en riesgo los derechos humanos e hicieron más probables sus transgresiones, pero en ningún caso las justificaron».

Tampoco puede invocarse, para negar o desconocer esta verdad, un

supuesto estado de «guerra interna» que habría existido, ni la necesidad de defender a la patria del terrorismo. Todos sabemos –y el Informe lo establece– que las Fuerzas Armadas y de Orden tomaron el control total del país muy rápidamente, a lo más en pocos días. Por otra parte, la guerra también tiene sus leyes. Nada justifica que se torture y ejecute prisioneros, ni que se haga desaparecer sus restos.

Muchos compatriotas piensan que es tiempo de poner «punto final» a este asunto. Por el bien de Chile, debemos mirar hacia el futuro que nos une más que al pasado que nos separa. Es mucho lo que tenemos que hacer para construir una sociedad verdaderamente democrática, impulsar el desarrollo y alcanzar la justicia social, para que desgastemos nuestros esfuerzos en escudriñar heridas que son irremediables. Y nos recuerdan las palabras de S. S. Juan Pablo II en su visita: «Chile tiene vocación de entendimiento y no de enfrentamiento. No se puede progresar profundizando las divisiones. Es la hora del perdón y la reconciliación.

¿Quién podría no compartir estos anhelos? Para realizarlos, sin embargo, hay que empezar por precisar quiénes son los ofendidos llamados a perdonar y quiénes los ofensores que han de ser perdonados. Yo no puedo perdonar por otro. El perdón no se impone por decreto. El perdón requiere arrepentimiento de una parte y de la otra, generosidad.

Cuando fueron agentes del Estado los que ocasionaron tanto sufrimiento, y los órganos competentes del Estado no pudieron o no supieron evitarlo o sancionarlo, y tampoco hubo la necesaria reacción social para impedirlo, son el Estado y la sociedad entera los responsables, bien sea por acción o por omisión. Es la sociedad chilena la que está en deuda con las víctimas de las violaciones de derechos humanos.

Por eso es que las sugerencias sobre reparación moral y material que formula el Informe son compartidas por todos los sectores.

Por eso es que yo me atrevo, en mi calidad de Presidente de la República, a asumir la representación de la nación entera para, en su nombre, pedir perdón a los familiares de las víctimas.

Por eso, también, pido solemnemente a las Fuerzas Armadas y de Orden, y a todos los que hayan tenido participación en los excesos cometidos, que hagan gestos de reconocimiento del dolor causado y colaboren para aminorarlo.

El pueblo de Chile siempre ha querido y admirado a sus Institucio-

nes Armadas y de Orden. Ellas se identifican con las glorias de la patria, con el espíritu varonil de los chilenos y con abnegadas acciones en la vida cotidiana o frente a graves emergencias. El anhelo de reconciliación, en un Chile verdaderamente unido, exige remover los obstáculos que aún perjudican esos sentimientos. Todos debemos contribuir a ello.

He dicho en más de una ocasión que mi mayor anhelo como gobernante es alcanzar la unidad nacional en democracia. Ello exige de todos y de cada uno un gran esfuerzo para ponerse en el lugar de los demás y procurar comprenderlos, con humildad para reconocer las propias faltas y limitaciones, y generosidad para perdonar las ajenas.

La justicia es la mayor de las virtudes sociales, base insustituible de la paz.

Sabemos que, por las limitaciones propias de la condición humana, la justicia perfecta es generalmente un bien inalcanzable en este mundo. Lo cual no obsta a que todos anhelemos siempre la mayor justicia que sea posible.

La justicia no es venganza; por el contrario, la excluye. No se sanciona ni repara un delito, cometiendo otro análogo. Nadie tiene derecho a causar un daño al prójimo, ni menos a atentar contra la vida ajena, a pretexto de justicia. Quien lo hace se convierte también en delincuente contra los derechos humanos y merece la mayor condenación social. Admitir la vindicta privada es sustituir el derecho por la violencia, en que la ley de la fuerza prevalece sobre la razón y la justicia.

En este tema de las violaciones a los derechos humanos, el esclarecimiento y aceptación de la verdad, como surge del Informe, ya es parte importante del cumplimiento de la justicia para con las víctimas. También importan actos de justicia la reivindicación moral de la dignidad de éstas y las reparaciones a sus familiares que el Informe propone.

Pero ello no basta. La justicia exige, también, que se esclarezca el paradero de los desaparecidos y que se determinen las responsabilidades personales.

En cuanto a lo primero, la verdad establecida en el Informe es incompleta, puesto que en la mayoría de los casos de detenidos desaparecidos y de ejecutados sin entrega de sus restos a los familiares, la Comisión no tuvo medios para encontrar su paradero.

En lo que respecta a la determinación de las responsabilidades, es tarea que dentro de un Estado de derecho corresponde a los Tribunales

de Justicia, en conformidad al ordenamiento jurídico y con las garantías del debido proceso. La Comisión de Verdad y Reconciliación no pudo entrar en este aspecto, porque el propio decreto que la creó le negó esa facultad en virtud de claros preceptos constitucionales.

En uno y otro caso, la Comisión ha enviado los antecedentes respectivos al tribunal correspondiente. Espero que éstos cumplan debidamente su función y agoten las investigaciones, a lo cual –en mi concepto– no puede ser obstáculo la ley de amnistía vigente.

Los criterios expuestos no deben ser interpretados por nadie como signos de tolerancia o debilidad en la lucha contra el terrorismo y la violencia de sectores extremistas.

Es decisión de mi gobierno combatir con la mayor energía el terrorismo y toda forma de violencia, de quienquiera que provenga. Lo importante es encontrar mecanismos eficaces para derrotarlos y ponerles término. La experiencia de otros países demuestra que los caminos del derecho son para ello más eficaces que la simple confrontación armada. Nos resistimos a aceptar que para combatir el terrorismo, repudiable entre otras razones porque viola los derechos humanos, sea indispensable emplear métodos que incurran en análogas violaciones, porque tales métodos, moralmente inaceptables, ayudan en la práctica a alimentar la espiral de la violencia.

En presencia del Informe que he reseñado, teniendo en cuenta las reflexiones precedentes y a fin de encarar los problemas derivados de las violaciones de derechos humanos, con la mayor responsabilidad, eficacia y prontitud, creo necesario adoptar las medidas que paso a enunciar:

1º. Hago un ferviente llamado a todos mis compatriotas a aceptar la verdad que se expone en el Informe y a ajustar su conducta a ese reconocimiento.

2º. Acogiendo la sugerencia del Informe, reivindicó pública y solemnemente la dignidad personal de las víctimas en cuanto hayan sido denigradas por acusaciones de delitos que nunca les fueron probados y de los cuales nunca tuvieron oportunidad ni medios adecuados para defenderse.

3º. En el curso del presente mes, el Gobierno presentará al Congreso Nacional un proyecto de ley para concretar las proposiciones del Informe en cuanto a pensión única de reparación a los familiares directos de las víctimas, procedimiento especial de declaración de muerte de per-

sonas detenidas desaparecidas, otras prestaciones de carácter social y creación de una institución de derecho público que se haga cargo de las tareas que el Informe señala.

4º. Hoy mismo he enviado a la Corte Suprema un oficio en que le adjunto el texto del Informe y le solicito que, en ejercicio de sus atribuciones, instruya a los tribunales correspondientes para que activen con la mayor diligencia los procesos actualmente pendientes sobre violaciones de derechos humanos y los que deban instruirse con motivo de los antecedentes que la Comisión de Verdad y Reconciliación les remitió, haciéndole presente que en mi concepto, la amnistía vigente, que el Gobierno respeta, no puede ser obstáculo para que se realice la investigación judicial y se determinen las responsabilidades, especialmente en los casos de personas desaparecidas.

5º. El Gobierno pedirá por intermedio del Ministro de Justicia y con arreglo al artículo 26 bis del Código de Procedimiento Penal, la intervención del Ministerio Público en primera instancia cada vez que lo estime necesario.

6º. Personalmente he pedido a los señores Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y al señor General Director de Carabineros la cooperación de sus instituciones para establecer el paradero de los detenidos desaparecidos y de los ajusticiados cuyos restos no han sido entregados a sus familiares.

7º. El Gobierno dará instrucciones especiales a los Servicios de Orden y Seguridad Pública para que presten la más diligente cooperación a los Tribunales de Justicia para el éxito de las investigaciones en los casos referidos.

8º. Se enviará próximamente al Congreso Nacional el proyecto de ley, que le fue propuesto por el Capítulo Chileno del Ombudsman y que el Gobierno ha hecho suyo, para crear la institución del Defensor del Pueblo, que se encargará fundamentalmente de cautelar el respeto y plena vigencia de los derechos humanos; y

9º. Finalmente, el Ministerio de Justicia constituirá a la mayor brevedad un equipo de trabajo que prepare el o los proyectos de ley necesarios para introducir en nuestra legislación las reformas que la Comisión de Verdad y Reconciliación sugiere para la mejor protección de los derechos humanos.

Independientemente de lo expuesto, creo oportuno anunciar que,

coincidiendo con algunas de las sugerencias del Informe, el Gobierno tiene preparados los proyectos de ley necesarios para perfeccionar y modernizar la administración de justicia. Siendo ésta una materia en que existe muy alto consenso nacional, es mi propósito procurar rápidamente los acuerdos necesarios para que dicha reforma judicial pueda presentarse próximamente en términos que faciliten su debate y aprobación parlamentaria en el más breve lapso.

Al finalizar esta exposición, quiero rogar a todos mis compatriotas que se esfuercen por asumir esta verdad con entereza y responsabilidad. Debemos ser capaces de sacar lecciones de la experiencia para que NUNCA MÁS en Chile vuelva a pasar algo semejante. Ésta es la tarea de todos, de la que nadie puede excluirse.

Si el dolor, el espanto y la justa indignación nos movieran al odio y a la violencia, pronto caeríamos en lo mismo. Sería reanudar la lucha fratricida, destruir nuestra renaciente democracia y renunciar al anhelo de paz que todos abrigamos.

Todos los chilenos pueden tener la certeza de que el Gobierno cumplirá su deber, consecuente con los principios morales que lo inspiran, sin otras miras que la justicia, la reconciliación y el bien común de la patria.

Pero ésta no es sólo tarea del Gobierno. Lo es igualmente de los otros poderes del Estado, de las instituciones armadas, de las autoridades espirituales, de las organizaciones sociales y de toda la comunidad nacional. A todos pido su cooperación para que juntos, respetándonos y ayudándonos, con comprensión y generosidad, hagamos lo necesario para sanar las heridas del pasado y construir un futuro de justicia, de progreso y de paz para Chile.

JAIME GUZMÁN (1946-1991)

23 de marzo de 1991

«Voto que no»

El 1º de abril de 1991 –tras haber hecho su clase de derecho constitucional–, el entonces senador Jaime Guzmán se retiró del Campus Oriente de la Universidad Católica. A los pocos minutos fue baleado, presuntamente por un terrorista. Murió esa misma noche. Una semana antes, en representación de los parlamentarios de la Unión Demócrata Independiente, manifestó en el Senado su más profundo y categórico desacuerdo con el Proyecto de Reforma Constitucional sobre indulto, amnistía y libertad provisional. Creía que éste no era sino una señal de debilidad de parte del Poder Ejecutivo ante la delincuencia y el terrorismo. El artífice del gremialismo y cercano asesor del general Pinochet había muerto víctima del mal que él mismo había anunciado.

Los parlamentarios de Unión Demócrata Independiente asumimos el imperativo de conciencia de rechazar el proyecto de reforma constitucional sobre el cual hoy se pronuncia el Congreso pleno.

Durante el debate de esta iniciativa en ambas ramas del Parlamento, la posición de nuestro partido fue expuesta en forma detenida y fundada. Reafirmamos aquí esas intervenciones y nos remitimos a ellas para un conocimiento más completo de nuestro punto de vista.

Como entonces lo manifestamos, el proyecto en cuestión contiene algunos aspectos que nos parecen plausibles, con las salvedades y reservas que en esa ocasión señalamos.

Sin embargo, la médula de esta iniciativa radica en la atribución que se concede al Presidente de la República para indultar terroristas, por delitos de ese carácter cometidos antes del 11 de marzo de 1990. Se mantiene, así, en general y hacia el futuro, la sabia norma de la Consti-

tución de 1980 que excluye del indulto presidencial a quienes sean condenados por delitos terroristas. Pero se le introduce una excepción: se permite dicho indulto cuando se trate de delitos terroristas cometidos antes del 11 de marzo de 1990.

Señor Presidente, en estos días han entrado en vigencia diversas normas destinadas a agilizar los procesos de personas enjuiciadas por leyes especiales, a quienes algunos—equivocadamente—denominan «presos políticos». Tales disposiciones incluyen importantes cambios de competencia.

Nuestro partido concurrió a aprobar esas modificaciones en ambas cámaras, porque aun cuando los mal llamados «presos políticos» están inculpados de graves delitos, pensamos que merecen, como toda persona, un juzgamiento adecuado y justo. Por consiguiente, una vez dictada las sentencias respectivas, el Presidente de la República, sin necesidad de la reforma que hoy vota este Congreso pleno, podría indultarlos a todos ellos, con excepción, exclusivamente, de quienes sean o resulten condenados por delitos terroristas.

La ciudadanía debe saber, así, que esta enmienda constitucional tiene por objeto preciso que el Jefe del Estado pueda indultar también terroristas.

Cuando aludimos a «terroristas», no formulamos ninguna apreciación subjetiva o controvertible. Nos referimos a personas que estén o sean condenadas judicialmente por delitos que la ley define como «conductas terroristas», según el texto legal revisado y aprobado por este mismo Parlamento. Son ésas las únicas personas que sin esta reforma no podrían beneficiarse con el indulto presidencial. Para permitir el indulto de esas personas, que objetiva e incuestionablemente, son terroristas, se ha impulsado la enmienda constitucional que hoy vota el Congreso pleno.

En consecuencia, esta reforma tiene como potenciales beneficiarios a los integrantes del grupo más peligroso de los mal llamados «presos políticos», porque el eventual indulto de todos los demás no requeriría en absoluto de esta modificación de la carta fundamental.

Juzgamos que lo anterior es profundamente grave e inconveniente para el país. Por eso rechazamos esta reforma.

Se pretende tranquilizar a la opinión pública invocando la prudencia con que cabría presumir el ejercicio de esta atribución por parte del actual Presidente de la República. La ciudadanía no debe dejarse confundir

con este argumento, ya que él arranca de un supuesto equivocado.

Por una parte, la facultad de indultar a los referidos terroristas no se está confiriendo aquí sólo al actual Jefe del Estado, sino, también, a quienes le sucedan en el cargo hacia el futuro. De modo que aquellos terroristas que conforme al criterio del presidente Aylwin no sean acreedores a dicho beneficio, podrán ser indultados por futuros gobernantes, cuyos criterios –obviamente– nadie puede adivinar.

Por lo tanto, no es admisible aprobar esta reforma, ponderando sólo los enfoques o cualidades personales del actual Primer Mandatario. Pero hay más, señor Presidente. Consideramos que esta iniciativa representa un gigantesco error, del cual tal vez muy pronto deberán arrepentirse los propios sectores que hoy la están aprobando.

En efecto, si el actual Presidente de la República ejerce esta atribución en forma más restrictiva que lo comprometido en el programa de la Concertación y no libera a terroristas que, de acuerdo a dicho documento, deberían ser indultados, se generará una explicable presión de los grupos más extremos que apoyaron la candidatura presidencial de Patricio Aylwin. Y los efectos de esas presiones –que pueden ser sangrientas–, aparte de dañar a los afectados por ellas, perjudicarán, no sólo al Gobierno, sino al país entero.

Por el contrario, si el Jefe del Estado se atiene al programa de la Concertación y otorga el indulto con la amplitud establecida en su texto, quienes desde la oposición hayan contribuido a posibilitar la aprobación de esta reforma no podrán eximirse de su responsabilidad respecto de tales indultos.

Cualquier intento por desligarse de esa responsabilidad, pretendiendo circunscribirla únicamente en el Jefe del Estado, les sería replicado con la evidencia de que nadie podía dejar de prever que la facultad que hoy se otorgue al Presidente de la República se ejercería ciñéndose al programa que lo llevó a la Primera Magistratura de la nación.

Desde otra perspectiva, el año transcurrido desde marzo de 1990, fecha en que asumió el nuevo gobierno, nos demuestra, en forma tan elocuente como dramática, que la amenaza terrorista sigue vigente. La creencia de que el advenimiento de la plenitud democrática haría desistir a los terroristas de sus desquiciados afanes, se ha visto crudamente contradicha por los hechos. Más aún, muchas de las personas que podrían ser beneficiadas por esta enmienda constitucional están vincu-

ladas a las mismas agrupaciones que hoy continúan ejecutando y reivindicando crímenes o atentados terroristas, como el Frente Lautaro o el Frente Manuel Rodríguez.

El desafiante recrudecimiento del terrorismo se ve actualmente agudizado por el incremento de la delincuencia común, que también inquieta, con creciente angustia, a los chilenos. Los vasos comunicantes entre el terrorismo y la delincuencia común son bastante conocidos como para perfilar las reales dimensiones de tan delicado problema.

Estamos convencidos de que la ciudadanía observa, con desconcierto y estupor, que en este preciso momento el Congreso pleno se reúna para ratificar —como la primera reforma constitucional que aprueba— una enmienda que permite el indulto presidencial de terroristas.

Nuestro partido ha contribuido a aprobar en este Parlamento muchas iniciativas tendientes a alcanzar la reconciliación entre los chilenos. El país puede estar cierto de que continuaremos haciéndolo, teniendo siempre presente que tan noble objetivo requiere de una apropiada ecuación entre la generosidad y el realismo.

La reconciliación nacional exige especial acierto, tino y equilibrio en los instrumentos que se diseñen para lograrla. Consideramos que esta enmienda de la carta fundamental no cumple con esos requisitos, porque ningún paso tenderá efectivamente a dicha reconciliación, si él pone en peligro la seguridad de las personas o la paz social.

Señor Presidente, votamos en contra de esta reforma constitucional, porque somos contrarios a que personas condenadas por delitos terroristas puedan ser indultadas por la sola voluntad del Presidente de la República, quienquiera que éste sea.

Votamos en contra de esta reforma constitucional, porque, tanto en la campaña electoral de 1989 como hoy, discrepamos del programa de la Concertación en materia de indultos. No podríamos sentirnos actuando de modo consecuente con ello si concurriéramos, ahora, a ampliar el ámbito del indulto presidencial.

Votamos en contra de esta reforma constitucional, porque nos parece que ella envuelve una pésima e incomprensible señal para el país, en momentos en que el recrudecimiento terrorista y de la delincuencia común reclama una actitud particularmente firme, y sin equívocos, de todas las autoridades públicas ante tan seria amenaza.

Voto que no.

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE (1942)

6 de mayo de 1996

«Nunca más la guerra de todos contra todos»

Treinta años después que su padre, Eduardo Frei Ruiz-Tagle entró a La Moneda como Presidente de la República. Corría 1994 y el abanderado de la Concertación Democrática, agrupación de partidos que incluye, entre otros, al Partido por la Democracia, Socialista, Radical y Demócrata Cristiano, se abocó a la gran tarea de conducir los destinos del país para los «nuevos tiempos». En medio de ella le correspondió inaugurar el monumento al ex presidente Frei Montalva, levantado en la Plaza de la Constitución. Con la emoción contenida, el Jefe de Estado rindió tributo a la memoria de su progenitor y, al mismo tiempo, reflexionó sobre los temas que le obsesionan hoy: la justicia, la libertad, la democracia, la solidaridad y la paz. Temas que también fueron la preocupación de su padre.

Debo confesar que vengo esta mañana con múltiples sentimientos, recuerdos e ideas. Es natural para un hijo rendir un homenaje a su padre; es menos común que ese hijo sea Presidente y que recuerde a su vez la memoria de un gran estadista de su patria.

Vengo con los recuerdos y los sentimientos de nuestra familia, que lo acompañó durante toda su vida, y muy especialmente los recuerdos y sentimientos de mi madre. En nuestro hogar, ellos nos enseñaron el sentido del honor, la lealtad, el esfuerzo y la fe en el porvenir. Allí aprendimos la abnegación, la sencillez, la belleza y la alegría de vivir, y lo más importante, nos entregaron principios y valores morales por los cuales luchar en la vida. Vengo también con los profundos lazos de su familia política y represento hoy la voz del pueblo de Chile.

Me corresponde inaugurar el monumento al ex presidente de la República Eduardo Frei Montalva. A pocos años de terminar el siglo XX,

la nación continúa su obra de cerrar el ciclo político de nuestro tiempo y señalarle a las nuevas generaciones los grandes constructores del país moderno.

Los conflictos políticos y sus pasiones se aquietan. Las singularidades, las querellas de partidos y de familias espirituales, se convierten en historia común. Las futuras generaciones podrán elegir sus tradiciones preferidas; pero nunca podrán olvidar que nuestra comunidad nacional tiene un tronco común.

La riqueza de nuestra comunidad proviene de una densa trama donde se perfilan identidades y culturas. A comienzos de siglo, apareció un hombre que dejaría un legado y un recuerdo imborrables para muchos chilenos. Digamos muy brevemente de dónde viene, qué hizo por todos nosotros y qué legado nos dejó el presidente Eduardo Frei Montalva.

La historia verdadera no es nunca la historia de un personaje único, dotado de cualidades sobrehumanas. El liderazgo supone una comunidad en marcha, una reflexión compartida, un equipo de dirigentes abocados comunitariamente a la tarea histórica singular. Y la cruzada de Eduardo Frei, de sus camaradas y de amigos, iniciada en los años treinta, podría llamarse un nuevo intento de vincular la política y el espíritu.

Así se llama la obra que se constituye en su verdadero manifiesto y en el de su generación. En el prólogo, Gabriela Mistral escribe: «Gracias, amigo mío, por estas virtudes cardinales que pasan a enriquecer la chilenidad, pues según la ley cristiana, rebosan de usted bañando casi a la raza entera». En verdad, Frei, Leighton, Tomic, Palma, Reyes y tantos otros, y toda esa generación, trascienden el círculo partidario y aportan sus concepciones a la cultura de la nación.

En el primer capítulo de su libro, cuyo nombre es «En el principio existía el verbo», escribió: «Se puede establecer como premisa esencial, que en política contemporánea, donde se trata hoy sustancialmente un problema cósmico y se disputa, en último término, en razón de la concepción que se tiene del hombre y su destino, sólo se puede intervenir seriamente, cuando se tiene un pensamiento y una posición universal y creadora, que signifique una respuesta a cada inquietud y cada expresión humana; sólo así se tendrá vigor y profundidad en la acción política».

La acción política es una tarea de civilización. Abarca la sociedad, la cultura y la economía. Los verdaderos problemas políticos son problemas del espíritu humano. La política es una vocación superior de servi-

cio, «una de las formas más altas de la caridad». Ése fue el proyecto de Eduardo Frei y de sus compañeros de generación durante toda su vida. Esa concepción fue concreta y precisa: fue alfabeto, casa y pan, según la época y las necesidades. La fuerza de ese mensaje radica en su plenitud humana, es decir, que asume todas las dimensiones, las más terrenas y las más sublimes del ser humano. Se trata de embellecer las ciudades, de hacer soñar a los jóvenes, de cuidar a los ancianos, de dar de comer al hambriento, de vivir en democracia, de hacer las cosas bien, de cuidar nuestros parques, de preservar la naturaleza, de dar educación a todos los niños.

En definitiva, no hay política contra el espíritu, ni hay verdadera espiritualidad sin política. A poco reflexionar, se descubre el eco evangélico de esta perspectiva: estar en el mundo y no ser del mundo. En breve, la condición de peregrino obliga a construir la ciudad política.

En la vida del estadista que hoy elogiamos, no ocultemos las largas etapas de derrotas y sufrimientos. Hubo que repetir, con una fe perseverante, «aún es tiempo», y continuar repitiendo «aún es tiempo», en el combate contra la mediocridad y la injusticia.

Frei y su generación lo hicieron con valentía, con verdadera pasión por sus ideas. Perseveraron, fieles a sus convicciones, durante décadas, cuando no había señales que pudieran anunciar la inmensa fuerza política de gran arraigo popular en que se convertiría ese puñado de hombres. Sin duda no fue el cálculo estrecho e inmediato, fue una verdadera fe lo que animó el corazón de esos hombres.

No es nada paradójal que las grandes cruzadas nacionales hayan siempre vinculado la mediocridad con la injusticia. Y en verdad están inexorablemente unidas. La mediocridad en la vida política, social y económica acarrea siempre la injusticia, y las injusticias permanentes necesitan siempre ser ejercidas por los mediocres. No hay idea de democracia, ni menos de democracia justa y eficaz si no se lucha frontalmente contra estos flagelos humanos.

Los pueblos recuerdan a sus héroes y a sus estadistas porque, sobrepasando las inercias, las cobardías y las penurias, fueron capaces de llevar adelante nuevas tareas para enriquecer la vida en común. Para los chilenos esto tiene una doble importancia, como nación y como régimen político. Cuando se recuerda la historia, se señala al unísono: «Somos hijos del rigor». Se ha dicho que tenemos una historia razona-

ble en medio de una loca geografía. También se ha dicho que nuestra nación se mantiene por una poderosa voluntad de ser.

La segunda razón de importancia alude a la democracia. La democracia no es el reino de la mediocridad con votaciones periódicas. Es un régimen de exigencias, para gobernantes y para gobernados. Es la exigencia permanente de derechos y deberes. ¡Y que lo escuche bien todo el país! ¡Y que lo escuchen más allá de esta plaza! ¡La democracia nos exige, a gobernantes, funcionarios, parlamentarios y a todos los ciudadanos, normas de comportamiento enmarcadas en el servicio a la comunidad! Y le digo a los jóvenes, a los pies de este monumento, que aún es tiempo para retomar con miras al futuro nuestras grandes virtudes republicanas y democráticas; y convertirlas en la verdadera cultura política del siglo que ya viene.

Pero la vida rutinaria en la pobreza y en las múltiples carencias de nuestros compatriotas de los años treinta y cuarenta, parecían ser olvidadas por las preocupaciones de la dirigencia de la época.

Los afanes de la vida de la capital se convertían en las únicas preocupaciones existentes. Mientras tanto, muchas provincias y las inquietudes de los más pobres formaban parte del Chile desconocido. Eduardo Frei sabía de él. Allí, en Lontué, aprendió sus primeras letras, Iquique lo recibió cuando comenzaba su adultez. Como pocos conoció su patria y su gente, y fue una voz que se alzó para decir que muchos chilenos querían ser más.

Hoy cuando recorro como Presidente las diferentes regiones del país, veo frente a mí los cambios ocurridos: una comunidad exigente se ha puesto de pie para alcanzar un mejor nivel de ingreso y una mejor calidad de vida. Siempre he dicho que ésta es una obra colectiva, concatenada y que en los últimos cincuenta años hemos realizado un inmenso esfuerzo para iluminar la oscuridad de ese Chile desconocido. Pero no olvidemos, sin embargo, que todavía hay muchos compatriotas sumidos en esa oscuridad.

Eduardo Frei nos planteó también la necesidad de buscar un mundo nuevo. Y escribió sobre ello: «Esto requiere un proyecto de esfuerzo intelectual de la mayor magnitud, en el que toda la audacia sea permitida, donde la imaginación creadora de los grupos políticos, culturales, las élites intelectuales, obreros, campesinos y, sobre todo, la juventud tengan un camino de expresión abierto».

Desde que escribiera estas palabras, en julio de 1973, el país ha atravesado por un difícil período, del que han salido fortalecidas la democracia y las tradiciones republicanas que enaltecen nuestra historia. Esa riqueza y esas lecciones del pasado son las que nos alientan a continuar la «empresa civilizadora de la mayor trascendencia», a la que «ninguna otra puede equipararse en belleza y concepción», que describió Eduardo Frei, tanto en sus palabras como en su trayectoria de político y estadista.

Hoy diríamos que a través de Eduardo Frei miles de chilenos supieron de su dignidad. El nombre del momento fue la promoción popular. Por primera vez, cientos de miles de campesinos, de pobladores y de mujeres sintieron que formaban parte activa e importante de nuestra patria. Por primera vez, grandes masas ciudadanas se levantaron, dejando atrás la resignación y muchas veces la impotencia, para abrirse paso hacia el respeto. Y supieron de un Presidente de la República que caminaba junto a su pueblo en una jornada difícil, pero noble y cargada de humanidad.

Los pueblos demoran en reconocer la fórmula de progreso y de concordia. Exploran, se equivocan, vuelven atrás, se adelantan precipitadamente, pero la verdad tiene su hora. Ha habido momentos, en los siglos XIX y XX, en que la nación ha encontrado la fórmula. En este caso, se trató de una fórmula nacional y popular, que ligara a toda la nación con su pueblo. Toda la nación y todo el pueblo, sin exclusiones, pero articulados en una fórmula que permitiera establecer las prioridades para salir adelante. Hoy, esa fórmula es casi obvia, después de tanto sufrimiento y dolor. Tiene otros nombres, los consensos mínimos, el acuerdo nacional, la concertación política, social y económica. Todas esas maneras de llamar y de ver apuntan a lo principal, a articular en una perspectiva de bien común las prioridades de justicia y equidad, a vivir en la amistad cívica y a buscar la concordia permanentemente.

La verdad tiene su hora en Chile y en nuestro continente. Nunca más la política de la guerra civil, declarada o larvada; nunca más la guerra de todos contra todos, aunque sea la guerra de las palabras. Hay que buscar los acuerdos que abran las puertas a la paz y la cooperación. Hay que evitar los acuerdos que paralizan el dinamismo de la justicia y de la libertad.

En verdad, los grandes trabajos por construir un mundo más humano no se detienen nunca. Hay que mirar con lucidez todo lo que ocurre

en el mundo y en nuestro país para anticiparse a las tendencias. Hay que erradicar antes de su madurez a las perversas, y hay que fortalecer desde su germen a las virtuosas. La política es una obra de civilización.

Y en su prólogo a la reedición de *El crepúsculo de la civilización* de Jacques Maritain, Eduardo Frei nos decía: «Nunca como hoy el mundo necesita filósofos, amantes de la sabiduría, que vean más allá de la turbulencia apresurada y sepan penetrar los porqué y hacia dónde. En el fondo siguen presentes las viejas y elementales preguntas sobre el origen y el destino del hombre, y según sean las ideas así serán también las respuestas que se expresen en la vida y se traduzcan en las formas sociales».

Sólo en una perspectiva del crepúsculo de una civilización, es posible plantear la perspectiva de un mundo nuevo. Y, ciertamente, nos encontramos hoy en una encrucijada de la historia, en un mundo que comienza a saber de dónde viene, pero no sabe con certeza hacia dónde va. Y la gran tarea de los humanistas de hoy es precisamente adelantarse a los tiempos y proponer a los pueblos del mundo un nuevo orden internacional, fundado en la justicia, en la libertad, en la democracia y en la solidaridad.

La oportunidad histórica que está hoy ante nosotros se funda en el trabajo, en la entrega y el esfuerzo de muchas generaciones de chilenos y chilenas. Uno de ellos es Eduardo Frei Montalva, cuya memoria honramos con este monumento que se alza en el centro cívico del país. Él es un símbolo de ese inmenso aporte colectivo que ahora nos permite proyectarnos hacia un futuro mejor para todos, cuya construcción esta generación quiere asumir responsablemente.

Eduardo Frei viene a quedarse para siempre en esta plaza, en pleno corazón de la República. Él viene sereno. El llamado que hizo desde ese balcón a que no lo dejaron solo ha sido respondido con creces. Lo acompañan multitudes que aprendieron la palabra dignidad en los campos, en las fábricas, en las escuelas de Chile. Sus palabras y su figura viven y palpitan en el alma de nuestro pueblo. Él viene en paz. Sus últimos días estuvieron teñidos por la angustia acerca del destino de su patria. Sin embargo, hoy nosotros somos el testimonio vivo que Chile ha recuperado su rumbo y que se despliega con fuerza en esta oportunidad histórica.

Por mandato de la nación, me corresponde asumir el legado histórico de Eduardo Frei Montalva. Lo hago con alegría; pero por sobre todo,

con mucha humildad. Él quería un Chile con dignidad. Y hoy juro solemnemente ante Dios y ante el recuerdo imborrable de mi padre, consagrarme sin desmayo al cumplimiento cabal de esta tarea.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| PRESENTACIÓN | 7 |
| JOSÉ MIGUEL INFANTE (1778-1844) «...el motivo por el que habéis sido citados...» | 9 |
| JOSÉ MIGUEL CARRERA (1785-1821) «Todo será acercarme y ser dueño de Chile...» | 11 |
| BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842) «... Os juro morir o libertaros» | 13 |
| BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842) «...¡Que se presenten mis acusadores!...» | 14 |
| ANDRÉS BELLO (1781-1865) «... Tratad asuntos dignos de vuestra patria...» | 16 |
| JOSÉ MANUEL BALMACEDA (1840-1891) «...A las ideas de los señores obispos, opongamos las nuestras...» | 30 |
| BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA (1831-1886) «... luchando con la soledad, con la sed y con la muerte...» | 35 |
| ENRIQUE MAC-IVER (1844-1922) «Me parece que no somos felices...» | 37 |
| LUIS EMILIO RECARREN (1876-1924) «A ver, ¿quién puede contradecirme?» | 48 |
| ARTURO ALESSANDRI PALMA (1868 -1950) «El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo» | 62 |
| VICENTE HUIDOBRO (1893-1948) «...todo huele a podrido en Chile...» | 67 |

| | |
|---|-----|
| CARLOS IBÁÑEZ (1877-1960) «Juro que he salvado a la República» | 76 |
| GABRIELA MISTRAL (1889-1957) «¡Menudo trabajo contar cómo se hacen versos!» | 78 |
| RADOMIRO TOMIC (1914-1992) «Evitad la gran tentación...» | 85 |
| GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA (1898-1980) «Mujeres de Chile: sois desde este instante ciudadanas...» | 107 |
| RADOMIRO TOMIC (1914-1992) «¿Quién es, pues, esta mujer que muere?» | 111 |
| EDUARDO FREI MONTALVA (1911-1982) «¡Son verdaderamente la patria joven!» | 116 |
| VOLODIA TEITELBOIM (1916) «Su poesía se seguirá conjugando en presente» | 121 |
| MIGUEL ÁNGEL SOLAR (1944) «Para ti, Neruda, nuestra palabra descarnada...» | 126 |
| SALVADOR ALLENDE (1908-1973) «Mi único anhelo es ser el compañero Presidente...» | 134 |
| PABLO NERUDA (1904-1973) «... Así la poesía no habrá cantado en vano» | 140 |
| SALVADOR ALLENDE (1908-1973) «... De nuevo se abrirán las grandes alamedas...» | 149 |
| CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ (1907) «Pero Chile tiene su alma» | 151 |
| AUGUSTO PINOCHET (1915) «Los chilenos no se rinden jamás» | 163 |

| | |
|---|-----|
| EDUARDO FREI MONTALVA (1911-1982) «La democracia no es el caos...» | 172 |
| JUAN PABLO II (1920) «Joven levántate, ten fe en la paz...» | 187 |
| PATRICIO AYLWIN (1918) «Hoy celebramos un nuevo amanecer...» | 195 |
| PATRICIO AYLWIN (1918) «Para que nunca más en Chile...» | 204 |
| JAIME GUZMÁN (1946-1991) «Voto que no» | 215 |
| EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE (1942) «Nunca más la guerra de todos contra todos» | 219 |

- J.M. INFANTE • J.M. CARRERA • B. O'HIGGINS
- A. BELLO • B. VICUÑA MACKENNA
- J. M. BALMACEDA • E. MAC-IVER
- L. E. RECABARREN • A. ALESSANDRI
- V. HUIDOBRO • C. IBÁÑEZ • G. MISTRAL • R. TOMIC
- G. GONZÁLEZ VIDELA • E. FREI MONTALVA
- V. TEITELBOIM • M. A. SOLAR
- S. ALLENDE • P. NERUDA • R. SILVA HENRÍQUEZ
- A. PINOCHET • JUAN PABLO II
- P. AYLWIN • J. GUZMÁN
- E. FREI RUIZ TAGLE

UNA SELECCIÓN DE LOS MEJORES DISCURSOS
PRONUNCIADOS EN CHILE, DESDE EL 18 DE SEPTIEMBRE
DE 1810 HASTA 1996. A TRAVÉS DE ELLOS ES
POSIBLE VISUALIZAR LOS TEMAS QUE CRUZARON LA
HISTORIA DE CHILE, ASÍ COMO LA PASIÓN CON QUE LOS
PROTAGONISTAS DEFENDIERON SUS CAUSAS.

FUNDACIÓN
FUTURO

